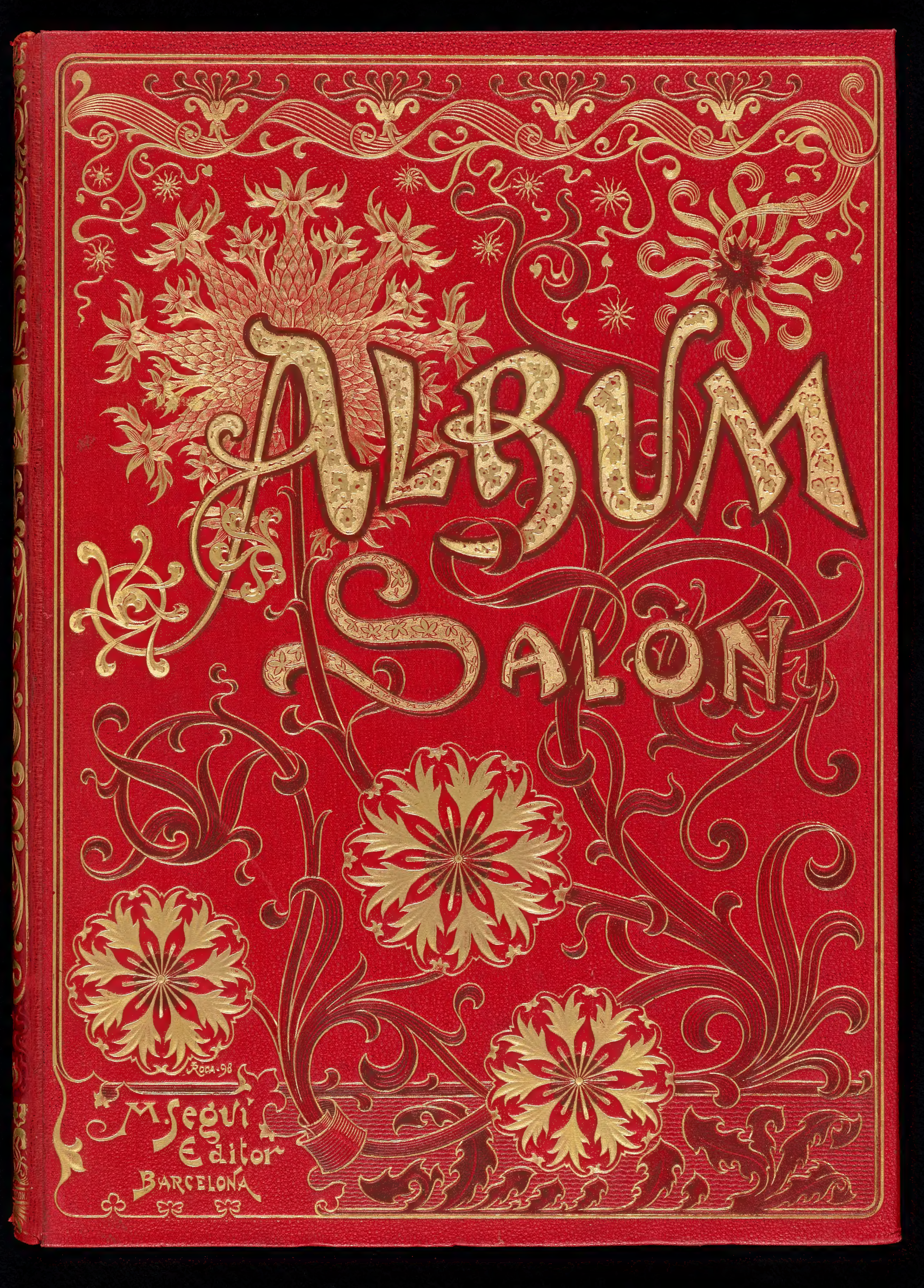

ALBUM
SALÓN
ROCA-98
M. Seguí
Editor
BARCELONA

ALBUM SALON



SALON

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES.

· AÑO · 1903 ·

MIGUEL SEGUI

RAMBLA DE CATALUÑA 125

BARCELONA





PRÁXEDES MATEO SAGASTA

JEFE DEL PARTIDO LIBERAL DINÁSTICO

† FALLECIDO EN MADRID, EL DÍA 5 DE ENERO DE 1903.

Retrato al oleo, ejecutado por C. MONSERRAT, *para la presidencia del Circulo Liberal Monárquico de Barcelona.*



Cuadro de Ricardo Brugada.



COMIQUERIAS AÑEJAS

(Apuntes para una historia anecdótica del reinado de Fernando VII.)

Feliz edad y felices tiempos aquellos en que la Monarquía era absoluta ó constitucional por temporadas, en que la inmunidad parlamentaria era el más derecho camino de Ceuta, Melilla y la Gomera, en que los personajes más ilustres de la Nación salían de las Secretarías de Estado para ir á la emigración, en que había en cada calle una logia, en que se leía *El Guirigay y Fray Gerundio*, y en que Heros, el buen amigo de don Agustín Argüelles, combatía en el Estamento de Próceres *(Senado)*, la creación del Consejo de Estado, no sólo por ser institución extranjera, sino porque estaba demostrado que en las naciones donde lo había, progresaban poco las máquinas de vapor.

Pasó todo ello para no volver. Lo que de aquella época perdura y lleva trazas de ser eterno, es la esclavitud y pobreza en que los escritores vivían, forzados á ser comparsas de las jugarretas políticas para obtener de ellas credenciales de covachuelistas y foliculários, ú obligados á escribir tragedias, melodramas, comedias y pasillos que el censor mutilaba ó no dejaba representar.

Bretón de los Herreros, muy joven aún, vivía olvidado de sus aficiones literarias en la Secretaría de la Intendencia de Hacienda de Valencia, cuando los sucesos tristísimos de 1823 ocasionaron su cesantía.

Acordóse, entonces, de que tenía escrita una comedia, *A la vejez, viruelas*, y con ánimo decidido de lograr que se la representasen, vínose á Madrid, trayendo, por todo caudal, un mezquino puñado de maravedises.

Desde tiempo inmemorial estaban los teatros madrileños confiados á compañías cómicas, en cuya formación intervenía el Ayuntamiento de Madrid, con sujeción al Corregidor que, como juez protector de teatros en todo el Reino, ejercía en ellos una autoridad despótica. Pero con la Constitución habían venido á España modas y costumbres francesas y una de ellas fué la Empresa teatral. Con la entrada del industrialismo en los teatros de la Cruz y del Príncipe, se ocasionaron varios trastornos, no siendo el menor, el acostumbrarse el público á decoraciones, mobiliarios y trajes de mayor propiedad y riqueza que los usados antes por las compañías, pues cuando las empresas tronaron y los comediantes quisieron seguir representando á la pata la llana, llamóse la gente á engaño y dejó de asistir á las comedias.

Además, había muerto Maiquez, sin sucesor posible y Rossini había pasado la frontera. Fué verdadera locura la que aquel genio musical produjo en Madrid. Sucedíanse unas á otras las compañías italianas, y entre tanto Bretón de los Herreros y otros, estaban con sus comedias y pasillos bajo el brazo, esperando que el público se cansase de tantas corcheas y semifusas.

El último empresario que se dejó desplumar en

los teatros de la Cruz y del Príncipe, después de los sucesos de 1823, fué el popular francés Juan Grimaldi, marido después de la célebre actriz Concepción Rodríguez; pero bien pronto tuvo que suspender las funciones, sin poder subir *la cuesta de Enero*, que no es cosa moderna.

Mas la reacción triunfaba en todo y, al llegar Pascua Florida, abriéronse los teatros, por cuenta de las compañías, á la antigua usanza.

A la puerta del convento de la Victoria esperaba Bretón de los Herreros que el padre Carrillo se dignase recibirlo. Gil y Zárate ha retratado al fraile censor de mano maestra: «De excesiva obesidad, de entendimiento boto, mugriento, sucio, todo empolvado de tabaco rapé... Su mayor delicia consistía en asistir á los reos en capilla y acompañarlos al cadalso.»

Buen rato llevaba Bretón esperando, cuando se acercó á la misma puerta otro joven y llamó al hermano portero.

—Decid al padre Carrillo que está aquí Gil y Zárate, el autor de *Rodrigo*, y además, dadle esto en mi nombre.

Y le entregó un envoltorio.

Cuando se hubo marchado el hermano guardián, acercóse Bretón á Gil y Zárate, de quien ya conocía algunos trabajos, y le saludó, pidiéndole detalles de lo que había de hacer para ver cuanto antes representada su obra.

Acogióle Gil y Zárate con mucho afecto.

—¿De modo, que sois poeta y traéis una obra para que os la apruebe el padre Carrillo?

—Sí, una comedia titulada: *A la vejez, viruelas.*

—¡Desventurado de vos! ¡No sabéis qué clase de hombre es ese tirano de las letras! En vuestra comedia habrá, seguramente, las frases *ángel mío* y *yo te adoro.*

—Sí, las hay más de una vez.

—Pues, ya las podéis contar por tachadas, porque el padre Carrillo entiende que estas dos expresiones sólo pueden pronunciarse, refiriéndose á cosas celestiales. Así, en el teatro español no habrá más *ángel mío* que el de la Guarda, y acaso, acaso, el Exterminador, que es el mismísimo padre Carrillo.

—Pero eso es un rigor excesivo.

—¿Excesivo? Lo referido es casi benevolencia. Un amigo mío pone en un drama histórico la frase *aborrezco la victoria*, y el padre Carrillo la tacha con grande enojo, porque sospecha que el autor ha querido referirse á este convento de la Victoria. En una comedia, para describir á un médico, se decía:

por donde quiera que pasa
le llaman la Extrema-unción...

Esto es sacrilegio,—pensó el buen fraile,—y no solo tachó el verso, sino que lo rehizo. ¿Sabe usted cómo? Así:

por donde quiera que pasa
le llaman golfo león.

—¿Golfo león? — exclamó Bretón riéndose. — ¿Y qué quiere decir eso?

—Ni él mismo lo sabe. Le presentan una tragedia de Clitemnestra y se empeña en que Orestes no debe matar á su madre.—«Pero si es un hecho consagrado en la fábula», — dice el autor. El padre Carrillo se enfurece:—«No dejo pasar ese brutal parricidio. No y no».—Y luego amansándose y dando muestras de interesarse por el autor, le dice: —«¿Qué trabajo le cuesta á usted poner otro final?» — En otro drama hay un personaje que ve destruidos, su hogar, fortuna, familia y afectos. En un monólogo se pregunta qué le queda en la vida y se responde:

mi espada y el desprecio de la muerte...

—«¿Suicidio tenemos?», — grita el padre Carrillo, é iracundo tacha el verso y lo substituye con este otro:

me voy, me voy, que estar más aquí no puedo.

Rióse Bretón á carcajadas. Gil y Zárate, muy compungido, agregó:

—¿Y lo que á mí me sucede ahora? Escribo una tragedia original, labor meritoria, siquiera porque los demás no hacen sino traducciones, la traigo á la censura, y el padre Carrillo no me tacha una sola línea, sino que declara que no puede representarse ni un acto ni una escena. El asunto de la tragedia es el final de la dominación goda. Se titula *Rodrigo*, y en todo, especialmente en sus amores, he respetado y seguido escrupulosamente la verdad histórica. Pues el padre Carrillo dice que todo ello será verdad; pero que no conviene que el pueblo vea que los reyes son tan aficionados á las muchachas guapas.

—¿De modo,—interrumpió Bretón,—que toda labor literaria está á merced de los caprichos de ese hombre ignorante?

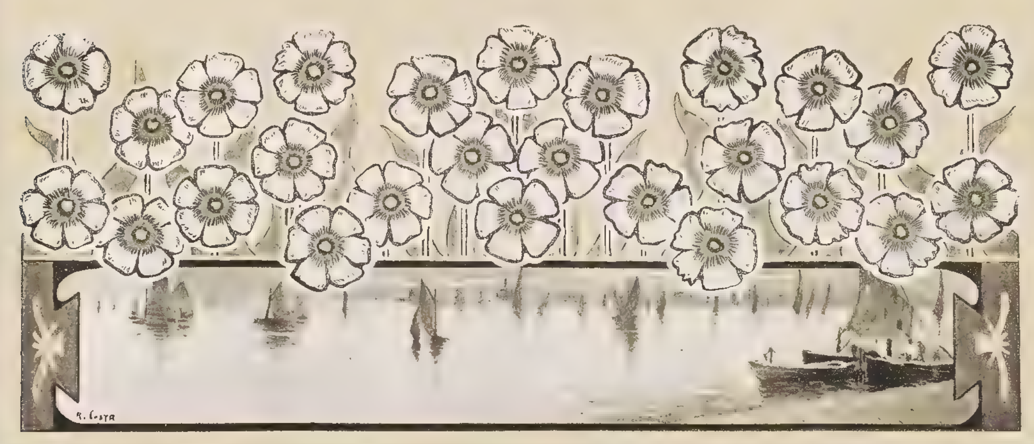
—Hay varios recursos para amenguar sus rigores. El más decisivo es regalarle una caja de tabaco rapé. Toda su inflexibilidad viene á tierra apenas se ve ante sus polvos favoritos. Otro arbitrio es hacerse amigo de Barbieri, alcaide y *factotum* del teatro de la Cruz. El padre Carrillo no tiene admiración más que para las obras de Tirso de Molina, á pesar de la desenvoltura y desenfado y aún picardía del ilustre fraile mercenario. Los días que en el teatro de la Cruz ponen obra de Gabriel Téllez, acude el padre Carrillo muy temprano, y ya Barbieri, que como buen italiano no es mal cocinero, le tiene preparado un timbal de macarrones, y ante ellos, como Barbieri quiera, el padre Carrillo transige y pasa por todo. Pues vea usted, señor Bretón, mi desgracia; espero darme á conocer con esta tragedia del rey don Rodrigo, en la que he consumido más de dos años, y el padre Carrillo no accede á que la obra se represente. Han sido inútiles las recomendaciones de personajes y religiosos, de Barbieri y de las comediantas, que, por ser yo hijo de una de ellas, tienen gran interés por mí. Hoy apelo á la prueba del rapé. Veremos si así rindo su fortaleza.

* * *

El padre Carrillo encontró poco que tachar y corregir en *A la vejez, viruelas*. Parecióle bien que la obra estuviese escrita en prosa, y aplaudiólo cuando Bretón le dijo que lo había hecho así, no por no manejar el verso, que más tenía de poeta que de prosista, sino por admiración á Moratín, que en prosa había escrito sus comedias. Tachó dos ó tres *yo te adoro* y un par de *ángel mío*, cambió *chulear* por *burlar* y suprimió la palabra *pobre* cada vez que tropezó con ella, y devolvió el manuscrito á Bretón, haciéndole grandes elogios por la sencillez de la trama y la fluidez y naturalidad del diálogo. Con esto recibió Bretón verdadera pesadumbre, porque al oir su obra aplaudida por aquel bestialote, creyó que debía ser malísima.

Una vez aprobada *A la vejez viruelas*, fué entregada en el teatro del Príncipe, donde pasó Bretón dos meses luchando sin conseguir que su obra fuese representada. Al fin, apretando el calor del verano, cerróse el coliseo, marchóse la compañía y aun se vió y se deseó Bretón de los Herreros para recoger el manuscrito. Había perdido toda esperanza, cuando, al llegar Octubre, supo que le buscaban gentes del teatro del Príncipe en demanda de su obra. Pensaban los comediantes, que ya habían regresado de su excursión á las provincias, dar una función en celebridad del cumpleaños del Rey, y no teniendo comedia á mano que estrenar, acordáronse de la del *cesante*, que con este apodo le conocían de bastidores adentro.

El 14 de Octubre, en efecto, dióse la primera representación. Un espectador que, sin duda, era Hartzembusch, á la sazón de diez y ocho años, narró el aspecto del teatro aquella noche: «La embocadura muy



Orlas de R. Costa.

R. LÓPEZ



DESPUES D

CABRERA



DE LA BODA (*Círculo Artístico.* — Barcelona.)

estrecha, unas pilastras estriadas jónicas á los lados, un escudo enorme de talla con las armas reales en medio del arco; en el telón, deslucido ya y roto, una alegoría muy bien pintada: Minerva mandando á los genios de las Artes colocar en el templo de la Fama los retratos de los ingenios españoles.

»Palcos divididos con pared; antepechos altos; sobre el sitio destinado á las mujeres, llamado *cazuela*, el palco real descubierto, colgado y con el retrato de Fernando VII; todos los espectadores con el sombrero en la mano, en las lunetas algunos con uniforme de gala, capas y chaquetas en galerías y patio; pocos guantes; poco lujo en lo general del auditorio; en el ornato del teatro, ninguno; la iluminación de cera constituía el lujo de aquella noche.»

Alzóse el telón; aparecieron en el tablado Joaquín Capraza y Gertrudis Torre (los actores no usaban don en aquella época); hicieron una profunda reverencia al retrato del Rey y la actriz comenzó diciendo:

Doña Francisca.—Y bien, don Braulio, ¿qué le parece á usted Zaragoza?

Don Braulio.—Muy bien me parece.

Doña Francisca.— Digo que no tiene usted gusto para nada. Ni esta ciudad ni otra alguna de la Península pueden compararse con una aldea de Francia. ¿Ha visto usted en España paseo que no sea triste, teatro que no esté mal construído, tertulia que no sea insípida?

Don Braulio.—Tiene usted mil razones. ¿Ha estado usted mucho tiempo en Francia?

Doña Francisca.—No, señor; jamás. No he tenido tanta fortuna; pero ¡me la han alabado tanto!

Dijo la Gertrudis Torre estas frases con tal gracejo, que todo el concurso prorrumpió en una estrepitosa carcajada. El resto de la representación fué una pura risa continuada. Interesóse el público por aquellos cuatro simpáticos enamorados de Calatayud y los aplausos menudearon.

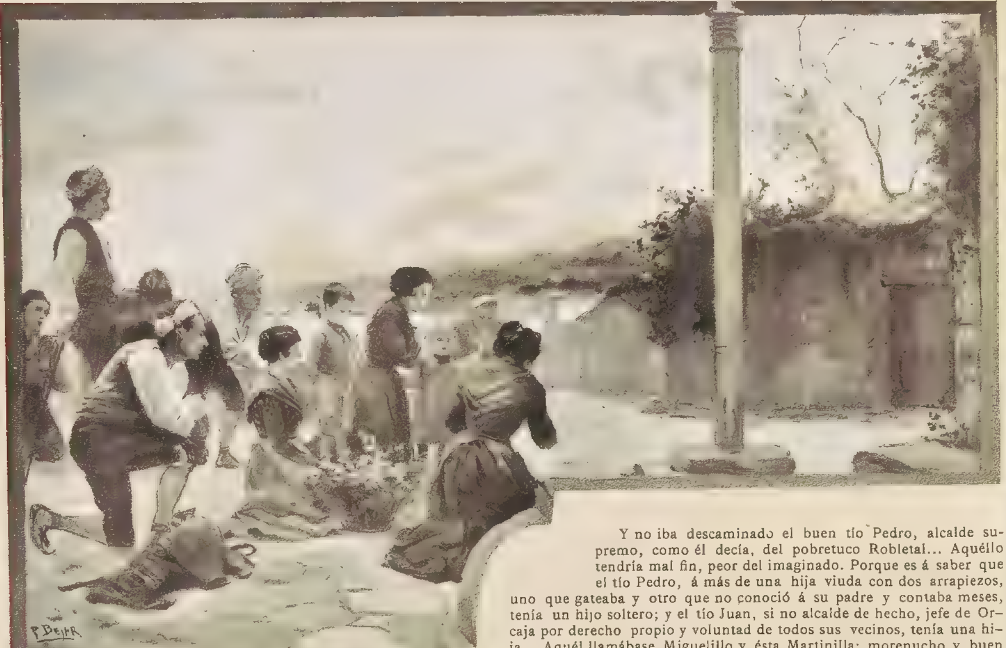
En el escenario encontró Bretón á Gil de Zárate.

—¿Y su *Rodrigo*?

—De los brazos de la Cava ha pasado á los del padre Carrillo, que no le suelta á tres tirones.

A la vejez viruelas produjo á Bretón menos de quinientos reales. Al año siguiente su gran éxito *A Madrid me vuelvo* le valió mil trescientos reales. Sus comedias las imprimía quien le daba la gana, sin pagar un céntimo, que entonces los frutos del ingenio eran considerados bienes mostrencos.

DIONISIO PÉREZ



LA CRUZ DE LAS DISCORDIAS

Ya lo decía el tío Pedro, autoridad suprema de Robletal, cuando los domingos se paseaba por la carretera al atisbo de incidentes desagradables entre los mozos de su pueblo y los de la aldea vecina: —«Esto acabará mal... Esa bendita cruz, será la perdición de alguien.— murmuraba cejijunto, dando golpes con su vara de alcalde en los guijarros del camino. — Mi usté que es tema *esa* la de que si la cruz de Robletal es de Orcaja, y si los de aquí tenemos derecho á llenarla de flores ó el derecho lo tienen ellos para eso mesmo... Pícara cruz... ¡Dios me perdone! Los pícaros somos nosotros y los mastuerzos todos; porque digo yo: ¿de quién va á ser la cruz sino de todos? Cuando yo era mozo, y ya voy echando la pluma blanca, decíamos los mozos á los viejos: «¡Andel que tié usté más años que la cruz del partido.» ¿Quién la puso ahí? El cura, que aunque no es tan autoridad como yo, sabe mucho, dice que unos ángeles; el médico asegura que unos frailes que *hubieron* en lo que hoy es la casería de Loña, y el boticario afirma que la pusieron enonde está, unos antepasaos suyos... ¡Maldito boticario! Así me solivianta á los mozos del partío pa defender la bendita cruz... Lo dicho: esto acabará mal... Un día se engrescan los de Orcaja, se llan la manta á la cabeza los de mi Robletal y hay aquí un desvío de los gordos con mucha sangre.»

Y no iba descaminado el buen tío Pedro, alcalde supremo, como él decía, del pobretuco Robletal... Aquéllo tendría mal fin, peor del imaginado. Porque es á saber que el tío Pedro, á más de una hija viuda con dos arrapiezos, uno que gateaba y otro que no conoció á su padre y contaba meses, tenía un hijo soltero; y el tío Juan, si no alcalde de hecho, jefe de Orcaja por derecho propio y voluntad de todos sus vecinos, tenía una hija... Aquél llamábase Miguelillo y ésta Martinilla; morenucho y buen mozo él; rubia como las candelas y con pupilas de cielo élla, y los dos enamorados recíprocamente, como dos tortolillos en su primera cría.

Y aquí estaba lo malo: en que el tío Juan, padre de Martina, por odio al buen tío Pedro y á su vara, mantenía más vivo que nunca el sagrado fuego del exclusivismo con respecto al derecho á la cruz... La cruz de piedra situada en el punto que se unían los límites de los dos partidos, era de Orcaja aunque á ello se opusiera el mundo entero, con el tío Pedro y su vara á la cabeza.

—Pero, hombre de Dios, — le dijo Pedro al voluntarioso padre de Martina, cierta tarde que se lo hubo á tiro de palabra. — Pero ¿que más da que la cruz sea de Orcaja ó de Robletal? ¿No murió en élla Cristo por todos? Pues que todos la adornen y vayan en romería los domingos á adorarla.

Pero el señor Juan... que nones. ¿Era la cruz de Orcaja? Pues los Orcajenses la adornarían.

Suerte que el alcalde de Robletal era hombre pacífico de suyo y bueno como un cristiano tonto, que sino, más de una vez hubiera concluído á estacazos ó tiros aquel eterno «que es de Orcaja». «Pues dicen que es de Robletal.» «¡Mienten!» «¡Que no!» «¡Que sí!...»

Lo dicho: que aquello tenía que acabar mal... y mal acabó, sobre todo para Juan, Pedro y sus correspondientes hijos, Miguelillo y Martina, que se pasaban las noches de claro en claro, desplumando las alas de Cupido...

¡Y cuidado si se querían los dos mozos!

Ajenos á todas aquellas contiendas, sólo deseaban que terminasen y sus padres se aviniesen al casorio, cosa en verdad dificililla en el camino porque marchaban las cosas... ¡Oh! Y allí no valía el ser mayor

de edad, ni el existir leyes que amparan los derechos de los hijos... Por suerte ó por desgracia, en Robletal y en Orcaja, como en la inmensa mayoría de los pueblos y aldeas humildes, que apenas si figuran en el mapa, no había más ley que la secularísima de obediencia filial. «*Padre manda*.» Esta es la ley. «Y tú obedeces y te casas con quien quiero ó no te casas porque yo lo mando » Eso del juez y el depósito y la emancipación y demás efectos ó consecuencias de la ley, se ha hecho para los impíos de las ciudades. En los Orcaja y Robletal, hay mucha fe, mucha sumisión y mucha obediencia; y si al padre le acomoda, la chica cumple los cuarenta sin casarse y sin chistar; para eso es hija; para obedecer. Si por el derecho de propiedad de una cruz de término se cazan á tiros, díganme ustedes lo que pasaría si una hija no obedeciese la ley paterna ó no respetase tales derechos.

Y por esto... por esto se morían de pena Miguelillo y Martina; porque eran hijos, y aunque mayores de edad, no lo eran en gobierno, que es la administración del poder.

—Esa bendita cruz será nuestra perdición—decíale él.

—Aunque tu padre no te quiera yo sí te quiero... y te querré siempre ¡siempre! Que no me case contigo, podrá lograrlo padre; pero que no te quiera, eso... eso no, Miguelillo.

***

Llegó el día más temido: el de las fiestas de Robletal... Las mozas habían tejido guirnaldas y hecho acopio de tomillo y retama olorosa para la bendita cruz... Los mozos... ¡buen acopio te dé Dios! requirieron el pistolón, el *cachorrillo*, la honda, la navaja y el vil garrote. Todo ello, por un por si acaso, pues seguramente los mozos de Orcaja tratarían de evitar que adornasen la cruz.

De intento, la romería partió de Robletal antes que de costumbre, llegó á la cruz, prosternóse de rodillas ante ella, con el alcalde á la cabeza, y un diluvio de flores, retama y guirnaldas, cayó sobre el pedestal.

—Esto marcha bien...—pensaba el tío Pedro—quiera Dios que no nos molesten los de Orcaja.

Mas no había concluído de formular mentalmente su pensamiento, cuando de los desmontes vecinos comenzó á caer un verdadero diluvio de piedras, algunas de las cuales hicieron blanco en las mujeres que ocupaban la vanguardia.

—¡Repuñales!—gritó con indignación el tío Pedro, por primera vez en su vida.—¡Eso á mí! ¡al alcalde! ¡á la autoridad suprema!

Las piedras seguían lloviendo... Un grupo de mozos de Orcaja, con el señor Juan al frente, avanzó hacia la cruz sin cesar en su pedrea; una voz gritó: «¡canallas!»; otros respondieron con la rica variedad de interjecciones de que tan bien provisto está nuestro idioma; y los de Robletal avanzaron, á pesar de la oposición del alcalde; y los Orcajenses también; y... aquéllo acabó como tenía previsto el buen Pedro: ¡mal! ¡muy mal! Cada mozo vengaba sus agravios en el que más antipático le era... y hubo tiros y palos y sangre.

Pero lo más grave fué el final, pues habiendo avanzado Miguelillo para calmar al iracundo padre de Martina, éste le gritó:

—A ti te buscaba, buen mozo... Ven para acá, que harto estoy ya de tus mosconeos, que ni á palos logro quitarle de las orejas á mi Martina.

—Pero señor Juan...

—A ti y á tu padre os las tengo prometidas.

—Señor Juan...

—Sois unos granujas...

—Señor Juan...

—Anda con ésta y no vuelvas por las tapias de mi corral.

Sonó un grito de dolor y otro de ira... Miguelillo acababa de recibir un navajazo en el pecho, dado por el señor Juan; pero éste no contaba con que el tío Pedro, antes que alcalde prudente, era padre amantísimo de sus hijos; y... no hubo remedio; los dos poderes efectivos de Robletal y Orcaja, se encontraron frente á frente, lívidos, iracundos, feroces.

La lucha fué breve. Cada cual esgrimía su navaja corta y ancha, de aguda punta y tajante filo... Rodaron por el suelo los dos, forcejearon, revolviéronse, hasta se mordieron como fieras... y al fin se levantó uno: el tío Pedro, el bonachón alcalde, que mirando muerto á sus pies al padre de Martina, tiró la navaja y murmuró con voz ronca:

—Esto había de acabar mal.

La guardia civil, llegada oportunamente, se encargó de prender á la suprema autoridad de Robletal y conducirla ante el juez del partido... Los telegramas expedidos á los periódicos mencionaron una vez más las tristes consecuencias de esas rencillas eternas entre pueblos vecinos; al pobre Miguel le enterraron casi junto á su matador el señor Juan; el tío Pedro fué á la cárcel tan solo para algunos años, gracias á la protección del cacique de la provincia, y allá en Robletal y Orcaja quedaron llorando: la pobre Martina su orfandad y su amor perdido, y la hija del señor Pedro, su abandono y la miseria en que, poco á poco, quedó con sus dos pequeñuelos, los nietecillos del bondadoso ex alcalde.

Unicamente la cruz, siguió en su puesto, extendiendo sus brazos redentores, sobre las míseras luchas de los mortales.

***

La noche era plácida, serena, de estío... El señor Pedro, llena de canas la cabeza, volvía con su hatillo y su cayado, del penal de San Miguel de los Reyes... A pasos lentos y cansados, avanzaba por la carretera... Iba á pasar junto á la cruz, en cuyas gradas cayó muerto Miguelillo, iba á saber de sus nietos... ¿Qué habría sido de ellos? Sólo una carta recibió en el penal, notificándole la muerte de su hija, carta de incorrecta oración, breve y confusa como los pensamientos de un loco... ¡Sus nietos!... ¡Pobrecillos! Por ellos y por el hijo asesinado lloraba en presidio...

Se detuvo... Sí... aquel mástil blanco de piedra, era la cruz, el límite de dos odios. Allí cayó su hijo; allí fué él criminal. ¡La cruz! ¡La cruz!... Avanzó hacia élla iracundo, terrible, blasfemando; aquel símbolo de redención, para él, lo era de discordia, de odio, de venganza. «¡Cruz maldita! ¡cruz...!» Quedó atónito el ya viejo Pedro... Una figura vestida de negros harapos y llevando de la mano á dos niños, avanzaba hacia el tosco pedestal... La miró... Se oyeron dos gritos:

—¡Martina!

—¡Señor Pedro!

Luego largo silencio, una contemplación muda y mutua, algo así como un diálogo de los pensamientos .. Después...

—Te casaste, ¿eh?

—No, señor Pedro.

—¿Esos rapaces...?

—No son míos.

—¿Me odias?

—No.

—Maté á tu padre.

—El mató á Miguel.

—¿A qué vienes aquí de noche?

—A rezar.

—¿Por quién?

—Por todos.

—¿Con esas criaturas?

—Sí; ellas también rezan. Yo les he enseñado. Venga usted y verá... Arrodillémonos todos.

—¡En la cruz, no!

—En la cruz, señor Pedro. Así... de rodillas... Oiga usted... ya rezan los chicos... Por madre que está en los cielos... porque el abuelo vuelva pronto.

—¡Martina! ¿Son estos...?

—Sus nietos, señor Pedro. Aquí los tiene usted criados por mí, desde que murió su hija de usted...

—¡Martina! ¡hijitos míos!

—Déjeles usted que acaben su oración á la cruz.

—¡Cruz de las discordias!

—Señor Pedro, es la cruz... Nada más... Ante ella han caído los nuestros por sus odios y sus culpas; ante ella han rezado los nietos de usted; abrazada á su árbol frío, he llorado mi amor y pedido á los cielos por todos... Bésela usted... Es lo único que nos queda, lo último que miraron mi padre y Miguel; lo último que abrazaremos al morir.

—Es verdad Martina,—contestó el anciano con un sollozo, cayendo sobre las gradas y apoyando la frente en el pedestal.—La cruz es el perdón, puesto que ella hace que no me odies.

—La cruz es algo más... que ni usted ni yo sabemos.—contestó con tristeza Martina.

Luis de Val

Ilustraciones de

Pablo Béjar.



LO QUE ES EL OLIMPO



¿Qué es el Olimpo? — Para el niño un juego
de pájaros, de músicas y de flores.—
¿Qué es para el joven? — Lupanar de amores,
eterna forma del Olimpo griego.—
¿Qué es para el hombre? — Para el hombre ciego
es un templo de glorias y de honores;
y el viejo se lo finge en sus dolores
como un rincón de paz y de sosiego.—
Y el viejo ya senil ¿en qué convierte
del Olimpo la espléndida morada?—
En un *no sér,* que es menos que la muerte.
Así la infancia y la vejez helada
van cambiando el Olimpo de esta suerte
en *flores,* en *amor,* en *paz,* en *nada!*

Ramón DE CAMPOAMOR

Ilustración de Gaspar Camps.



Cuadro de T. Muñoz Lucena.

MUERTOS ILUSTRES

El año pasado se despidió causando dos irreparables bajas en las filas de nuestras notabilidades artísticas.

Arturo Mélida y Plácido Francés, distinguido arquitecto el uno, afamado pintor el otro y colaboradores ambos de esta publicación, dejaron de existir casi al mismo tiempo, cuando aún podía esperarse mucho de su talento y laboriosidad, ocasionando esta doble pérdida el natural sentimiento en los numerosos amigos y admiradores de los insignes finados.

Los periódicos de Madrid, donde los dos residían y eran por lo tanto más conocidos, han publicado sentidos artículos á su memoria, de los cuales, deseosos de rendirles también el merecido tributo, entresacamos las siguientes líneas y las hacemos nuestras:

« Con dolorosa frecuencia tenemos que noticiar la pérdida de artistas famosos, entusiastas, populares; la muerte parece avara de los hombres que más contribuyen al fomento de la cultura nacional, y mientras resultan punto menos que inmortales muchos ciudadanos que jamás hicieron nada útil ni para nada aprovechable sirven, intelectualmente hablando, van pasando á mejor vida los luchadores de la idea, los cultistas del arte.

Suñol, Villajos, Francés, Mélida... ¡El pobre Arturo Mélida, tan castigado por desdichas físicas de algunos años á esta parte! Para cuantos le conocimos y le tratamos, la noticia de su muerte nos parecerá mentira, mientras en la memoria tengamos aquella fisonomía franca, típicamente madrileña de un siglo ha, que pedía siempre, como preciso complemento, la indumentaría coetánea de Goya.

Los que personalmente no le conocieron, las generaciones venideras, sabrán de Mélida por sus trabajos arquitectónicos restauradores de San Juan de los Reyes, por el monumento á Colón que tiene Madrid frente á la Casa de la Moneda, por el hermosísimo mausoleo que en la catedral de Sevilla guarda los restos de Colón, por los numerosos trabajos de su profesión que han señalado avances prodigiosos en la arquitectura contemporánea, trabajos que han convertido en museos los palacios de Denia y Baüer y tantas otras señoriales residencias españolas.

Era de los arquitectos artistas que se deleitan convirtiendo las líneas en encajes y las piedras en hojas y flores, con todos los primores y filigranas platerescas de aquel estilo, genuinamente nacional, que durante siglos enteros fué injustamente preterido ó detestablemente imitado.

† Arturo Mélida.

De las varias aptitudes que atesoraba, deja pruebas en la edición ilustrada de los *Episodios Nacionales*, cuyas páginas guardan gallardías inimitables de su talento como intérprete gráfico de lo que Galdós narró y escribió en su admirable prosa. Escribía como dibujaba, y la Academia de San Fernando no ha de olvidar el discurso con que la deleitó el día de su recepción en ella como individuo de número.

Hermano del inolvidable pintor Enrique y del eruditísimo maestro en arqueología, José Ramón, dió alto renombre á su apellido, por sus hermanos enaltecido también de laboriosa y ejemplar manera.»

«Plácido Francés, nacido en Alcoy, pertenecía á la brillante escuela valenciana moderna, que es la que ha dado mayor número y más notables maestros á nuestra pintura.

Su estilo limpio, correcto y de cuidadoso dibujo, era muy decidido; tendía, como colorista, más á las claridades alegres que á los efectos de tonalidad y de gamas. Dominaba con maestría la pintura en grande, mejor que las convencionales abreviaciones de lo pequeño.

Ha hecho retratos muy notables, entre ellos uno de una señorita, hija del reputado Dr. Vallcorba, de tan magistral ejecución como las mejores cabezas de Velázquez.

Como maestro, ha tenido el honor de iniciar en el arte á Domingo Marqués y á Emilio Sala. Su hija Fernanda es también una notable pintora, y su hijo Juan, con cuya colaboración se honra también el Album Salón, es uno de los artistas jóvenes de más valer. Aunque Plácido Francés obtuvo varias distinciones en su carrera, todas fueron inferiores al mérito que los artistas lealmente le reconocían.»

Ha sido fundador del Círculo de Bellas Artes de Madrid y Secretario de la escuela Superior de Artes é Industrias durante muchos años.

Tenemos casi por seguro y lo consignamos con especial satisfacción que nos consagró sus postreras pinceladas, pues pintó exprofeso para esta Revista el hermosísimo cuadro que nuestros suscriptores pudieron admirar en la portada del número 128, último del año anterior.

Embargados todavía por el profundo sentimiento que nos ha causado la doble noticia de haber desaparecido del mundo de los vivos dos artistas de tan indiscutible importancia, hacemos votos porque gocen allá arriba de la gloria que aquí han dejado, y enviamos á las respectivas familias nuestro sentido pésame, en testimonio de la parte no pequeña que el Album Salón toma en su acerbo dolor.

* * *



† Plácido Francés.

BELLAS ARTES

El carácter quincenal de esta Revista nos impide con frecuencia dar cuenta del movimiento artístico de Barcelona, á causa del retardo que han de sufrir forzosamente las noticias de la actualidad fugitiva.

Hoy, sin embargo, debemos echar una mirada retrospectiva á un acontecimiento que tuvo la virtud de interesar á los inteligentes y á la crítica; nos referimos á la exposición de pinturas que Eliseo Meifrén celebró en el «Círculo Artístico» de esta capital. A ello nos incita, particularmente, la oportunidad de publicar en este número dos de los cuadros que figuraban en aquella exposición.

Meifrén, de quien hablamos extensamente hace algún tiempo, con motivo de una exhibición semejante, atraviesa actualmente una de esas épocas febriles tan propias de su naturaleza artística, y que le colocan en el número de los pintores más fecundos de nuestra región. Le estudiamos, la otra vez, desde el punto de vista de su temperamento, haciendo notar la evolución de su arte, que le afirmaba, en su última etapa, maestro consumado en la marina y el paisaje. Llegado ya á la madurez de su talento, la reciente exposición le ha servido para aplicar á infinita variedad de temas y aspectos de la luz su pródiga fantasía, templada por un mecanismo magistral y reposado.

No es de extrañar, pues, que su exposición causara, en conjunto, excelente efecto á inteligentes y profanos, como resultado de la unión de todas las buenas cualidades del fogoso artista.

Cincuenta fueron las obras expuestas, distintas todas entre sí, lo que demuestra la rica cartera que posee Meifrén. Muchas á pleno sol, otras con las armoniosas tintas crepusculares, otras plateadas por la luz de la luna; paisajes en que dominaban las arboledas, otros representando abruptas quebradas ó barrancos, otros con una sola línea de tierra que cortaba oblicuamente el cielo; marinas de mediodía con mares de cobalto, calas tranquilas en cuya tersura se espejaban las casas de la orilla, rincones sombríos en que las ondas ligeramente rizadas tomaban los severos tonos de la naturaleza circunstante, mares grises como acero fundido; interiores blanqueados, de transparentes penumbras. Había allí cuadros tan jugosos como *Naranjos*, tan bien observados como *La Manigua* (Vallvidrera), tan finos como *Día gris* (Cadaqués), tan robustos como *La Costa*, tan armoniosos como *Poesía* y *Mi hora*, tan hermosos como *Pantano* (Vallvidrera), tan húmedos como *Charenton*, tan risueños como *Idilio*, tan frescos como *Álamos blancos*, tan misteriosos como *Marina de Cadaqués* (noche); tan bien dibujados como *Septiembre* y tantos otros que, como los dos, *Armonía rosa* y *Armonía azul* que publicamos, componían el núcleo principal de la simpática exposición y daban clara idea de la personalidad artística de Meifrén.

***

Casi sin espacio ya para terminar esta revista, nos limitaremos á llamar la atención de nuestros lectores sobre el bonito cuadro *Ociosa*, que figura en la primera página de este número, y en la que Muñoz Lucena ha vertido las galas de su paleta; y la elegante escena del cuadro, *En la trinchera*, que firma Enrique Estevan, preludio de un combate en el que de fijo sucumbirá el más fuerte.

Francisco CASANOVAS

EL MANICOMIO



ESCULTURA de José Llimona.

Cada tarde se reunían en la salita del Ateneo los diez ó doce médicos que habían sido constantes compañeros y amigos durante todos los cursos de la carrera y que luego, ejerciendo su profesión, habían sabido guardar, con la buena amistad, un compañerismo á toda prueba.

Entre ellos tenía gran predicamento uno de los más jóvenes, médico de gran fama y de dilatada clientela, cuyas consultas se disputaba la gente encopetada de la ciudad. Contaba unos cuarenta años, era enjuto de carnes, atezado de rostro y de facciones enérgicas y acentuadas. En sus ademanes, en el tono imperioso, en las respuestas breves, se advertía el hombre de acción antes que el de estudio. Y, sin embargo, era el que de mayor y más merecida fama gozaba de cuantos estaban reunidos.

Aquella tarde se hablaba de un Manicomio Modelo que en breve debía inaugurarse y que reunía todos los adelantos que la psiquiatría ha hecho durante los últimos años. Desde que principió la conversación á encauzarse por tal camino y sobre tal tema, Pepe García — así le llamaban sus compañeros — parecía estar violento, contrariado. Al cabo y como continuara hablándose del manicomio, se levantó bruscamente é iba á marcharse, cuando uno de los reunidos, íntimo amigo suyo, le detuvo y le dijo:

—Oye, Pepe ¿tanta repugnancia te inspira hablar de locos y de degenerados, que basta que por casualidad se trate de ellos para que nos abandones?

—¿Que si tiene fundamento mi repugnancia?..

Y, al decir esto, el rostro de García expresó tan claramente una impresión dolorosa, tradujo con tanta elocuencia algo de lo que pasaba en su cerebro, que su amigo quedó callado. Veíase que sentía haber dado tan de lleno en el clavo; que le dolía haber provocado con tanta fuerza un recuerdo evidentemente doloroso.

La emoción del gran médico fué tan breve como había sido intensa. Sentóse de nuevo, bebió dos ó tres copas de coñac una tras otra, serenóse por completo y habló así:

—Sí, tiene fundamento, gran fundamento y bien triste por cierto mi aversión, mi horror á los manicomios. Tanto, que estoy seguro que de tratar mucho tiempo de esas cuestiones acabaría por nublarse mi inteligencia. Sin embargo no proviene esa repugnancia de nada que á mí mismo me afecte. ¿Conoció alguno de vosotros á una muchacha que hace quince años era poco menos que la reina de la moda en esta ciudad, hija del banquero Salado y una de las más hermosas que asistían á teatros y paseos? Estoy seguro de que todos la recordáis. Lo que quizá no sabéis es su trágico fin. En aquella época tenía yo veintitrés años, acababa de doctorarme en Medicina; pero era pobre como una rata y los clientes se empeñaban en no llamar á mi puerta. Claro está que parecía yo un partido deplorable para una muchacha del fuste de Angela. Esta, á pesar de mi pobreza, de mi brusquedad, de mi escasa elegancia, me amó como yo la amaba. Es que sin duda adivinó la gran pasión que me había inspirado, la voluntad firmísima que en el querer he tenido siempre. Pero la chica era honrada y no podía casarse conmigo. Durante dos años que duraron nuestras relaciones desdeñó brillantes partidos. Sus padres no sabían á qué atribuir semejante conducta, hasta que al fin confesó de plano. Afirmó que sólo se casaría conmigo. Llamóme su padre. No valieron súplicas, ni promesas, ni pude hacer entrar en su cerrada mollera de banquero afortunado, que una inteligencia clara, una voluntad firme, eran más segura prenda de fortuna que los caprichos estúpidos de la suerte, representados por una propiedad que puede perderse, por unos títulos que pueden quemarse, por unos negocios que pueden ir de mal en peor. Aun cuando tenaz y paciente, me irritó aquella estupidez paternal. Pensé—Dios me perdone—que de tal palo, tal astilla, que el tiesto se podía parecer á la olla, y sin despedirme de la pobre muchacha, sin pensarlo dos veces, reuní todos los cuartejos que pude y me marché á Inglaterra. Ejercí allí diez años con suerte. Una operación afortunada creóme una reputación. Al volver á España, tenía un nombre y una fortuna. Podía aspirar á lo que quisiera. No habría padre que me despreciara para su hija.

Apenas aquí, fuí á casa de Angela. Vivía aún el bruto de su padre; me di á conocer y el viejo se echó á llorar

—¿Ha muerto Angela?—pregunté.

—¡Está loca!

Fuí al manicomio. El director me enseñó el cuerpo de la mujer que amara. Monstruosamente gorda, quieta en un rincón de la estancia, estúpida la fisonomía que tan bella había sido, vivía con vida animal únicamente. Ingería los alimentos á la fuerza, no hablaba con nadie, ni con las otras enfermas ni con las enfermeras, y desde que se levantaba hasta que se acostaba, como recuerdo de la inteligencia que tuvo y del amor que me consagró, repetía, sin expresión ninguna, como una muñeca que habla automáticamente:—¡Pepe!

La hablé, lloré junto á ella, probé si una sacudida la sacaba de su entorpecimiento, le expliqué quién era, probé á ser nuevo Cristo de aquel Lázaro con movimiento y sin alma. En vano. La locura era incurable. La materia había anulado al espíritu. Y aún ahora, cuando os hablo, me parece que oigo su voz sin timbre, sus labios sin expresión que repiten:

—¡Pepe! ¡Pepe!

Augusto RIERA



Srta. Araminda Otto.

Profesora de piano y autora de la pieza musical que acompaña el presente número.

ELÍSEO MEIFRÉN



ARMONÍA ROSA

ELÍSEO MEIFRÉN



ARMONÍA AZUL



Arreciaba el viento, cubríase el cielo de nubarrones, caía la lluvia con estrépito amenazando furiosa tormenta. Ninguno de los que estaban en la sala se ocupaba del tiempo.

Tres niñas de rubios y ensortijados cabellos, cutis más blanco que el alabastro, de expresiva fisonomía, azules ojos, traviesas, bulliciosas, retozonas, jugaban con sus muñecas, esforzándose en que un gatito blanco se sostuviese en pie y tomase el pulso á un *bebé* de cera, y riéndose con estrépito al ver que el *galeno* volvía á cada instante á su natural postura de sostenerse en cuatro patas, sin dar importancia alguna á la grave dolencia del muñeco enfermo.

En el ángulo de la sala, sentado en un sillón, estaba un elegante joven. Se pasaba continuamente la mano por la frente como si quisiera alejar alguna idea que le preocupara mucho.

De pie, apoyada en la consola, contemplaba la joven madre á sus hijas. Sonreía al verlas jugar con sus muñecas, y con la alegría retratada en sus rostros infantiles.

De pronto volvió la vista y reparó en la preocupación del hombre á quien tanto amaba. Nublóse su frente, una gran angustia oprimió su pecho y anhelante se acercó á él despacito, sentóse en sus rodillas, le ciñó los brazos al cuello, y buscó amorosa sus labios; pero antes que llegase á darle un beso, él la miró con desprecio y rechazándola la dijo con dureza:

—¡Déjame! ¡Qué impudor! ¿No ves que están ahí las niñas y no debes demostrar así tu excesivo cariño? ¡Modérate un poco, eres demasiado impetuosa en tus demostraciones de afecto, y eso me desagrada!

—¡Jacinto!—contestó ella con dignidad;—eres injusto y cruel...

El fulgor de un relámpago y un trueno espantoso hizo estremecer á las niñas que, llorosas y acongojadas se refugiaron en el regazo de su madre, la cual abrazólas con vehemencia estrechándolas fuertemente contra su pecho.

¡Ella también lloraba! Resonaban en sus oídos las duras frases de Jacinto, pareciéndola que algo se derrumbaba, que el edificio de su dicha no descansaba sobre sólidos cimientos y que todo se hundía, todo se venía por tierra.

¡Qué mal la juzgaba Jacinto! Le veía triste, pensativo, y quería disipar con su afecto las penas que le afligían, quería distraerle... y él, con lamentable error confundía su tierna solicitud con voluptuosos deseos.

Otras veces había censurado Jacinto que fuese tan expresiva con él; pero se lo decía con cariño, nunca con aquel tono brusco y grosero que él no acostumbraba á usar con nadie.

—Tengo miedo mamá;—dijo Juanita, la mayor de las niñas, al oir los truenos que eran cada vez mayores.

—No te asustes, tonta,—dijo con valentía Lucila;—yo no tengo miedo estando al lado de mis papás.

—Así debes ser tú, Juanita,—dijo Rosa,—valiente como tu hermana.

Juanita abrió sus grandes ojos azules, la miró fijamente y exclamó con picardía:

—Tú también tienes miedo, mamá, y estás llorando.

—No lloro de miedo, hija mía, lloro por...—y sin poder proseguir rompió en convulsivos sollozos.

Jacinto la miró con enojo y se marchó á su habitación.

Rosa procuró contener sus lágrimas, se llevó las niñas, las hizo rezar, las desnudó, acostó á cada una en su camita y se quedó con ellas hasta que estuvieran dormidas.

La lluvia cesaba, ya no se oían truenos, algunas estrellas brillaban, tachonando el firmamento, y la luna ostentaba su plateado disco.

Una esperanza consoladora brotó en el alma de Rosa. Pensó que así como se calmaba la tormenta y lucía el buen tiempo, así también cesaría su pena.

Miraba con ansiedad á la puerta esperando ver asomar á su adorado Jacinto que, como otras veces que la ofendía, iría luego á implorar su perdón. ¡Ah, con qué placer le perdonaría! ¡Cuán pronto olvidaría el agravio recibido! Muy grosero había estado; pero como le amaba tanto, todo quedaría perdonado.

Transcurrían las horas y Jacinto no se presentaba. Sus sienes latían con violencia, estaba febril, agitadísima, y aquella idea tenaz que siempre la perseguía de que él no la amaba, tomaba en su cerebro colosales proporciones. Sentóse en un sofá, apoyó la mano en la ardorosa frente y evocó el pasado.

Murieron sus padres en España y la mandaron á Francia á una pequeña aldea cerca de París; allí estaba Gavirio, un escultor notable, amigo de sus padres. ¡Cuánto la quería; con qué tierna solicitud la cuidaba y qué deliciosa pasó la niñez al lado de aquel artista que era un niño grande, siempre indulgente y cariñoso.

La enseñó á pintar y entró en la fábrica de porcelana de Sevres.

Ganaba mucho y era de todos admirada por la originalidad de los dibujos, la viveza del colorido, y el realce que tenían sus pinturas. El encargado de la sección decía siempre:

—Las pinturas de la joven española *se salen de la porcelana*.

¡Qué bien se llevaban Gavirio y ella! ¡A todas partes iban juntos, amándose como si fueran padre é hija!

No había tenido nunca novio y su corazón permanecía tranquilo.

Una tarde, tres elegantes jóvenes visitaron la fábrica y, al oir elogiar á la joven española, ellos que también eran de España, fueron con mayor afán á donde trabajaba Rosa.

Esta pintaba un precioso paisaje en un hermoso jarrón, y exclamó uno de ellos en castellano:

—¡Bellísima obra. Mira, Jacinto, qué colorido, qué expresión, qué figuras tan delicadas!

Rosa volvió la cabeza al oir hablar en su idioma y entabló conversación con los jóvenes. El encargado de la sección rogó á la joven les enseñase la fábrica y ella muy contenta les sirvió de *cicerone* mostrándoles todo lo más notable.

Vieron los enormes aparatos de levigación, en donde el *raolín*, materia principal para la fabricación de la porcelana, se deja ablandar en grandes depósitos de agua, con la que se mezcla después por medio de un agitador mecánico, pasando en grandes cubos á donde el *raolín* reposa para formar con aquella suave masa tantos preciosos objetos.

Visitaron luego los hornos para la cochura de la porcelana, las cápsulas en donde se encierran los objetos para que no se deformen. Rosa, muy artista y al corriente de todo, hacía pintorescas y minuciosas descripciones, elogiando la magnificencia de tan hermosa fábrica.

Vieron también los vastos salones en que hábiles obreras pintaban con cuidado sumo las delicadas porcelanas.

Jacinto, apenas se fijaba en nada, sólo miraba á Rosa abrumándola á galanterías, y cuando oyó su nombre, inclinóse hacia ella, diciéndole con dulce y cariñoso acento:

—Se llama usted Rosa y yo Jacinto ¿Quiere usted que los dos hagamos un ramo?

Aquellas frases sonaron en sus oídos como una música deliciosa, y muchas horas después aún estaba como embobada y sin hacer cosa de provecho; sólo veía á Jacinto inclinado hacia ella, y murmurando con dulce voz: —¿Quiere usted que hagamos un ramo?

Nada dijo á Gavirio y cuando pasaron unos días la pareció que todo había sido un hermoso sueño; pero una tarde, al salir de la fábrica, se encontró con Jacinto, entablaron conversación y la acompañó hasta su casa. Desde aquel día la hizo la corte con asiduidad y Rosa, inocente, creyó sincero el amor del joven.

Gavirio siempre vió con desagrado aquellos amores, la diferente posición social de Jacinto de la Bárcena, que pertenecía á una de las más opulentas familias de Madrid, dificultaría que aquel matrimonio se llevase á cabo, y su Rosita se quedaría sin novio después de haberse forjado las más risueñas esperanzas.

Aún fué peor lo que sucedió; Jacinto la dijo que sus padres no consentían que se casase con ella y que se iba á suicidar, pues la vida sin su Rosa era para él un martirio.

Creyólo la sencilla joven y, después de mucho luchar, consintió en irse con él.

Los primeros años fueron felicísimos; compró Jacinto una preciosa casa de campo en Brillancourt y allí vivían los dos, olvidados del resto del mundo.

En aquel nido encantador nacieron las tres niñas, á las que Rosa adoraba.

Gavirio, el protector de Rosa, su segundo padre, no la perdonó su falta; no quiso volver á verla más y se marchó á Roma, consagrándose por completo al arte.

Notable escultor y hombre buenísimo, había sufrido mucho. Su mujer, á la que amaba con locura, le fué infiel, abandonándole por un cómico. Despreciada después por el seductor que la abandonó, fué degradándose cada vez más hasta que murió en un hospital.

Gavirio se alejó de la sociedad, sólo se trataba con los padres de Rosa y, al morir éstos, amparó á la huerfanita siendo para ella un cariñoso padre, procurando inculcarle amor al divino arte.

La escultura no la gustaba, prefería mezclar en la paleta colores y más colores y pintar cuadros, sobre todo paisaje.

¡Cómo se entusiasmaba Gavirio cuando veía á Rosita delante del caballete pintar con afán y crear obras tan bellas! Pero no estaba satisfecho, él quería que fuese escultora.

—Tienes en el dibujo una pureza de líneas, un trazo tan varonil y robusto que serías una escultora notable,—decía siempre Gavirio.

Rosa le contestaba que no. Sólo la gustaba pintar extensas arboledas, lagos, barquitas, ovejas y pastorcitos, puestas de sol, noches de luna. ¡La naturaleza en sus múltiples y bellas manifestaciones!

¡Ah, cuánto había sufrido el buen Gavirio! Jamás pensó el noble artista que aquella niña cándida y pura huyese de su casa con un hombre que nunca la daría su nombre.

Ella era culpable, sí; pero la pasión la había cegado, no sabía lo que hacía y pensaba que, al ver su conducta, al saber lo mucho que amaba á Jacinto, consentirían sus padres en que la tomase por esposa, y entonces Gavirio la perdonaría.

Poco á poco esa dulce esperanza fué desvaneciéndose; Jacinto se mostraba con ella menos afectuoso. A veces estaba ausente muchos meses sin escribirla y, cuando llegaba, apenas si se fijaba en las niñas y la reprendía por ser tan vehemente. ¡La reñía porque ella le amaba tanto!

Cuando la veía llorar y sufrir, entonces la acariciaba y la pedía perdón, que ella le concedía en el acto. ¡Tan grande era su cariño y el afán de que diera nombre á sus hijas, que todo lo olvidaba!

Hacía unos meses que demostraba bien claramente que aquellos lazos eran ya para él pesada cadena. Frío, reservado, desigual el carácter y siempre preocupado, hacía sufrir á Rosa muchísimo, pero nunca creyó que la abandonase.

No sabía la infeliz que estaba ya decretada su sentencia.

Jacinto había recibido una carta de sus padres en que le decían que se habían enterado de aquellos amores y le mandaban regresase á Madrid, ya que en vez de estudiar se estaba en Brillancourt con aquella mujer.

La rosada luz de la aurora penetraba por las ventanas y la pobre Rosa sollozaba. ¡Su corazón presagiaba una gran desgracia!

***

¡Estaba anonadada! ¡Jacinto, aquel hombre que la sedujo con tan vehementes frases de amor, que se iba á suicidar si ella no le seguía, la abandonaba, dejándola deshonrada! ¡No era un sueño, no! Allí estaba el papel, la carta fatal en que la decía que, obligado por sus padres á marcharse á Madrid, le exigían un cambio de vida. La mandaba la escritura de propiedad de la casa en que vivían y trescientos francos, ofreciéndola igual cantidad mensual para que pudiese vivir ella y las niñas.

¡Ni una frase de cariño! ¡Qué horrible martirio, qué cruel abandono, qué soledad en el alma, qué decepción tan terrible!

¡Sus hijas estaban á cubierto de la miseria, pero no tenían nombre! Sobre su pura frente llevaban impresas las huellas del deshonor!

Estrujaba febrilmente la odiosa carta, la volvía á desdoblar, la leía una y mil veces, pareciéndola que aquellas letras echaban fuego, que bailaban, que tenían extrañas y amenazadoras figuras.

Quedóse rendida, como si hubiera hecho larga caminata á pie; sentía sus miembros entumecidos, poseída de profundo desaliento, cual si saliese de larga y penosa enfermedad.

Se pasaba los días recostada en el sofá, la vida no tenía para ella ningún atractivo, abstraíase en sus tristes pensamientos y languidecía como flor tronchada por el tallo.

Cuando las niñas preguntaron cuándo volvería papá, un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, y para que en sus tiernos corazones no quedase la impresión de aquella espantosa desgracia las dijo que su buen papá había muerto. Vistiéronse de luto y las desgraciadas niñas ignoraron que su padre las había abandonado.

Los días se sucedían monótonos y tristes, el horrible invierno ateria de frío el cuerpo débil de la pobre Rosa y hubiera muerto por consunción.

Un telegrama de Gavirio, diciéndola que iba á su lado, animó á la desventurada haciendo tomar otro rumbo á sus ideas.

¿Qué le sucedía á Gavirio que volvía después de tan larga ausencia? ¿La perdonaba, estaba enfermo y quería morir á su lado? Algo extraordinario le pasaba á su protector cuando olvidaba el daño que ella le había causado.

Ansiaba verle, reclinar su abatida frente en el seno del buen anciano, llorar, contarle sus penas; ¡ah! los instantes la parecían siglos y ya no estaba inactiva, al contrario, todo quería que estuviese bien arreglado, iba de un lado á otro, daba órdenes á la criada, y procuraba imprimir un aspecto más alegre á la casa, que desde la marcha de Jacinto andaba como Dios quería.

Pilar FONTANILLES DE BÉJAR

(Concluirá)



Ilustraciones de Pablo Béjar.

ENRIQUE ESTEVAN



EN LA TRINCHERA

CANTANTES CÉLEBRES

DELFINO MENOTTI

Es un gran artista. Un verdadero artista de raza, de sangre, un artista que si no hubiera tenido una voz admirable, si no hubiese dedicado su inspiración y su talento al cultivo del arte lírico, igualmente hubiese alcanzado la celebridad.

De no ser cantante, hubiera sido pintor, poeta, músico; en las exposiciones, los primeros premios habrían ido unidos á su nombre, el público habríase aprendido de memoria sus versos ó su música recorrería en triunfo los grandes teatros de Europa. Es un hombre nacido para la gloria y el triunfo; uno de los que, llevando el *quid divinum* en la frente están providencialmente señalados para legar á la posteridad el recuerdo de su vida luminosa.

Italiano de corazón, sintiendo en su espíritu los generosos impulsos del amor patrio, apenas salido de las aulas, donde seguramente la rigidez académica no estimaría en mucho el alma expansiva y libre del artista, sus primeras iniciativas, sus trabajos primeros dedicáronse á la liberación de su tierra sagrada de la tiranía del poder extranjero. Menotti, fué político, apenas salido de la adolescencia. Pero político, como únicamente puede serlo un artista. Político á la manera romántica; conspirador audaz, cuyos arrebatos patrióticos cuidóse de curar paternalmente el gobierno, encarcelándole primero y desterrándole más tarde de su querido Trieste que él soñaba en libertar, Menotti halló una dirección á su espíritu y un consuelo á sus amarguras de patriota, dedicándose al arte y convirtiendo su nombre en una gloria legítima de Italia.

Estudió el canto con los maestros Rota, de Trieste, y Sebastián Ronconi, de Milán. Hizo su debut en Florencia y muy en breve, cantando en Milán *La Linda de Chamounix* y *Rigoletto*, en el teatro «Manzoni», obtu-



Fot. de J. Martí

vo un gran éxito, colocándole la opinión general y la crítica en primer lugar, en el lugar de las eminencias. De entonces á ahora, su carrera de triunfos no se ha visto interrumpida. En la «Scala de Milán» ha cantado en tres temporadas; en el «Real en Madrid» cinco consecutivas, cuatro en Lisboa, cuatro en Sevilla, dos en Valencia, otras tantas en el «Teatro Regio de Turín», é igualmente en el «Regio de Parma», «Verdi de Padova», «Regio de Génova» y «Odessa». En Berlín y San Petersburgo obtuvo grandes ovaciones. Su *tournée* por América dejó en Buenos Aires, en Montevideo, en Santiago de Chile y en Valparaíso recuerdos gratísimos y un núcleo de amigos y admiradores fervientes.

La familia Real española le ha distinguido extraordinariamente. Interpretando *Los Maestros Cantores* en el «Teatro Real de Madrid», S. M. la Reina Regente, Doña María Cristina, honróle llamándole al palco regio, para felicitarle afectuosamente, llevando sus bondades á invitarle á tomar parte en un concierto palatino en unión del insigne Sarasate y la eminente Regina Paccini.

S. A. R. la Infanta Doña Isabel, cuya competencia en arte es de todos reconocida, le invitó repetidas veces para dar audiciones, felicitándole siempre entusiásticamente.

Tratándose de un artista de la celebridad universal de Menotti, inútil nos parece consignar que ha cantado en compañía de los más eminentes artistas; la Patti, la Pasqüa, Durand, Teodorini, Tetrazzini, Nevada, Paccini, Waurant, Darclée, con quien creó la *Tosca* en Lisboa, Gayarre, Stagno, Massini, Tamagno, Marconi, Bonci, De-Lucia, De-Marchi, Caruro, Uetam, Navarrini.

. . . .

Carácter llano y afable, amigo de sus amigos, el mejor elogio de su persona, está hecho con decir que, siendo casi tradicional en el teatro que la maledicencia se ceba en todos y muy especialmente en aquellos que más alto brillan, para Menotti, no tienen sus compañeros más que frases de elogio, de admiración y de respeto. Si no temiéramos ofender su modestia, relataríamos mil rasgos de generosidad y de valentía que sus compañeros tienen á gala contar por doquiera con satisfacción y orgullo.

Es Caballero de la Real y distinguida orden de Isabel la Católica y del Cristo de Portugal.

Ausente de España hace algunos años, su aparición en el «Liceo de Barcelona» ha constituído un verdadero acontecimiento, impulsando su éxito á la empresa del «Teatro Real de Madrid» á telegrafiarle seguidamente proponiéndole una excelente contrata.

¿Y qué más hemos de decir? Su labor en la actual temporada ha sido celebrada tan unánimemente, que cuanto nosotros añadiéramos en su elogio resultaría pálido ante la realidad.

D. SIMÓ

INES SALVADOR MARTINEZ

Es una verdadera artista en cuya persona la naturaleza ha agotado sus dones. De su hermosura, mejor que la fría retórica de unas frases de elogio, habla su retrato que figura entre estas líneas. Sus condiciones de artista, la maravilla de su voz, la maestría de su escuela de canto y su dominio absoluto de la escena, antes que lo dijésemos nosotros, habíanlo proclamado los públicos más inteligentes y reconocido unánimemente los más severos críticos.

Precoz, como toda artista de valía y de corazón, á los 17 años obtuvo el primer premio de piano en el Conservatorio de Madrid, estudiando bajo la dirección del maestro don Isaac Albéniz. El insigne bajo Uetam fué el primero en adivinar el tesoro de su garganta y quien la impelió á estudiar el canto.

Debutó en el teatro «Príncipe Alfonso», teniendo de director á don Juan Goula, con el *Faust*, siendo en aquella misma temporada consagrada como *prima donna* en *Aida* y *Trovador*.

Del teatro madrileño pasó al «Apolo» de Valencia, donde hizo una campaña brillantísima, hasta el extremo de que durante toda la temporada la tablilla de «no hay billetes», sueño dorado de los empresarios, lució sobre la taquilla.

Más tarde recorrió con la eminente Nevada los principales teatros de España, en una *tournée* provechosa, para volver muy luego á la ciudad de sus triunfos, á Valencia, obteniendo la continuación de sus éxitos con *Aida* en el teatro «Principal».



Fot. de Franzen (Madrid).

En Italia, en Alejandría (Egipto), en Portugal, en Rumanía, donde quiera que ha ido, el éxito ha sido premio constante de sus méritos y trabajos.

En el «Teatro Real de Madrid», cuyo público sobradamente exigente pasa por ser el más severo de Europa, ha obtenido los más grandes triunfos en cuatro temporadas. En aquel regio coliseo estrenó el *Sanson y Dalila* de Saint-Saens, interpretando la parte de protagonista.

En Barcelona ha cantado el *Cristóbal Colón*, *Lohengrin*, *Trovador* y *Carmen*, una de sus óperas favoritas.

En su breve carrera artística, porque la señorita Salvador es muy joven, ha *alternado* — perdonad la palabra en gracia á la exactitud — con los más célebres de sus contemporáneos, entre otros: Massini, Marconi, Bonci, Garulli y De-Marchi.

Su escuela de canto es admirable; su mejor elogio está en decir que su maestro fué el célebre Vergés que la tuvo siempre como una de sus mejores discípulas.

Adora la música de Wagner, de Verdi y de Donizetti y, educada sólidamente, posee á la perfección varios idiomas y es el prototipo de la distinción y la elegancia.

En una palabra: talento, belleza, juventud, arte, brillan en ella por igual y le aseguran una carrera de triunfos.

D. SIMÓ



El Dr. Quirno Costa, Vicepresidente de la República Argentina.
Exposición de los productos que le fueron ofrecidos á su paso por Barcelona.

Fot. de A. Más.



Copia del celebrado cuadro *La Maja*, de J. Casado del Alisal.

BELLAS ARTES

El Album Salón honra hoy sus páginas de color publicando una perla del que fué ilustre académico y director de la Academia Española en Roma, señor Casado del Alisal.

El malogrado artista, que empezó su carrera con el popular cuadro, *Ultimos momentos de Fernando el Emplazado*, que legó más tarde al arte español su hermosa *Rendición de Bailén* que decora el salón de sesiones del Congreso y la sensacional *Campana de Huesca*, fué uno de los pintores que más aristocráticamente idealizaron la mujer, para la que hallaba en su paleta las más suaves tintas y las formas más delicadas.

Los retratos femeninos eran el *summum* de la elegancia y el buen gusto, al paso que los masculinos tenían un no sé qué de afeminados. Esta distinción acusábase en asuntos que, como el de *La Maja*, que copiamos, procedían de más baja extracción, y nadie vacilaría en asegurar, al contemplar el corte ovalado y regular del rostro, la tersura ebúrnea de las manos, cuyos afilados dedos indican su ociosidad, y el gracioso y espontáneo movimiento de la figura, que el modelo que le sirviera para el cuadro fuese una gran dama.

Esta linda obra, figura ahora en el Museo de Arte Moderno, de donde el editor de Album Salón la ha mandado copiar exactamente, con objeto de ofrecerla á sus favorecedores.

En la última Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada por el «Círculo Artístico» de esta ciudad, llamaron poderosamente la atención dos cuadros del pintor sevillano Ricardo López Cabrera.

El primero, que tuvimos el honor de publicar en el número 129 y del que no pudimos ocuparnos por deficiencia de espacio, representaba una escena de familia en uno de esos pintorescos y característicos patios de Sevilla. *Después de la boda* entréganse los convidados á una *juerga* de buen género, en la que reina honesta alegría. Nuestros lectores se habrán fijado ya en la naturalidad de la composición, en la gracia de las actitudes, en los primores de detalle que, como sutil bordado, adornan el precioso cuadrito.

La Buenaventura, publicada hoy, es el segundo de dichos cuadros, que debemos á la galantería de su autor.

Pocas veces el pincel habrá sorprendido con más fidelidad una escena de la vida. La composición es tan sobria como clara; los personajes se reducen á lo estrictamente necesario y el pintor ha hecho maravillas de ejecución. De toda la escena emana un hondo sentimiento de placidez que hace aún más perceptible la discreta distribución de la luz.

López Cabrera sabe hacer arte, hasta en estos cuadritos de caballete que solicitan no tanto la atención como la bolsa de los aficionados.

Francisco CASANOVAS

UNA ANÉCDOTA DE GOYA

Una mañana de las de Mayo de allá por el año 1743 el bueno del Padre Santo, Benedicto XIV, estaba en su habitación del Vaticano y repasaba varias cartas de saludo ó consulta de los principales príncipes de Europa, que, casi á diario, acudían á él en demanda de consejos y de bendiciones. Federico II de Prusia pedíale que interviniera con su voto diplomático en las negociaciones para resolver la guerra de Sucesión de Austria. El margrave de Bayreuth y el Rey de Nápoles le anunciaban su próxima visita. La czarina Isabel Petrouna pedíale ayuda para salir airosa en ciertos delicados asuntos de familia, y le llamaba *el hombre sabio*.

El Pontífice iba leyendo todas las cartas y las entregaba al insigne cardenal Martín Gonzaga, que fué quién, con el auditor de la Rota, don Manuel Ventura Figueroa, firmaron el concordato de 1753.

Próspero Lambertini iba haciendo oportunas indicaciones y á cada carta que entregaba á Gonzaga decíale bondadosamente:

—Ya véis cuán benévolamente me juzgan. No soy sabio ni santo. Ya os lo dije: «*Si queréis un santo, nombrad á Gotti; si un político, á Aldobrandi; si os contentáis con un buen hombre, elegidme á mi.*» Yo no alcanzo á ser más que un buen hombre. Si un pintor acertara á hacer mi retrato, no habia de hallar en mi rostro rasgos de santo ni de sabio; solamente una sonrisa de buen hombre

Su amado discípulo el cardenal Gonzaga, como si de súbito recordase algo que llevara olvidado, hubo de contestar respetuosamente:

—Santidad, si lo permitís he de deciros que hoy precisamente un pintor ha solicitado audiencia para hacer vuestro retrato. Es un joven español, de nombre Francisco Goya, que ha llegado á Roma con una cuadrilla de toreros y de quien dicen Ribera, González Velázquez y Bayeu que en breves horas perpetuará vuestra imagen como ellos mismos acaso no acertaran hacerlo.

La audiencia fué concedida y al siguiente día el atrevidillo pintor español se presentaba ante el Pontífice. Mucho hubo de hablarse en Roma de la osadía del jovenzuelo y no fueron pocos los cardenales que solicitaron de Benedicto XIV el favor de poder asistir á la entrevista.

Francisco de Goya y Lucientes compareció con aquel su desenfado, que era el sello á la vez del hombre y del pintor. Previa la venia del bondadoso Pontífice, «*Paquito de los Toros*», como él mismo se llamaba, sacó una modesta caja poco surtida de colores y, saludando reverentemente, comenzó á extender sobre la tela, con la soltura y garbo que él solía, sobrias tonalidades carnosas, sombras azuladas tenuamente, detalles del birrete, diseños del bordado de la estola y, sin limitar los contornos más que por las distintas coloraciones que iba creando, hacía resurgir la imagen de Benedicto con tal facilidad y tan prontamente hallada, que el Papa mirábale admirado y los cardenales le seguían atónitos.

Fué labor de poquísimas horas. Ya extendiendo con el pincel placas de color que parecían cristalizaciones de luz, ya con el dedo acariciando lo pintado y dándole una fuerza de plasticidad y de relieve extraordinarios, Goya seguía esbozando su obra, y á cada pincelada y á cada nuevo trazo iba murmurando frases que eran como el *credo* de su arte personalísimo.

El color no existe: todo es la luz misma: la sencillez lo es todo,—iba diciendo: —*con dos tonos basta: si el efecto es justo, el cuadro está acabado.*

Benedicto XIV hacíase repetir cuanto el pintor murmuraba y con la mirada parecía aprobarlo y ratificarlo.

Los detalles huelgan, murmuraba Goya: *los detalles son lujo, y el lujo es pecado...*

Los cardenales iban repitiendo las palabras del artista y éste, finalmente, y cuando Su Santidad no había podido experimentar el menor cansancio, levantóse y volviendo la tela presentóla al Pontífice que quedó admirado.

Los cardenales prodigáronle toda clase de adulaciones y se doblaban saludando el retrato con la misma reverencia que si fuera el propio retratado.

Benedicto bendijo al joven pintor y le despidió cariñosamente diciéndole:

—Esta obra notable te augura fama universal. No he de permitir que salga de esta casa, y desde ahora será una joya más de las galerías vaticanas. Anda por el mundo, hijo mío, que tu nombre vivirá más de lo que tú puedas vivir, si produces todo cuanto prometes por tu talento... y por tu osadía.

Y volviéndose á los cardenales, que estaban contemplando el retrato, les dijo:

—Acompañadle y despedidle como lo haría yo mismo. Merece este honor quien ha producido tan bella obra. ¡Lo que puede un artista!...

Goya salió acompañado por los cardenales que le saludaron con admiración repitiendo las palabras del Pontífice:—¡Lo que puede un artista!...

* * *

Desde entonces, en cuantas ocasiones acertaba á pasar por las calles de Roma alguno de aquellos cardenales que el pueblo y sobre todo las mujeres se estrujaban por saludar, los individuos del Sacro Colegio daban la preferencia al pintor español y le recordaban las palabras de Benedicto:

—¡Lo que puede un artista!

Goya se alejaba, y luego deteníase para contemplar la escena: muchas mujeres acercándose á Su Eminencia y hasta besándole los extremos de su túnica de púrpura.

Y siempre se alejaba murmurando el mismo comentario:

—¡Lo que puede un sastre!

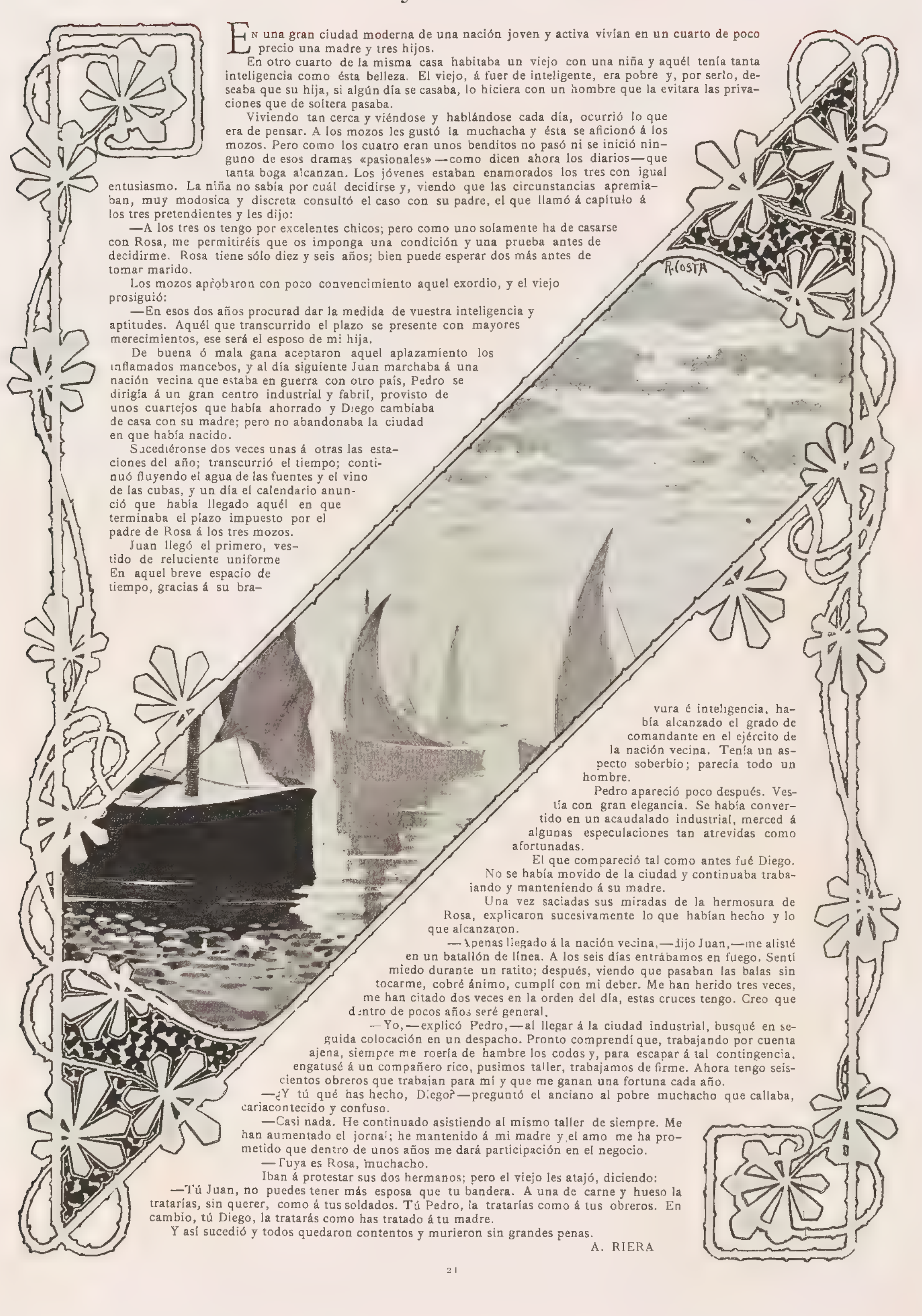
Marcos JESÚS BERTRÁN



JOSÉ SEGÚ

Distinguido compositor uruguayo y autor de la pieza de música que acompaña al número.

EL MEJOR ESPOSO



En una gran ciudad moderna de una nación joven y activa vivían en un cuarto de poco precio una madre y tres hijos.

En otro cuarto de la misma casa habitaba un viejo con una niña y aquél tenía tanta inteligencia como ésta belleza. El viejo, á fuer de inteligente, era pobre y, por serlo, deseaba que su hija, si algún día se casaba, lo hiciera con un hombre que la evitara las privaciones que de soltera pasaba.

Viviendo tan cerca y viéndose y hablándose cada día, ocurrió lo que era de pensar. A los mozos les gustó la muchacha y ésta se aficionó á los mozos. Pero como los cuatro eran unos benditos no pasó ni se inició ninguno de esos dramas «pasionales»—como dicen ahora los diarios—que tanta boga alcanzan. Los jóvenes estaban enamorados los tres con igual entusiasmo. La niña no sabía por cuál decidirse y, viendo que las circunstancias apremiaban, muy modosica y discreta consultó el caso con su padre, el que llamó á capítulo á los tres pretendientes y les dijo:

—A los tres os tengo por excelentes chicos; pero como uno solamente ha de casarse con Rosa, me permitiréis que os imponga una condición y una prueba antes de decidirme. Rosa tiene sólo diez y seis años; bien puede esperar dos más antes de tomar marido.

Los mozos aprobaron con poco convencimiento aquel exordio, y el viejo prosiguió:

—En esos dos años procurad dar la medida de vuestra inteligencia y aptitudes. Aquél que transcurrido el plazo se presente con mayores merecimientos, ese será el esposo de mi hija.

De buena ó mala gana aceptaron aquel aplazamiento los inflamados mancebos, y al día siguiente Juan marchaba á una nación vecina que estaba en guerra con otro país, Pedro se dirigía á un gran centro industrial y fabril, provisto de unos cuartejos que había ahorrado y Diego cambiaba de casa con su madre; pero no abandonaba la ciudad en que había nacido.

Sucediéronse dos veces unas á otras las estaciones del año; transcurrió el tiempo; continuó fluyendo el agua de las fuentes y el vino de las cubas, y un día el calendario anunció que había llegado aquél en que terminaba el plazo impuesto por el padre de Rosa á los tres mozos.

Juan llegó el primero, vestido de reluciente uniforme En aquel breve espacio de tiempo, gracias á su bravura é inteligencia, había alcanzado el grado de comandante en el ejército de la nación vecina. Tenía un aspecto soberbio; parecía todo un hombre.

Pedro apareció poco después. Vestía con gran elegancia. Se había convertido en un acaudalado industrial, merced á algunas especulaciones tan atrevidas como afortunadas.

El que compareció tal como antes fué Diego. No se había movido de la ciudad y continuaba trabajando y manteniendo á su madre.

Una vez saciadas sus miradas de la hermosura de Rosa, explicaron sucesivamente lo que habían hecho y lo que alcanzaron.

—Apenas llegado á la nación vecina,—dijo Juan,—me alisté en un batallón de línea. A los seis días entrábamos en fuego. Sentí miedo durante un ratito; después, viendo que pasaban las balas sin tocarme, cobré ánimo, cumplí con mi deber. Me han herido tres veces, me han citado dos veces en la orden del día, estas cruces tengo. Creo que dentro de pocos años seré general.

—Yo,—explicó Pedro,—al llegar á la ciudad industrial, busqué en seguida colocación en un despacho. Pronto comprendí que, trabajando por cuenta ajena, siempre me roería de hambre los codos y, para escapar á tal contingencia, engatusé á un compañero rico, pusimos taller, trabajamos de firme. Ahora tengo seiscientos obreros que trabajan para mí y que me ganan una fortuna cada año.

—¿Y tú qué has hecho, Diego?—preguntó el anciano al pobre muchacho que callaba, cariacontecido y confuso.

—Casi nada. He continuado asistiendo al mismo taller de siempre. Me han aumentado el jornal; he mantenido á mi madre y el amo me ha prometido que dentro de unos años me dará participación en el negocio.

—Tuya es Rosa, muchacho.

Iban á protestar sus dos hermanos; pero el viejo les atajó, diciendo:

—Tú Juan, no puedes tener más esposa que tu bandera. A una de carne y hueso la tratarías, sin querer, como á tus soldados. Tú Pedro, la tratarías como á tus obreros. En cambio, tú Diego, la tratarás como has tratado á tu madre.

Y así sucedió y todos quedaron contentos y murieron sin grandes penas.

A. RIERA



LA BUE

PEZ CABRERA



NAVENTURA

Círculo Artístico. — Barcelona.



—¡Llama á las niñas; veamos donde están!

Entraron las dos corriendo y Rosa les dijo:

—¡Abrazad á mi padre; es vuestro abuelito!

Todos lloraban mezclándose los besos con los sollozos, y al ver el artista reflejarse aquel grupo en el espejo, exclamó entusiasmado:

—¡Buen asunto para una escultura!

Desprendióse Rosa de los brazos del anciano, tomó sus dos manos oprimiéndolas con fuerza y le preguntó mirándole fijamente, cual si quisiera leer en su rostro la verdad de la respuesta:

—¿Gavirio, podría yo llegar á ser una buena escultora?

Comprendió el anciano que la desdichada quería encontrar en el arte un consuelo á sus pesares y, recordando las felices disposiciones que de niña tenía, contestó con entusiasmo:

—¡Sí, hija querida, seca tus lágrimas, olvida al ingrato que no supo comprender lo que vales, conságrate al arte y ya verás como logras adquirir gloria. ¡Tu serás una gran escultora!

—La vida no tiene ya para mí ningún atractivo, — dijo Rosa con amargura — pero estas angelicales criaturas llevan en su pura frente el sello del deshonor; quiero borrar ese estigma, quiero legarlas un nombre redimido de la culpa, honrado por el trabajo. ¡No quiero que sean las hijas de la querida de Jacinto; quiero que sean las hijas de la escultora!

***

El taller de Gavirio era una maravilla. De cuantas obras notables se ejecutaban allí, quedaba el modelo en yeso, y muchos iban á visitar el taller para admirar tantas bellezas artísticas.

Varios escultores y Rosa trabajaban bajo su dirección.

El anciano sufría mucho al ver á su hija adoptiva poseída siempre de la misma tristeza.

Vestía ésta una larga blusa, tenía el cincel en la mano y á sus pies el menudo polvillo del mármol.

En cierta ocasión hallándose los dos solos abrazóla él con infinita ternura elogiando su trabajo.

Movió ella la cabeza diciendo con amargo tono:

—Ya llevo tres años trabajando y aún no he producido ninguna obra buena, nada que valga. Le ayudo á usted, es verdad, y gracias á su generosidad vivimos mis hijas y yo sin aceptar nada de Jacinto; pero ésto no me satisface. ¡Anhelo la gloria, ansío ganar el pan que comen mis hijas!

—¡Bravo! — exclamó Gavirio, — así me gusta verte: enérgica, sedienta de gloria, de fama y de dinero. Todo cuanto poseo es tuyo, es para nosotros, pero quiero verte salir de ese letargo en que vives. Tu insensato amor mata en ti todo lo que hay de artista; olvida, olvida, hija mía; conságrate al arte con alma y vida y lograrás la inmortalidad. ¡Vales mucho, Rosita mía; te lo dice tu padre, te lo dice el gran escultor Gavirio!

Sonrió Rosa, cubriéronse sus mejillas de carmín, animáronse sus pupilas con vivo fulgor, acercóse á Gavirio, apoyó las manos en sus hombros y preguntóle ansiosa:

—¿Podría yo hacer la *Dolorosa* al pie de la cruz?

—¡La *Dolorosa!* — dijo Gavirio; — no sabes lo que me pides; hacer esa escultura es el más hermoso de mis sueños

LA ESCULTORA

(Conclusión)

Cuando se vestía para ir á la estación á esperar á Gavirio, sintió un fuerte campanillazo y entró él jadeante, rebosando alegría, con un periódico en la mano, diciendo á grandes gritos:—Rosa, Rosita, hija querida, ven, abrázame, te perdono, soy muy feliz, muy dichoso y necesito compartir contigo mi alegría.

Rosa le tendió los brazos con gran emoción.

Abrazáronse los dos estrechamente, después de tantos años de ausencia, y acariciándole con inmenso cariño le preguntó ella:

—¿Qué le sucede á usted, mi buen Gavirio? ¿qué le produce tan inmenso placer?

—Toma, querida mía, lee, lee y verás qué gloria. ¡Mi escultura, *Daniel en la cueva de los leones* ha obtenido en Roma el primer premio. Oyelo bien; el primer premio!

—¿Y eso le produce á usted tanto placer?

—Ya lo creo, hija mía—contestó él, sorprendido.—¡No hay nada como la gloria! ¡Ver que todos admiran mi obra, que me premian, que me felicitan, que me ofrecen por mi escultura una fortuna y que me hacen tantos encargos, que ni en diez años podré terminarlos... Pero ¿qué tienes, hija mía? por qué lloras cuando yo estoy tan alegre? Ven, siéntate en mis rodillas, como cuando eras niña, y cuéntame tus pesares.

Entonces la desventurada, entre convulsivos sollozos, contó á Gavirio el abandono de Jacinto.

—No te aflijas—dijo el buen anciano—seca tus lágrimas, aquí estoy yo, aquí está tu padre; te llevaré á Roma y ya verás como te distraes. Comprendo tu pena, porque he pasado por iguales circunstancias y, sin embargo, ya ves cuán feliz soy hoy. Nada de llanto; llama á tus hijas, que vean á *su abuelito*.

—¡Qué bueno es usted, padre mío! ¡Qué consuelo tan grande me da su cariño!

Aquella obra era la ilusión del anciano; quería una escultura que inmortalizase su nombre; pero ninguno de sus modelos le satisfacía.

Quedóse pensativo, fuerte lucha se entabló en su corazón, vacilaba entre el cariño inmenso que tenía á Rosa y su amor al arte. Al fin, venció su afecto paternal hacia aquella desventurada criatura y la dijo estrechándola en sus brazos:

—¡Haz la *Dolorosa* al pie de la cruz!; pero que sea una obra maestra: únicamente con esa condición te la cedo. ¡Mira, Rosita, que hago por ti el mayor de los sacrificios!

***

Tres años habían transcurrido desde que dejaron á Francia y en vano el buen anciano se esforzaba en distraer á Rosa.

El cambio de país, el continuo viajar, sólo había servido para aumentar su pena. Italia, con todos sus grandes encantos, no logró distraerla. En todas partes echaba de menos á Jacinto.

En Venecia, reclinada en una góndola, entristecíase por no tener á su lado al amado de su alma.

En Florencia, admirando tantos sitios pintorescos, en Roma ante sus hermosos edificios, sus ruinas y su grandeza, su alma se encontraba sola, no tenía unos ojos que buscasen los suyos, una mano que oprimir, un sér á quien comunicar sus impresiones. Gavirio estaba á su lado, era bueno y cariñoso; mas ¡ay! ese afecto no satisfacía, no llenaba su corazón apasionado y ardiente.

El trabajo tampoco lograba dominar su pena: se la antojaba que nunca lograría pasar de medianía, que nunca produciría nada notable, y esto la desalentaba.

Su imaginación sólo se complacía en recordar los días felices en que creyéndose amada se entregaba á Jacinto en cuerpo y alma, aquellas horas tan dichosas que pasó de Brillancourt en el nido encantador.

Enojábase contra sí misma por no tener fuerza de voluntad para olvidar al ingrato, al cruel que marchitó sus ilusiones y deshonró su nombre haciéndola tan desgraciada.

Al dejarla Gavirio hacer la *Dolorosa*, sintió infinita alegría y se puso á trabajar con ardor febril pasándose las horas en el taller sin acordarse de nada.

Surgía hermosísima la imagen del Crucificado, destacándose sobre la cruz, y en su semblante dulce y melancólico veíase el destello de la divinidad. ¡No era un sér humano el que estaba enclavado en la cruz, era Dios, Dios, todo amor y piedad, sufriendo gustoso el cruento martirio por tal de redimir al género humano!

Todos los que visitaban el taller hacían elogios de aquella obra. Rosita se animaba mucho, poco á poco iba borrándose de su mente el recuerdo de Jacinto, ansiando con más fuerza la sed de gloria.

Ya no era la mano perezosa la que trabajaba, era su alma, su alma dolorida con tantos pesares, angustiada por el vergonzoso deshonor que legaba á sus hijas, y anhelosa de rehabilitar su nombre.

¡Como si por misterioso conjuro todos los sufrimientos que torturaban su alma, todos los pesares que desahogaban su corazón se hubiesen trasladado al mármol, se vieron impresos en el bello semblante de la Virgen madre, un dolor sin consuelo, un pesar infinito, el verdadero dolor!

—¡Eureka!—exclamó Gavirio con entusiasmo,—¡Rosa. Rosita querida, has hecho una obra colosal! Tu *Dolorosa* irá á la Exposición y estoy seguro que ganarás un premio.

***

Con respeto y admiración se hablaba de la célebre escultura de Rosa Barbastro que había obtenido un premio en la Exposición por la *Dolorosa* al pie de la cruz.

Gavirio, apenas trabajaba ya; su protegida continuaba al frente del taller, teniendo cada día más encargos, siendo muy notables los bustos que hacía, por el gran parecido, la finura de las líneas y la suavidad del contorno.

Su aspiración estaba cumplida. Tenía fama, tenía dinero con que sostener á sus hijas y el estigma desaparecía. ¡Eran las hijas de la escultora!

Una risueña tarde de verano entró en el taller una señora joven y hermosa, acompañada de otra más anciana Iban á encargar un busto de la más joven para sorprender á su marido. Varias veces habían llegado con él hasta la puerta del taller y siempre surgía algo que las hacía desistir de entrar; pura casualidad, pero repetida con tanta frecuencia, que ahora iban ellas dos solas, sin Jacinto, y así le causaría más grata sorpresa ver el retrato de su mujer sin haberlo encargado él.

Aquel nombre de Jacinto, que siempre oía Rosa temblando de emoción, sonó aquella vez en sus oídos como otro cualquiera, sin que ningún recuerdo acudiese á su mente.

Al marcharse las señoras, la más joven dió una tarjeta á Rosa; leyóla ella y vió que decía: Concepción Serra de Bárcena. Entonces comprendió Rosa la *casualidad* que impedía á Jacinto subir á su taller.

¡El esposo de aquella señora era el padre de sus hijas!

Admiróse Rosa al observar que ni una fibra de su corazón se conmovía al saber que Jacinto se había casado.

Su amor, aquel ardiente amor que durante tantos años ocupó su corazón, haciéndola tan desgraciada, había muerto completamente.

No tenía celos, ni sentimiento alguno porque otra mujer fuese amada por Jacinto.

Esforzábase en avivar sus recuerdos para ver si de las cenizas brotaba alguna chispa. Con inmensa satisfacción vió que el volcán estaba apagado y que su corazón permanecía tranquilo.

Entonces, sonriente, feliz, exclamó con altivez, besando los cinceles con respeto:

—¡Mi amor ha muerto para siempre, ahora sólo amo el arte! ¡Soy escultora!

Arrodillóse ante la *Dolorosa*, oró con fervor y besó con humildad los pies del Señor.

Una dulzura infinita invadió todo su sér. Aquella hermosa escultura, no sólo la había dado la gloria y el olvido de sus pesares, sino que elevaba su corazón hacia otras regiones más puras, más serenas, donde no existen crueles desengaños y la misericordia infinita del que murió por salvarnos abre amoroso los brazos á los que en Él confían.

PILAR FONTANILLES DE BÉJAR



Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

PARA EL PRÓXIMO CARNAVAL; por F. XUMETRA



COMPARSA, TRAJES Y CARRO ALEGÓRICO

FEBRERO: BIEN VENIDO

¡Adiós, desapacible y triste Enero;
eterno mes de los cuarenta días,
que me helaste la tinta del tintero
y me obligaste á hacer economías
y á sufrir varias veces
privaciones, disgustos y escaseces!
Desde el día feliz de Nochebuena
en que cobré, saliendo de un apuro,
no he vuelto, y eso, Enero, te condena,
á ver en mi bolsillo medio duro.
Y digo medio duro, que es bastante,
por *mor* del consonante,
pues, si con toda ingenuidad me explico,
debo afirmar que no vi un perro chico
desde el día citado,
hasta ayer que he cobrado nuevamente,
y no sé, la verdad, cómo he cobrado;
pues al llegar el 30, día ansiado
que esperaba impaciente,
para aumentar mi horrible pesadumbre,
tal era ya mi falta de costumbre
y tanto me extrañaba lo que hacía,
que ni aún firmar la nómina sabía.
Hoy ya cobré; cesaron mis reveses,
y aunque, después de los cuarenta días
que no tienen los otros once meses,
una insufrible procesión de ingleses
venga á amargar mis dichas y alegrías,
todo, todo lo sufro y lo tolero,
porque llegó Febrero
y en él endulzo mi angustiosa pena,
mientras maldigo al insufrible Enero,
con su terrible y larga cuarentena.
Y si hay alguno que á decir se atreve,
considerando que la vida es breve,
que han sido muy contados los pasados
días de Enero, dice tonterías...
¡Sólo admito que han sido muy contados
porque yo los conté todos los días!

José RODAO

EXCMO. SR. GENERAL

LEONIDAS PLAZA GUTIÉRREZ

ACTUAL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR



Con motivo de haber sido condecorado hace poco por S. M. C., procuraremos dar á conocer, aunque sea á grandes rasgos, á este distinguido mandatario.

Nació en 1865. En 1883 empezó la carrera de las armas, combatiendo en la provincia de Esmeraldas contra la dictadura del general Veintemilla.

En el año 1884 tomó parte en el combate naval de Jaramijo, á las órdenes del general Alfaro; después de esta catástrofe, vióse obligado á emigrar y se fué al Salvador, cuando gobernaba el general Menéndez, hombre de relevantes méritos. Este, conoció en breve el valor del proscripto y le ofreció un puesto distinguido en el ejército. Tomó parte en la guerra del Salvador, contra Guatemala, asistiendo á varios combates que al fin dieron la victoria al Salvador. Por su atinada dirección en esta campaña, se le consideró uno de los mejores militares de esta épica contienda, y en premio á sus esfuerzos le fué conferido el grado de general.

Desterrado más tarde, pasó á Nicaragua, donde gobernaba, por entonces, el Doctor Lacasa, hombre de ninguna habilidad política, que originó una tremenda guerra civil, en la que luchaban unidos contra él liberales y conservadores. Plaza tomó parte, y unas veces vencedor, otras vencido, fué hecho prisionero en León y desterrado también.

Pasó entonces á Costa-Rica. Allí contribuyó al triunfo electoral del general Iglesias, proclamado por la fusión de liberales. Iglesias le nombró jefe de la plaza de Alhajuela.

Al iniciarse en 1805 el movimiento contra el gobierno del Doctor Cordero, el general Plaza, fiel á su consigna: *Mi espada y mi vida son de mi patria*, regresó al Ecuador y tomó parte activa en la campaña. Durante la administración del general Alfaro le fueron confiados varios cargos importantes que desempeñó con honradez y tino poco comunes.

Sus ideas liberales y su carácter conciliador y recto, le facilitaron su elevación á la Presidencia, que ha sido bien aceptada por todo el país, quien confía ver realizados por él los grandes problemas planteados por su sucesor. Ardua es la tarea, puesto que la actual crisis por que atraviesa esta República, después de largo tiempo de agitación y revueltas políticas, le impide en gran parte hacer prácticos sus excelentes propósitos; no dudamos, sin embargo, de que durante su administración podrá hacer mucho y bueno, contribuyendo así al engrandecimiento de esta hermosa región sud-americana.

El general Plaza es el más joven de los Presidentes de América, soltero, de vida sencilla, de sobrias costumbres, de trato llano y afable, de gallarda presencia, pero sin afectación; en una palabra, es un verdadero caballero, en quien la Patria tiene fundadas, con razón, las mejores esperanzas.

X.

AL EMINENTE ARTISTA DELFINO MENOTTI

(IMPROVISACIÓN)

¡Ha llegado el fatal día;
la hora triste va á sonar
en que vamos á quedar
sin tu grata compañía!
¡Dicen que el tiempo es eterno!
mas ¡con qué facilidad,
desmiente esa eternidad
un minuto de adiós tierno!
¡Ya te vamos á perder
y acababas de venir!
¡Ojos que te ven partir
cuándo te verán volver!
¡Ah! pero no, caro amigo,
te vas, pero no te pierdo,
Menotti, pues tu recuerdo
quedará siempre conmigo.
Y, al fin, los recuerdos son
retratos que el alma vela,
puesto que tienen por tela
las telas del corazón.
Es muy grande, te lo fío,
la magia de tu talento
para que mudes de asiento
sin que se note el vacío.
¡Bien me explico tu renombre!
Te juzgué á primera vista.
En el hombre hay un artista,
pero el artista es un hombre.
Y ello da tal simbolismo,
que no es posible evocar
al artista sin pensar
en el hombre al tiempo mismo.
Lo diré, porque te vas:
Tu genio y arte y cultura
hacen de ti una figura
que no se olvida jamás.
Lúcela, pues, que esa alhaja
vale más de lo que digo,
y no olvides á tu amigo,

José COLL Y BRITAPAJA



WANDA BORISSOFF

En general lleva al arte á sus más célebres intrpretes no sólo la vocación del instinto artístico, no sólo el deseo de aplausos, el ansia de gloria, sino también la necesidad de redimirse de las penalidades del trabajo manual ó al menos de la obscuridad de una medianía insoportable. Luchar por la gloria desde el fondo de las más bajas extracciones sociales y llegar á vencer, es empresa de titanes. Luchar por la gloria desde las alturas de la posición, de la riqueza, ser un privilegiado y abanderarse en las legiones del arte, es labor de exquisitos, trabajo de héroes capaces de sacrificar á la idealidad de un sueño, las ventajas todas del positivismo burgués que admirando á los artistas no puede jamás comprenderlos.

Wanda Borissoff ha realizado esta insigne labor de exquisito y de héroe. Quiso ser artista y á la ambición de su espíritu, á la amplitud de su alma, deseosa de grandes triunfos, no bastaba el marco reducido aunque esplendente de una sociedad principesca; al halago de los salones, á las felicitaciones de los diplomáticos y de los hombres de mundo, prefirió el rugido de las multitudes y el aura popular que rodea, como un nimbo sagrado, la cabeza de los grandes artistas á quienes los públicos cosmopolitas levantan sobre el pavés glorioso de sus entusiasmos.

Wanda Borissoff, cuya hermosura espléndida era ya una victoria de la plasticidad clásica, quiso unir al triunfo de su viva escultura el de sus grandes dotes de cantante. Ni los vínculos de la sangre. ni esa presión de las ajenas conciencias que esterilizan con la imposición de perjuicios vanos tantos brillantes talentos, hicieron mella en su espíritu. Rompió con todo y saltó por todo. Y la hermosa dama mostró á la admiración de su pueblo el tesoro de sus facultades.

Los teatros de Rusia fueron testigos de su éxito; el arte nacional tuvo en ella las más hermosa y feliz de sus intérpretes. Los aplausos del mundo slavo no fueron para su alma más que una revelación y un impulso. Después de conquistar á los suyos, extendió sobre el mundo latino la magia de su voz y su hermosura. En un teatro cosmopolita, en el «Gran Casino de Montecarlo,» con Tamagno, con Belincione y Kasman, consagró su reputación europea en una serie de conciertos brillantísimos. Rubinstein, que siendo muy niña habíala escuchado, augurándola grandes éxitos hubiese podido, de oirla más tarde, quedar satisfecho del acierto de su profecía. Marianne Brandt, su primera profesora de canto, hubiese podido mostrarse orgullosa de aquella discípula que conquistaba la celebridad casi sin esfuerzo, con la facilidad asombrosa de los elegidos.

Consagrada su fama en los primeros intentos, Wanda Borissoff quiso extender sus triunfos por toda la Europa. Poseyendo ocho idiomas, sabiendo cantar las veinticinco óperas que forman su repertorio en Francés, en Inglés, en Español, en Alemán, en Ruso y en Italiano, perfeccionó sus estudios musicales con los Maestros españoles Goula y Vidal y pudo contar para su éxito con el público universal.

Su campaña en el «Gran Teatro del Liceo» de Barcelona, está viva en el recuerdo de todos. En las cuatro temporadas en que el acierto de un empresario tan inteligente como el señor don Alberto Bernis la ha hecho figurar en el *elenco* de la compañía, interpretando la parte de *Amneris* de *Aida*, la *Freka* de la *Walkyria*, y la protagonista del *Sanson y Dalila*, su éxito ha correspondido, por lo grande y justo, á las esperanzas que despertara su nombre. Dentro de breves días cantará en el «Teatro Real de Madrid», debutando con *Aida*, y muy luego partirá para Varsovia donde ha sido contratada por quince funciones extraordinarias que le valdrán treinta mil francos.

Wanda Borissoff, que conserva la distinción natural de su elevada cuna, tiene especial empeño en vestir las obras con un lujo tan espléndido como intachable propiedad histórica. Dominando las artes del dibujo, el diseño de sus trajes débese á su inspiración y buen gusto. Elegante y artista, fiel respetadora de la tradición, ha sobrepujado en su indumentaria á todas las grandes estrellas contemporáneas.

D. SIMÓ



Cuadro de Pedro Borrell.

BELLAS ARTES

La Exposición de pinturas que en su propio taller están celebrando los señores Borrell, padre é hijos, ha puesto una vez más en lenguas el nombre de esta simpática dinastía de artistas, cuyo valimiento y laboriosidad hemos reconocido en repetidas ocasiones.

Don Pedro Borrell, que ha luchado hasta ahora, firme en la brecha, es el decano de los profesores particulares dedicados á la enseñanza de la pintura, y bajo este concepto, ostenta la más hermosa hoja de servicios. Sus discípulos son innumerables, y por ello ha contribuído durante los últimos treinta años á la difusión de la cultura artística de nuestros conciudadanos. Su mayor mérito profesional ha consistido siempre en aprovechar las dotes naturales del alumno sin violentarlas con sistemas ajenos á su comprensión y á su idiosincrasia. Por esto, sus discípulos han conservado sus cualidades originales, debiendo agradecer, sin embargo, al maestro la acertada dirección que les ha hecho abreviar el camino.

Otro mérito ha tenido: el de dar existencia física y artística á sus hijos Julio y Ramón, quienes honran á su padre y maestro con la bondad de sus obras.

Don Pedro Borrell, sin ser un genio, es un artista cuidadoso de la forma, conocedor del mecanismo, siempre circunscrito en los límites del buen gusto. En su larga carrera, ha tratado varios géneros de figura y especialmente el retrato, en el que supo crearse una especialidad.

Gran salón de estudio en el taller de los pintores Borrell.

De sus dos hijos, Julio tiene un temperamento más arrebatado y sinceramente artístico que Ramón, cuyos procedimientos son más apocados y reflexivos. El primero dibuja con admirable firmeza y conoce los secretos de la paleta como un consumado maestro. Cuando brega frente á frente con la naturaleza, sabe apoderarse de ella con una precisión y un vigor dignos de ferviente encomio. Hace contraposición con tan espontáneos dotes, su volcánica imaginación, tan exuberante de fantasía, que cuando piensa un asunto se da tal priesa á realizarlo, que sin dar tiempo á la madurez y al estudio, sale ya lampante del rápido pincel la visión apenas acariciada.

Su hermano Ramón, por el contrario, es metódico en sus procedimientos, y procura resolver *vis á vis* de la naturaleza los problemas que ésta ofrece.

La Exposición de las obras de los tres artistas ocupa casi totalmente el gran salón de estudio y parte del vestíbulo. En ella pudimos admirar la deliciosa *Mascarita* que publicamos, la *Procesión de la fiesta mayor de Puigcerdá*, una media figura *Las perdices*, y un *Bodegón*, cuadros de don Pedro; la *Plaza de Llivia*, *Ruinas de las Torres de Carol*, *Entierro de Mosen Jacinto Verdaguer*, *La elevación de la Cruz*, el *Bosque de Tarrés* y *Cabeza de estudio*, amén de un gran cuadro admirablemente compuesto con los retratos de la familia Lleonart, un buen retrato de la señora Manaut, presentado con mucha originalidad, y otros dos de conocidas personalidades, obra todos de Julio; así como de Ramón vimos un buen paisaje de la Cerdaña española, que incluímos en este número, la *Fiesta mayor de Dorras*, *Vall de Porté*, un *panneau* decorativo y una bonita acuarela de *Ix*, para no citar más que los que recordamos de la copiosa colección.

La Exposición de los señores Borrell es visitadísima por la buena sociedad barcelonesa, deseosa de demostrar sus simpatías al digno anciano que tanto ha contribuído á vulgarizar el arte, y de alentar á los dos jóvenes para que sigan, con igual entusiasmo que hasta aquí, las honrosas huellas de su señor padre.

El Album Salón, agradecidísimo á la colaboración constante y desinteresada con que los tres artistas honran sus páginas, les felicita por este nuevo éxito que ha hecho reverdecer los laureles del primero y augura á los segundos un brillante porvenir.

Francisco CASANOVAS



Un ángulo del salón de estudio.

EL MIÉRCOLES DE CENIZA

¡Qué feliz era Ernesto! De familia opulenta, siendo el ojo derecho de su padre, educado en los más estrictos principios de la religión católica, sano de cuerpo y sano de alma, era lo que se llama un hombre feliz.

Hombre feliz, pues sus diez y nueve años equivalían en él á los treinta en la mayoría de los mortales. Serio y formal en todos sus actos, respiraba nobleza y sensatez. Incapaz de faltar á sus deberes, si bien no había disfrutado de los goces de la vida cortesana, tampoco había gemido bajo el peso del dolor ni del sufrimiento, y podía asegurarse que su vida tranquila y plácida semejaba la del fraile, siendo su claustro las calles de la población, su huerto las floridas campiñas de sus alrededores y su celda las confortables y espaciosas habitaciones de su casa.

Ni en sueños había pasado por su imaginación la idea de que pudiera existir otra vida de agitación y de fiebre, en la que el goce supremo alterna con el pesar más hondo. La mujer no encerraba para él enigma alguno, ya que nunca se propuso descifrarlo ni creyó que existiera, y para él el verdadero goce era el estricto cumplimiento del deber, y el pesar lo constituía el remordimiento ocasionado por alguna falta, que en él no podía ser grave.

***

¡Qué feliz era Ernesto!... Hasta que un día despertóle en parte un su condiscípulo, describiéndole con frases entusiastas y vivo colorido los goces del amor y la belleza de un baile de máscaras. Tal impresión produjo en el cándido Ernesto la descripción que su amigo hizo de la



FIESTA MAYOR EN DORRAS (Cerdaña francesa) — Cuadro de Ramón Borrell.

fiesta, que su indiferencia y su calma habituales se trocaron en vivísimos anhelos de disfrutar de los encantos de aquel sueño de hadas, y en tal sentido se dirigió al bueno de su padre que se quedó haciendo cruces é imaginando que el malo había alquilado la guardilla de su hijo.

Fueron vanas cuantas observaciones hizo el progenitor al obcecado Ernesto, y si bien sabía el padre que no le desobedecería, cedió al cabo ante la insistencia del muchacho, y otorgó tras vacilaciones sin cuento el apetecido permiso. Y desde aquel instante no pensó Ernesto en cosa alguna que no fuese el baile aquél del martes de Carnaval, que indudablemente por ser el último sería el más concurrido, el más brillante, el más apropiado para que Ernesto gozase.

Llegó por fin, todo llega en esta vida, la noche ansiada, y dando vueltas por las habitaciones, ardiendo en impaciencia, aguardó Ernesto la hora. El tardío reloj dió por fin las once campanadas, y Ernesto, vestido de etiqueta, con los nuevos guantes tan blancos como la vaporosa corbata y la reluciente pechera, abrazó á su padre prometiéndole por última vez que no tardaría, ni echaría en olvido sus deberes ni sus enseñanzas.

¡Qué feliz era Ernesto, y cuánto iba á divertirse!

***

El teatro estaba deslumbrador. Las innumerables luces irradiaban una claridad fantástica por todos los ámbitos del salón; los rojos tapices de los palcos hacían destacar los tonos claros y los dorados adornos de los antepechos y la alegoría pintada en la techumbre aparecía esfumada por una ligera nube de polvo y de humo. La nutrida orquesta, allá en el fondo, en amplia gradería, lanzaba los animados sones de un mal llamado rigodón y las innúmeras parejas, formando el curioso contraste del antipático traje de etiqueta de los hombres con los brillantes y varios disfraces femeninos, se entregaban al baile, ora abrazadas en rápida carrera, ora en corros, danzando macábricamente la desesperada *cuadrille*.

Hasta el postizo suelo, de mal unidas tablas disimuladas por rica

RAMÓN BORRELL

ALREDEDORES DE PUIGCERDÁ (Cataluña).

JULIO BORRELL



PLAZA DE LLIVIA (Cerdaña española).



LA ELEVACIÓN DE LA CRUZ — Boceto para un cuadro, de Julio Borrell.

alfombra, contribuía con su inseguridad y movimiento á la impresión de vértigo para el novato.

Y esto le ocurrió á Ernesto, que al entrar quedó embobado, sin ver ni oir, presa del mareo. Y así hubiera permanecido acaso largo tiempo, si una caprichosa mascarita, cuya belleza aumentaba lo encubierto de su rostro, no le hubiera sacado de su estado enlazándole los bien torneados brazos al cuello, arrastrándole con ella al vertiginoso torbellino.

* * *

El *restaurant* estaba desierto. La calma y la obscuridad habían sucedido á la iluminación y al bullicio. Sólo interrumpía el silencio un rugido ahogado que lanzaba un hombre que con los ojos entornados, el vestido en desorden y el rostro congestionado, estaba echado de bruces sobre una mesa en un reservado. Por entre las rendijas de los postigos se filtraban tenues rayos de débil claridad, nuncio del nuevo día, y apagados por la distancia se oían los revueltos sones que el tránsito produce á primeras horas en una vía céntrica. Ya las mujeres encargadas del miserable servicio de limpieza en la fonda, habían comenzado su tarea, y el hombre aquél seguía rugiendo más que roncando, ajeno en absoluto á cuanto á su alrededor ocurría.

Por fin, el vigilante de la casa decidióse por despertar al parroquiano, y poco menos que á empujones lo condujo hasta la calle, cerrando tras él la puerta.

* * *

Ernesto, pues él era el infeliz víctima de excesos á que no estaba habituado, hallóse en la calle, ignorando en dónde estaba, sumido en la estúpida modorra de la borrachera, aún no disipada, y vacilante, ebrio, comenzó á caminar con rumbo incierto apoyándose inconscientemente en la pared y deteniéndose á cada punto. Los fieles, con lento paso y recogida actitud, en mayor número según se aproximaban al templo, disponíanse á cumplir sus religiosos deberes comenzando la reposada y penitente Cuaresma, y el movimiento de aquella corriente humana imprimió dirección al atontado joven, que se dirigió al templo sin saber por qué, ni á dónde iba.

Llegó á la iglesia descubierto, tal como saliera de la fonda, y atravesó su pórtico y la sombría y prolongada nave, y tropezó ante las gradas del altar, y cayó de hinojos recostándose en la dorada barandilla, y allí quedóse confundido con los demás fieles que aguardaban la augusta ceremonia de la imposición de la ceniza.

La inmensa nave, con su alta bóveda y la esbelta cúpula, estaba sumida en esa penumbra que aumenta la majestad del sagrado recinto. Las vidrieras de colores de los prolongados ventanales y los recortes de las ojivas parecían fantásticos diseños. Escasas luces de amarillento resplandor aumentaban el misterio del sagrario, y el majestuoso órgano con sus poderosas voces metálicas que ahogaban el murmullo de los rezos de los fieles que henchían la iglesia, producía una sensación extraña, mezcla de pavor y de consuelo, y hacía que el alma se olvidase del mundo y se elevase á las regiones de la eterna paz y de la infinita dulzura.

Empezó la sagrada ceremonia; el sacerdote revestido con sus augustas y simbólicas vestiduras se dispuso á imponer la ceniza, recuerdo de lo miserable de la humana naturaleza, en la frente de los arrepentidos pecadores, y llegó á Ernesto.

—*Memento homo qui pulvis eris...*

—¿Qué es esto? — preguntó con sorda y temblorosa voz el ebrio al sacerdote, recuperando en parte el uso de sus facultades.

—Lo que somos, — respondió el ministro del Señor, — ceniza.

Al oirlo Ernesto, levantóse como impulsado por una descarga eléctrica, despejóse instantáneamente su cerebro, vió el lugar en que estaba, oyó los rezos del pueblo y los quejidos del órgano, recordó, angustiado, la noche perdida, vió lo que era y lo que había dejado de ser, comprendió sus deberes y los juramentos á que había faltado, y rechazando al sacerdote, retrocedió vacilante algunos pasos, y balbuciendo las palabras:

—¡Padre, perdón!... — cayó desplomado.

Manuel DEL ALISAL

RAMÓN BORRELL

Retrato á la pluma.

EL MAL

(FACETA)

Una vez se reunieron unos hombres y, cansados de hablar mal del prójimo, quisieron averiguar de dónde provenía el Mal.

—Tengo para mí,—dijo uno de ellos,—que el Mal estriba en la pésima manera cómo está repartido el dinero. Si todos tuviéramos una cantidad equivalente de dinero, se acabarían de una vez los estímulos de la codicia, que tantos crímenes hace cometer, los de la avaricia, los de la ambición desapoderada. No habría quien muriera de hambre, como ahora; quien padeciera los inacabables tormentos de la pobreza; no procuraría nadie medrar á costa del vecino y todos viviríamos en paz.

—Yo entiendo,—afirmó otro,—que el Mal depende del amor carnal. ¿Para qué quiere el hombre las riquezas sino para ofrecerlas á una mujer, á varias mujeres? ¿Cuál es la causa de la mayoría de los crímenes? El amor, el deseo. Los grandes capitanes, los artistas eximios, los políticos de ambición desenfrenada, sólo buscan la gloria, no por la gloria misma, sino para deslumbrar á las mujeres que son dueñas de su albedrío. Creo que si desapareciese el amor se acabaría de tenazón con el Mal.

RAMÓN BORRELL



RETRATO Á LA PLUMA.

—Creo que andáis los dos equivocados, — dijo un tercero. — La causa del Mal no es el dinero ni el amor, sino la mentira. Ella es la madre de la hipocresía, peste del mundo; ella hace que el engaño cause estragos entre los hombres; todo lo embrolla y subvierte y trastrueca y envenena. Suprimid la mentira y acabáis con el Mal.

—No, no habéis acertado ninguno de vosotros, — opinó un nuevo interlocutor. — El Mal proviene de la crueldad. Nadie causaría daño á otro, si en su alma no alentaran los instintos crueles que de cuando en cuando se manifiestan en nosotros con irresistible empuje. Entre hombres de ánimo bondadoso no se cometerán nunca crímenes, no habrá necesidad que no se remedie, infortunio que no se compadezca. Si domáramos la crueldad, el Mal desaparecería.

—Habláis en vano, — expuso el último de los reunidos. — El Mal no es hijo del dinero, ni del amor, ni de la mentira, ni de la crueldad. El Mal es hijo directo de la tontería. Ella hace que los hombres no comprendan lo que les conviene, que no distingan lo bueno de lo malo, que no adivinen que toda mala acción engendra otra refleja que hiere al que cometió la primera. El Mal es la tontería en acción. Compadeced á los tontos; pero apartáos de ellos.

* * *



ENTIERRO DE MOSÉN JACINTO VERDAGUER — BOCETO DEL NATURAL; por JULIO BORRELL.

JULIO BORRELL



RUINAS DE LAS TORRES DE CAROL (Cerdaña francesa).

ALFREDO TEDESCHI

Alfredo Tedeschi, apenas nacido para el arte, ha conquistado un puesto indiscutible entre las celebridades. Joven, muy joven, casi un adolescente, pues contará apenas 20 años, Tedeschi ha conseguido triunfos brillantísimos que cuestan á la generalidad de los artistas muchos años de práctica; los no pocos que son necesarios para domar la voz,

Fot. de A. Esplugas

educarla y afirmarla, adquiriendo á la vez el dominio absoluto de la escena que es por lo menos la mitad del éxito.

Tedeschi es un artista intuitivo. Ha estudiado con fe, con entusiasmo, y las lecciones del maestro José Cairati, de Milán, han sido ciertamente aprovechadas. Pero aunque Tedeschi no se hubiese preocupado de la técnica, habría sido igualmente un artista.

A los siete años, en el colegio en que cursaba las primeras letras, su talento dramático fué ya la admiración de la buena sociedad bonaerense. Fué su primera revelación, la providencial iniciación de una carrera de éxitos lisonjeros que muy en breve habían de hacer célebre su nombre.

La precocidad es el título distintivo de este artista. A los catorce años terminaba sus estudios en el conservatorio y, por consejo del eminente maestro Mugnone, emprendía una seria educación artística bajo la dirección del ya citado maestro Cairati.

Protegido por los señores Adolfo Luro, Arturo Paz y Santos Ungué, sus compatriotas, que con generosidad sin límites sufragaron todos los gastos de su carrera, sin más objetivo que el de proporcionar á Buenos Aires la gloria de ser patria de un gran tenor, Tedeschi trabajó con ánimo decidido para honrar con el éxito el nombre de sus protectores, pudiendo demostrarles que era realmente digno de que se le ayudase y protegiese.

No tardó Tedeschi en patentizar que su voluntad era tan grande como sus méritos y que éstos excedían á todo elogio. Presentado á Ricordi, el editor árbitro del arte musical, recibiólo huraño y desdeñoso. Para Ricordi, aquel muchacho estaba en mejores condiciones de ir á la escuela que de cantar óperas. Oyólo, y aunque á los profetas cuéstales gran trabajo reconocer sus errores noblemente, confesó cuán grande era el suyo elogiándole entusiasmado y concediéndole el permiso que el joven cantante solicitaba para interpretar las innumerables obras de que Ricordi es propietario.

Debutó en el «Teatro Alfeiri de Asti» con la *Sonámbula*, obteniendo un ruidoso éxito. Allí, en Asti, conocióle don Luis Zagri á quien debemos el haber podido aplaudirlo en España.

En Palma de Mallorca, donde hizo la *Toska*, *Don Juan*, *Bohème* y *Rigoletto*, en el «Teatro Principal de Valencia» donde debutó con el *Fausto*, el beneplácito del público confirmó la opinión que en Italia habíase formado de las extraordinarias facultades de Tedeschi.

Es apasionado de la música de Bellini, Wagner, Puchini y Massanet.

Actualmente, en el teatro de «Novedades» de nuestra ciudad, los éxitos cuéntalos por representaciones. La empresa, que lo ha tomado como base del *elenco* de la compañía, ha demostrado un raro acierto que el público premia llenando todas las noches el elegante teatro.

Su escuela de canto es la clásica, la de los Gayarres y los Massinis, la maravillosa escuela italiana más pura, que conserva la voz como instrumento primordial, idealizándolo, conservando todo su calor de humanidad sin sacrificarlo á las imposibilidades de orquestaciones modernistas. Y el público, que diga lo que quiera la crítica, se pronuncia siempre por los tenores y las tiples, por las voces que halagando el oído hacen sentir, ha saludado en Tedeschi un tenor de raza, un tenor capaz de cantarlo todo y de hacer que su voz impulse el latir de los corazones con la maestría de su cadencia y la refinada pureza de su timbre harmónico.

D. SIMÓ

LUIS ZAGRI

Notable periodista italiano, podemos, no obstante no haber nacido entre nosotros, considerarlo como compatriota. Su larga permanencia en España, la compenetración que ha sabido lograr en nuestro carácter le ha otorgado carta de naturaleza, y sus dotes de seriedad, su caballerosidad probada, su cortesía y honorabilidad y corrección le han granjeado la estima y el afecto de lo más distinguido de nuestra sociedad.

Amante del arte lírico, á su iniciativa debemos el conocer en España las primeras notabilidades europeas. Por su mediación han cantado en nuestros teatros Tamagno, Massini, Cardinali, Menotti, la Teodorini, Berlendi, Borelli, Belinchioni, De-Roma, el bajo David y las campañas de Ermete Novelli, Virginia Mariani, Italia Vitaliani, Bianca Iggius y otros muchos.

Inteligentísimo en cuestiones de arte lírico, es corresponsal de los principales periódicos y revistas artísticas de Italia, entre ellos la *Revista Melodramática de Milán*, publicación que goza de universal renombre.



Fot. de A. Esplugas.

Crítico imparcial y sincero, sus juicios son definitivos y, ajeno á toda pasión y á todo prejuicio, goza de una autoridad y crédito indiscutible entre los más exigentes en materias artísticas, que aceptan sus opiniones, seguros no sólo de su acierto, sino también de su indiscutible veracidad.

D. SIMÓ

INMORTALES AMERICANAS

FRANCISCA JACQUES

Desde mediados del siglo décimo nono, hubo una verdadera é importantísima evolución casi universal, en la educación de la mujer, que hasta entonces había sido por demás descuidada en muchos de los países europeos y americanos.

El trabajo de la enseñanza, comenzó á ser una labor grata, útil, de trascendencias sociales y diremos humanitaria, puesto que la instrucción pública, ha sido benéfico auxiliar en el grandioso desarrollo de los pueblos; la base, el sólido cimiento de la civilización que tan hermosos problemas ha resuelto por medio del estudio hondo y de los conocimientos adquiridos con él.

La instrucción popular y su adelanto, encarnó de tal modo en el espíritu de los gobernantes, que fué el primer eslabón para reformas radicales, adueñándose del espíritu público y formando una inmensa red de colectividad general.

La obra fué grandiosa y tuvo por auxiliares á los hombres más culminantes de cada nacionalidad.

En el vasto campo hubo espacio extensísimo para la mujer que alcanzó á realizar los ideales acariciados por ella, escalando el puesto de honor que su elevadísimo entendimiento merecía.

Entre los pueblos americanos que más sobresalieron en el movimiento intelectual femenino, debe contarse las risueñas márgenes del anchuroso Plata y las ciudades que componen la nacionalidad argentina.

En todo y por todo ha descollado la patria de Rivadavia y de Sarmiento, y por esas singulares iniciativas, llegó á ocupar y ocupa puesto avanzado en la cultura americana.

La época en la cual dió comienzo el apogeo de la instrucción pública, se le debe al presidente general Domingo Sarmiento, quien al regreso de un viaje de estudio por los Estados Unidos, fundó sobre sólidas bases la nueva era de la enseñanza, estableciendo las primeras escuelas normales.

Sus dos hermanas Bienvenida y Profesa, rindieron culto á la idea civilizadora y consagraron su vida entera á la labor tan difícil entonces, como de resultados perdurables.



La mujer argentina ha sido educacionista por excelencia reuniendo aptitudes muy especiales en el Magisterio: á las hijas del hundo Plata, deben Chile y Bolivia, una gran parte de su progreso intelectual, muy particularmente en lo que se refiere á la mujer, sobresaliendo y luciendo como en noche serena y en cielo purísimo, las educacionistas argentinas, que llevaron sus luces á otros países americanos donde aún hoy vive su recuerdo.

Loor pues á la mujer que ha tenido y tiene su cuna en aquel país tan civilizado como notable por sus adelantos en todas las materias del saber humano. Allí ha nacido, se ha educado y logrado puesto muy alto entre las educacionistas, la señorita Francisca Jacques, que, joven aún, disfruta envidiable prestigio y desempeña importante cargo en la Instrucción pública nacional.

Las florestas de Tucumán perfumaron su cuna y orearon su frente las brisas suaves y vivificadoras que un día acariciaron á las primeras banderas de la independencia.

En las orillas del río Salí, jugueteó la niña mirándose en sus caudales purísimos hasta la edad de tres años, época en la cual nombrado su padre director del Colegio Nacional de Buenos Aires, se trasladó á la capital argentina, deslizándose en ella días felices de su niñez.

Pasaron éstos y un velo de tristeza cubrió el agraciado rostro de Francisca Jacques, porque la muerte no sólo arrebató al amantísimo padre, sino que el funesto suceso fué causa de que le faltaron á la vez los amantes cuidados de su madre al encontrarse como interna en un colegio, dirigido por hermanas de la caridad.

Segundas nupcias maternas la llevaron de nuevo á las márgenes del Salí, donde al lado de dos tías suyas tuvo su educación mayor desarrollo y en 1880 alcanzó el lauro de su laboriosidad, volviendo al lado de su amorosa madre. Nuevas amarguras hirieron su corazón: de repente se encontró en absoluta orfandad, buscando un refugio y tal vez un consuelo en la casa solariega de sus abuelos en la ciudad de Santiago.

Entonces comenzaron sus glorias profesionales; nombrada directora de la Escuela «Belgrano», clausurada poco después, vió crearse en el mismo edificio una escuela Normal y como ya las aptitudes de la joven maestra habíanse revelado en grande escala, le fué ofrecido por el gobernador el puesto que ella designara.

Tan ilustrada como modesta no aceptó sino una clase de Geografía y fueron notables sus palabras «Que venga otra, dijo, á dirigir la Escuela, de quien pueda aprender.»

Hízose no sólo amar de sus alumnas, sino que la consagraron respeto y admiración de tal modo, que el general Grussac, pidió fuese nombrada Directora.

Dolor inmenso produjo en la ciudad la traslación de Francisca Jacques á Salta y tal fué la manifestación de simpatías, que tras breve plazo recuperó la perdida dirección, volviendo al seno de aquella sociedad y sosteniéndose en aquel puesto á pesar de habérsela encargado la reorganización de la escuela Normal de Corrientes.

Infatigable en el cumplimiento de su deber, estudiosa, profundamente ilustrada, cobró prestigioso nombre y popularidad.

La insigne educacionista ha obtenido lauros que halagan tanto más cuanto que son debidos á la noble labor intelectual, á los desvelos propios en una carrera no exenta de espinas y de abrojos.

Hoy, Francisca Jacques, ha visto en parte recompensados sus afanes, pues ocupa elevado puesto en ambas escuelas normales de profesores, en Buenos Aires.

Desempeña cuatro importantes cátedras: la de Historia, Educación y Crítica Pedagógica y esto provisional é ínterin permita una vacante colocarla en la dirección. La educacionista argentina es todavía joven, pues apenas cuenta cuarenta y cuatro años, y su entusiasmo por la enseñanza y sus ideales por la educación, tienen aún largos años para desarrollarse en extensa escala y dejar luminosa huella en el Magisterio de su patria. Es de aquellas mujeres á quienes Naturaleza dotó con cualidades excepcionales para llenar la misión sagrada que se ha impuesto.

Energías morales, buen tacto, incansable en el trabajo de la mente, activa y llena de fe, dedicada por entero á sus nobles tareas, presenta un tipo digno de estudio, como ejemplo de lo que es y de lo que puede la mujer fuerte con sus virtudes y enriquecida con altas capacidades.

El semblante sereno, dulce, pensador, en el que á la vez se lee la fuerza de voluntad, traduce el pensamiento siempre fijo en una idea grande y bienhechora para la humanidad, porque la mujer, lleva hasta el heroísmo la abnegación en todos los deberes de su vida y en las tendencias encaminadas á proteger el enaltecimiento de su sexo, que en nuestros días ha logrado tan envidiable alteza en las soluciones de los problemas sociales, para los que, ha demostrado tener, inteligencia suma y audacias asombrosas para el estudio.

Hay además y es peculiar en la mujer argentina, un criterio propio y una hermosa independencia en las ideas no sujetas á trabas que en otros países paralizan la iniciativa y empequeñecen los impulsos anulándolos con frecuencia, lo mismo en el terreno de la educación que en el anchuroso campo de las artes, de las letras y de la tradicional é inconmensurable labor de los siglos, que han creado para éste, exigencias prácticas á fin de llevar á feliz término, el desarrollo intelectual.

Digna de aplauso es la dama argentina, y más de una vez consagraremos nuestra pluma á poner de relieve las que, en diferentes esferas, son palmaria muestra de su valía y aspiraciones.

Por hoy, ha sido dedicada nuestra labor á la eminente profesora tucumana á quien rendimos un tributo de justa admiración.

LA BARONESA DE WILSON



Cuadro de Ricardo Brugada.

BELLAS ARTES

Sigue Ricardo Brugada regalándonos los ojos con sus simpáticas mujeres andaluzas, tan variadas como varios son los aspectos de la belleza. Y como no queremos incurrir en el vicio de repetirnos, hablando de las cualidades de este pintor, bien conocido de nuestros lectores, nos limitaremos á llamarles la atención sobre la bonita nota de color cuyo principal atractivo es la graciosa florista que, con la cesta repleta y apretando contra el seno sendos ramos de claveles, apresura el paso para llegar cuanto antes á la ciudad á expender su fresca y olorosa mercancía.

En varias ocasiones habíamos podido saborear los castizos dibujos de J. Nogué, que, sin entregarse á trabajos de fantasía, con el simple estudio de la naturaleza, logra interesar y embelesar á un tiempo.

Hoy se nos presenta bajo otro aspecto, no por modesto menos eficaz. Sus *marítimas* son como un documento de incontestable fuerza para probar su amor al estudio, y la harmonía de color y la facilidad de la pincelada anuncian que puede medirse con éxito en obras de mayor vuelo.

Hay que conocer á fondo la estructura del caballo para comprender cómo domina Marcelino de Unceta la forma del noble animal que, después del hombre, es el más hermoso de la creación.

En la preciosa miniatura *De verjas afuera*, que publicamos, parece que se haya complacido en prodigar sus excepcionales conocimientos hípicos, ya agrupando ejemplares notables de distintas razas, ya proveyéndolos de espléndidos arreos de irreprochable propiedad.

Pero si el técnico vale mucho, aún vale más el pintor. No hay más sino ver con qué magisterio agrupa las figuras de hombres y caballos, la firmeza con que están plantados, la amplitud del toque en obra tan diminuta, acusándose con valentía todos los accidentes, y la majestad de aquel umbrío verdor del fondo, un parque regio que bien puede ser el Retiro de Madrid. Despréndese de toda la escena un no sé qué de aristocrático que cautiva.

Los dos caballos de la derecha son, en detalle y en conjunto, una pequeña obra maestra. No en vano su autor está considerado como el primer pintor de caballos de España.

La ilustración que de la poesía *Su imagen*, de Campoamor, ha hecho Gaspar Camps, es una de las mejores que han salido del inspirado lápiz del joven artista, cuya fama ha salvado ya los Pirineos.

El dibujante se ha compenetrado bien de la poesía, y ha logrado *materializar* el símbolo del poeta. Y lo ha obtenido sin esfuerzo, sin recurrir á los pomposos recursos ornamentales de su imaginación; siendo esta misma sencillez lo más estimable que tiene.

Francisco CASANOVAS

HUMANISMO

Y Juan cavaba; cavaba con la constancia que emplea un hombre de bien cuando se halla entregado al trabajo.

A cada uno de los vigorosos golpes que daba con el azadón, el suelo se abría violentamente dejando ver un sin fin de pequeñas raíces que, cual espesa red de nervios, se entretejían y enroscaban entre el desmoronado terruño.

Algunos pequeños insectos, cuya morada quedaba instantáneamente deshecha, huían despavoridos por los burdos zapatones de Juan, en tanto alguna que otra lombriz se retorcía dolorosamente, al sentirse el cuerpo dividido por el filo de la terrible herramienta del hortelano.

Este no se fijaba en tales detalles.

La tierra se iba engalanando paulatinamente con los simétricos surcos que Juan, con sin igual constancia, labrada en su superficie.

Y Juan cavaba; cavaba con la fe que emplea el hombre honrado en el cumplimiento de su deber.

Pero si sus brazos trabajaban con denuedo y sus músculos transmitían á los miembros el vigor necesario para ganar cumplidamente el substento, su imaginación se hallaba algo distante de aquellos terrones que rodaban deshechos cada vez que descendía su brazo de patán.

Juan pensaba en Toñuela; en su Toñuela: en aquella moza garrida que tanto tiempo le estuvo sorbiendo el seso, hasta que el señorito fué tan bueno que la obligó á que se casara con él, con el enamorado Juan; pensaba en su mujercita, en la que era suya desde hacía una semana, en que el cura del pueblo les echó la bendición y les dijo unas cosas de las que Juan no llegó á comprender ni jota.

Por esto no era de extrañar que Juan suspirara á cada golpe de su azadón, sintiendo la abrumadora añoranza de su cariño, que le aguardaba en la blanca casita, con los encantos puestos en línea de combate.

De vez en cuando, levantaba la frente sudorosa y dirigía sus miradas al firmamento, para saber las horas que le quedaban de tan angustiosa separación.

Se acercaba la noche, y Juan multiplicaba los golpes de su azadón para dar cumplido término á la faena.

Al fin terminó y, echándose al hombro la herramienta y lanzando al espacio una canción amorosa, puso el cuerpo en marcha para que fuera á reunirse con el pensamiento, que, desde por la mañana, se encontraba allá, en la humilde casita que alegraban las risas de la Toñuela y engrandecía la inmensidad de una pasión honrada é infinita.

***

Tras una larga caminata llegó Juan cerca de la pobre vivienda y lanzó al aire un agudo silbido para anunciar su llegada.

La puerta estaba abierta, pero nadie apareció por ella.

Juan volvió á silbar una vez y otra, hasta que se halló dentro de su reducida morada.

Esta, estaba desierta: en el hogar se deshacían débilmente algunas ascuas que ya no lanzaban llamaradas, por encontrarse en período agónico; un humo seco y pestilente se elevaba de una olla cuyo contenido había carbonizado el fuego vivo y descuidado; las pocas sillas de la estancia hallábanse esparcidas con sin igual desorden; todo revelaba abandono, descuido, tristeza...

El pobre palurdo observó todo esto sin pretender sacar ninguna consecuencia, sin desear comprender nada; pero sintió bajo la tosca corteza de su pecho una cosa rara que lo oprimía y le causaba una angustia muy dolorosa, ¡mucho!; más dolorosa aún que aquella herida que le hicieron una noche en que daba serenata á la entonces su novia; á aquella con quien había unido su destino.

Avivó el fuego con unos ramajos y se dispuso á esperar filosóficamente el regreso de su compañera.

Al fin llegó ésta: llegó jadeante, balbuceando disculpas, sin mirar de frente á su marido, con el rostro como la grana y la frente caldeada por la fiebre.

Juan nada la dijo. No cenó, porque no tenía gana, y... porque no tenía comida.

Se acostaron en silencio, y á los pocos instantes Toñuela dormía y Juan... ¡Juan lloraba!

No sabía por qué, pero no podía evitarlo.

Además, estaban á obscuras; por tanto no podía avergonzarse de *verse llorar*.

Inútilmente trató de conciliar el sueño para desechar de su alma aquellas negruras que no acertaba á comprender; se agitaba y se retorcía como un reptil y lanzaba unos suspiros capaces de apagar un velón de cuatro luces... ¡porque, tenía mucha pena! Aquella noche no había besado las frescas mejillas de Toñuela; y ¿por qué?... ¿qué le había hecho?... ¡No estar en casa cuando él llegó!... ¡Bah, eso no tenía importancia!

Y encendiendo sigilosamente una cerilla, la aproximó temeroso al rostro de su mujercita.

Toñuela dormía, y su sueño había de ser de una placidez sublime. Su rostro de venus lugareña se hallaba suturado por la expresión de un placer inefable; su mano, diminuta, aunque tosca, separó un poco las ropas del lecho, y con su brazo, de líneas ideales, rodeó el robusto cuello de su marido.

Juan se sintió morir y olvidó en un segundo aquellas abrumadoras congojas que antes le martirizaran.

De pronto algo, así como un suspiro, partió de los labios de Toñuela, y Juan quedó en suspenso.

—«Sí... te quiero; á ti solo que eres mi vida... siempre tuya»...

Juan no pudo contenerse y se abalanzó á despertar á su amada con un beso en los labios; pero, al irlo á imprimir, salió de ellos un nombre que dejó galvanizado al pobre Juan.

Toñuela había pronunciado un nombre, y éste no era el suyo, era... ¡el del señorito!

. . . .

***

Y Juan cavaba; cavaba con la constancia que emplea un hombre de bien cuando se halla entregado al trabajo.

Pero aquella tarde los golpes de su azadón eran más fieros.

Parecía que trataba de lastimar á la tierra en vez de labrarla.

Aquella tarde el rústico Juan no tenía el pensamiento en la casita que ya no alegraba Toñuela con sus risas; tenía su pensamiento un poco más distante, en la ciudad, en casa del señorito, de aquel señorito á cuyo lado había crecido, con quien de niño jugara, á quien de hombre aborrecía...

Y al pensar en esto, silbaba al aire, por la fiereza con que blandía el azadón.

De pronto, sus ojos se detuvieron á contemplar un detalle que había visto muchas veces sin que le llamara la atención: una mísera lombriz se retorcía dolorosamente, al sentirse el cuerpo dividido por el filo de la terrible herramienta del hortelano. Al ver las tristes contorsiones del gusano, Juan quedó pensativo y, tras un momento de meditación, iluminó su rostro una sonrisa de satánica alegría.

Al fin, acabó su trabajo y, echándose al hombro la herramienta y lanzando al espacio una blasfemia, puso el cuerpo y el pensamiento en dirección á la casa del señorito, en tanto recordaba con fruición las dolorosas contracciones de aquella lombriz á quien había dividido el cuerpo con el filo de su azadón...

***

Y Juan cavaba; cavaba con la desesperación del esclavo; devorando penas infinitas y con el grillete aferrado al tobillo...

C. COSTI Y LASSO DE LA VEGA.



OCIOSIDAD LABORIOSA

J. NOGUÉ



APUNTES MARÍTIMOS

MARCELINO DE UNCETA

DE VERJAS AFUERA

Á ESPAÑA

No soy aquel trovador
que cantando entre ruinas
no vió una flor sin espinas
en su senda de dolor.
No soy el viejo cantor
que sólo desdichas siente,
ni de mi pecho doliente
es el patrimonio el llanto,
¡que en las notas de mi canto
brilla la fe refulgente!

Horizontes de esperanza
van marcando mi camino
y sueño hermoso destino
dibujarse en lontananza.
No es la voz de la venganza
la que mi entusiasmo inspira
ni densa nube se mira
en el azul de mi cielo:
¡auroras de desconsuelo
son las que alientan mi lira!

España, patria adorada,
si la desgracia te ha herido,
no eres el paria vencido
para siempre en la jornada.
Mira tu historia pasada,
ella el ejemplo te dió:
Lázaro resucitó,
y tú, mi España querida,
has de volver á la vida
como Lázaro volvió.

Vives con tus tradiciones,
con tus páginas de oro,
con ese hermoso tesoro
de tantas generaciones.
Son eternos tus blasones,
pues has sabido juntar
tanta hazaña singular
y tantos timbres de gloria
que es muy pequeña la historia
para poderlos guardar.

¿Es que tu raza dormida
sobre los viejos laureles,
no soñó amigos infieles
ni la acechanza escondida?
Pues al volver á la vida
deja ese sueño en olvido,
ensancha el pecho oprimido,
muestra que despierta estás,
y de nuevo volverás
á ser la que siempre has sido.

Aquélla cuya arrogancia
á otros pueblos admiró
y la epopeya grabó
de Sagunto y de Numancia.
Aquélla cuya constancia,
en hazaña peregrina,
colocó la cruz divina
y sus banderas triunfantes
sobre las torres jigantes
de la Alhambra granadina.

La que en su anhelar profundo
y en su victorioso empeño
hallando un mundo pequeño
ambicionó un nuevo mundo.
Pueblo en grandezas fecundo
como grande en hidalguía,
que ostentó su valentía
dando al enemigo espanto
en las aguas de Lepanto
y en los campos de Pavía.

Pueblo cuyo corazón
jamás encontró fronteras
y opuso fuertes barreras
al mismo Napoleón;
el que humilló al campeón
de las más grandes empresas,
el que convirtió en pavesas
glorias del pueblo francés
logrando ver á sus pies
á las águilas francesas.

No puede nunca morir
esa raza de valientes.
¡Alcen tus hijos las frentes
y vuelvan á combatir!
Nos enseña el porvenir
el laurel y la victoria,
recordemos nuestra historia
y podremos convencernos
que sólo debe vencernos
el peso de tanta gloria.

Una sola aspiración
funda todos los amores:
desechemos los rencores,
si los guarda el corazón.
Las fuentes de la instrucción
alienten la juventud,
odiemos la esclavitud
que ofusca la inteligencia,
y ayuda nos dé la ciencia,
el trabajo y la virtud.

Cumplamos con los deberes
al conocer los derechos,
no guardemos en los pechos
codicias de mercaderes;
no cual débiles mujeres
llanto debemos verter
ni nos puede contener
el temor de sucumbir:
¡pueblo dispuesto á morir
está cerca de vencer!

Lleve el viento las canciones
de santo amor y fe ardiente.
¡Brille la luz esplendente
de las nobles ambiciones!
¡Adornen nuevos blasones
nuestra enseña sacrosanta!
¡Pueblo, tu sueño quebranta
y sólo el deber escucha!
¡España, despierta y lucha!
¡Trovador, alienta y canta!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

LA ESTUDIANTINA. — Cuadro de A. LIZCANO. *Fot. de J. Laurent y C.ª* (Madrid).

¡UNO MENOS!...

Como sombras que se deslizan sin ruido, iban llegando al campamento aquellas diezmadas compañías, cuyos soldados, tan pronto reprimían el violento esfuerzo de su voluntad que les había permitido llegar hasta allí, desplomábanse como inerte masa, sin energías para ocupar los puestos que se habían señalado á cada unidad.

La jornada de aquel día superaba, por su rudeza, á toda ponderación. Tres leguas recorridas al paso largo y un combate de cinco horas, persiguiendo al enemigo que escapaba á cada paso, eran suficientes para acabar con toda humana fuerza. En vano procuraban los oficiales reunir su dispersa gente. El cansancio habíalos sumido en un sueño letárgico, vencedor de los tormentos que la falta de alimentación producía en sus cuerpos extenuados y enfermos.

Ni la promesa de una reparadora comida ni el mandato del jefe lograban arrancarlos de aquel estado de postración, tan profunda, que sólo por el acompasado movimiento de sus pechos conocíase que no eran cadáveres insepultos. La guardia de prevención, que precedía inmediatamente á la impedimenta, hizo su entrada en el campamento conduciendo, maniatados, algunos prisioneros.

Entre ellos había una mujer, cuya arapienta y sucia indumentaria y el descuido que en toda su persona se advertía, no bastaban á borrar la delicada belleza de su rostro ni la esbeltez de su talle, arrogante y flexible.

Fué capturada cuando con un precioso rifle disparaba rápidamente, desde la primera línea, sobre las fuerzas que avanzaban, como si ella sola aspirara á detenerlas en su acometida, amparando así la retirada de los suyos. Sus ojos, de mirar profundo, no denunciaban sentimiento alguno de temor ó flaqueza, y sus labios se entreabrían para dar paso á una sonrisa de extraña placidez, símbolo de esa ventura que gozan las almas de gran temple cuando recuerdan el deber cumplido.

El jefe de la columna ordenó que se la separara de sus compañeros, sujetándola á estrecha vigilancia durante toda la noche, y recomendó al oficial que no la perdiera de vista.

Era éste un teniente joven y apasionado, que hacía la guerra sin odio al enemigo y para quien la causa defendida por los rebeldes era de indiscutible santidad. No obstante esta disposición de su ánimo, cumplía valerosamente sus deberes militares y siempre se le veía en los puntos de mayor riesgo dando ejemplo de bravura y disciplina.

La posición central que la guardia ocupaba, permitía algún descuido en la vigilancia; así es que, al poco rato de estar los soldados en torno de la hoguera, el sueño se fué apoderando de ellos y sólo el oficial y la prisionera resistieron su poderosa influencia.

La joven tenía fija su mirada en las inquietas llamas, como si su eterno flamear hubiérala impresionado hondamente. El teniente no apartaba de ella sus ojos aspirando tal vez á fijar en su retina aquella interesante figura.

—¿Soñáis?—preguntó en voz baja y con acento dulce que formaba rudo contraste con su condición de carcelero.

Una brusca sacudida experimentó la prisionera, como si, arrebatada á un sueño feliz, volviera á la realidad. Sus ojos fijáronse intensamente en los ojos del oficial, y aunque nada respondió á la insinuante pregunta, acentuó más la sonrisa que parecía estereotipada en sus labios.

Algo debió descubrir en el alma del teniente que lisonjeara sus sentimientos, porque el color mate de sus mejillas coloreóse, al par que por sus ojos cruzaba, con la rapidez del relámpago, un algo siniestro que estremeció sus entrañas.

Sostuvo largo rato aquella mirada y, con visible esfuerzo, hizo su sonrisa más tentadora, mientras adelantaba sus manos, cárdenas por la presión de la fuerte ligadura.

—¿Sufrís?—balbuceó de nuevo el militar con invencible ternura.

Un tajo que dió con el ancho cuchillo que á guisa de sable pendía de su cintura, cercenó la cuerda. El pecho de la joven ensanchóse en un suspiro de alivio. La humanitaria generosidad mereció al oficial una mirada enloquecedora.

Examinó con piadoso interés los hondos surcos abiertos por la brutal presión en aquellas adorables muñecas, exteriorizando un afán excesivo por calmar los dolores que de fijo sufría.

Ella le abandonó sus manos con estudiada coquetería, aspirando, sin duda, á ir muy lejos en sus concesiones para mejor afianzar su imperio sobre aquel hombre que para ella encarnaba todo lo más odioso y odiado, y á cuyo contacto sublevábase su alma de convencida sectaria del separatismo cubano.

Alentado el mancebo por la facilidad con que cedió á sus primeras insinuaciones, hízose más audaz, llegando hasta á besarla en los labios con apasionamiento delirante.

Los troncos que ardían en la hoguera habíanse consumido, y sus brasas lograban apenas llevar hasta la prisionera y su guardián un pálido reflejo que pronto se perdía entre las espesas sombras de aquella noche obscurísima.

El campamento dormía, confiado en la vigilancia de las avanzadas.

El oficial de guardia había perdido por completo la noción del lugar en que se hallaba, y cubría de caricias el rostro y el cuello de la que consideraba rendida á su pasión

Si la ofuscación no le privara de todo raciocinio, hubiera notado que la joven entregábase pasivamente, sin devolverle una sola caricia, y advirtiera que la expresión de sus ojos distaba mucho de tener esos tonos lánguidos y voluptuosos cuyo encanto realza la belleza de la mujer que cede á impulsos de irresistible enervamiento.

El estudiado abandono de la mujer servía de incentivo á las intemperancias del hombre, que ya saboreaba las delicias de la absoluta posesión con lúbrico refinamiento.

La sonrisa de la prisionera, se hacía cada vez más extraña, y en sus ojos íbase acumulando todo el aborrecimiento de que rebosaba su alma, sedienta de sangre, de aquella sangre española tan odiosa, que la obligó á cambiar las dulzuras del hogar tranquilo por las rudezas del combate en campo abierto, y cuyo eterno peligro no logró hacerla vacilar: tan puro era su templo.

Ni el más pequeño ruido turbaba el imponente silencio de la noche. Sólo de tiempo en tiempo percibían los únicos vigilantes del interior del campamento confusas palabras que en sueños balbucían los soldados dormidos.

El oficial, poseído de súbita locura, creyó llegada la hora de consumar su obra y arrojóse sobre su presa con felina avidez.

Los cuerpos rodaron por tierra manifestándose entonces el único movimiento de resistencia en la mujer.

Fué breve.

Al caer, tropezó su mano con un objeto frío cuyo contacto produjole fuerte sensación... Era el cuchillo que sirvió para libertar sus manos de las ligaduras que la torturaban... En su pupila brilló un relámpago... Estaba resuelta.

Con presteza empuñó el arma, mientras atraía sobre su pecho el pecho del oficial. Este cedió á la violenta presión de aquel brazo adorable y con ansia buscó en la obscuridad los labios de la prisionera... Fué aquél un beso prolongado, interminable, brutal...

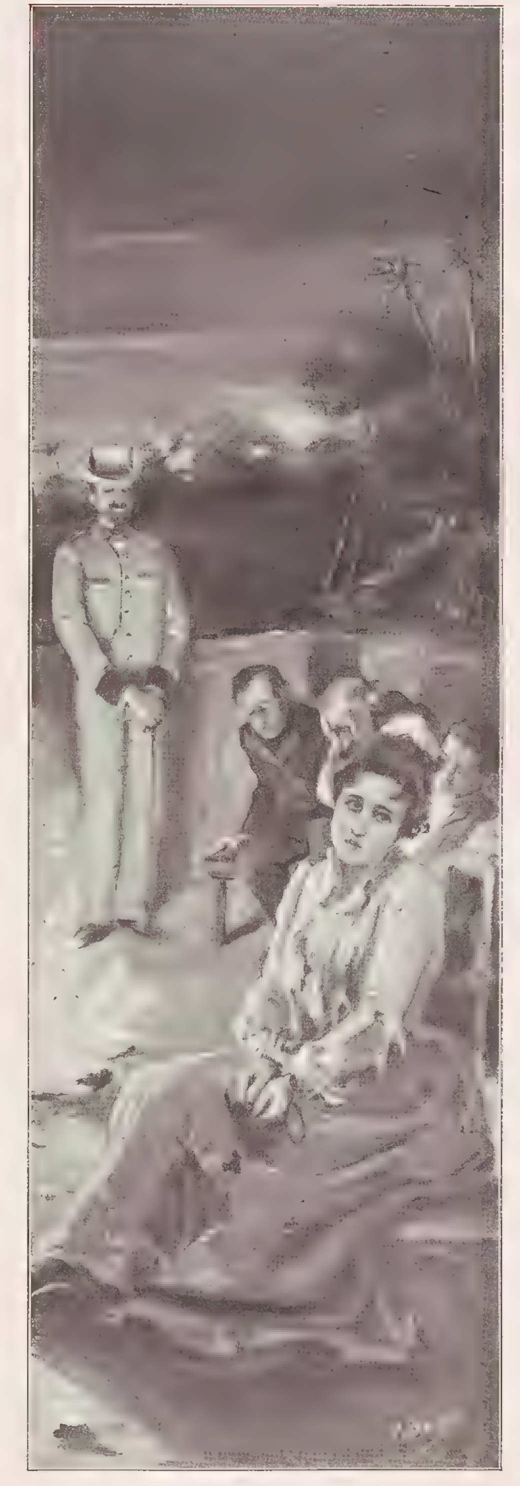
Un grito de dolor y una siniestra carcajada, rompieron el silencio del campo.

El oficial, revolcábase sobre un charco de sangre, y en su espalda veíase la dorada empuñadura del cuchillo.

Ella lo miró un instante con profundo desdén y exclamó:

—¡Uno menos contra los míos!

Leví MURGASI



SU IMAGEN



Errante sol de aromas circundado
tu ardiente lumbre tenue debilita;
que ya mi corazón, de arder cansado,
negro sus alas moribundo agita.

Grupo de luz que extravió la luna,
ángel perdido que bajó del cielo,
visión deslumbradora, que importuna
mi sien circunda en caprichoso vuelo.

¡Girar y más girar!... Lentas sus alas
lumbrosa tiende en blando movimiento.
¿Eres el alma que de mí te exhalas?
¿Ó eres tal vez mi mismo pensamiento?

Fantasma de la mente, llega, llega,
desprendida mitad del alma mía,
aunque tu imagen me deslumbra y ciega,
blanca de noche, y negra por el día.

Se mece ante mis ojos desplegada
como la espuma cándida de un río,
tal vez por los suspiros agitada
que salen hondos ¡ay! del pecho mío.

Su virgen luz, perdida en el ambiente,
reverbera purísima y serena,
y en las límpidas aguas del torrente,
cuando acarician la tostada arena.

Sobre mi frente gira luminosa,
luciente envidia de la nieve y grana,
copia feliz de la encendida rosa,
lisonja del albor de la mañana.

En donde quiera engendra el alma mía
su imagen pura, rutilante y bella,
ante el disco del sol al mediodía,
por la noche en la faz de cada estrella.

Y quisiera abarcar al ver su lumbre,
hidrópica mi vista fascinada,
de los astros la inmensa muchedumbre,
para verla sin fin multiplicada.

Me revela fantástica su risa
oscilando el arroyo cristalino,
y su acento el murmullo de la brisa,
y también el zumbar del torbellino.

La veo en todas partes seductora,
llevado de mi ardiente fantasía,
en cada rayo al despuntar la aurora,
en cada sombra al caducar el día.

Y despierto la miro embebecido,
animada ilusión de mi deseo;
y si cierro los ojos adormido...
yo no sé dónde está, pero la veo.

Ramón de Campoamor

Composición y dibujo de Gaspar Camps.

BARTOLOMÉ ESTEBAN DE MURILLO

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Este ilustre pintor, esta gloria española, una de las más grandes y legítimas, nació en Sevilla el año 1618.

Su verdadero apellido no era ese, ya que sus padres fueron Gaspar Esteban y María Pérez; mas parece que entre sus bisabuelos había muerto uno en olor de santidad, y á esto se atribuye semejante cambio.

De muy niño, el personaje de estos apuntes cogía carbones y en ellos pintaba sobre las paredes todo lo que veía ó imaginaba. Convencidos sus padres de la vocación de su hijo, lleváronle al taller de su pariente, el apreciable pintor Juan del Castillo. Allí, en unión de otros varios discípulos y después de meter colores y preparar pinceles, copió varios modelos, aprendiendo de su maestro la fuerza y valentía del claro obscuro, que era la cualidad más estimada de Castillo.

Muertos sus padres cuando Bartolomé contaba sólo diez años, quedó bajo la protección de su tía doña Ana y de su esposo el cirujano Antonio López, quienes le sostuvieron en el taller de Castillo, al que ayudó en sus trabajos para diversas iglesias y conventos. Decidido Castillo á trasladarse á Cádiz, quedóse Murillo en Sevilla y pintó por su cuenta infinidad de cuadros que los marchantes le compraban á un ínfimo precio y después vendían por las ferias y los pueblos.

Llegó á Sevilla el célebre pintor Pedro Moyes, procedente de Italia y Flandes, donde había estudiado al famoso Van-Dych. Murillo visitó sus estudios y admiró los trabajos de Van-Dyck, convenciéndose, ante aquellas obras maestras, de lo poco que sabía. Resuelto á estudiar y aprender, decidió marchar á Madrid, lo que realizó á costa de muchos sacrificios, presentándose á su paisano don Diego Velázquez. El insigne pintor le recibió cariñosamente, y gracias á su noble protección pudo Murillo en Madrid y en el Escorial estudiar y copiar á Rubens, Van-Dyck y Ribera. Quizá su estancia en el Monasterio del Escorial influyó en su afición á pintar asuntos religiosos.

Después de contraer matrimonio con doña Beatriz de Cabrera y Sotomayor y disgustado por la tristeza que en su protector y amigo don Diego Velázquez había producido la caída del favorito Conde-Duque de Olivares, Murillo, cuya fortuna había mejorado y cuyo nombre comenzaba á pronunciarse con respeto, trasladóse á su patria, buscando como la golondrina el color de su ciudad querida. De vuelta en Sevilla, la pintura del claustro ó el convento de San Francisco le alcanzó tal renombre que de la ciudad, primero, de Andalucía, después, y bien pronto de España entera, llovieron sobre él las peticiones de cuadros. De aquella época datan sus numerosas obras, que hoy se encuentran diseminadas en la ciudad de Sevilla, en varias poblaciones de Andalucía, en algunos conventos de Madrid, en el Real palacio, en el Escorial y San Ildefonso, en diversas iglesias y en casi todos los Museos de Europa.

Según los mejores críticos, el estilo de Murillo, que en un principio había sido fuerte y detenido, — como inspirado por la fuerza del claro-obscuro de Castillo y las exigencias de los marchantes, que sólo querían imágenes sangrientas,—se hizo con el estudio dulce y agradable, logrando dar á sus cuadros no sólo la ternura y naturalidad en el colorido, sí que también una perfecta anatomía del cuerpo humano, con todas las reglas de la contraposición, de la perspectiva y de la apatía; rodeando sus figuras de un ambiente fantástico y celestial.

El año 1680 se trasladó á Cádiz para pintar en el convento de Capuchinos un gran cuadro sobre la *Vida de Santa Catalina*, cayendo del andamio y viniendo á morir en Sevilla de resultas de aquel golpe mortal.

Antes de morir había realizado su sueño dorado; la creación en Sevilla de la «Academia de Bellas Artes», nueva y hermosa corona que ciñe su frente tan llena de altos pensamientos.

Aunque su especialidad fueran los asuntos religiosos, Murillo pintó también cuadros de costumbres, paisajes, flores y cuantos géneros abarca la pintura.

En cuanto á sus cuadros religiosos, Murillo es una verdadera maravilla.

De su colorido se ha dicho que pintaba la carne con leche, sangre y rosas.

Él introdujo en la Academia de Sevilla la costumbre de los modelos vivos, para estudiar los desnudos.

Cuentan que por su *San Antonio* le dieron unos quinientos duros; por su *Concepción*, ciento veinticinco, y por diez cuadros de gran tamaño, entre los cuales iba su *Santa Isabel*, cuatro mil, escasos.

Estos lienzos se cubrirían hoy de oro. Su autor se vió forzado á dejar tres casas, cuya pequeña renta disfrutaba, por no poder sufragar el gasto de reparación que exigían.



JESUCRISTO OTORGANDO A SAN FRANCISCO EL JUBILEO DE LA CAPILLA DE ASIS

Cuadro de BARTOLOMÉ MURILLO. *Existente en el Museo Nacional de Pintura.*

Si es cierto que nadie pintó la tierra y los hombres como Velázquez; digamos, con un eminente escritor, que nadie pintó el cielo y los ángeles como ese portentoso genio que en vida se llamó Bartolomé Esteban Murillo y que, al entregar su alma al Creador en el día 3 de Abril del año 1682, debió encontrar abiertas las puertas de aquel Paraíso que ninguno como él había retratado.

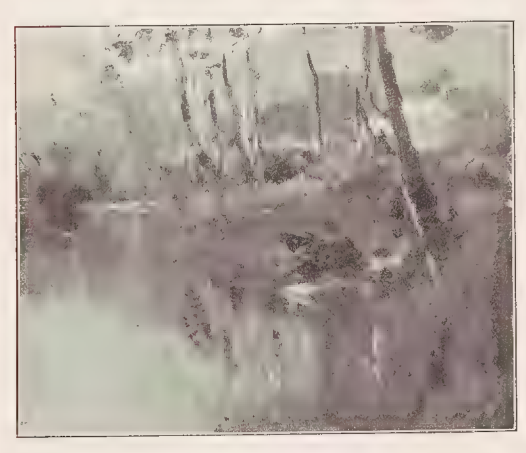
Rindiendo un justo tributo de admiración á su memoria, hoy engalana sus páginas ALBUM SALÓN, con uno de los más notables y menos conocidos cuadros del ilustre pintor sevillano: *Jesucristo otorgando á San Francisco el jubileo para su capilla de Asis.*

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

UNA CARTA

Entre los documentos que al morir dejó la marquesa tal, hubo de llegar á mis manos uno muy curioso. Como curioso quiero darlo á conocer, hoy que han caído en completo desuso el estilo romancesco y eso que en el mundo ficticio de la novela se llama *declaración amatoria*.

Era la carta que literal é íntegramente transcribo á continuación.



APUNTE, de Elíseo Meifrén.

***

Señora: ¿Creeréis que yo, avezado á la vida del gran mundo y no profano en cortesanas intrigas, creeréis, señora, que me hallo bajo la influencia de una perplejidad en mí inverosímil?

Sí, debéis creerlo, pues lo dice un caballero, que por tal me tengo, y, además, porque no carecéis de penetración, mas antes tenéis sobra de femenil perspicacia y varonil dominio en esos ocultos resortes que mueven el corazón humano. Vuestro instinto zahorí, puesto al servicio de vuestro lucido entendimiento que hermosea vuestra soberana hermosura, hubo de descubriros las zozobras de mi ánimo, antes de revelarlas mis miradas preñadas de amorosa codicia; y ahora, esa vuestra discreción que, á la par de vuestra belleza, tanto me encanta y aprisiona, deben de deciros que yo, galán en corte y cortesano de abolengo, me siento perplejo y cohibido al dirigirme á vos para manifestar con la pluma lo que los ojos habrán ya delatado; que para mí, delatores, y no otra cosa, son los instrumentos que contra prejuicio y voluntad descubren nuestros pensamientos y deseos.

¿Y por qué fiar á la pluma lo que á la lengua compete?... ¡Ah, señora! La lengua enmudece, la voz se apaga en los labios, cuando en presencia del objeto que caldea la imaginación y aviva insanos apetitos, el espíritu pretende traducir por medio de huera fraseología los éxtasis que lo subyugan y las ansias de la dominante materia.

He aquí por qué me dirijo á vos en forma escrita, y no en forma oral; que con ésta harto os he dicho, acaso contra mis propósitos, la otra noche en los salones de nuestra común amiga la duquesa. ¿Lo recordáis? Quered recordarlo, y me sentiré feliz, si la felicidad no es un mito en la tierra, si existe y es asequible al hombre, sobrado infeliz de suyo, por devorarle la sed insaciable de soñados y nunca realizados goces.

Era la fiesta quincenal á que vos y yo solemos concurrir.

Los amplios salones de aquella suntuosa morada presentaban ese día singular encanto. La luz de cien focos artísticamente combinados, aquí pálida y suave, más allá fúlgida y matizada, bañando profusamente los objetos; el ambiente saturado de los más exquisitos aromas; las notas dulcísimas de voluptuosa música; el susurro de vaporosos encajes, parecido á los rumores de manso céfiro; palabras entrecortadas, risas argentinas, en todos los semblantes reflejos de esperanza y en todas las pupilas chispazos de amor... ¡Qué cuadro, amiga mía, qué cuadro!... Y envuelto en él, confundido con tanta vida y esplendor tanto, mis ojos seguían como siempre, vuestros pasos con afán.

Por fin, hallé ocasión de acercarme á vos. El grupo de admiradores que os rodeaba (¡cuándo no los tiene una beldad!) se había dispersado. A prudente distancia del diván en que estábais muellemente reclinada, permanecí contemplando vuestros encantos físicos, dignos á buen seguro, con ser tantos y tan peregrinos, de los morales que os realzan.

Parecióme que por vuestra boca, esa boca que se me antoja calificar de clásico corte griego, vagaba una sonrisa; que vuestros ojos luminosos miraban absortos, con esa mirada que sin traducir ninguna impresión exterior, se concentra, por decirlo así, en algo incorpóreo, forma y reproducción esquemática de la idea dominadora; creí en una palabra, que absorbía vuestra imaginación en tal instante algún hondo pensamiento.

Obedeciendo á un instintivo movimiento, me acerqué, y. . . . .

Jamás en torno de una diosa puede disiparse el incienso de las alabanzas, os dije con acento que revelara mi pasión cuando no la descubriera el fuego de mis mejillas.

Lo que á seguidas hablamos, no lo sé; pero sí sé deciros, *señora*, que *mía* sois en pensamiento desde entonces.

Y séame por vuestra inagotable bondad concedida la gracia de decíroslo, no con otra aspiración, no con otra esperanza, que la esperanza de complaceros y la aspiración de ensalzar con mi tosca frase obra tan gallarda y tan completa de la Naturaleza.

¡La Naturaleza! Nadie dejará de admirarla viendo vuestra hermosura; nadie, al contemplar vuestro cuerpo, resumen de todas las perfecciones, de piel ebúrnea y formas esculturales, nadie, repito, será insensible ante esa eterna fuerza generadora que en sus arcanos lo mismo genera la repugnante sabandija, que da vida y movimiento á la aterciopelada mariposa.

¿Qué hombre, me pregunto á veces, podrá, al veros, no sentir del amor el influjo, sus impulsos y acicate?

¡El amor! El amor nunca ha sido ni será definido. Lo siente el ángel y lo siente el bruto. El hombre, conjunto de sentimientos y de sentidos, siente el amor, primero como ilusión, luego como deseo. Quiero decir, y lo diré con inverecunda franqueza, que sin el concurso de la materia el amor á que me refiero no es más que sueño engañador, idea que se apaga con el último rayo del sol de nuestras efímeras ilusiones.

Tal vez digáis que estoy por demás metafísico. ¡Qué queréis! Conozco que á vuestra superior cultura no son indiferentes estas sutilezas; y á mi vez os digo que semejantes digresiones me dominan. Pues yo también, allá en no lejanos años, tuve juveniles sueños é ilusiones, y, por tanto, hube fatalmente de experimentar desalientos y desazones.

Por eso, queriendo ahora tomar venganza de aquella otra edad, necia á fuer de crédula, os digo, ya sin vacilaciones ni eufemismos:

En nombre del amor que me inspiráis, dejadme vengar, señora, dejadme vengar.

***

Respaldada en un margen de este documento de sabor arcáico, leíase la palabra *vista*, que en la clave de la marquesa equivalía á *contestada*.



Antonio San Martín López.
Autor de la Gavota que acompaña á este número.
Fot. de F. Amer (Barcelona).

Y conste que la marquesa, de corazón generoso y espíritu refractario á urdir pretextos, jamás contestaba una petición si no quería complacer al postulante.

Por la copia,

Antonio ASTORT



EL ÉXTASIS DE SAN FRANCISCO — Cuadro de José María Marqués.

BELLAS ARTES



JOSÉ MARÍA MARQUÉS

Fecunda por demás ha sido la labor de José M.ª Marqués en los veinticinco años, poco más ó menos, que lleva de producción artística. Sus cuadros se cuentan por centenares.

Sin poderle llamar especialista, porque ha tratado todos los géneros, puede decirse que su popularidad se cimentó más que en ninguno en el paisaje, que llegó á dominar desde sus primeros pasos en la carrera artística. Por su extremada facilidad ha podido abordar con éxito el retrato, el cuadro histórico y el de caballete, logrando ser premiado en algunas exposiciones.

En este caso se encuentra *El éxtasis de San Francisco de Paula* que publicamos y que tuvo el honor de merecer una de las más altas recompensas en la Exposición de Londres de 1889, estimándosele sus grandes dotes de expresión y de colorista que en el cuadro campean. En efecto, todo en él manifiesta un gran dominio de la técnica, siendo de admirar particularmente ambas manos, pintadas con la sobriedad y sencillez de la clásica escuela española.

Otro de los cuadros de figura que le valió una recompensa en Madrid, *La mujer adúltera*, dióle motivo de desarrollar su ingenio en una grande composición. Reminiscencia de aquella obra son los *Hebreos* que figuran en la última página.

Pero, repetimos, su especialidad es el paisaje, en el que se ha distinguido siempre. Las orillas de los lagos y de los ríos, con la tersura de las aguas, la brillantez de los reflejos y la frescura de la vegetación han atraído su paleta, y bien puede decirse que pocos pintores españoles habrán tratado con igual habilidad esos aspectos de la naturaleza. Algo confirman este aserto los dos paisajes que incluímos, obras de pocas pretensiones, pero que acusan la mano de quien sabe medirse con asuntos de mayores alientos.

Su conocimiento del retrato revélase en los de don Manuel Planas y Casals y del señor Santos, ex Presidente de la República del Uruguay. Como pintor de caballete, aparte sus numerosos cuadros, muéstrase su buen gusto en *Las pintoras*, y como aficionado á los viajes, dentro y fuera de España, sus apuntes y notas de color *Amsterdam*, *San Julián de Vilatorta* y *Lagos de Remolá*, entre muchos otros que abundan en sus carteras, ponen de manifiesto el discernimiento que tiene Marqués en elegir y seleccionar los asuntos que se ofrecen á su vista.

Marqués es joven todavía, más de lo que deja suponer su ya extenso período de elaboración. Ello es prenda de que aún nos reserva muchas estimables producciones de su paleta.

Francisco CASANOVAS

JOSÉ MARÍA MARQUÉS

Después de lo que acaba de exponer nuestro crítico artístico, respecto al insigne pintor con cuya amistad y colaboración nos honramos, réstanos sólo consignar algunas notas biográficas del mismo, y éstas nos las suministra un artículo de Felipe Pedrell, publicado tiempo atrás en la *Ilustración Musical* que el célebre maestro dirigía y del que copiamos los siguientes párrafos:

«El exterior de Marqués, escribía un biógrafo, predispone decididamente á su favor. Su bien modelada cabeza, delicada perfectamente en sus contornos, acusa á primera vista gran claridad de inteligencia, valentía en el arte, ese algo que revela que se ha nacido artista. En efecto, Marqués nació poeta, poeta de la poesía pintada, que vale tanto como poeta de la poesía hablada ó poeta de la poesía cantada. Víctor Hugo, Mozart, Marqués, son poetas que hablan, cantan ó pintan, cada uno á su manera, cierto; pero todos, en sus distintas manifestaciones, se sienten empujados por aquella celeste Beatriz que les hace andar recorriendo gloriosamente en la vida del arte todas las divinas vías de luz abiertas á la exploración de los genios. Marqués tuvo la suerte de ver la luz, allá por el año 1862 y en Tortosa, en el taller de un pintor; en el taller de su amante y cariñoso padre: la cuna, la vocación y la educación que le comunicó éste hicieron de él un artista; apenas hablaba claro, cuando ya dibujaba correctamente; apenas alcanzaba al caballete, trasladaba ya de la paleta al lienzo sus inspiraciones que, desde jovencito, distinguíanse por característico sello de propia originalidad. A la edad de 15 años puede decirse, que ésta fué su primera exhibición artística, *atrevióse* á llenar tres metros de tela pintando un paisaje para el *restaurant* Martín, cuyo mérito proclamó la prensa local y ensalzaron los artistas. Emprendió varios viajes artísticos por España é Italia y todo el centro de Europa; el hombrecito *vió* y fué notada su precocidad nada menos que por el gran Gerome, quien le designó con el honroso calificativo de *petit Fortuny*, cuando apenas contaba 21 año y sorprendía á los aficionados con los frutos artísticos recogidos en las campañas de Córdoba y Granada, realizadas allá por el año de 1883.



Cabeza de estudio; por J. M.ª Marqués.

»A la vuelta de cada uno de estos viajes, repletos los *albums* del artista peregrino, llenábanse las exposiciones de sus lienzos, cuya enumeración sería bastante larga si nos propusiéramos escribir una biografía de Marqués, que como retratista figura tan aclamado que como paisajista y pintor de figura, según suele decirse.

»Los que no hayan tenido la fortuna de admirar todo lo que ha producido Marqués (y lo que ha producido asombra verdaderamente), pueden emprender una excursión hojeando las más señaladas revistas ilustradas modernas: *La Ilustración Artística*, de Montaner y Simón, *La Española y Americana*, de Madrid, *La Catalana* y otras que sería ocioso recordar, y á buen seguro que se explicarán fácilmente que toda la actividad asombrosa é infatigable del joven y simpático pintor halle siempre mercado abierto en Nueva York, Londres, París, Berlín, Milán, Habana; sin contar las innumerables producciones que en esta ciudad conservan en sus salones particulares, ganosos de las primicias del talento pictórico de Marqués, siempre codiciados y solicitados, las aristocráticas familias Arnús, Anglada, Freixa, Fabra, Estruch, Taltabull, Camps, Villavechia, Llobet, Rivas y Doménech y otros.»

Nada añadiremos por cuenta propia; la personalidad de Marqués ha llegado á ser tan conocida en el mundo del arte, que lleva en su nombre la mejor recomendación.

* * *

RESURRECTIO

La noche estaba obscura, presentaba el cielo verdaderamente un color plomizo, haciendo el efecto de un antro terrorífico. A intervalos la luz del relámpago rayaba la inmensidad que se destacaba reluciente de entre aquel manto tan fúnebre y seguía súbitamente el estampido del trueno que infundía espanto y confusión; el viento silbaba merced á su empuje potente y dejábase oir el ruido monótono del follaje y el susurrar suave del agua. El rumor tan sólo de un animado diálogo daba vida rítmica á aquella naturaleza lóbrega.

—Pasa.

—Primero tú.

—La marcha triunfal de mi carrera es respetada por todo el mundo.

—Yo también marcho y me llevo las esencias, los perfumes, los ayes del moribundo como los gritos de entusiasmo del vencedor.

—Y sin mi poder y mi eficacia, ¿qué fuera la naturaleza? ¿Cómo podría gozar el espíritu del hombre de la grandeza del Universo creado? Y si no, repara.

Súbitamente y como obedeciendo á aquel *fiat lux* divino, rasgó los abismos de la inmensidad la chispa momentánea. No era la luz difusa de la estrella vespertina, no, era toda la fuerza de la luz potente y vigorosa, como queriendo deshacerse de aquellas densas tinieblas que ocultaban toda la majestad y hermosura del cielo. Y seguía el trueno con su ruido espantoso pareciendo el retumbar de las peñas cuando de cerca pasa vertiginosa locomotora.

Y siguió un momento de silencio, que daba espanto. Hasta el mismo viento parecía retroceder en su marcha majestuosa. Después de largo rato, como sencillo pajarillo que huye de la indómita fiera, oíase aquél pausadamente y con escasa fuerza. No obstante, merced á un fuerte empuje parecía llevar el himno del mundo sensible Del seno de la tormenta salían gemidos que parecían decir al mundo:

—Yo doy la vida al mortal ensanchando sus pulmones, así como á las plantas coadyuvando á su crecimiento. Yo soy el que beso á éstas y á las flores, desde el roble más potente y desde el pino más elevado hasta la sencilla hierba que crece de entre los intersticios de vetusta roca. Con mi fuerza poderosa, incontrastable, disipo las neblinas que cubren el firmamento, con la misma facilidad que el humo que sube por el espacio formando espirales...

—Muy pronto te convencerás de tus equivocaciones y tu orgullo ha de humillarse bajo mis plantas. Dueño, sí, de tu capricho, millares y millones de átomos que ruedan por el espacio, elementos extraviados que se agitan sin rumbo fijo en el planeta, no han de despreciar mi influencia poderosa que les da todos los colores del Iris.

—La fuerza es mi ley, el impulso es mi existencia. No repliques á mis palabras porque á veces devasto y destruyo... Por mí se aviva el fuego, por mí se destruirá la luz que difundes por la tierra, y con la cual deshaces el denso capuz de la tormenta. Espera... aguarda...

De pronto, como obedeciendo á su fuerza ciega, se levanta como gigante en medio del espacio, toma forma invisible pero hercúlea, sacude inmediatamente por todos los ámbitos sus larguísimas melenas impalpables, desgaja luego de la tierra corpulentos arbustos, troncha fácilmente el capullo-flor, desata macilentas rocas... El agua depositada en la densa nube, viene á regar la tierra con una violencia espantosa... La claridad del rayo es algo difusa, el ruido del trueno algo lejano, pareciendo el vomitar, allá á lo lejos, de cien bocas de artillería... La nube se va disipando, disipando, y los corazones humanos recobran más alegría, aparentando salir de penoso letargo.

***

Puebla ya el espacio la luz vivísima del astro rey, destacado como lámpara de esa inmensa bóveda del cielo. La naturaleza está de fiesta: cantan los pájaros sobre la copa de los árboles, óyese el susurro del agua que se desliza mansamente por el arroyo; vese el campo cubierto de verde alfombra, las gotas de la lluvia volverse perlas de variados colores; se divisa además sobre fondo azul la hermosa lejanía del horizonte... He ahí el mágico cuadro que respira belleza y calma.

Operada está la *resurrectio* de la naturaleza. ¡Bendita luz que nos demuestra la grandeza soberana de Dios!

Joaquín BELETA GASSULL



Lagos de Remolá (Barcelona). — Alrededores de Torelló (Gerona). — Amsterdam. — Cuadros de Marqués.



PAISAJE



PAISAJE

ARGUMENTO



Excmo. Sr. D. Manuel Planas y Casals.

Solíamos reunirnos en uno de los cafés más céntricos de la capital.

Entonces Mariano y yo, éramos inseparables.

Enamorados ambos del arte, comulgando en una misma escuela de principios estéticos, enemigos mortales de ciertas influencias del extranjero que el espíritu innovador utiliza despiadada é irrespetuosamente, solíamos conversar de largo, maldiciendo del *modernismo*, especie de pabellón con que tratan de cubrir su mercancía unos cuantos enclenques de inspiración ó entendimiento.

La causticidad erizaba casi siempre nuestros paliques, de punzantes zarzas, y entre ellas quedábanse no pocos chirones de piel ajena; por eso, regocijado cierta noche mi interlocutor con nuestra charla, bautizó aquellos amistosos desahogos con una frase gráfica: *el tendedero.*

Tres noches llevaba Mariano faltando á la lista; tres noches que pasé yo mohíno, más preocupado con la idea de una enfermedad que con la de aventuras á las que siempre se mostró mi contertulio muy poco solícito.

Me equivoqué de medio á medio. Cuando, transcurrido aquel plazo, volvimos á hablarnos, Mariano me pareció otro hombre.

—He encontrado á una antigua amiga, — me dijo, — á la mujer por quien he hecho más locuras en este mundo. Está cambiada ¡chico, lo incomprensible!

Y me refirió una historia de su primera juventud, de cuando era estudiante universitario, historia que, á pesar de caldearla con todo el fuego de su vigorosa imaginación, encontré vulgar hasta dejárselo sobrado.

Eso sí; no faltaban en ella incidentes ni notas de color: días de holgura estrepitosos como el taponazo de una botella de *champagne*, y dorados como ese vino de los faustos; días de escasez, fríos como las cenizas del hogar de la miseria, y negros como el ala del cuervo, el ave que más se presta al símil cuando no se tiene una peseta en el bolsillo.

Era todo un idilio, con estrofas, inspiradas las unas en el cuartito de Fornos donde tan suculentamente se sazonan unos ratos de amor, con la ayuda de un buen *menú; vividas* las otras en un sotabanco, entre un empacho de reflexiones y un puchero de patatas. Total, *cero*. Quien más, quien menos, cuando llega á tener treinta años, cuenta en el *carnet* de su memoria con apuntes parecidos.

—No me interesa tu perorata, — dije á mi amigo.

Hizo un mohín y calló. Había creído descubrirme una nueva *Safo* y sugestionarme para una semana con los resplandores de su vieja aventura, y mi espontánea declaración fué un jarro de agua fría.

Nos despedimos hasta el día siguiente, pero no volvimos á vernos en un mes.

Para mí la cosa era clara: hay mujeres que se parecen á esas barajas del *bacarrat* que agotan á un banquero, y luego á otro y á otro, quienes sucesivamente van levantándose con la frase sacramental en los labios temblorosos: «hay una continuación».

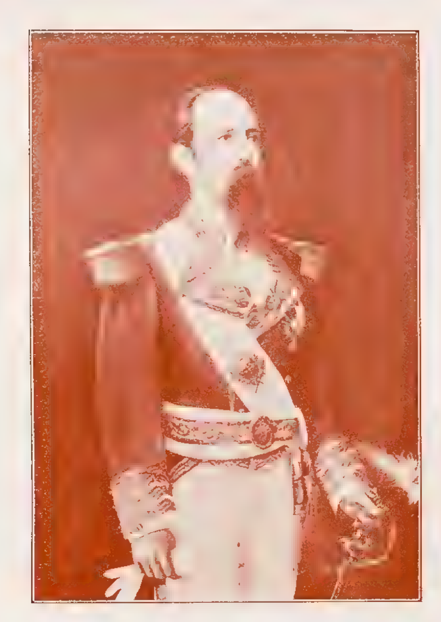
Mariano, repuesto tal vez de una mala partida, por entrometimiento del azar caprichoso, volvía á jugar con la misma «baraja». Y en el torbellino de agri-dulces recuerdos y de goces presentes, se olvidó de mí, del café y de nuestros escarceos literarios.

Como he dicho: fué luego de un mes cuando nos encontramos en el sitio de costumbre



UNA CALLE EN SAN JULIÁN DE VILATORTA

Cuadros de Marqués.



General Santos, *ex presidente del Uruguay*.

—Si no me mortificases con tu chanza, te contaría algo muy curioso.

—¿Otro encuentro? Vas resultándome un Mañara malogrado.

—No, no; se trata «de la misma».

—¡Ah, vamos! «la de la continuación». ¿Habrás vuelto á quedarte sin un céntimo, por supuesto?

—Y ¿qué importa? Te he oído mil veces decir que, admitido, como dicen por ahí, que la vida sea una biblioteca, la mujer es el mejor libro, ó al menos tu libro favorito.

—Bueno, habla; escucho pacientemente.

—Cristina (hasta ahora no sabías su nombre) me ha resultado mujer de un literato, joven fecundo, que comienza actualmente á invadir el mercado editorial con sus novelas y espera ser pronto autor aplaudido. Gerardo tiene puesta su fe, su entusiasmo y su temperamento de artista en un drama; ve abrirse los horizontes del éxito después de ruda y larga peregrinación por el páramo angustioso del anónimo. En sus vigilias, en las noches tristes de labor obscura, cuando el cansancio le rendía, Gerardo se arrastraba hasta su lecho, donde su compañera le esperaba. Ella me lo ha confesado con criminal ironía: en esas horas horribles el escritor buscaba más un beso de paz que un regazo amoroso. Así se lo dijo siempre, mientras, febril aún, le refería tartamudeando de emoción, con los ojos encendidos, trozos enteros de su obra, de aquella obra con la que aspira á la inmortalidad.

Mi interlocutor hizo una pausa y, con vehemencia, continuó diciendo:

—Es, realmente, una creación. Cuando conocí su asunto me aluciné. Hice que Cristina me refiriese los menores detalles; cómo están dispuestas las escenas, cómo las situaciones escabrosas de lo que encarna un verdadero problema social. ¡Es maravilloso! Gerardo me parece desde entonces un hombre superior, un soberano cerebro, un elegido de la fama. Y le envidio, le envidio tanto, que tuve especial cuidado en ocultárselo á su mujer. Esta, sagaz, no dejó de advertir en mí los síntomas de una admiración irresistible. Y un día me hizo, de sopetón, esta pregunta:

—¿Qué te parece mi marido?

El trance era amargo. Me limité á contestar:

—¡Le odio!

—¡Le odias! ¿Y por qué, si mi cariño es tuyo?

No pude contenerme y exclamé:

—¡Porque es más listo que yo!

En aquel instante sentí arremolinarse en mi alma un mar de vanidades; desfiló por mi mente la lucha de diez años estériles, pugnando por estrenar una obra (pecado que ahora te confieso) llamada á desaparecer inédita, tras grandes épocas de «observación» en ese antipático lazareto que se llama contaduría de teatro. ¿Y sabes qué venganza me ocurrió? Robarle á Gerardo la idea, asimilarme su energía creadora, nutrirme de la savia de su pensamiento...

—¡Eso es monstruoso!...

—No te alarmes. Fué un relámpago; aunque lo pretendiera sería inútil; no quiero más que olvidar; olvidarme de Gerardo, de su drama, sobre todo de Cristina... Te haré la última confesión: argumento por argumento, con la circunstancia de que éste que yo te brindo tiene su moraleja: Cristina está persuadida de mi inferioridad y me desprecia. Creo firmemente en su redención: «la he enseñado á amar á su marido».

Angel ALCALDE



LAS PINTORAS — Cuadros de Marqués.

JOSÉ MARÍA MARQUÉS



HEBREOS

MARIA GIUDICE

María Giudice es casi paisana nuestra; nacida en el mediodía de Portugal, pudiera pasar muy bien por una hija legítima de los barrios de Triana ó la Macarena. Morena, de rostro expresivo, encuadrado por el marco de una cabellera negrísima y luciente como el ébano, de grandes ojos rasgados, de mirar profundo, á cuyas pupilas se asoma un alma cándida y buena; María Giudice es como mujer, un encanto y como artista, una maravilla.

Espíritu ardiente y generoso, capaz de los mayores sacrificios por hacer el bien, su actitud con el tenor señor Utor, le ha conquistado las simpatías de las almas buenas que han podido admirar en ella la bondad sin límites de una artista que sacrificaba á la revelación de un compañero desconocido, lo que ellos suelen tener en más estima; el amor propio.

A la edad de nueve años, entró María en el «Real Conservatorio de Lisboa», donde continuó sus estudios hasta los diez y nueve, obteniendo los primeros premios de solfeo elemental, superior y composición, teniendo derecho, por estos excepcionales méritos, á desempeñar una cátedra en aquel centro docente.

Debutó de medio soprano en el teatro de «San Carlos de Lisboa», cantando en esta tesitura hasta hace pocos años.

Pensionada por el Gobierno de su país, perfeccionó los estudios musicales en Milán, bajo la dirección de la célebre maestra señora Isabel Galetti, siendo tan rápidos sus progresos, que á los tres meses debutó en Padua con la *Adalgisa de Norma,* obteniendo el beneplácito del público y pasando muy luego á Rusia donde cantó, primero en el teatro Municipal de Odessa y después en el de Moscou, haciendo la *Carmen* en compañía de Tamagno, con un éxito estruendoso.

Conocida ventajosamente de las empresas y obteniendo un favor



creciente de los públicos, la señora Giudice recorrió de triunfo en triunfo los principales teatros de Italia, acabando de conquistar el derecho á la celebridad en las temporadas en que, cantando en los teatros de «San Carlos de Lisboa» y «Real de Madrid», logró el *execuatur* de aquellos públicos, los más inteligentes y descontentadizos de Europa. En el «Real» substituyó á la célebre Pasqüa.

Artista de excepcionales condiciones, la extensión de su voz alcanza desde el *la* bajo al *do* sostenido, pudiendo, gracias á esta maravillosa flexibilidad de su garganta, dominar en absoluto todo el vasto repertorio de medio soprano.

En la América del Sur sus triunfos han sido tan grandes y merecidos como los que constantemente logra entre nosotros.

Recientes sus campañas en el «Gran Teatro del Liceo», cuantos en Barcelona son amantes del *bel canto,* han aprovechado la ocasión de escucharla y aplaudirla. Debutó con *La Walkyria* y, á pesar de que en el recuerdo de todos estaba la magistral interpretación que al papel de *Brunilda* diese madame Adiny, logró obtener un triunfo inmenso y que, rindiéndose el público á sus grandes talentos, la proclamase como la más feliz intérprete de aquella dificilísima parte.

En «Novedades», el triunfo de la señora Giudice con *L'Africana,* fué aún más halagüeño, si cabe, que el obtenido en el «Liceo». El público, entusiasmado desde el principio, no cesó de ovacionarla, llegando á expresiones de loco entusiasmo en la romanza del quinto acto que la gran artista dice de un modo incomparable.

En plena juventud, gozando de las delicias de una fama universal y de los prestigios y adoraciones que envuelven á las mujeres hermosas en una nube de perfumes, de alabanzas, de cosas gratas, brillantes, suaves, de cosas halagadoras á los sentidos y al espíritu; María Giudice ha conservado en medio de esa atmósfera enervadora todas las energías de su gran corazón, abierto siempre á los ajenos infortunios, dispuesto siempre á la misericordia y á la piedad. Por eso, los biógrafos de la Giudice jamás podremos describirla justamente y tal como es en una realidad que semeja un imposible humanizado.

La señora Giudice no sólo es una gran artista y una mujer encantadora. Es algo así como una bella sombra de hermosura y de bondad que pasa cantando.

D. SIMÓ

MANUEL UTOR

Todavía no es don Manuel, pero llegará á serlo. Ha recorrido muy brevemente el espacio que media entre llamarse *Manelet, Manel* y *Manolo.*

Con una tenacidad y una fuerza de voluntad asombrosas Utor ha conseguido triunfar del público, venciendo enormes dificultades capaces de hacer retroceder al más animoso de los hombres. Pero Utor, que es una voluntad de hierro, dispuesto á llegar á la finalidad que se propuso, no ha retrocedido ante nada, y las diversas modalidades de su nombre han ido formándose en la estimación de los demás á golpes de martillo como hierro batido. El que de *Manelet* llega á *Manolo* no es aventurado que conseguirá llegar á don Manuel y hasta al excelentísimo señor don Manuel.

Hijo de modestos trabajadores, su padre, se empleaba en la descarga de los vapores de una compañía andaluza, aprendió en su infancia el oficio de calderero, al cual se aplicó hasta la muerte de su padre, heredando entonces por toda fortuna su puesto en las fatigosas tareas del muelle.

Cantaba ya por aquel entonces el joven Utor, pero seguramente no había iniciádose en él aún su vocación artística. Como muchos de nuestros obreros, era aficionado á la música, pero sin intentar obtener de ella más que la personal satisfacción de sus inclinaciones.

Alguien que escuchó su voz portentosa, arrancólo de las durezas del trabajo del muelle para encaminarlo por los senderos del arte.

Y aquí empieza el calvario del artista en lucha tenaz y empeñada con la exuberancia de sus facultades que no querían domarse ni rendirse al método y al estudio.

Su primer maestro, don Antonio Prous, enseñóle en tres meses el primero y segundo acto de la ópera *Faust*, terminando con el maestro Cecilio Sanmartí de aprenderla, junto con *Il Trovatore*.

No fueron para Utor de inmediato provecho estos estudios, pues transcurrió después de ellos un largo lapso de tiempo durante el cual abandonó la música por completo.



Indudablemente, á no venir en su ayuda la casualidad, protectora de los artistas, seguramente Utor no hubiese recordado siquiera sus aficiones y sus propósitos.

Mas trabajando en un vivero de molúsculos, del cual era propietaria su hermana Gertrudis, tuvo la fortuna de que le oyera un amigo suyo apodado *El Poll*, y que con sus excitaciones le lanzase nuevamente por el camino artístico abandonado.

Siguiendo las entusiastas indicaciones de *El Poll*, Utor emprendió el estudio de la ópera *Marina*. Justo es confesar que el éxito no coronó ni los esfuerzos de Utor ni los vaticinios de *El Poll*. En seis meses tuvo cinco maestros, y cuando por fin logró cantar la *Marina* en el teatro de la «Gran-Vía» el éxito fué desastroso, en términos tales, que á otro que no hubiese sido Utor no se le hubiese ocurrido volver á cantar jamás en la vida.

Pero, como todo llega, determinóse el momento en que Utor había de recoger el fruto de su tenacidad. Don Francisco Biot, á quien los fracasos anteriores no amenguaron la fe en Utor, hízole trabar conocimiento con el distinguido *dilettanti* señor Jensen, quien, imponiéndose toda clase de generosos sacrificios, logró enseñarle *L'Africana* y modificar su voz, obteniendo de ella el partido que muchos maestros no habían sabido conseguir.

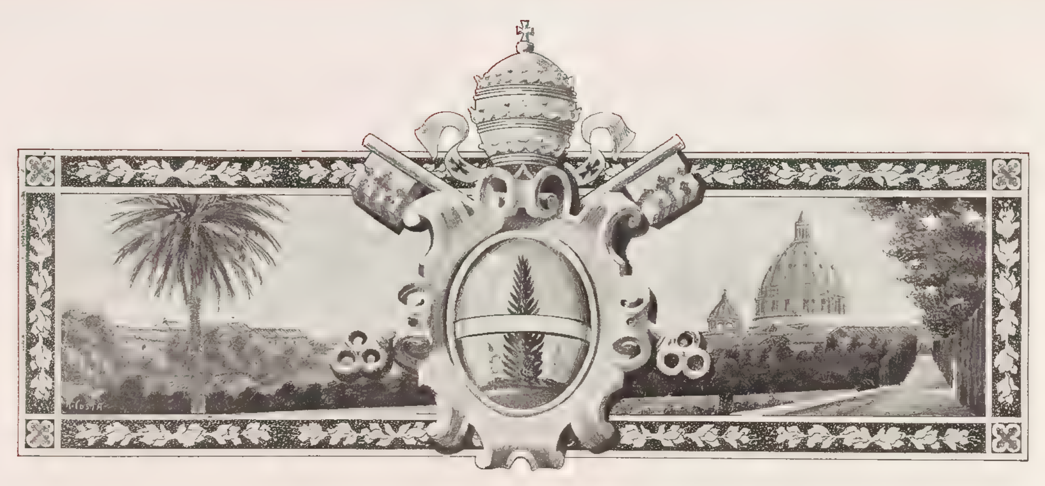
Y por si esto no fuera bastante, el señor Jensen obtuvo, con la colaboración de distinguidas personalidades, entre otras don Enrique Collaso, que Utor debutase en el «Gran Teatro del Liceo», en una función de tarde, á pesar de la oposición del maestro Eduardo Mascheroni, que no creía en el talento del debutante. Desde este momento Utor triunfó en toda la línea. El que el año anterior recorría los cafés cantando con una comparsa de guitarristas, fué aplaudido y consagrado por el más severo é inteligente de nuestros públicos.

La labor de titán realizada por Utor obtuvo su premio y, contratado por el inteligente Juanito Elías, su nombre ha sido el *clou* de la última temporada de «Novedades» donde el público le ha desagraviado sobradamente de las malandanzas de la «Gran-Vía». siendo tan grande su éxito, que la campaña empezada en «Novedades» tendrá digno remate en el «Tívoli», pues Utor seguirá desquitándose allí de las fatigas que le ha costado sacar su nombre de la ignorada humildad en que vivía.

D. SIMÓ



GUARDIA SUIZO DEL PAPA; por GASPAR CAMPS.



Dibujo de Ramón Costa.

EL PAPA LEÓN XIII

No es nuestra humilde pluma la llamada á enaltecer las ejemplarísimas virtudes y profunda sabiduría del varón eminentísimo que rige en la actualidad los destinos de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, ni se atrevería á intentarlo siquiera, si no la obligara á ello el compromiso moral que el Album Salón tiene contraído con el público y del que menos que nunca puede evadirse ahora que un acontecimiento no registrado en muchos siglos y que ha de formar época en la historia de la humanidad, absorbe las atenciones del mundo entero.

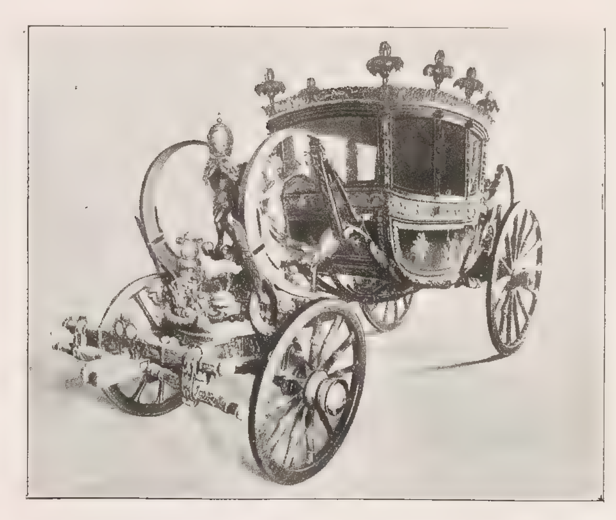
Esto no quiere decir que el cumplimiento del deber deje de causarnos hoy, como siempre, inmensa satisfacción; por el contrario, siendo constantes admiradores y entusiastas apologistas de cuantas personalidades logran escalar con justicia un alto puesto, ha de complacernos en grado extremo, rendir homenaje á quien ha llegado á la meta de la carrera eclesiástica y ocupa un Trono, único en la tierra, para el cual requiérese cualidades y conocimientos indiscutiblemente extraordinarios.

Lo que sí hemos querido significar, es que nos consideramos poco autorizados para emitir juicios propios acerca de una entidad tan elevada; y por esto y por la índole especial de nuestra Revista, damos sólo á las presentes líneas carácter de información, utilizando al efecto los datos y observaciones que nos ha suministrado la prensa española y extranjera no afiliada á idea ni partido alguno.

Retratando moralmente á S. S., nos dice, que si hay inefable dulzura en sus ojos, revelan en momentos dados inquebrantable energía; que bajo su apariencia pacífica se oculta una voluntad firme, capaz de todas las resistencias, hasta el punto de saber mandar en sí mismo lo propio que en los demás. En derredor suyo reina el orden más severo; cada cual tiene marcado su trabajo, que él predica con el ejemplo, pues es el primero en practicarlo, no ya de día, sino también á altas horas de la noche. Muchas veces, mientras Roma duerme, se ve á lo lejos, en medio de la obscuridad, una lucecita en el Vaticano, reveladora de que el Papa escribe ó reza todavía. Como rasgos principales, además de los citados, le reconoce una piedad angelical, una paciencia ilimitada, y amor tan entrañable á la justicia como horror á la iniquidad.

Prescindiendo de toda pasión política, de fe religiosa y de nacionalidad, ese augusto anciano es un motivo de orgullo para la raza humana: su longevidad excepcional, al dejarle físicamente reducido á la mínima expresión, ha conservado intactas todas las cualidades de su alma, sin duda para hacerle objeto de veneración universal.

Joaquín Vicente Pecci, que al ser elegido para el Pontificado tomó el nombre de León XIII, nació en Carpineto, pequeña villa de la diócesis de Anagni, situada á quince leguas de la Ciudad Eterna en el antiguo país de los Volscos, el día 2 de Marzo de 1810, siendo sus padres el conde Luis Pecci, alcalde de la misma, y Ana Prosperi, aristocrática dama de Cori. A los ocho años cumplidos ingresó en el Colegio de los Jesuítas de Viterbo y, huérfano de madre á los catorce, se trasladó á Roma, á la casa de un tío materno, continuando allí su educación en el Colegio Romano, sostenido también por los Jesuítas. Ganó el primer premio de Física y Química en 1828; comenzó en aquel tiempo los estudios de Teología y, no obstante su juvenil edad, mereció que se le confiara el cargo de Repetidor en el Colegio Germánico. En 1831 obtuvo el grado de Doctor en Teología, siguió después los cursos de la carrera de Derecho en la Universidad de Roma hasta recibir el grado de Doctor *in utroque jure* y fué ordenado de sacerdote en 23 de Diciembre de 1837. Marchó en calidad de Protonotario apostólico á las provincias de Benevento, Espoleto y Perusa; vióse preconizado Arzobispo *in partibus* de Damieta en 27 de Enero de 1843, y, nombrado luego Nuncio en Brusulas, cargo que conservó por espacio de tres años, residió sucesivamente en las principales ciudades de Bélgica, agraciándosele, al cesar en él, con el gran cordón de la orden de Leopoldo. En 21 de Julio de 1846 tomó posesión del Arzobispado de Perusa, cuya



La carroza de gala de los Soberanos Pontífices.

silla metropolitana ocupó hasta su elevación á la Pontificia, ó sea durante treinta y dos años. Fué Cardenal del orden de presbíteros desde 19 de Diciembre de 1850, y en su administración, á la vez civil y eclesiástica, adquirió gran popularidad por su conducta hábil, no exenta de firmeza, pues extirpó el bandolerismo de la provincia que le estaba confiada y hubo tiempo en que se encontraron vacías todas las prisiones de su jurisdicción. Elegido camarlengo de la Iglesia romana en 21 de Septiembre de 1877, preparó, cumpliendo los deberes de dicho cargo, el Cónclave que hubo de reunirse para nombrar al sucesor de Pío IX, en el cual resultó el favorecido, en tercer escrutinio y al cabo de treinta y seis horas de deliberación.

Desde entonces, según el *Anuario Pontificio*, goza de los siguientes títulos: Obispo de Roma, Vicario de Jesucristo, Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, Sumo Pontífice de la Iglesia Universal, Patriarca de Occidente, Primado de Italia, Arzobispo metropolitano de la provincia romana y Soberano de los dominios temporales de la Iglesia romana; y es por derecho propio: Prefecto de la Santa y Universal Inquisición, de las Congregaciones, de la Consistorial y de la Visita apostólica, y Protector de los Benedictinos, Dominicanos y Franciscanos.

En el día 3 del pasado Marzo cerró su Jubileo Pontifical, por haber transcurrido veinticinco años de su solemne coronación, habiéndose celebrado con tan fausto motivo grandes fiestas religiosas en Roma y en todas las iglesias del mundo cristiano. Merece especial mención, aunque no nos sea dable reflejar su suntuosidad y grandeza, la que tuvo efecto en la Capilla papal de San Pedro, con asistencia de las peregrinaciones del Piamonte, Liguria, Toscana, el Véneto, las Romañas, las Marcas, la Umbría, la diócesis de Niza, Austria, Prusia, Bélgica, etc. Calcúlase que asistieron á ella más de sesenta mil personas con tarjetas distribuídas por el mayordomo de S. S., todos los Cardenales y cerca de trescientas altas dignidades, entre Arzobispos, Obispos y otros Prelados.

El Santo Padre hizo su entrada solemnísima en la silla gestatoria y ciñendo la tiara de oro que pocos días antes le había ofrecido su Cardenal Vicario, en nombre de todos los fieles del orbe; símbolo de la triple potestad pontificia y dón colectivo de las naciones y diócesis todas.

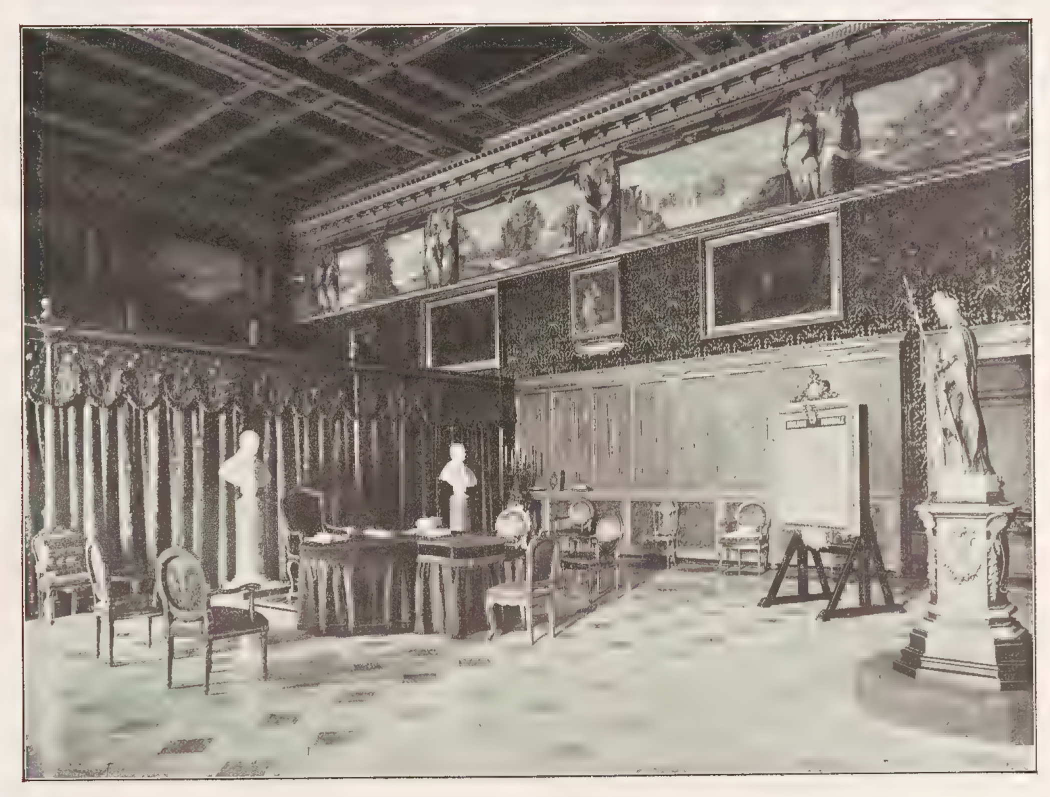


EL PAPA EN SU PORTANTINA (SILLA DE MANOS); por PABLO BÉJAR.

No ha sido éste el único presente; sábese que ha recibido muchos otros, á cual más valioso y significativo. El Comité de las Fiestas del Jubileo ofrecióle el óbolo recogido para los trabajos de restauración de San Juan de Letrán, Catedral del Papa é Iglesia madre de Roma y del universo católico. El Comité internacional para el solemne homenaje á Jesucristo Redentor y á su Augusto Vicario, presentóle el *Obolo de la tiara del amor filial* y, en nombre de las peregrinaciones italianas y extranjeras llegadas á la Ciudad Eterna durante el año santo y después, una ofrenda especial en efectivo. La peregrinación lombarda, presidida por Su Eminencia el Cardenal Ferrari, Arzobispo de Milán, con los Obispos de aquella región, entrególe, á par que el óbolo, la gran medalla de oro, conmemorativa del Jubileo, juntamente con los útiles empleados para acuñarla. La representación de las curias episcopales, dirigida por Su Eminencia el Cardenal Boschi, Arzobispo de Ferrara, ofrecióle las llaves simbólicas de la suprema autoridad pontifical, encerrando en monedas de oro el óbolo recogido expresamente entre sus colegas.

Por su parte, las Asociaciones católicas contribuyeron á los festejos con acuerdos cuya realización ha resultado en general sumamente curiosa y práctica. Tales fueron: el de regalar un ajuar completo á los niños de ambos sexos de las familias pobres de Roma, nacidos en la noche del 3 de Marzo, aniversario de la coronación de S. S., y también á los nacidos el 20 de Febrero, aniversario de su advenimiento al Pontificado; elegir al más anciano y á la más anciana de cada uno de los quince barrios de la ciudad, para que, vestidos á expensas de la Comisión, ofrecieran á S. S. el humilde óbolo recogido entre los pobres de Roma; acoger durante ocho días en las Casas de Ejercicios espirituales á noventa y tres jovencitos, en memoria de los noventa y tres años del Padre Santo, á fin de que pudiesen hacer su primera comunión el 3 de Marzo; rogar á S. S. que se dignase conceder una audiencia especial á los principales miembros de las citadas Asociaciones, para que, precedidos por los estandartes de sus respectivos distritos, le presentaran á los referidos ancianos y á los noventa y tres jóvenes que se hubiesen acercado por primera vez á la Sagrada Mesa; y dar, por último, una comida á dichos viejos y niños, como digno remate de unas fiestas con tanto regocijo y espontaneidad celebradas en honor de quien á todos sus títulos prefiere el de Padre de los pobres.

El Papa ha correspondido con verdadera largueza á esos cariñosos obsequios, entregando 500,000 liras á los institutos religiosos de enseñanza, 200,000 á la Propaganda, 100,000 á los menesterosos de Roma, 100,000 á las obras católicas de beneficencia y 100,000 al Observatorio



PALACIO DEL VATICANO — La Biblioteca. *Fot. de Alinari, hermanos* (Roma).

del Vaticano; total: un millón de liras que, si se aplican como desea el donante, remediarán no pocas necesidades y enjugarán muchas lágrimas.

Aparte de las relevantes cualidades que le adornan, el actual Pontífice goza en el mundo católico de gran prestigio, y se comprende perfectamente el entusiasmo con que en esta ocasión se lo ha demostrado. No sólo ve en él al Jefe de su Iglesia; se complace en rodearle de una aureola de santidad, considerándole un sér sobrenatural, por obra y gracia de su Dios.

Y en verdad que, consultando las estadísticas, resulta León XIII un Papa verdaderamente privilegiado. Desde luego, excepción hecha de San Agustín, que vivió 107 años, y de San Gregorio, que murió después de cumplir los 99, ningún otro llegó á su avanzada edad, siendo también el tercero entre los que han contado más años de Pontificado; pues en los diez y ocho siglos transcurridos desde San Pedro á Pío IX, el primero de los cuales ciñó tiara por espacio de 31 año, aventajándole en seis meses el segundo, otro alguno de los 256 Papas que han existido, pudo llegar al día de su Pontifical Jubileo, como ha llegado el actual.

León XIII es además el más antiguo de los Obispos del mundo; habiendo sido consagrado á los 33 años Obispo de Damieta, en 27 de Junio de 1843. También es el más antiguo de los Cardenales del tiempo de Gregorio VI. De los Cardenales del tiempo de Pío IX quedan no más él y Monseñor Oreglia, Decano del Sacro Colegio, habiendo fallecido ciento cuarenta y cinco durante su Pontificado.

Según datos que tenemos á la vista y que prueban la actividad de León XIII, ha elegido éste 140 Cardenales y creado en los veinticinco años de gobernar la Iglesia, 2 Patriarcados, 33 Arzobispados, 140 Obispados, 54 Vicariatos apostólicos y 35 Prefecturas; que forman en totalidad 249 creaciones nuevas.

Si disponemos de espacio suficiente, consignaremos, antes de cerrar este número, algunos otros datos referentes á la constitución del Sacro Colegio y de la Familia Pontificia, que ahora omitimos para volver al objeto principal, de que sin querer nos hemos apartado.

León XIII habita, como su antecesor, en el Vaticano, el segundo piso de la parte Noroeste; cinco piezas sumamente sencillas: salón de recibo, despacho en donde trabaja, dormitorio, biblioteca, que le sirve á la vez de comedor, y oratorio. Para llegar á estas habitaciones particulares hay que atravesar dos salas, ocupada la primera por suizos de guardia y la segunda por los camareros de servicio.

El dormitorio es bastante reducido y está modestamente tapizado de rojo, conteniendo por todo mueblaje una cama, una mesilla de noche, dos sillones, dos sillas y un reclinatorio.

El Papa duerme poco; puede decirse que solamente el tiempo necesario para reponer sus quebrantadas fuerzas. Amigo de madrugar, lo mismo en verano que en invierno se levanta temprano, tanto, que cuando su ayuda de cámara, en cumplimiento de las órdenes recibidas, entra á despertarle, de cinco á seis de la mañana, le encuentra casi siempre vestido. Después de las primeras oraciones, procede al aseo de su persona, reza luego las Horas canónicas con algunos de sus capellanes y pasa acto continuo á su oratorio privado, para celebrar el santo Sacrificio de la Misa, haciéndolo los domingos y días festivos en otra capilla mayor y ante contadas personas, treinta á lo sumo, á las que administra la sagrada Comunión por su propia mano.

El escritor protestante alemán Otto Vorder Pfordten, que por lo visto debió ser uno de los favorecidos, describe la impresión que le causó esta solemnidad íntima, en un artículo publicado en la revista *Velhagen é Clasings Monas Khefié*, que en parte traducimos á continuación:

«A las ocho en punto se abre una puertecita situada junto al altar y aparece el Papa. Delicado como está, el anciano parece un muerto; anda encorvado y le acompañan á su reclinatorio los dos sacerdotes en quienes se apoya. Lleva un alba blanquísima, una cadena de oro con una cruz de brillantes en torno del cuello, y en la cabeza un solideo que sólo se quita en el instante de la Elevación.

»Al pasar entre los invitados, que le contemplan de rodillas, asoma á su rostro una bondadosa sonrisa.

»Ya llegó á su sitio. Diríase que una de aquellas marmóreas estatuas de Papas que adornan el Vaticano ha abandonado su sitio secular y está de pie ante el ara. Pero aquella estatua viva tiene majestad más alta que las inanimadas. Allí está, absorto en su plegaria, inclinada la cabeza





Dibujo de Gaspar Camps. *Fot.-Tip.-Lit. del* Album Salón.

S. S. EL PAPA LEÓN XIII

sobre las manos juntas, en aquella posición en que se nos representa á los humildes que lloran, y las líneas de sus vestiduras sacerdotales son de maravillosa belleza.

»En el silencio se oye un gemido. Es un acento desconsolado, como el de un anciano que gime, como de un niño que llora quedo; luego, como el sollozo de un moribundo. Poco á poco aquel gemido crece en intensidad, cual si tomara aliento en la fuerza de la plegaria fervorosa, cada vez más conmovedora y humilde, y de pronto, asumiendo vida y fuerza, las palabras de la oración latina llegan hasta los mudos y asombrados oyentes, elevándose hacia algo poderoso é invisible. Y resuenan, por fin, de un modo claro, con la profunda convicción de un corazón arrepentido y contrito, las palabras: *¡Mea culpa! ¡mea máxima culpa!*

»No puedo describir la impresión que me produjeron aquellas palabras y aquella voz. Surgían de lo más íntimo del corazón, al corazón hablaban y, comparadas con ellas, las demás palabras, resultan sin energía, sin eficacia, mentirosas. Yo, que asistí á tal espectáculo, tenía los ojos bañados en llanto.

»Continúa la Misa. Y á medida que adelanta el Sacrificio, parece que el augusto anciano recobra su perdido vigor. Sus ojos centellean, se yergue su estatura, se afirma su voz.

»Termina la Misa y el Pontífice baja del altar, sostenido por dos diáconos. Se recuerda involuntariamente al viejo Moisés, apoyado en Aarón y Hur, que mira, anhelante de deseo, hacia la tierra santa. El Papa no oficiaba la misa; la vivía.

»Hay otro momento solemne, el de la bendición: las palabras de paz, acompañadas de una sonrisa de sus ojos grises que resplandecen de bondad, de un ademán afectuoso que parece una caricia dirigida á las frentes prosternadas.

»Y después, cuando se rezan las tres *Ave Marías*, León XIII hace un esfuerzo para cantarlas; se robustece la voz apagada, brillan los ojos, se ilumina el rostro y de todos los ojos brotan lágrimas, porque la majestad humana, que nadie puede despreciar, fulgura, y deslumbra, y vence, y avasalla.»

Después de la Misa Pontifical, oye S. S. la que celebra uno de sus capellanes, permaneciendo de rodillas desde el Ofertorio hasta la Comunión, en su reclinatorio de damasco encarnado, y regresa á sus habitaciones, en donde le espera ya su frugal desayuno: una taza de café y té con leche, galleta ó bizcochos; á veces, sólo café ó té.

Satisfecha esa necesidad corporal, manda llamar á sus secretarios particulares, quienes le dan cuenta de la correspondencia y reciben instrucciones para contestarla. En pos de ellos entra el Cardenal Secretario de Estado y los demás Cardenales prefectos de las Congregaciones de turno, los cuales le ponen al corriente de todos sus trabajos, pues tiene la costumbre de enterarse minuciosamente de todo. Recibe á continuación á los Embajadores; despacha más tarde con los secretarios de Memoriales y Breves á los Príncipes y el resto de la mañana conságralo á los extranjeros distinguidos que han solicitado besar su mano. Aunque las audiencias públicas le fatigan bastante, suele conceder algunas los lunes y jueves.

Cuando el tiempo está bueno, baja á los jardines y pasea hasta las dos, hora en que vuelve á la biblioteca, donde le sirven la comida, consistente por lo general en una sopa ligera, un frito, un asado de carne, queso Carpineto, dulce y algo de fruta, vino de Burdeos y una taza de café puro. Como cosa extraordinaria, se permite en días determinados tomar una copita de Jerez.

La etiqueta es en el Vaticano más estrecha y rígida que en las Cortes de los Monarcas más autócratas. Según ella, nadie puede sentarse á la mesa del Pontífice; de modo que si, por rara excepción, invita éste á algún personaje, se le coloca en otra mesita á su lado, aunque el tal sea de estirpe regia; debiendo advertirse que la invitación se refiere al desayuno exclusivamente.

Después de la comida, el Papa se retira al gabinete de estudio para



PALACIO DEL VATICANO — LA CAPILLA SIXTINA.

Fot. de Alinari, hermanos (Roma).



SALIDA DEL PAPA DE LA CAPILLA SIXTINA; por Pablo Béjar.

reanudar sus tareas, tras unos minutos de descanso, hasta las cinco de la tarde, en que sale á pasear en coche por los jardines, acompañado de dos Cardenales, camareros secretos, y llevando á la portezuela un guardia noble montado. A su regreso y mientras llegan las ocho y media, hora de la cena, limitada á un caldo, un plato de legumbres y fruta, se entrega de nuevo al trabajo. Durante ese tiempo escribe ó prepara, sin ayuda de secretario, sus Encíclicas, lee los estractos de su correspondencia y de los principales periódicos del orbe, ó se engolfa en la lectura de los Santos Padres y de los clásicos latinos é italianos.

A las nueve se retira definitivamente, no para dar al cuerpo el reposo tan necesario á su edad, sino para continuar trabajando hasta que le rinde el sueño.

Tal es la vida ordinaria de León XIII, conforme la pinta un allegado íntimo; menos regalada á fe que la de cualquier particular medianamente acomodado; ejemplar por lo humilde, admirable por lo laboriosa.

No ha faltado quien supusiera, vista su sobriedad y sencillez, que León XIII tiene tanto de avaro cuanto tuvo de desprendido Pío IX; pero esa apreciación no ha prosperado. Los donativos hechos por el Papa ascienden anualmente á una cantidad respetable, y más dadivoso sería, siguiendo los impulsos de su alma, si la inflexible lógica de los números no le obligara á obrar con cierta cautela. ¿Qué significa lo que él pueda economizar en su persona, comparado con el presupuesto de gastos que ha de sostener? No implica avaricia al administrar con cordura, ni debe llamarse generosidad al despilfarro. Téngase en cuenta que para mantener decorosamente la representación universal de que se halla investido y las infinitas atenciones que de ella emanan, necesita León XIII nada menos que 21,000 francos diarios. ¡Cómo subvenir á tan considerables desembolsos si su administración no fuera matemáticamente ordenada y prudentemente económica!

No entra en nuestros cálculos discutir, ni es de nuestra incumbencia, si los gastos á que nos referimos son indispensables para enaltecer la religión de Jesucristo; si datan ya del tiempo del fundador de la Iglesia ó se han ido acrecentando con los siglos; encerrándonos en los estrechos límites de la información, vamos á dar una sucinta idea de la cuantía y calidad de los individuos que componen la familia pontificia, como uno de los datos justificativos del presupuesto papal.



PALACIO DEL VATICANO — Salón del Trono. *Fot. de Alinari, hermanos* (Roma).

Constituyen lo que se llama familia pontificia, los eclesiásticos y seglares dedicados al servicio doméstico y personal de S. S. y á desempeñar los cargos del Palacio Apostólico. Comprende los Cardenales llamados *palatinos* y muchos Prelados dependientes del *Mayordomo*, que es el primer cargo no cardenalicio de aquella Corte.

Se conoce con el nombre de Cardenales *palatinos* al *Secretario de Estado*, al de *Breves*, al *Pro-datario* y al *Secretario de Memoriales*. El Cardenal Pro-datario está al frente de la *Dataría Apostólica*, encargada de la concesión de las gracias pontificias y llamada, por la importancia de sus funciones, *Oculus Papæ;* habiéndose escogido siempre para este cargo uno de los miembros más ilustres del Sacro Colegio. El Secretario de Memoriales pone en manos del Pontífice las peticiones, ya de gracia, ya de justicia. Al Secretario de Breves, cargo vitalicio actualmente, toca expedir estos *sub annulo Piscatoris.*

El Secretario de Estado dirige las reclamaciones de la Santa Sede con las naciones extranjeras; y este cargo, desde el año 1700, se confía también á un miembro del Sacro Colegio.

Los principales cargos de la Corte Pontificia, no cardenalicios, son los siguientes: *El Mayordomo;* un Prelado á quien está confiada la custodia de la sagrada persona del Papa y la superintendencia de la Corte, de la familia pontificia y de los palacios apostólicos. Su cargo no cesa por la muerte del Pontífice, pues ejerce en Sede vacante las funciones de Gobernador perpetuo del Cónclave.

El Maestro de Cámara; encargado de dirigir el ceremonial de la Corte y de la familia pontificia, de regular la admisión de las audiencias del Papa, de introducir á los Soberanos, Príncipes y Embajadores; siendo el superior inmediato de la familia pontificia, en cuanto se refiere á sus atribuciones.



GUARDIA NOBLE DEL PAPA; por José Passos.

El *Auditor Santísimo;* que tiene, entre otras atribuciones, la de indagar los méritos de las personas que deben ser promovidas al Episcopado ó trasladadas á otras Sillas. Antiguamente tenía jurisdicción contenciosa; pero su tribunal fué abolido en 1831 por orden de Gregorio XVI. Si no es nombrado á Cardenal, continuará en sus funciones bajo el nuevo Pontífice.

El *Maestro del Sagrado Palacio;* que es siempre uno de los más doctos religiosos dominicos. Su cargo es vitalicio, y al que lo desempeña se le considera como el teólogo del Papa. Tiene especial jurisdicción sobre los libros dados á la estampa en Roma y examina los sermones que se recibe en la capilla pontificia.



El Papa paseando en su coche por los jardines del Vaticano.

Se da la calificación de *Camareros secretos:* al *Limosnero*, que cuida de socorrer á los pobres, y al *Secretario* de las cartas latinas, que escribe en nombre del Papa á los Obispos, Príncipes é ilustres personajes.

Forman parte asimismo de la familia pontificia cuatro *Camareros secretos participantes:* el *Copero*, que en las comidas solemnes sirve al Pontífice y ostenta en la mano, el Domingo de Ramos, las palmas y los cirios del Papa; el *Secretario de Embajada*, que lleva á los Soberanos y Príncipes extranjeros las palmas y cirios benditos; el *Guardarropas*, que lleva á los nuevos Cardenales el capelo, y *otro* que recibe directamente los encargos de S. S. Son calificados también de *Camareros secretos:* el *Secretario de breves á los Príncipes*, el *Substituto de la Secretaría de Estado* y el *Secretario de la Cifra*.

Los *Abreviadores del Parque mayor* forman un Colegio de Prelados, dependientes del Cardenal Vicecanciller de la Santa Iglesia, y es su misión examinar y decidir toda duda sobre las fórmulas y cláusulas de las Bulas.

No cabe negar, por lo que se ve, que en el Vaticano hay verdadero lujo de alto personal, y esto parece indicar que el de segunda fila debe ser grande, á proporción, y muy numeroso el encargado de los servicios puramente manuales. No podemos precisarlo á punto fijo, ni tampoco determinar el número de individuos que componen los contingentes de Guardias Nobles y Guardias Suizos creados para la seguridad del Papa y la custodia de su Palacio.

Respecto al Sacro Colegio, de que antes hemos hecho mérito, hemos encontrado en uno de nuestros colegas locales los siguientes datos:

El *plenum* del mismo, fijado por Sixto V, es de 70 miembros; pero nunca lo ha alcanzado. En la actualidad existen doce vacantes. De los



Dormitorio del Papa en la Torre Leonina (Jardines del Vaticano). *Fot. de Alinari, hermanos* (Roma).



Tiara regalada á S. S. por la villa de París en su Jubileo Episcopal (1893).

Santidad, ha resuelto, imitando al antiguo Senado romano, que mandaba grabar en bronce las leyes más trascendentales, perpetuar en tres tablas de este metal la doctrina social de León XIII, que se desprende de sus tres memorables Encíclicas sobre la cuestión obrera. Dichas tablas formarán parte principal de un monumento que anuncie á las futuras generaciones la libertad del proletariado, reivindicada por el Papa León XIII; y el cual se levantará en la memorable Basílica de San Juan de Letrán, la Iglesia madre de todas las iglesias del universo, construída en el año 324 por el Emperador Constantino y en cuyas soberbias naves se han celebrado ya doce Concilios. Las tablas serán bendecidas por el mismo Papa dentro de pocos días, habiéndose señalado para la inauguración del referido monumento el 15 de Mayo.

En nuestra España se trata también de levantar uno, por suscripción nacional que al efecto se ha abierto, en el Santuario de Puig Agut (Provincia de Barcelona), frente al templo expiatorio consagrado al Sagrado Corazón de Jesús; coronado con la estatua de Su Santidad y ostentando en la base una expresiva dedicatoria. Además, el Consejo general de las Corporaciones Católico-Obreras, ha abierto también una suscripción por cuotas que podrán ascender desde el mínimum de cinco céntimos hasta el máximum de una peseta, para los obreros, y desde una peseta hasta cinco, y de cinco hasta veinticinco, para las Juntas directivas y socios protectores, cuyo producto se remitirá á Roma, para demostrar al Padre Santo la adhesión de los obreros españoles; reservándose el sobrante, si lo hubiese, para patentizarla también en Madrid, del modo que, llegado el caso, estime conveniente el mencionado Consejo general.

. . . .

En honor á la justicia, hemos de reconocer, antes de terminar, que aun despojando á León XIII de su sagrada investidura, aun prescindiendo de su categoría, no superada por hombre alguno, merecería ser querido y admirado, como lo han sido siempre, en los países todos y en todas las edades, los varones de extraordinario saber y de preclara virtud.

En la historia de la Humanidad y de la Iglesia, figurará León XIII entre los grandes Pontífices; Joaquín Pecci, entre los grandes poetas y eminentes sociólogos.

* * *

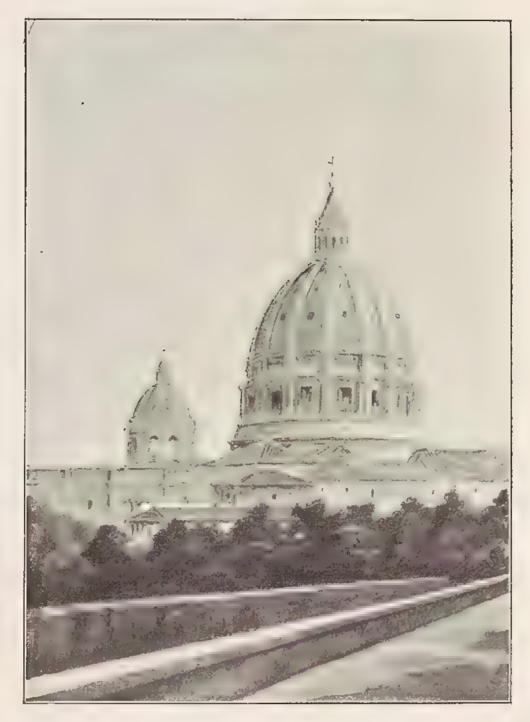
58 Cardenales que lo constituyen hoy, 35 son italianos y de otros países los 23 restantes, que, en su inmensa mayoría, fueron nombrados en los primeros Consistorios que presidió León XIII. El más anciano es Monseñor Calesia, nacido en 1813, que ocupa la sede Arzobispal de Palermo, y el más joven Monseñor Skrobeusky, Arzobispo de Praga, que cuenta cuarenta años.

De los elegidos por el actual Pontífice, el más antiguo es el Cardenal Netto, Patriarca de Lisboa, promovido á la púrpura romana en 1884. Entre los Cardenales jóvenes, cuéntase nuestro ilustre compatriota, Vives y Tutó, de cuarenta y nueve años de edad; el Cardenal Svampa, Arzobispo de Bolonia (cincuenta y dos años); el Cardenal Ferrari, Arzobispo de Milán; el Cardenal Richelmy, Arzobispo de Turín (cincuenta y tres años), y el Cardenal Martinelli, Delegado Apostólico en los Estados Unidos (cincuenta y cuatro años). Todos los Cardenales son sacerdotes; el último Cardenal Diácono, fué Monseñor Mertel, Vicecanciller de la Santa Iglesia, quien murió hace cuatro años y, por humildad, nunca quiso recibir el sacerdocio. En Roma tienen su residencia 28, entre ellos tres extranjeros: Mathieu (francés), Steinhuber (alemán) y Vives y Tutó (español). León XIII ha visto morir á 144 Cardenales, cuatro más que Pío IX, en sus treinta y dos años de Pontificado.

. . . .

Quedaría incompleta nuestra información, si no dijéramos que el orbe católico ha respondido con entusiasmo al llamamiento del Comité internacional de Bolonia, organizador de las recientes fiestas jubilares. Con este motivo han acudido á Roma, de todas las naciones, millares y millares de peregrinos; los Jefes de todos los Estados europeos y americanos han enviado al Santo Padre cariñosas felicitaciones y ha llegado á 32,000 el número de regalos que ha recibido, de gran valor alguno de ellos. Calcúlese que lo regalado á León XIII con ocasión de sus tres Jubileos, pasa de 2.500,000 duros.

Como digno remate de tan importante manifestación religiosa, se ha iniciado una porción de ideas, encaminadas á eternizar su recuerdo; de próxima realización algunas, planteadas con grandes alientos las demás. El Comité general para el homenaje obrero internacional á Su



La cúpula del Vaticano



Ultimo retrato del General JULIO A. ROCA; Presidente de la República Argentina.

Fot. de A. S. Witcomb. (Buenos Aires).

EL GRAN HOTEL COLÓN DE BARCELONA

En la esquina de la gran Plaza de Cataluña, la Ronda de San Pedro y el Paseo de Gracia, las vías más animadas, ricas y aristocráticas de la capital, inauguróse años atrás un café que á pesar de lo sencillo de su decorado obtuvo un éxito sorprendente. La gente dió en llamarle la *Pajarera*, y este nombre, unido al prestigio de que gozaba su fundador y á lo excepcional del emplazamiento que ocupaba, permiten entrever lo bastante el por qué del éxito en cuestión.

Parecía en verdad una pajarera el tal café; pues á las paredes de sus tres fachadas se las había substituído por inmensos cristales, y, á fin de aligerar en lo posible la construcción, los *chàssis* de las vidrieras y todos los elementos substentantes eran tan extraordinariamente delgados que parecían más bien alambres, proporcionados á la magnitud de la jaula, que otra cosa.

Así quedaba resuelto el problema de digerir tranquilamente, saborear una bebida ó matar sencillamente el tiempo, como si se estuviera en medio de la plaza, al aire libre, contemplando un espacio inmenso, con su cielo, sus casas y paseos en el fondo, y, en éstos, una multitud activa y bulliciosa que continuamente iba y venía como un colosal hormiguero; y de gozar en todas las épocas del año, cómodamente, de tan hermoso espectáculo; en invierno, tras los inmensos cristales que resguardaban de las inclemencias del tiempo á los concurrentes, cual si se hallaran en un invernáculo confortable y templado, y en verano, despojadas por completo de sus cristales las paredes, gozando de una temperatura agradable, como si estuvieran en fresquísimo umbráculo.

Exigencias de la urbanización de la Plaza de Cataluña determinaron su desaparición, y, algunos años después fué derribado, para reaparecer más tarde, en las mismas y aún mejores condiciones, emplazado en un grandioso solar á pocos metros y completamente análogo al que antes ocupaba.

El actual café Colón se construyó con sus grandes cristales á modo de inmenso mirador, lo propio que el antiguo, pero decorado con mayor gusto y esplendidez, y aún eso no bastaba.

Algún tiempo después, fué el café decorado de nuevo y de manera tan rica y suntuosa, que alcanzó justa fama de ser en su género el más elegante en Barcelona y tal vez en España. Pero... ¡todo tiene su pero! Nadie comprendía cómo un solar tan excepcional y bien situado se hubiese utilizado solamente para construir en él un edificio de planta baja, despreciando así su propietario una gran fuente de riqueza.

Por otra parte, nadie creía que, dada su sencilla construcción, pudiera edificarse sobre ella pisos que reunieran todas las comodidades precisas para destinarse á habitaciones.

Sin embargo, lo que nadie creía, fué un hecho.



El arquitecto Andrés Audet, autor del proyecto y director de la construcción. — Vista general del Hotel.



riquísimo brillo que, con sus tonalidades doradas, amarillas y rojas, le devuelve el Hotel.

Si toda obra de arte lleva como característica la personalidad de su autor, del nuevo Hotel Colón puede asegurarse que es el vivo retrato del *autor de sus días*.

En su conjunto todo, al igual que en sus más nimios y ligeros detalles, presenta siempre una idea ó un concepto de vida exuberante. Sus defectos son hijos de esta misma cualidad; de esa exuberancia de vida que fué tan necesaria para vencer, en las condiciones que exigía la lucha, los obstáculos de la realidad.

Parece increíble, cómo ha podido sostenerse todo aquel edificio... *e pure non si muove*, que podría decirse parodiando una célebre frase.

Espléndido, sin rayar en aparatoso; grande y capaz, pero con esperanzas y probabilidades de serlo mucho más, á medida que vayan multiplicándose sus pisos; cómodo, confortable y moderno, en toda la extensión de la palabra, la mejor descripción que del nuevo Hotel cabe hacerse se reduce á un consejo, y éste puede ya cada cual imaginárselo.

Yo, por mi parte, sólo diré, que cuantas veces lo he recorrido, he experimentado una verdadera fruición artística y he encontrado en su interior toda la serie imaginable de comodidades que pueda desear la persona más delicada y exigente.

Audet es ya tan ventajosamente considerado entre sus compañeros de carrera y está dotado por la naturaleza de alientos tales, que, tratándose de él, huelga toda alabanza y resulta innecesario todo estímulo. Limítome, pues á felicitarle cordialmente, como amigo y colega, por su última y admirable obra, cuyo proyecto, felizmente realizado, revela gran inteligencia y firmísima convicción.

B. CONILL

Fotografías de A. Más.



Sin que el café cerrara un solo día sus puertas; sin que los concurrentes al mismo se apercibieran casi de ello; trabajando de noche, realizándose prodigios de habilidad y resolviéndose ingeniosamente las múltiples dificultades que ofrecía tan complejo problema, se ha construído pisos sólidos con habitaciones ricas, cómodas y confortables, que han sido la admiración de cuantos las han utilizado, ó visitado y el orgullo de la ciudad de Barcelona, que se vanagloría de poseer con el Hotel Colón uno de los mejores de Europa.

El hada moderna que convierte, como por arte de encantamiento, la necesidad en belleza soñada y sugestiva; la que levanta muros y columnas y traza líneas elevando al propio tiempo el espíritu y trazando en él con caracteres indelebles las reglas del saber vivir; la *Arquitectura*, surgió maravillosa, para que á su contacto fecundo fructificara debidamente la riqueza escondida en aquella planta baja destinada á café. Y mientras los últimos trasnochadores regresaban solitarios, como sombras perdidas en la obscuridad de la noche, á sus hogares, se iluminaba el café de Colón, y en las profundidades de la tierra, como un ejército de *gnomos*, como los *nibelungos* que buscaban el oro en el lecho del Rhin, los trabajadores socavaban febrilmente, y en el fondo obscuro del cielo, iluminado por la luz de la luna, hubiérase dicho que aparecía fantástica y risueña la silueta de un palacio encantado.

Secundado fielmente por los distinguidísimos decoradores Vilaró é hijo y por el inteligente constructor señor Riera, el arquitecto don Andrés Audet realizó el milagro; el nuevo Hotel Colón quedaba listo, y el sol, desde que surge del fondo del mar por la mañana, hasta su último instante, cuando ya va á ocultarse en el ocaso, diríase que se complace en contemplarlo, bañándolo con su radiante luz, gozoso de verse correspondido por el



ESCALERA DE HONOR. DORMITORIOS. SALONCITOS PARTICULARES.

RICARDO BRUGADA



ENTRE PALOMAS

TOMÁS MUÑOZ LUCENA

¡OTRO NENE!



EL SEÑOR DE LA PELÍCULA

Don Lucas era una bellísima persona... moralmente hablando, se entiende, pues bajo el aspecto físico su persona no tenía nada de bellísima. Y no es esto decir que fuere rematadamente feo, como tampoco que allá, en el fondo de su conciencia, dejare de rebullir el gusanillo de algún pecado; pero ni éste — ¡bien expiado por cierto! — llegaba á la categoría de mortal, ni su nariz á lo Cyrano, amén de otras imperfecciones, le permitía sentar plaza de guapo. Quedamos, pues, en que don Lucas era un buen sujeto... con mucha nariz.

Y, sin embargo, la sociedad había marcado su frente con el sello de los réprobos. Más aún: las burlas y el escarnio le acompañaban por donde quiera que fuese, y ni en la calle, ni en el Casino, ni encerrado en su hogar doméstico, se libraba de oir á cada paso aquella frase, variable según las circunstancias, que constituía el torcedor de su existencia: «¡Ya te daré yo *película!*» «¡Adiós, *película!*» «¡Es el señor de la *película!*» y hasta «¡Ahí va el tío de la *película!*»... ¡Pobre don Lucas!

Su mujer, que antes del *suceso* era ya una fiera, se había transformado, de resultas de éste, en un parque zoológico completo. ¡Cuántas noches creía soñar el infeliz señor que le daban garrote y, al despertar horrorizado, se encontraba, más horrorizado aún, con que su esposa le estaba apretando la nuez con ambas manos!

—¡Socorro! (se llamaba Socorro). ¡Que me ahogas!

—¡Ya lo sé! ¡Por pillo! Cuando me acuerdo de la *película*, me entran ganas de acogotarte.

Y apretaba, apretaba los casca-nueces. Afortunadamente, nunca llegaba á cascar del todo la del mísero don Lucas.

¿Qué crimen había cometido éste para verse así anatematizado por el mundo y por el demonio de su mujer? ¿Andaba de por medio el otro enemigo del alma? El mismo interesado va á contestarnos en la carta que sigue, dirigida á un su amigo íntimo de Madrid, el cual, bajo juramento de absoluta reserva, no ha tenido inconveniente en confiárnosla. Suplicamos, pues, que su contenido no salga de entre nosotros.

«Querido X...: Los rumores que dices han llegado á ti acerca de mis infortunios, son fiel reflejo de la realidad. Soy muy desgraciado. Pero te suplico que si algún día tienes noticias de que he sido hallado cadáver yerto en mi cama, deseches toda idea de suicidio y escribas inmediatamente al juez de guardia de ésta, para que ordene se me haga en seguida la autopsia de la nuez, y vea si ésta presenta señales de malos tratos. Y paso á referirte el origen de mi desgracia, dejando para luego el relato de sus consecuencias.

»¿Recuerdas mi estancia de ocho días en ese hermoso Madrid, al que fuí llamado por los testamentarios de mi difunto tío? ¿Recuerdas que dicha estancia coincidió con los festejos efectuados en celebración de la jura de S. M. Don Alfonso XIII? ¿Recuerdas que tus ocupaciones te impidieron acompañarme á la gran revista militar, como me habías acompañado á otros espectáculos, y que después estuviste dos días sin verme el pelo? Bueno, pues ahí tienes el origen de mi perdición. De haber estado tú en mi compañía, no hubiese yo caído en las redes de aquella sirena que la fatalidad puso á mi lado. Miraditas primero; sonrisas tiernas después... Oprimidos por el gentío, era inevitable el choque, y el choque vino, precisamente, cuando pasaba la artillería, disparándole yo á quemarropa una granizada de piropos. Replicóme con salero; se enredó la conversación, y á los pocos instantes tu amigo Lucas se había convertido en un Monte Pelado. (Por eso no me viste después el pelo).

»Hubo un momento, sin embargo, ¡oh, la conciencia!, en que la sangre se me heló en las venas: fué al desfilar la Guardia Civil! No sé por qué la vista de los tricornios me hizo pensar en mi mujer, y hasta creí ver su rostro en el de uno de aquellos individuos que me miró al pasar con ojos fieros. Pero tan pronto desapareció el benemérito instituto, volvió el volcán á dar muestras de actividad. Me cercioré de que nadie nos observaba... cruzaban entonces ante nosotros, los zapadores-minadores; me sentí minador, zapador y... extendiendo mi brazo, estreché el talle de aquella ninfa... ¡y me perdí! no durante dos días como á ti te parece, ¡sino para toda la vida!...

»Cuatro meses después de regresar á mi casa, dieron principio las fiestas que anualmente celebra esta capital con motivo de la feria. Estaba anunciada la llegada de un tren botijo, y mi inquietud era grande. ¿Sería capaz aquella mujer de venir á darme una sorpresa, como, mitad en serio, mitad en broma, me había prometido, á pesar de las doscientas pesetas que para hacerla desistir de su propósito le entregué á mi marcha de la corte? Por sí ó por no, yo andaba muy escamado y procuraba transitar lo menos posible por las calles, sobre todo en compañía de mi mujer.

»¡Inútiles precauciones! ¡Estaba escrito! Una tarde se empeñó Socorro en que la llevase al cinematógrafo recientemente instalado en el real de la feria. Procuré disuadirla, sabiendo, como sabía, que aquél era el punto de reunión de los forasteros... y las forasteras; pero no hubo remedio y, encomendándome á todos los santos, allá nos fuímos. La sala estaba

llena y casi á obscuras; esta última circunstancia me tranquilizó algún tanto porque favorecía mi propósito de pasar desapercibido. Tomamos asiento. Un fonógrafo, con voz de gata constipada, nos cantó aquello de *¡ay, morrongo! ¡ay, morrongo!* y empezó el espectáculo.

»*Regatas en el puerto de Barcelona*. ¡Muy bonito! *Baile de negros*. ¡Precioso! *Barba-Azul y sus mujeres*... De repente sentí que la sangre se me helaba en las venas: como antes los títulos mencionados, aparecía ahora en el lienzo el que sigue: *Fiestas de la jura de S. M. Don Alfonso XIII. Gran revista militar. Película de 800 metros*. ¡Dios mío, qué horrible presentimiento!...

»Empieza el cuadro; mucha gente presenciando el desfile en el Prado. Busco ansioso; me encuentro... ¡Ábrete tierra y trágame! Por fortuna estoy de espaldas.. ¡Si vuelvo la cabeza estoy perdido!... Ya viene la artillería...

»—¡Mira cómo se parece á ti por detrás ese señor que está hablando con una,—me dice Socorro.

»—Ca, mujer. Tú ves visiones,—contesto yo atragantándome.

»Pasa la Guardia civil. Mi imagen se va animando... extiende el brazo... vuelve la cabeza... ¡y aparecen los zapadores-minadores! ¡No quieras saber lo que ocurrió entonces! Gritos estridentes de mi mujer; puñetazos sobre mí, de la misma procedencia; escándalo morrocotudo... ¡el delirio!...

»Corrió la voz del suceso, y desde aquel día, sobre haber perdido para siempre la paz conyugal, vine á ser el escarnio de mis conciudadanos, que han olvidado mi nombre para llamarme sólo *¡el señor de la película!*»

Aquí termina la carta de don Lucas. Compadezcámosle, y tomemos ejemplo de su infortunio, para evitar las malas tentaciones. ¡Maridos los que tenéis esposa: huid del pecado... y sobre todo de las películas cinematográficas!

Miguel TORMO

Ilustrado por P. Béjar.

AMOR CASTO

Aburrido del bullicio de la ciudad, ansioso de respirar aire puro, de bañar mi cuerpo en la luz esplendorosa que sólo brilla en el seno de la Naturaleza, un par de veces por semana, cuando menos, salía al campo. El tren me dejaba en la falda de la montaña y á pie subía yo la suave pendiente y examinaba con curiosidad las quintas de recreo que estaban distantes unas de otras, sin duda, para evitar vecindades molestas.

Una, llamaba particularmente mi atención. No tanto por su gran capacidad y buen aspecto, como porque varias veces, subiendo cuesta arriba, llegado á un punto de la montaña que dominaba la casa, había notado que en un pabelloncito aislado, en el centro del jardín, estaba casi siempre en un balcón bajo una muchacha con traje claro, un ramo de claveles en el pecho y muy vivaracha y graciosa, según podía colegirse, á tan larga distancia, de los movimientos que acompañaban una conversación que no oía con un interlocutor que no podía distinguir.

Veía yo á veces que la joven hacía unas reverencias exageradas y se retiraba hacia adentro dando graciosos saltitos. Otras veces miraba á un grupo de árboles que había frente á la esplanada de la casa, y poniéndose la mano en el corazón permanecía así largo rato como en éxtasis. Un día, observé con profundo estupor que aquella joven, que sin duda debía ser muy niña, después de permanecer unos instantes muy quieta, dió un salto mortal y desapareció dentro de la habitación. Otro día, tiró una flor de las que llevaba en el pecho, y apenas hubo tocado al suelo cuando un jovencito elegante, con frac y sombrero de copa — era la hora del mediodía — salió como una centella del grupo de árboles, se inclinó ante la muchacha, recogió la flor, la besó, la colocó gravemente dentro del sombrero, como si fuera á hacer algún escamoteo, y muy serio y grave, haciendo unas rarísimas piruetas, desapareció entre la fronda.

La muchacha pareció darle gracias por aquel solo de baile, aplaudió repetidamente y, después, como si de repente le faltara la vida, se inclinó sobre la barandilla, dejó colgar la cabeza y así permaneció durante un cuarto de hora cuando menos. Después se irguió, arreglóse el pelo, saludó á derecha é izquierda como una actriz que da gracias por los aplausos del público y, caso raro, se dejó caer en un enorme tiesto vacío que estaba en el balcón. Como el cachivache era muy grande y la joven muy menuda y delgadita, quedó como enterrada allí dentro, sin que se le vieran más que la cabeza y las piernas, que agitaba alegremente en el aire.

Lo más peregrino del caso fué que el incógnito é invisible amante salió de súbito de entre los árboles. Llevaba en las manos unas calabazas de tamaño extraordinario. Adelantó hasta el centro de la esplanada; dejó aquellas amarillas esferas en el suelo; se internó de nuevo en el bosque-



DOÑA INÉS DE CASTRO — Cuadro de Martínez Cubells.

Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887.

Fot. de J. Laurent y C.ª (Madrid).

cillo y otra vez salió de él con dos calabazas que fueron á alinearse junto á las primeras. Repitiéronse los viajes, y cuando mi hombre tuvo reunido un regular montón de aquellas frutas, se quitó sombrero y frac, que dejó negligentemente en el suelo, quedando en mangas de camisa, porque es de advertir que no llevaba chaleco, y empezó el más formidable bombardeo que jamás presenciaron mis ojos.

Volaron las cucurbitáceas con ligereza y, hundiéndose todas en las negruras de la habitación de la señorita, producían destrozos considerables, á juzgar por los sordos ruidos que hasta mis oídos llegaban.

No quedaba en el suelo sino una calabaza, la más gorda. El misterioso y desahogado joven la cogió con ambas manos, la balanceó por encima de su cabeza, para tomar impulso, y con una rapidez y una precisión admirables la lanzó dentro de la habitación. Los efectos de aquel proyectil se conoce que fueron desastrosos. Se oyó un ruido sordo, acompañado de un estrépito de cristales que daba grima. Después, el esforzado joven hizo una reverencia profunda, púsose de nuevo frac y sombrero de copa y se retiró de un modo solemne, mientras la jovenzuela, que presenciaba muy gravemente y sin conmoverse el vandálico bombardeo, se levantaba como empujada por un resorte de la gran maceta y aplaudía con todas sus fuerzas.

Confieso que estaba yo asombrado. Nunca había visto tamañas extravagancias. Las relaciones entre aquellos dos seres originales me encantaban porque se apartaban de lo vulgar, de lo conocido. Ambos jóvenes me eran altamente simpáticos. Debían ser alegres, dicharacheros, bromistas sobre toda ponderación.

Pocos días después pude presenciar otra escena no menos regocijada.

La muchacha estaba en el balcón, como de costumbre. Su novio ó lo que fuere, montado á horcajadas en la rama de una encina, siempre de frac y chistera, leía un libraco. De repente, se le ocurrió bajar al suelo, y como el libro le estorbaba, lo colocó con infinitas precauciones encima del sombrero, y en aquella guisa y pasando las de Caín para que no cayera el libro de su elevado pedestal, se descolgó á pulso y adelantó hasta el centro de la esplanada. Ya allí, saludó con el sombrero. Pero al hacerlo cayó el libro. Antes que tocara al suelo, el joven le había aplicado un vigoroso puntapié que lo envió á cincuenta pasos de distancia, y luego, como la cosa más natural del mundo, empezó á andar á gatas describiendo un perfecto círculo.

La muchacha, entusiasmada, le arrojó todas las flores que llevaba en el pecho, cuantas había en la maceta de marras, ahora ya bien provista de tierra y flores, y después, no teniendo otra cosa con que demostrar su admiración por el estrafalario y gentil adorador, le fué echando, á puñados, toda la tierra del tiesto y, haciendo un esfuerzo, el propio tiesto, que se rompió en mil pedazos al chocar contra el suelo.

Como si aquella fineza cerrara por aquel día el ciclo de extravagancias, ambos jóvenes se saludaron cariñosa y atentamente, entrando ella en la habitación y él en su predilecto retiro vegetal.

***

Aquí me asalta una duda: ¿he soñado lo que acabo de contar? No lo creo. Lo vi, lo vi con mis propios ojos. ¿Entonces?... ¡Han pasado tantos años!... Me parece recordar que en aquel rincón de montaña había un manicomio... Sí, eso debe ser.

A. RIERA



Fot. de A. Esplugas.

Los niños PEPITA BOU y TEIX (4 años y medio) y SALVADOR TEIX y TAMBURINI (7 años), nietos de nuestro activo corresponsal en Montevideo y Chile, don Salvador Teix,

representando respectivamente, en el pasado carnaval, á la Princesa Isabel y al Infante Don Juan, hijos de los Reyes Católicos, y que obtuvieron, por la propiedad y riqueza de sus trajes, el premio de honor en el Baile Infantil del Círculo de Propietarios (Gracia) y el segundo en el del Teatro de Novedades.

CANTARES

I

Dicen que el Sol y el Amor
andan siempre de pelea;
que uno y otro creen ser
el que fecunda la Tierra.

II

Cuando me miras de golpe,
¿sabes qué son tus miradas?
Son dos botones de fuego
que me clavas en el alma.

III

Arrebujada en la cama,
oyes mis pobres cantares;
felices ellos que llegan
adonde no llega nadie.

Melchor DE PALAU

BALNEARIO DE MONTE CALVARIO

Con motivo de haberse inaugurado en el día 12 de los corrientes este magnífico y nuevo Establecimiento que, por su situación especial, merece desde luego ser considerado como el *único de su clase* en España, y para cuya instalación se ha tenido escrupulosamente en cuenta, no sólo los beneficiosos preceptos de la higiene, sino también todas las condiciones de comodidad y regalo que ofrecen los más afamados similares extranjeros, creemos de suma oportunidad é interés para nuestros lectores, consignar, siquiera sea sucintamente, el juicio favorabilísimo que acerca del mismo hemos formado sobre el terreno, y la grata impresión que todavía conservamos de nuestra improvisada visita á tan ameno sitio.

Cuantos conocen la hermosa costa de Levante que con su *Marina* hicieran célebre Camprodón y Arrieta; cuantos han gozado en verano de sus deliciosas brisas y de su temperatura constantemente apacible en el invierno; confesarán con nosotros que la idea de establecer en ella un gran Balneario no pudo ser más acertada, pues esa benignidad inalterable de clima no se encuentra en ninguna otra parte del mundo, incluso la concurrida Niza y la no menos visitada costa francesa, en donde las frecuentes variaciones atmosféricas impiden á menudo que las personas delicadas se restablezcan por completo.

Y si feliz fué el pensamiento, digno de todo encomio es la inteligencia y esplendidez, reveladas hasta en los menores detalles, con que se ha llevado á cabo.

El *Balneario de Monte Calvario* está emplazado en la playa de Arenys de Mar, una de las más bellas é importantes poblaciones de la citada costa catalana. Sírvele de cimiento un inmenso peñón que, truncando la línea regular de ésta, penetra algunos metros en el Mediterráneo, cuyas tímidas olas besan tres fachadas del majestuoso edificio, el cual recibe sus frescas emanaciones en la época calurosa y no experimenta los naturales efectos de la invernal, en razón á encontrarse materialmente dentro del agua: de suerte que es en todo tiempo la residencia más pintoresca que darse puede, á la par que la más higiénica, por sus condiciones eminentemente marítimas y por su atmósfera siempre saturada de ozono.

Para las personas que necesitan distraer la imaginación y alegrar el alma; para aquéllas que desean reponer de un modo eficaz su quebrantada salud, y muy particularmente para las amenazadas, ó atacadas ya, de afecciones pulmonares, el *Balneario de Monte Calvario* constituye un lugar de privilegio, una verdadera tierra de promisión, un sanatorio de los mejor situados, y ofrece en su recinto comodidades, placeres y



elementos curativos de inapreciable valor, conforme lo proclaman y atestiguan cuantos médicos y enfermos han tenido ocasión ó necesidad de visitarlo.

En su construcción, lo propio que en la distribución y ornato interior; en todo cuanto puede hacer agradable la estancia en el Establecimiento ó aportar nuevos medios positivos de salubridad, ha presidido singular acierto, un gusto exquisito y sobre todo un desprendimiento merecedor del mayor aplauso.

Las habitaciones están amuebladas con el lujo y *confort* convenientes, para que nadie eche de menos el bienestar de su casa, y hay además otras especiales, con cocina y provistas de todos los utensilios de uso corriente, para las familias que prefieran comer por su cuenta.

El servicio de restaurant y café, á cargo de un reputado *maitre d'hotel*, requiere en justicia la calificación de esmeradísimo y se verifica indistintamente por cubiertos ó á la carta; siendo muy económicos los precios, tanto de mesa como de hospedaje, en relación con su superioridad, de que en la referida visita pudimos convencernos.

La sección hidroterápica, así de agua dulce como de mar, es notable por todos conceptos, y se concibe que haya sido objeto de especial atención, dado que integra la parte esencial del Establecimiento. Comprende baños de oleaje y de pila; duchas frías y calientes; montados unos y otras con arreglo á los últimos adelantos que ha sancionado la medicina moderna y sujeta su aplicación, en cada caso, á la prescripción facultativa.

Sobre las múltiples ventajas que ofrece la residencia en el *Balneario de Monte Calvario*, y que por encima dejamos consignada, debe contarse la facilidad de comunicaciones, que implica un frecuente ejercicio corporal y un continuo motivo de esparcimiento, pues la distancia exigua que le separa de Arenys y de muchas lindísimas poblaciones del litoral, tales como Canet, Caldetas, Mataró, etc., etc., da origen á variadas expediciones y á diarios paseos, á cual más divertido y saludable.

Allí se vive, se disfruta en plena libertad de los tranquilos goces de la naturaleza, sin el enfadoso bullicio de las vecindades, respirando ambientes puros, recreando la vista con la belleza del campo, la grandeza del mar y la inmensidad del cielo, lejos del mundo..., pero á cuatro pasos de él y casi á las puertas de Barcelona, puesto que el ferrocarril recorre un poco más de una hora, muchas veces al día, los 38 kilometros que median entre el Establecimiento y esta capital, á precios de pasaje sumamente económicos, expidiendo además billetes reducidos de ida y vuelta, y con mayor rebaja aún en las festividades y sus vísperas.

Réstanos añadir que para los excursionistas, generalmente afectos á visitar en sólo una jornada sitios notables y lugares dignos de ser admirados, el Establecimiento á que hemos consagrado este mal hilvanado artículo y cuya vista general acompañamos, constituye un nuevo aliciente, un precioso atractivo que á buen seguro no dejarán de aprovechar. Mucho nos equivocaremos, ó en adelante se irá á *Monte Calvario* con la misma ilusión y gusto que se va ahora al Tibidabo, San Pedro Mártir ó Montserrat.

* * *

EXCMO. SR. D. JOSÉ DE CÁRDENAS

SENADOR DEL REINO

Por deber y por cariño, honramos hoy nuestras columnas, biografiando, siquiera sea ligeramente, á uno de los hombres que más servicios han prestado á España, en las ciencias, en la literatura, en la política, y especialmente á nuestra decaída agricultura. Don José de Cárdenas, nació en Sevilla el año 1841, en cuya Universidad terminó los estudios de Derecho Civil y Administrativo. Allí mismo desempeñó el cargo de primer Secretario de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, tomando en las tareas de la Corporación parte muy activa, y fundó, dirigió y redactó la Revista *El Foro de Sevilla*.

Aprisionado su espíritu, nuestro biografiado trasladó su residencia á Madrid el año 1861, buscando ancho campo en que desenvolver su vertiginosa actividad, y contando con la protección de su tío el ilustre estadista don Francisco de Cárdenas, ocupado entonces en organizar la Dirección de los Registros, como autor de la Ley Hipotecaria. Empleado durante algún tiempo en la Asesoría de Hacienda, completó los estudios á que su afición le llevaba; dirigiendo más tarde la sección literaria de *El Tiempo*, órgano fundado por el Conde de Toreno, el de San Luis y el señor Barzanallana, para abogar por la restauración de la dinastía borbónica durante el período revolucionario, y, aconsejado por amigos entendidos en literatura, reprodujo en dos volúmenes los artículos que con el pseudónimo de *Marcelo* había publicado en el mencionado periódico.

Dedicado á la abogacía en los primeros tiempos de la restauración y decidido á mantenerse alejado de las funciones públicas, hubiera continuado aplicando su actividad al bufete, á no mediar los insistentes ruegos del Conde de Toreno para que aceptase la Dirección general de Agricultura, Industria y Comercio, primero, y año y medio después la de Instrucción pública. En dichos altos puestos, dió admirable muestra de su laboriosidad, perspicacia y previsión. De ellas son pruebas, nada equívocas, la ley y reglamento para la repoblación de los montes públicos, la creación de estaciones enotécnicas, la ley para la defensa contra la filoxera, la reforma del servicio agronómico, el estudio de una nueva ley de Instrucción pública, en colaboración con otras personas, muchas obras en edificios públicos, como el Archivo de Alcalá y el Museo Nacional de Pintura y Escultura, y la reorganización de las Escuelas de Agricultura, Artes y Oficios; tareas en que fué resueltamente apoyado por el Ministro señor Conde de Toreno. Publicó también por entonces, en ediciones lujosas y costeadas por el Estado, la obra clásica de Rojas Clemente, sobre las variedades de la vid común, que vegetan en Andalucía, la *Historia de Felipe II*, por Cabrera de Córdoba y las *Cartas de Indias*.

Pero donde más descolló la personalidad eminente de nuestro querido y respetado don José de Cárdenas, fué en las complejas y arduas cuestiones agrícolas. Fundó con la Sociedad de Ingenieros Agrónomos la de Agricultores de España, que desde entonces preside. Merced á su iniciativa, celebróse en Madrid en 1877, la Exposición Vinícola que tanto llamó la atención de Europa, por que se conoció el propósito de que sirviera de preparación para la Universal de París del siguiente año, en que tan buen papel representó España, bajo las acertadas órdenes del señor de Cárdenas, que supo con tal motivo multiplicarse y salir airoso, hasta el punto de ser llamado por todos los hombres que representaban sus respectivas naciones, «le Ministre d'Agriculture par excellence». Desde aquella fecha, se nota un marcado renacimiento en los estudios y trabajos que se refieren á la agricultura.

Bajo su patrocinio y por su iniciativa se reunieron entonces numerosos Congresos agrícolas, y entre ellos el antifiloxérico internacional de Zaragoza, y el «Boletín Agrícola» abrió una suscripción para regalarle una estatua, debida al célebre escultor señor Gandarias, la cual lleva un medallón en el busto del señor de Cárdenas y representa la Agricultura.

Por sus servicios y por su innegable competencia fué indicado para ministro de Fomento, por los Gabinetes de Martínez Campos y Silvela en situaciones pasadas, y en la actualidad suena ya su nombre para la primera crisis. El actual Presidente del Consejo estima en lo que vale el Concurso del señor Cárdenas, máxime después de las brillantes campañas de este político en el Consejo de Estado, y sobre todo en el Congreso como Vice-presidente y miembro desde 1876, y en el Senado donde continúa defendiendo los altos intereses de la Nación.

Nada diremos de su gestión como Presidente del Consejo de Administración de la poderosa entidad financiera, Compañía Arrendataria de Tabacos, la última vez que los conservadores estuvieron en el poder. Recientes están los hechos y los progresos.

Aunque el señor de Cárdenas lleva toda su vida en el partido conservador, nunca fué de los políticos que se agitan y vociferan. Dedicado al estudio y á la resolución de problemas vitales para la nación española, á la publicación de trabajos importantes, (como los que se pueden leer actualmente en la «Revista Contemporánea» que dirige), y á la difusión de la verdadera cultura, además de ocupar en ocasiones sus ocios en la noble profesión de la abogacía, no tuvo nunca tiempo para consagrarse á la política activa, ni á frecuentar las reuniones de comités y juntas electorales, refugio de los que no aportan á los partidos más elementos que los corruptores del caciquismo y son verdaderos agentes de perturbación y causa del descrédito de las agrupaciones.

Nuestros lectores apreciarán en lo que valgan los datos fidedignos que acabamos de reunir, y sentirán, sin duda, como nosotros, que el retraimiento del señor Cárdenas prive á la administración del Estado del concurso de un hombre que tanto vale y que de tanto prestigio goza en el País, sin exceptuar á Cataluña, donde tiene grandes amistades y positiva influencia.

Para retratar fielmente su modestia y escasa ambición, nos bastará citar una frase suya que por lo rara y ejemplar ha tenido gran resonancia. Cuéntase como cosa cierta que al volver últimamente al poder el partido hoy gobernante, Cárdenas se presentó á su jefe para felicitarle, y le dijo lo siguiente: «Amigo Silvela, no se ocupe usted de mí; atienda en primer lugar al nuevo refuerzo que nos ha venido. Ni tengo prisa, ni nada apetezco; dentro ó fuera del Gabinete estaré incondicionalmente á sus órdenes.»

¡Con cuánta elocuencia estas pocas palabras condensan su carácter!

* * *

NEMO (FACETA)

Es el hombre de las muchedumbres; el que padece, el que sufre; el que trabaja durante toda su vida sin provecho propio; el grano de arena que unido á miriadas de millones de otros granos forma la montaña ingente; la gota de agua que junto con otros millones de millones de gotas crea los océanos, fuentes eternas de vida.

Es una unidad que carece de valor, un número que tan sólo se cuenta cuando va acompañado de otros muchos. Vive, pero vive existencia obscura. Le aplasta el pie que quiere, le desmenuzan las rocas al caer, los árboles con sus raíces; la semilla le aparta de su alveolo, la lluvia le arrastra, el viento le sacude, el calor y el frío le convierten en polvo. Alguna vez, á fuerza de removerle á él y á sus hermanos, de aplastarles y desmenuzarles, sienten como una fiebre de movimiento, y entonces se producen esos aludes de tierras que arrastran árboles y rocas, que ciegan las cavernas, rellenan el valle y sepultan bajo su masa cuanto á su paso se opone. Luego la fuerza de la inercia les domina de nuevo y todos los pies les pisotean.

El hombre de las muchedumbres no tiene nombre siquiera. Es Nemo, nadie; el que padece, el que sufre.

***



Dibujo de Gaspar Camps.

BELLAS ARTES

TANTAS veces hemos hablado de las cualidades artísticas de Gaspar Camps, que precisaría repetirnos al juzgar la hermosa portada que acompaña este número.

Debemos, no obstante, observar, que pocas veces ha estado tan correcto al interpretar la figura de la mujer, y que nunca tal vez supo amalgamar tan bien como en el presente dibujo su espíritu moderno con los elementos de la naturaleza. La misma ornamentación está aplicada con tanta sobriedad, que más bien aparece como medio de acentuación que como sistema primordial.

Por esto creemos que su dibujo acusa un progreso positivo en la manera de sentirlo y de ejecutarlo.

Los dos paisajes del artista Ros y Güell son verdaderas primicias de un porvenir que ofrece fundadas esperanzas.

Joven, en pleno período de fecundación, acaba de hacer sus primeras armas en el *Salón Parés*, donde ha expuesto una serie de cuadros y estudios que han merecido unánimes elogios de los inteligentes y la prensa.

Colorista de una ingenuidad encantadora, tal que, empleando medios sencillísimos, logra reproducir variadísimos estados de la naturaleza con un sentido tan justo de la realidad, que sorprende por la espontaneidad de sus soluciones; pintor, en cierto modo, impresionista, que resume en pocas pinceladas los valores de los términos, dando atmósfera y profundidad á sus cuadros, no tiene, en nuestro concepto, otro pero, que el de simplificar con exceso los primeros planos, á los que no perjudicaría una mayor prolijidad y construcción.



ESCUELA DE BELLAS ARTES DE BARCELONA. — CLASE DE PAISAJE.

Tal es, en resumen, nuestra opinión respecto al talento de Ros y Güell, que se manifiesta, desde sus comienzos, con bien determinada personalidad, cosa que no logran con frecuencia muchos artistas encanecidos en el trabajo.

El cuadrito de M. Oliver Aznar, de Zaragoza, que figura en una de las páginas centrales, no pasa de ser un estudio sin pretensiones, en el que se recomienda el fondo, muy superior á las figuras.

Como tengo entendido que no dejará de publicar esta Revista otros trabajos del citado señor, reservo para entonces hablar de sus cualidades artísticas, con más fundamento que hoy.

Y aquí podríamos dar por terminada nuestra tarea, si la publicación de las fotografías que reproducen dos escenas de la clase de paisaje de la Escuela Superior de Artes é Industrias y de Bellas Artes de Barcelona, instalada, merced á la proverbial amabilidad del actual propietario señor Arnús, en el bosquecillo que ha poco tiempo formaba parte del edificio conocido por la *Fontana*, en Gracia, no nos indujera á poner de relieve las ventajas y progresos de tan laudable institución.

Hay que advertir que la expresada Escuela Superior, desde que, gracias al cambio radical operado en la enseñanza artística, ha entrado en las corrientes modernas, ha realizado grandes progresos, á los que con-

tribuyen, en primer lugar, con admirable emulación, los dignos profesores que constituyen aquel cuerpo docente. No es, pues, necesario decir, que no citamos la clase de paisaje como una excepción, sino porque, dispuestos á hacer lo mismo con las demás, damos principio por aquélla, ya que una ú otra había de ser la primera.

Todos cuantos han penetrado en la antigua Escuela de Bellas Artes, saben cuán deficiente era la enseñanza del paisaje, relegada casi exclusivamente á la copia de dibujos de Calame, y con escasas, por no decir nulas, excursiones en el seno de la naturaleza. Surgía de este estado de cosas un resultado negativo, pudiéndose asegurar, porque lo hemos presenciado, que no salía jamás ningún alumno paisajista de la rutinaria Escuela. Y era tanto más de extrañar, cuanto, por contraste, dábase toda la prerrogativa á la enseñanza de la figura, con el modelo desnudo en las clases de colorido y de dibujo y con el estudio constante de la estatuaria clásica.

Por fortuna para el arte y para los alumnos, un espíritu abierto á toda innovación, un artista de conciencia, conocedor profundo de la materia objeto de su enseñanza, capacidad demostrada en infinidad de exposiciones, laureada con sinnúmero de medallas y distinciones, entre las que recordamos la primera medalla de oro ganada en buena lid en el último certamen universal de Bruselas, un hombre, en fin, que por sus especiales dotes comunicativas reune condiciones especiales para la elevada misión que tiene á su cargo, ha hecho de la clase de paisaje una especie de taller en el que, sin imposiciones de dómine, sin autoridades magistrales, por la simple fuerza del compañerismo y la persuasión, está verificando una radical evolución en el sistema educativo.

Lejos de obligar á aceptar su criterio, aprovecha las cualidades espontáneas de sus alumnos encaminándolas á la conservación de la personalidad, aconsejando, no corrigiendo y, sobre todo, poniendo á sus discípulos frente á frente del natural, para que cada uno tome lo que mejor cuadre á sus gustos y á sus aptitudes.

Allí, bajo el sol ó bajo la lluvia, cobijados por un cielo azul ó por grises nubarrones, en pleno meridiano ó envueltos en los dorados reflejos de la tarde, establece su academia, la academia de la verdad, en donde no se copian los amaneramientos ajenos, sino donde se reciben de primera mano los modelos que han de hacer del aprendiz un artista dispuesto á recibir y asimilarse las ingenuas visiones de la libre naturaleza.



ESCUELA DE BELLAS ARTES DE BARCELONA. — Clase de paisaje.

Y hemos de mencionar también otra cosa que nos ha sorprendido en alto grado: y es cómo cunde el gusto por el arte entre el bello sexo en nuestra ciudad. Son muchas las señoritas que frecuentan la clase de paisaje de nuestra Escuela, y, lo hacemos constar con satisfacción, no se muestran inferiores á sus condiscípulos del otro sexo; algunas, bien al contrario, se distinguen por su manera de ver y de pintar, y por un intenso espíritu de observación.

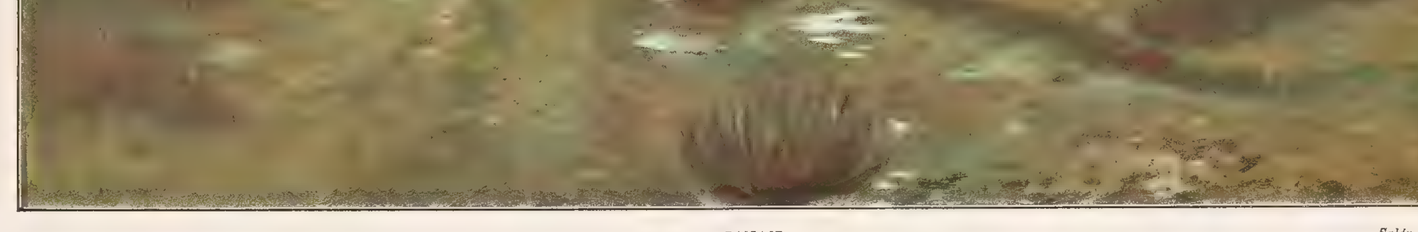
Permítanos el amigo Modesto Urgell que, contraviniendo á sus deseos, estampemos aquí su nombre, puesto que consideramos justicia distributiva dar á cada cual su merecido. Son tan contadas las ocasiones de elogiar la enseñanza, que no es justo regatear alabanzas al que se hace digno de ellas por sus méritos.

Y como estamos persuadidos de que, gracias á la acertada Dirección de la referida Escuela, el mismo espíritu de innovación anima á todo el profesorado, es de creer que muy pronto se nos presentarán motivos más que suficientes para nuevos elogios.

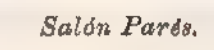
Francisco CASANOVAS

Fotografías de A. Más.

A. ROS Y GÜELL



PAISAJE



Salón Parés.

MARIANO OLIVER AZNAR



EN ZARAGOZA

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ATENAS

BAJO EL PATRONATO DE S. A. R. LA PRINCESA SOFÍA DE GRECIA

La experiencia viene demostrando plenamente cuán trascendentales y útiles son las Exposiciones; esos grandiosos certámenes de la inteligencia y del trabajo en que las naciones ponen de manifiesto sus respectivas fuerzas y por las cuales abren mercados á sus productos, al par que adquieren conocimiento de aquéllos á que les conviene acudir para mejor proveerse de los que necesitan. Si Francia ocupa el primer puesto entre los pueblos civilizados, á ellas principalmente lo debe; si España ha logrado sacudir la nota de atrasada con que gratuitamente la zaherían las vanidosas potencias europeas, débelo á haber dado á conocer su verdadera importancia en la Exposición Universal, de gloriosa memoria, celebrada á últimos del pasado siglo en esta ciudad.

Una exposición aprovecha á todo el mundo: al país que la organiza, á los que toman parte en ella y á los que la visitan; llevando en sí la inapreciable condición de estrechar los lazos políticos entre las naciones amigas. El cambio de relaciones á que da lugar, constituye una garantía de paz y, por consiguiente, de prosperidad y trabajo. Así lo ha comprendido el Gobierno helénico, al prestar su apoyo á la que en la capital de aquel reino se inaugurará en breve y cuyos trabajos están ya muy adelantados.

Duéleme decir que el nuestro no se ha dignado prestar al asunto la atención que realmente merece: ni España irá oficialmente á Atenas, ni la iniciativa particular ha logrado, según noticias, la subvención que solicitaba para concurrir dignamente; de suerte que cuenta sólo con su propio esfuerzo. No importa: gracias á las gestiones eficaces del Delegado oficial, don Flaminio Mezzalama, y á la actividad é inteligencia del Secretario general de la Delegación, el infatigable editor don Miguel Parera, se ha creado en esta capital un Comité en que figuran personalidades de gran prestigio y capacidad en el terreno comercial é industrial, lo propio que en ciencias y artes; el cual trabaja con verdadero empeño para que al menos Barcelona tenga en el referido certamen lucida representación. Compónenlo las personas siguientes, bajo la presidencia honoraria de los señores Cónsul y Vicecónsul de Grecia en esta plaza: Excmo. Sr. D. Rómulo Bosch y Alsina, Senador del Reino, Presidente. — D. Ignacio Girona, Presidente del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, y Excelentísimo Sr. D. Pedro G. Maristany, Diputado y Comisario regio de Instrucción Pública, Vicepresidentes. — Iltre. Sr. Presidente del Fomento del Trabajo Nacional, Tesorero. — Excelentísimo é Ilmo. Sr. D. Alberto Rusiñol, Diputado á Cortes y Fabricante, Secretario. — Vocales: D. Fernando Agulló, Director de *El Exportador*. — D. Eusebio Bertrán, Fabricante. — D. Buenaventura Capdevila, Comerciante. — D. Ramón de Castellví, Cosechero y Propietario. — D. Luis Faraudo Saint Germain, Oficial de Administración Militar. — D. Hermenegildo Gorria, Ingeniero agrónomo. — Iltre. Sr. D. José Puig y Cadafalch, Arquitecto y Concejal del Ayuntamiento. — D. Federico Rahola, Abogado. — Excmo. Sr. D. Rafael Roig y Torres, Profesor Químico y Teniente Alcalde del Ayuntamiento. — Ilustrísimo Sr. D. Antonio Rubió y Lluch, Catedrático de la Universidad de Barcelona. — D. José A. de Trías y Tastás, Administrador del Crédito Agrícola Catalán.

Por patriótico y beneficioso, aplaudimos cordialmente el levantado propósito de los citados Delegación y Comité, seguros de que obtendrá feliz resultado; y ya que no nos es dable contribuir á él, como puede y debe hacer la prensa diaria, ofreceremos publicar cuantas noticias y fotografías lleguen á nuestras manos, referentes á la próxima Exposición de Atenas.

* * *



S. A. R. la Princesa Sofía de Grecia



S. A. R. el Príncipe heredero de Grecia.



Atenas. — El Acrópolis visto desde el paseo de la Exposición.



Atenas. — El Templo de Teseo.

SALVACIÓN SEGURA

CHASCARRILLOS DE MI TIERRA

A la puerta de la iglesia de Torremolinos, pueblo de pescadores y molineros, de muchachas guapas y de viejas murmuradoras, se hallaban el Viernes de Cuaresma, el tío Carigüela, borracho sin arrepentimiento, pero llanote y honrado, y el tío Maitines, que por una copa de vino era capaz de dar el cuerpo y el alma.

Aquel día estaban menos bebidos que de costumbre y, después de larga discusión, habían acordado oir el sermón del cura, pues era preciso no olvidar el santo tiempo en que se hallaban.

—Compae—dijo Carigüela—otavía farta media hora pa que el cura se suba al púrpito y yo no tengo gana de rosario...

—¿Bien, y qué? —respondió Maitines.

—Poquito más é ná, que nos iremos ahí enfrente, á la taberna del señó Antón y nos beberemos un medio de vino... Así entraremos en calor, que tengo el cuerpo cortao.

—¡Vamos allá!

Y fueron á la taberna y en buena paz se bebieron un medio de vino seco, que había recibido el agua del bautismo.

Volvieron á la iglesia, pero el sermón no había empezado. Hablaron del tiempo, de la molienda y de los riegos, que dejaban secos los molinos. De pronto el tío Maitines, exclamó:

—Er pae cura no predica y otra vez me voy enfriando. Vamos por otro medio.

—¿Y si llegamos tarde?

—¡Qué hemos de llegar!

—Pos anda.

—Andando voy.

Vuelta á la taberna y vuelta á echarse otro medio entre pecho y espalda.

—Este sí que me ha calentao—dijo Carigüela, que empezaba á hacer eses.

—¿Tomamos el otro?

—De nenguna manera, que el cura nos va á echar de menos y entonces vamos á tener el sermón en casa.

—No seas tonto—insistió Maitines. —Un medio se bebe en un minuto.

—Éjalo pa luego.

Y ambos se fueron, agarrados del brazo y sosteniéndose con trabajo á la parroquia.

Estaba el señor cura en el exordio del sermón. El templo estaba lleno y reinaba el más profundo silencio, pendientes todos de los labios del virtuoso párroco.

El respetable sacerdote, con voz grave y reposada, al entrar los borrachos estaba diciendo:

—Sí, hijos míos. Sí, feligreses de mi alma, para salvarse, para no arder entre las llamas del infierno, sólo hay *tres medios*...

Al oirlo el tío Maitines, abrió los ojos, miró á su compadre y en voz alta gritó:

—¿No te lo icía yo, peazo de bruto? Si nos bebemos el otro *medio* nos vamos ar cielo con zapatos y tóo.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR



LA JURA DE LA BANDERA EN BARCELONA. — ALTAR PARA LA MISA.



EL ACTO DE LA ELEVACIÓN EN LA MISA DE CAMPAÑA.



LOS RECLUTAS BESANDO LA BANDERA DE SU BATALLÓN RESPECTIVO.

Fotografías de A. Más.

LAS DOS MUERTES

(FACETA)

HAY la horrenda, triste, repugnante, la que asesina lentamente, acabando uno tras otro con todos los resortes vitales; la que penetra en una alcoba, sin luz, mal oliente y os postra en cama durante días y semanas y meses; la *pallida mors* que no acaba con la existencia sino cuando ha hecho que vuestra cara se parezca por su demacración y su céreo color á en *facies* repugnante. El fúnebre aparato que rodea á sus víctimas, el llanto de deudor y amigos, los rezos, el luto, las negruras todas que la preceden y siguen, fórmanle un cortejo que aterroriza y que repele. Parece, en verdad, que se muere doblemente y por toda una eternidad sonriendo en una cama con el cuerpo sin fuerzas, el cerebro sin ideas, exangües las venas, heladas las manos, contraídos con contracción suprema los músculos todos.

Hay la otra muerte, la que os sorprende en plena vida, en mitad del campo ó de la calle, rápida, fulmínea, imprevista, la *subita mors;* la que no asusta, la que no repugna, la que nos vuelve á los brazos de la madre tierra, sin poner vidriosos los ojos, ni lívido el semblante, ni heladas las extremidades, ni la máscara de la Gorgona sobre nuestro rostro. La tempestad la lleva á veces en sus alas, la metralla en sus haces de hierro, la cónica bala en su acerada punta, en su filo el cuchillo, en su masa la roca que se despeña, en su caudal el ola que os sorprende, en su corriente el río, en sus llamas el fuego que todo lo purifica. No llega á ser muerte casi, es «menos la vida», como decía Condorcet. Es la amiga que os libra de toda pena, la hada del descanso que os ampara, la vida nueva, la verdadera inmortalidad, serena y apacible, el no ser, la nada, tan grande y majestuosa como la vida misma.

* * *

A. ROS Y GÜELL



PAISAJE

Salón Parés.

LA LOTERIA REAL HÚNGARA

BUDAPEST

Si hay en el mundo un país verdaderamente aficionado al juego, en sus variadas acepciones, ya el éxito dependa sólo del azar, ya esté basado en la inteligencia, ya sirva no más de pasatiempo inocente, es á no dudar el nuestro. Aquí todos jugamos, en grande ó en pequeña escala, en los centros bursátiles los unos, en clandestinos garitos los otros, al predilecto tresillo en los confortables círculos de recreo, al tolerado burro en casinos, cafés y tabernas, al caballo blanco en las tertulias familiares, al tute ó la brisca en el seno de la familia. Puede decirse que la propensión al juego constituye en nosotros una nota característica.

Compruébalo plenamente la facilidad conque en las administraciones de loterías se agotan los billetes de la Nacional, cada vez que se anuncia un sorteo, con ser éstos tan frecuentes, y en particular cuando las Navidades nos ofrecen la perspectiva del *premio más gordo* del año. Desde el ricacho que se permite impunemente el lujo de adquirir por mil pesetas un billete entero, hasta el humilde artesano que á duras penas consigue hacerse con una participación de cincuenta céntimos, no hay español que en aquella época deje de probar fortuna, acariciando la grata ilusión de que su número saldrá premiado.

Aceptado esto, compréndese sin gran esfuerzo que muchos de ellos, convencidos de que para obtener los favores de la veleidosa suerte es preciso poner los medios, y por aquello de que donde menos se piensa salta la liebre, no se limitan á correr al albur dentro de casa, jugando sólo á la Lotería Nacional, sino que aceptan con júbilo cuantas ocasiones de enriquecerse ó labrarse un desahogado porvenir les ofrecen las del extranjero.

Estación del ferrocarril del Estado húngaro en Budapest.

A esos, que no son pocos, va dirigido el presente artículo, hoy que en la última página de la cubierta publicamos el anuncio de la *Lotería Real Húngara*, que se celebra periódicamente en Budapest, acerca de la cual creemos oportuno dar algunos detalles, en la seguridad de que el público los leerá con gusto.

Budapest es la capital de Hungría y está formada por las ciudades de Buda y Pest, á orillas ambas del Danubio, que las separa. Cuenta en la actualidad con unos 500,000 habitantes, siendo, después de Viena, la ciudad más comercial de la monarquía austro-húngara, sobre todo en granos, y al mismo tiempo, por su Academia, un gran centro de vida intelectual. Hay además Academia militar y Escuelas de veterinaria, cirugía y comercio. La industria está representada por los talleres ó astilleros de la Compañía de navegación del Danubio, fábrica de tejidos de lana, estampados de algodón, aparatos electro-magnéticos, instrumentos de música, aserraderos, azúcar de remolacha, alcoholes, astilleros de Alt Ofen; fábrica de curtidos, tejidos de seda y terciopelos. En Buda tienen gran importancia la fabricación de vinos y las aguas minerales, termales ó frías, carbonatadas-cálcicas y sulfatadas, sódicas ó magnésicas. Hay obispado greco-ortodoxo, observatorio, arsenal, fundición de cañones, fábrica de pólvora.

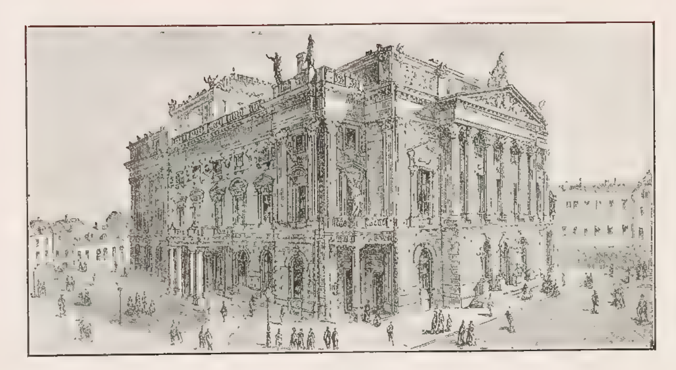
Pest, unida á Buda por un gran puente colgante, se extiende por la orilla del Danubio en una extensión de más de 4 kms. con hermosos y nuevos edificios, entre los que sobresale el de la Academia, construído de 1862 á 1864, con un elegante vestíbulo de columnas de mármol de diversos colores. En él se encuentran la Biblioteca, la sala de Sesiones de la Academia y el Museo de Pintura que ocupa 19 salas y cuenta



Palacio del Parlamento, visto desde el Danubio. — Budapest.

más de 800 cuadros, de los cuales 50 son de escuela española (6 de Murillo).

No abrigamos el propósito de describir ni aún citar lo mucho digno de admirarse que existe en la ciudad á que nos referimos; lo expuesto basta para apreciar su importancia y el buen lugar que ocupa entre las primeras capitales europeas.



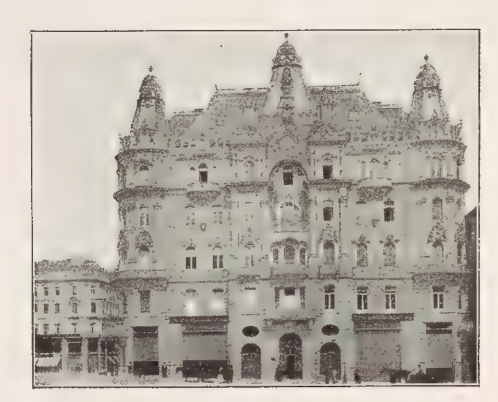
Teatro Nacional de Budapest.

La *Lotería Real Húngara* es de reciente constitución, pues fué creada por ley, votada en Cortes, de 29 de Febrero de 1897; pero revistió desde el primer día tales caracteres de seguridad, por su excelente reglamentación, tocaron tan pronto los jugadores resultados positivos, que en 11 de Julio de 1902 hubo necesidad de aumentar el número de billetes, en atención á que resultaba insuficiente el establecido para servir todas las demandas, lo cual demuestra hasta la evidencia que sus muchas ventajas sobre instituciones análogas, de rancio abolengo, han sido conocidas y debidamente apreciadas en esos pocos años.

Al principio constaba de 100,000 billetes, con opción á 50,000 premios; en la actualidad consta de 110,000 y el número de premios es, en justa proporción, de 55,000. Por lo tanto, ahora, como antes, *de cada dos billetes sale forzosamente premiado uno:* circunstancia que merece tenerse en cuenta, pues ninguna otra lotería del mundo ofrece esta inmensa probabilidad de premio al jugador.

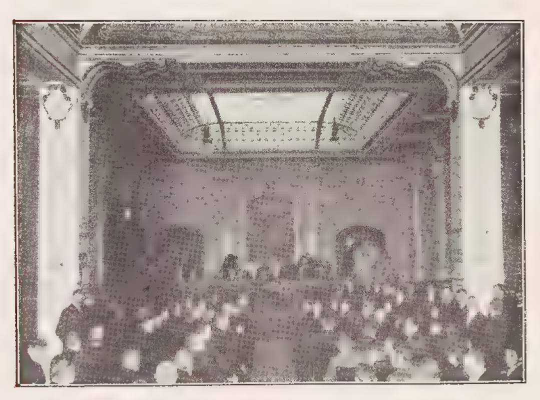
En cuanto á garantías, no cabe pedir más. Una Comisión oficial de nueve delegados del Gobierno, nombrada por el Ministerio de Hacienda, ejerce sobre la administración y las operaciones de la misma una vigilancia escrupulosa y constante; de manera que en todos sus actos impera la más completa legalidad.

La citada *Lotería Húngara* se verifica dos veces al año, comprendiendo cada una seis sorteos, en los límites del semestre correspondiente: de Noviembre á Abril, la primera; de Mayo á Octubre, la segunda; siendo, por consiguiente, diez las verificadas hasta la fecha. Esta división tiene por objeto facilitar la adquisición de los billetes, fraccionándolos, para que los adquirentes puedan abonar su importe por sorteos anticipados, y dejarlos cuando quieran, si tal es su voluntad. Los 55,000 premios forman la cantidad total de 20.925,550 pesetas, repartible en los seis sorteos de cada semestre.



Palacio de la Real Lotería Húngara. — Budapest.

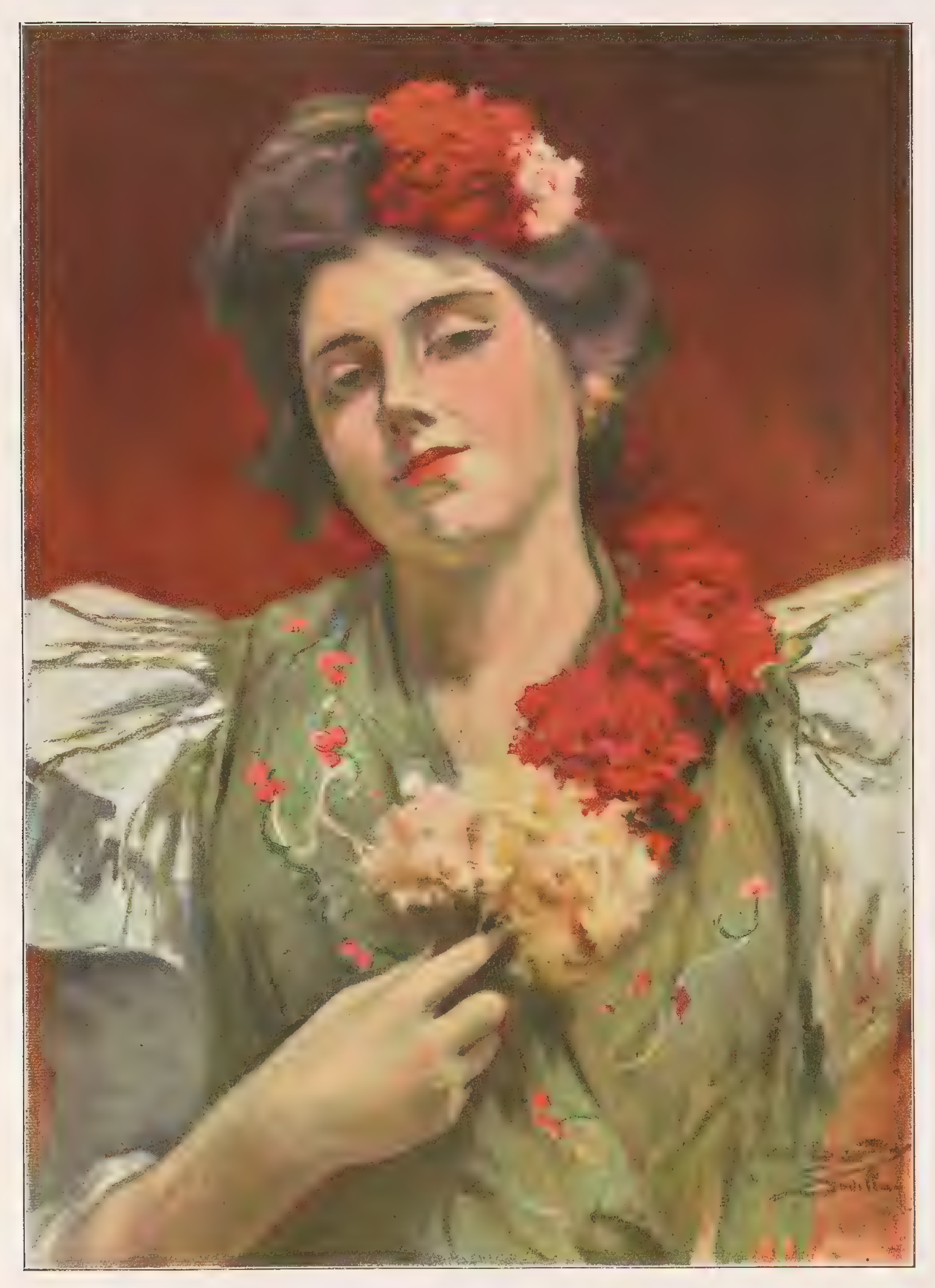
No entra en nuestros cálculos, ni para hacerlo disponemos de espacio, consignar las condiciones en que se verifica la repetida *Lotería*, ni las combinaciones á que se presta: cuantas noticias á ella referentes tienen general interés, las encontrarán claramente especificadas nuestros lectores en el anuncio oficial, inserto en otro lugar, y además la importante *Casa Bancaria Charles Kiss & C.ª, de Budapest*, envía gratis, á vuelta de correo, á las personas que lo solicitan, el reglamento y todas las instrucciones convenientes para que éstas formen cabal y exacto juicio de las ventajas y garantías que ligeramente hemos bosquejado. Los sorteos que, como dejamos dicho, presiden y fiscalizan los delegados del Gobierno, á fin de que sea perfecta su legalidad, verifícanse en el Palacio de la Lotería, donde se hallan instaladas las oficinas de la Dirección y los diferentes servicios administrativos. El día anterior, esos mismos delegados, en presencia del Notario real, del Director y del Administrador, revisan minuciosamente, revuelven y encierran en un gran bombo las bolas de los números y en otro, de iguales dimensiones, las cédulas que expresan el premio, cerrándolas con llave y prescintándolas por medio de sellos que no se rompen hasta el momento de la extracción. Llegado éste, se abre al público la gran sala del Palacio, para que todos puedan presenciar el acto. Toman asiento en el estrado la Comisión oficial y el Notario que ha de autorizarlo, ocupan los *reporters* las mesas á ellos destinadas, colócanse en sus puestos los encargados de las operaciones mecánicas y dos niñas de corta edad, comienzan, como se ve en el grabado que acompañamos, su tarea de ir extrayendo de los respectivos bombos las bolas y cédulas que, después de inspeccionadas, cantadas en voz alta y anotadas en los correspondientes registros, se ponen de manifiesto en sitio oportuno, al objeto de que la concurrencia pueda comprobarlas. No existe por lo tanto posibilidad ninguna de errores ni falsedades.



Salón de la Lotería Húngara en el acto del sorteo.

Luego, en el tiempo material de imprimirlas la *Casa Bancaria Charles Kiss & C.ª*, expide la lista oficial á todos los jugadores, ansiosos naturalmente de conocerla y remite á los agraciados el importe del premio que les ha correspondido, cuando éste no es de gran importancia, se entiende, pues en cuanto llega á cierta cantidad, se limita á notificarles la fausta nueva invitándoles á recoger la suma personalmente, para evitar que pueda sufrir extravío el billete al enviarlo al cobro, pues en todos los casos se requiere su presentación para efectuar el pago. Será si se quiere, un lujo de precaución, pero bien fundada, porque al fin y al cabo ¡á quién le sentará mal un viajecillo de placer, sabiendo que en la estación de llegada le espera una fortuna!

* * *



Cuadro de Ricardo Brugada.

BELLAS ARTES

NADA hemos de decir que no hayamos dicho ya repetidas veces respecto del cuadro de Ricardo Brugada que figura en la primera página de este número. Ni el autor se ha propuesto más que hallar tema para llenar una página de ilustración.

No menos estimable, aunque menos conocida de nuestros lectores, es la firma de J. Boniquet, un joven pintor catalán que ha dado que hablar ya ventajosamente de sí. Su bonito apunte del natural, *En la playa de Sitjes*, patentiza cómo Boniquet sabe apoderarse de la naturaleza con cierta sobriedad no exenta de belleza pictórica. Y es que la funda en la verdad, la gran maestra del arte, por la que aun las más tenues manifestaciones adquieren singular importancia.

En el estudio de Boniquet échase de ver con cuán sencillos medios da calidad á las blanqueadas casuchas del primer término, con las que contrasta la faja de intenso azul del mar, ese azul prepotente y decorativo, propio del mar latino.

La notable *Menestrala catalana*, de Juan Llimona, es un trabajo acabado con un *amore* y habilidad poco común en su autor, que desprecia las fútiles galanuras para concretar en amplias y sencillas pinceladas su impresión.

El cuadrito, á pesar de su fría entonación, y tal vez por eso mismo, tiene aire de profundidad, siendo de elogiar la bella actitud de la figura y la justa corrección del dibujo.



A. DAMBERGHIS

SECRETARIO GENERAL DEL COMITÉ ORGANIZADOR DE LA EXPOSICIÓN REAL INTERNACIONAL DE ATENAS.

Con la Pascua de Resurrección, inaugúrase en las principales plazas de España la temporada taurina. La fiesta llamada *nacional* por antonomasia, necesita luz, calor, alegría, y esto sólo se encuentra cuando la más bella mitad del género humano puede arrostrar sin temor la temperatura ambiente, y sacar á relucir las ligeras vestiduras de tonos claros, á las que presta airosísimo remate la clásica mantilla.

Muñoz Lucena, á fuer de buen colorista, se ha sentido impresionado por la exuberante riqueza de tonalidades que constituye el espectáculo más hermoso del circo taurino de Madrid, y ha *escrito* la deliciosa página que ofrecemos á nuestros lectores. Ha sentido bien el asunto y, lo que es mejor, lo ha expuesto con todas las galas de que es susceptible su mágica paleta.

Hablábamos en el número último, de la clase de paisaje de la Escuela de Bellas Artes, cuya enseñanza corre á cargo de don Modesto Urgell. Hoy publicamos algunos de los dibujos (los más á propósito para ser copiados en un periódico) que han hecho aquellos alumnos del natural.

Modestos son los trabajos, como obra de jóvenes que aprenden apenas ahora á excudriñar y sorprender los grandes secretos artísticos de la naturaleza; pero en todos se observa verdadero afán de analizar y construir, y en los más adelantados el de dar color únicamente con el carboncillo. Publicamos con gusto esos trabajos, más bien como excitación al estudio, que con ánimo de recabar para sus autores prematuros aplausos.

FRANCISCO CASANOVAS



REAL ACADEMIA DE ATENAS



JOSÉ BATLLE Y ORDÓÑEZ

NUEVO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

En 1.º de Marzo del corriente año, se eligió Presidente constitucional por el período 1903-1907 el ciudadano José Batlle y Ordóñez. Esa elección fué todo un acontecimiento nacional. El pueblo, sin distinción de nacionalidades ni partidos, aclamó al nuevo gobernante, demostrándole con mil manifestaciones de simpatía la confianza que depositaba en él.

Batlle es un ciudadano recto, demócrata, batallador y austero. En los días difíciles de dictaduras y de gobiernos oprobiosos, su pluma vibrante de periodista fustigó, desde las columnas de su diario *El Día*, á los malos patriotas que hacían escarnio de las instituciones y se burlaban de la Patria entregándose á criminales excesos, á despilfarros inicuos.

La talla moral de Batlle fué, en aquellos días de prueba, verdaderamente gigantesca. Desafió la tiranía y se expuso tranquilo y valeroso á las asechanzas criminales de los esbirros palatinos.

Durante la época de abatimiento nacional, ante los avances de la oligarquía, se mantuvo firme en su puesto de lucha, combatiendo con la pluma lo que más tarde, en una revolución eminentemente popular, defendió con la espada.

Batlle, durante la batalla del Quebracho, donde las fuerzas del general Santos vencieron á los batallones de nobles ciudadanos que defendían con heroísmo la libertad, la igualdad y la fraternidad pregonada por la carta fundamental de la República, peleó como un valiente y fué el último en retirarse. En aquellos momentos angustiosos, el actual Presidente hacía fuego con su fusil, serenamente, sin apresuramientos, buscando como blanco para sus tiros las cabezas de los jefes enemigos. Aquella fué una jornada de gloria y de martirio que los uruguayos evocan con profundo respeto.

Después, Batlle continuó escribiendo en su diario; aconsejando á los gobernantes, pregonando la paz y la concordia, debatiéndose contra todas las oposiciones, aplaudiendo á los buenos y recriminando severamente á los malos. Es todo un patriota.

Aún es un hombre joven, tiene 47 años y, desde hace muchos, milita en las filas del periodismo nacional. Ha acompañado en la labor ruda é ingrata de la prensa independiente á hombres de la talla intelectual de Carlos María Ramírez, Daniel Muñoz, Jacinto Albistur, Juan Carlos Blanco y otros no menos ilustres y virtuosos.

Ahora es Presidente de la República. Ha escalado el poder por el voto casi unánime de la Asamblea Nacional. El pueblo ha festejado su encumbramiento, y el país entero espera mucho de él. Sus antecedentes democráticos, su civismo, su intelectualidad serena y robusta son una promesa de paz, de concordia y de justicia.

Al tomar posesión del mando, Batlle ha jurado sobre los Evangelios que respetaría y haría respetar la Constitución. Eso basta.

Su juramento se cumplirá, y el país agregará á los nombres gloriosos de Joaquín Suárez, Bernardo Berro y Tomás Gomensoro, el de José Batlle y Ordóñez.

Con el gobierno del señor Batlle, la República del Uruguay entra en una era de libertad electoral, de moralidad administrativa y de confraternidad.

Enrique CROSA

Montevideo.

J. BONIQUET



EN LA PLAYA DE SITJES

Salón Parés

JUAN LLIMONA



MENESTRALA CATALANA

A COMER FUERA DE CASA

Llamó el cartero y entregó á doña Gertrudis una postal lindísima y perfumada, diciendo:

—Para don Agustín.

—¿Eh? ¿Una carta? — preguntó aquélla admirada. — Y para mi marido...

—Dámela á mí, mamá — gritó uno de los niños.

—No; á mí — lloriqueó el otro. — ¿Es el as de oros? ¡Yo quiero la carta!

—¡A callar! — murmuró don Agustín, dejando la mellada navaja con que estaba acabando de afeitarse. ¿De quien será?

—¿Conque tarjetas postales para ti? Pues si nunca nos escribe nadie... A ver... ¡Cielo santo! De una mujer... Agustín, tú me engañas.

—¡Bah! No seas tonta; dámela. La leeremos.

« Agustín, esta noche, á las siete en punto, venga á cenar conmigo. He de hablarle de algo importante. He llegado hoy. Hotel X. — Ramoncita. »

—¡Es extraño! Ramoncita... no conozco á ninguna señora de este nombre...

—No finjas, Agustín. Portarse así conmigo, á los veinte años de matrimonio... ¡Si siempre has sido coqueto!

—No seas malo, papá, que te encerrarán, como á nosotros, en el cuarto obscuro.

—¡Basta de tonterías! Esa tarjeta no debe ser para mí. Te lo aseguro.

—¿Que no? Ahí están, aunque algo borrosos, tu nombre y apellido. ¿Atreverse á escribirte esa... ¡Dios me perdone! No sabrá que eres casado; como si lo viera. ¡Ah, los hombres sois muy embusteros! ¿Conque Ramoncita? ¡Qué confianza tendréis, cuando así firma! Ramoncita... ¡Qué monada! ¡qué tierna se muestra! ¡Infame! Y á tu edad... á los cincuenta y tres... ¡viejo libidinoso! ¡Feo! ¡Libertino!

Carmen Moreno.

—Cálmate, Gertrudis; no me zahieras sin motivo alguno; no me insultes. Ramoncita puede ser muy bien la esposa de un ministro, la del á quien tantas veces he solicitado destino. Conocerá mis memoriales, y tal vez haya venido, por orden de su marido, á esta población, á traerme la credencial. ¿No te suena ese nombre á ministra? Las mujeres de los personajes firman así, en diminutivo, no lo dudes, aunque sean altas y gruesas. Es costumbre. Además, al hotel X van siempre las mujeres de los ministros. Es un hotel muy elegante. Y en lo que á mí respecta, no soy viejo, que digamos. Aún conservo la mitad del cabello y cinco dientes. Tú misma me has llamado hermoso cientos de veces, y otras no me has hallado del todo despreciable. No lo digo por darme tono.

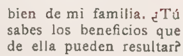
—Sí, eres guapo, papá, cuando te tiñes los bigotes.

—Y mamá también, cuando se pasa el corcho por las cejas.

—¡A callar, chiquillos, ú os meto en la carbonera!

Don Agustín pretendió, en vano, calmar á su costilla, y se entretuvo en embetunar sus botas, una levita de la edad de él y un sombrero de copa que parecía un erizo. Peinóse con bandolina, se rizó las guías del bigote y se recortó los hilos que descaradamente huían por el final de sus pantalones, mientras doña Gertrudis murmuraba sin descanso, acusándole de infiel y maldiciendo de su coquetería.

—Abusas de mi paciencia, — exclamó al fin él.— Si acudo á esa entrevista es por el bien de mi familia. ¿Tú sabes los beneficios que de ella pueden resultar?



—Lo que sé es que los del sexo fuerte sois muy inflamables. Y esa Ramoncita será bella, elegante, y olerá á esencia cara, como su tarjeta. ¡Ay de mí, que vivía tranquila, y esa señora da al traste con mi felicidad y con la de mis criaturas! ¡Qué mujeres, madre mía! No salgas, hombre. Mira que hace fresco.

—¡Aunque estuviera helando!

—¡Muy bien! Mientras nosotros tomemos esta noche escarola, como los canarios, tú te atracarás de pollo asado.

—Papá, tráeme la cresta del pollo, y las plumas.

—Y á mí una pata.

—¡No queráis nada de él! ¡Ese hombre va á perderse!

—No te pierdas, papá.

—Mira, si te pierdes, avisa á un municipal; él sabe las calles y te traerá á casa. ¿Te acuerdas cuando me trajo á mí?

—Adiós, Agustín. Procura por todos los medios no faltar á la fe jurada.

—Adiós, papá. Tráenos muchas cosas de la fonda. Patatas fritas, las plumas del pollo y arroz con leche.

—¡Adiós! ¡adiós!

***

D. Agustín salió de casa y paseó impaciente hasta que oyó tocar las siete. Al escuchar la última campanada se presentó en el hotel.

A las siete y media regresaba á

C. Viñas.



Consuelo Estrada.



R. Pascal.

María Morató.



Joaquín Torres Canosa.

APUNTES DE LOS ALUMNOS DE LA CLASE DE PAISAJE DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES DE BARCELONA



MIR.

su domicilio. Llamó con fuerza, dió un portazo y entró suspirando y tirando el sombrero.

Rodeóle su familia.

—¿Me has sido infiel? ¿Era muy hermosa? ¿Te han dado el destino?

—¿Nos traes caramelos? ¿Te ha acompañado el municipal?

Antes de contestar á aquel aluvión de preguntas, sonó otra vez el timbre.

—¿Quién será? — exclamaron todos.

Un caballero preguntó:

—¿Don Agustín Alvarado?

—Alvareda, querrá usted decir.

—No señor. Agustín Alvarado; otro que debe llamarse como yo, y se permite hacer visitas por mí.

—¡Cómo! ¡Ah, vamos! Usted es la persona á quien esta postal está dirigida. !Valiente chasco me he llevado! Si viera usted qué cara me han puesto el portero, los camareros y la señora... y cómo se han reído de mí y qué ratito me han hecho pasar... Aunque la letra no es del todo buena, en la tarjeta se leen las señas de esta casa, mi nombre y casi mi apellido.

—Nuestros apellidos son casi iguales; usted habita en el piso cuarto; yo soy el nuevo huésped del principal. Ruego á usted me entregue esa tarjeta para, á mi vez, entregársela á doña Ramoncita, mi cliente, de quien soy abogado.

—¿De manera que usted es ese don Agustín á quien convidan?—interrogó doña Gertrudis, á quien se le quitó un peso enorme del alma.

—El mismo, señora, que viene á deshacer el *lapsus*. Y como por la portera sé quienes son ustedes, júzgome presentado y amigo. Ya ha ocurrido en el hotel una escena muy graciosa, según me han contado, y como doña Ramona, á quien he ganado su pleito, está muy contenta, me ruega invite á todos ustedes á cenar con nosotros.

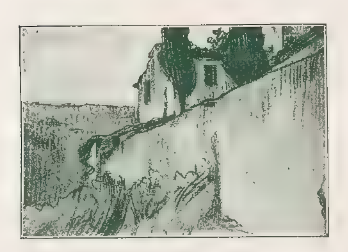
JULIO VÍCTOR TOMEY



MIR.



B. PUIG.



B. PUIG.

BUENAVENTURA PARCH.

EL DESEO

(FACETA)

Andando por los caminos del mundo, que sin cesar ven sus cuerpos sin sombra, toparon impensadamente la Muerte y el Deseo: tanta era la prisa que se daban.

El tolozón hizo que se detuvieran, y como si de dos personas cualquiera se tratara, dieron en la flor de enfadarse.

—¡Miren el estúpido! — exclamó la Muerte. Suerte tienes en ser de mi casta; de lo contrario no contarías ésta. ¿Acaso no tienes ojos? ¿Quién te mete prisa?

—Probablemente no serás tu flacucha. Llevaba prisa porque necesitan de mi presencia muchos hombres; y ya ves que estamos en despoblado.

—¡Bah! Tu tarea es fácil. Tú no has de elegir entre los hombres como á mí me cumple hacerlo. Y, además, con animarles estás al cabo de la calle, mientras que yo he de cuidarme de todo cuanto vive.

—¡Vaya por la calavera presumida! ¿Imaginas acaso que sólo los hombres necesitan de mí? Yo he de vivificar con mi soplo á las bestias y á las plantas. ¿Cómo se alimentaran los hombres si los animales no se reprodujeran? ¿cómo comieran los animales si no creciera la hierba? Yo soy el alma universal, el soplo vivificante de todo lo creado. Si alguna vez pudiera sucumbir á tus golpes, habías acabado ya tu trabajo. Yo puedo y debo prescindir de tu fea presencia; tú, en cambio, no puedes trabajar sin mi ayuda. ¿Qué sería de ti el día que permanecieses inactiva? Sabe que para trabajar te es necesario desearlo y que sin mí ya no existieras, ya no fueras el espanto de los miedosos y de los malvados. ¡Paso, pues; paso al Deseo soberano!

* * *

PENSAMIENTOS

Si un artesano soñara por espacio de doce horas que es rey, creo que sería casi tan feliz como un rey que soñáse doce horas que es artesano.

* * *

No siempre el golpe que nos derriba nos abate; á veces, á él debemos nuestra futura elevación.

J. U. S.



FRANCISCA MARSANS.



JOAQUINA VACARISAS.

APUNTES DE LOS ALUMNOS DE LA CLASE DE PAISAJE DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES DE BARCELONA



EN LOS TOROS

ALBERTO BERNIS

El *Barnum* catalán, como llaman familiarmente á Alberto Bernis, nació en Molins de Rey el 16 de Agosto de 1850.

Dedicóse al comercio en sus primeros años, pero sus aficiones teatrales lleváronle por otros caminos y después de haber fundado en 1868 la sociedad Mate, que actuó en los teatros «Romea» y «Español», tomó por indicación de su propietario, el famoso Ignacio Elías, la empresa del teatro de «Novedades», donde dió á conocer por primera vez á los malogrados é insignes artistas Teodora Lamadrid, Rafael Calvo y Emilio Mario, cuya muerte lloran todavía los amantes del arte dramático español.

En el propio coliseo organizó una compañía de ópera que dirigió otro catalán ilustre, don Juan Goula, formando parte de la misma el que muy pronto había de ser el célebre bajo Uetam, y estrenando la ópera del maestro Marchetti, *Ruy-Blas*.

En 1872 la Administración del Hospital de la Santa Cruz cedióle en arriendo el teatro «Principal» de esta ciudad, inaugurando aquella empresa con una compañía dramática de inolvidable memoria, en la que figuraba Elisa Boldun, Rafael y Ricardo Calvo, Donato Giménez y los hermanos Fabiana y Domingo García. Secundado por el nunca bastante llorado pintor escenógrafo Soler y Rovirosa, concibió la idea de presentar grandes espectáculos, como *La Almoneda del Diablo*, *La Redoma Encantada* y *La Magia Nueva*, de las que se dieron centenares de representaciones; pero como cada una de ellas costaba un capital, se hizo indispensable explotarlas fuera de Barcelona, y con este propósito marchó nuestro biografiado á Madrid el 1874, y arrendando el antiguo teatro del «Circo de la Plaza del Rey», hizo construir un escenario con todos los adelantos modernos para representar los citados espectáculos.



Por aquella misma época se había estrenado con éxito ruidosísimo, la ópera *chef d'oeuvre* de Verdi, *Aida*, y no obstante los cuantiosos gastos que ocasionaba su presentación en escena, decidióse á darla á conocer al público barcelonés, y como en Bernis, decidir una cosa es sinónimo de ejecutarla, estrenóse *Aida* en nuestro teatro «Principal» el mes de Abril de 1876, teniendo por intérpretes á la Singer, á Barbacini y Roudil.

Desde sus comienzos, la fortuna había sonreído siempre á don Alberto Bernis, pero en el infausto 13 de Noviembre de 1876 volvióle las espaldas, y un voraz incendio que llenó de pavor al vecindario de Madrid, destruyó el teatro del «Circo», y con él, el grandioso espectáculo *La Magia Negra, ó El Testamento de un brujo*, cuando sólo llevaba dos representaciones, y todo el vestuario y atrezo de la *Redoma Encantada*.

Las muchas simpatías de que ha gozado siempre Bernis, manifestáronse entonces ostensiblemente y todos los teatros sin excepción dieron funciones á beneficio de los artistas que quedaban sin contrata. También el malogrado Monarca Alfonso XII y S. A. la Infanta Isabel, contribuyeron á aminorar en lo posible la angustiosa situación en que colocaba al empresario del «Circo» de Madrid aquella horrenda desgracia. Hasta el Congreso de Diputados quiso asociarse al proyecto de reconstruir las decoraciones, vestuario y atrezo incendiados, concediendo al efecto una subvención; pero agotada la consignación en los presupuestos destinados á calamidades, tuvo que desecharse la realización de aquella idea, y entonces Bernis abandonó la Corte haciendo cara á la adversa fortuna, al frente de la empresa del teatro «Principal».

Con ayuda de amigos y sin arredrarse por el fatal contratiempo, construyó de nuevo el vestuario y atrezo de *La Almoneda del Diablo* y *La Redoma Encantada*, cuyo decorado se había salvado del incendio, por estar almacenado lejos del teatro, y en 1880, ávido de reconquistar lo perdido, embarcóse con rumbo á América y llevó aquellos espectáculos á la Habana y México, y luego al *Niblo'sGarden* de Nueva York, para representarlos en inglés; más la mala traducción de la obra fué causa de que al público no le satisfaciera y se viera sumido otra vez el *Barnum* catalán en la ruina.

Regresado á la madre patria en 1882, obtuvo la empresa del «Gran Teatro del Liceo», á pesar de las influencias que se pusieron en juego por otros empresarios, y desde entonces y gracias á su pericia é inteligencia han pisado la escena del citado coliseo, los artistas de más valía del mundo musical, entre los cuales recordamos á la De Cepeda, Mariani, Massi, Tehodorini, Borghi Mamo, Vitali Augusti, Singer, Torresellas, Galli-Morie, Pasqüa Kuffer, Donadio, Sembrick, Paccini, Beudazzi-Garulle, Borelli, Naudin-Gobbé, Repetha Trissolim, Schalehi Lolli, Sthal, Bellincioni, Vanzaudt, D'Erhesten, Storchio, Tetrazzini, Gayarre, Massini, Stagno, Barbaccini, Marconi, Bonci, Garbin, Cardinali, Engel, Valero, Duch Garulli, D'Marchi Van Dichs, Mariacher, Biel, Palet, Maurel, Blanchart, Devayot, Kashmann, Pandolfini, Giraldoni, Sanmarco, Menotti, Butti, David, Uetam, Vidal Navarrini, Perelló, Boudoresque, etcétera, etc.

Durante la empresa de Bernis, se han estrenado en el «Liceo» las óperas siguientes: *Francesca di Rimini*, *Il Ducca D'Alba*, *Mefistofeles*, *Amleto*, *La Gioconda*, *Lohengrin*, *Vaccello-Fantasma*, *Der Freyschütz*, *Otello*, *I Pescatori di Perles*, *Carmen*, *Gli Amanti di Teruel*, *Orfeo*, *Bella-Fanciulla di Perth*, *Garín*, *Manon*, *Pagliacci*, *Henry-Clifford*, *Amico-fritz*, *Pepita Giménez*, *Falstaff*, *Sansone é Dalila*, *Nerone*, *La Bohème*, *Tristano é Isolta*, *Ifigenia in Tauride*, *Fedora*, *Sigffrido*, *Iris*, *Crepúsculo degli Dei*, *I Pirenei*, y *Cristoforo Colombo*, y los bailes *Messalina*, *Rodope*, *Coppelia*, *Dic Puppenfée*, *Silvia* y *Favotte*.

A nuestro entender, sin embargo, y sin riesgo á pecar de exagerados, ni siquiera de lisonjeros con el señor Bernis, pues nuestra modesta pluma de periodista está acostumbrada siempre á rendir culto á la justicia, cuando la labor teatral del señor Bernis merece ser más elogiada es á raíz del atentado anarquista de 1893; todo el mundo creía imposible ver nunca más en estado floreciente el primer teatro de Barcelona, y sin embargo, un acto de osadía debía demostrar todo lo contrario. Nos referimos á la contrata de la eminente artista Mme. Darclée, cuya aparición bastó para que el público saliera de su estupor y perdiera el miedo que se había enseñoreado de nuestras clases directoras.

Los propietarios de nuestro «Gran Teatro del Liceo», no deberían nunca olvidar que si Bernis, después de aquella luctuosa noche del 7 de Noviembre de 1893, no se hubiese arriesgado á escriturar á artista de tanta valía, tal vez, y sin tal vez, el público no hubiera salido de su justificado retraimiento, y entonces, quién sabe la suerte que habría cabido al «Gran Teatro del Liceo». A Bernis y sólo á Bernis, cábele la gloria de ello, que, como Jesucristo á Lázaro, dijo: «levántate y anda...» y ya ven nuestros lectores el estado floreciente de nuestro primer teatro lírico.

Fot. de Audouard.

D. SIMÓ

INDUSTRIAS ARTÍSTICAS ESPAÑOLAS

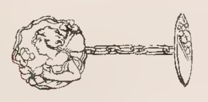
JOYERÍA

Del renacimiento de las energías españolas que desde hace algunos años viene operándose, de la resurrección ó renovación, mejor dicho, de la laboriosidad de nuestra raza no había de eximirse una rama importantísima del progreso, doblemente digna de estudio, por cuanto se relaciona con las ventajas materiales y con el desarrollo de la belleza, sin el culto á la cual no pasarían las sociedades de su forma más primitiva; nos referimos á las industrias artísticas.

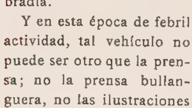


Precisamente, es España uno de los países que cuentan con tradiciones más gloriosas en la materia; todos los que posean una mediana cultura conocen el maravilloso florecimiento del arte industrial arábigo y mudéjar que á tan alto grado de perfección llegó en orfebrería, sedería y, principalmente, en cerámica; y el menos estimado, aunque no menos grande, alcanzado por el arte cristiano en los mismos siglos; el cual nos legó, conservados en los tesoros de las catedrales, preciosos ejemplares de orfebrería religiosa, obras de hierro y tallas en madera ó marfil que dieron póstuma reputación universal á los artífices é imagineros medicevales.

Contando con tan excelso pasado y con el creciente esfuerzo de las clases industriales relacionadas con el arte, que son casi todas, pues en la actualidad no hay industria aislada de la estética decorativa: ¿qué cumple hacer para no malgastar esa fuente de aspiraciones é iniciativas? Vencer en primer término la apatía propia de nuestro carácter y la exce-



siva modestia que sin motivo nos coloca, en muchos casos, bajo la servidumbre extranjera; evadirnos de las tendencias exóticas, no conformes con la historia del arte español; inspirarnos en el cúmulo de obras maestras, testamento de épocas ya lejanas, modificándolas con arreglo á las corrientes de la vida moderna; «beber en nuestro vaso» en una palabra, y, despreciando por inútil el viejo adagio «el buen paño en el arca se vende», poner en parangón, por medio de un vehículo apropiado, nuestras creaciones con las de los artistas de mayor nombradía.



Y en esta época de febril actividad, tal vehículo no puede ser otro que la prensa; no la prensa bullanguera, no las ilustraciones que sólo rinden tributo á la actualidad, amalgamando lo bueno con lo malo, sino una Revista seria é importante como el Album Salón.

Citamos ésta, por ser la única genuinamente nacional, y porque viene, desde su nunca bien celebrada aparición, realizando una verdadera obra de arte, y de arte exclusivamente patrio, tal y conforme requiere una nación cual la nuestra, que en toda clase de manifestaciones tiene vida propia y lozana, elementos valiosos é inagotables, un ayer brillante y un hoy que para nada necesita acudir al genio de los extraños ni tomar á préstamo caudales ajenos.

El Album Salón es, á no dudar, la publicación que mejor encarna nuestro pensamiento y que puede realizar con más eficacia la discreta propaganda y el beneficioso estímulo cuya necesidad dejamos demostrada; y, comprendiéndolo así, elegimos sus páginas, con preferencia á las que otras Revistas nos ofrecen galantemente, para registrar en una serie de artículos,



modestos por la firma, pero de innegable utilidad, el extraordinario desarrollo que en los actuales tiempos han alcanzado las industrias artísticas españolas.

***

Por remoto que un siglo sea, por rudimentaria que sea una civilización, resplandece entre sus negruras y no en estado de inferioridad, sino cultivado, refinado, un arte: el de la joyería. Por él, dedicado preferentemente á la mujer é indispensable consagración de glorias y amores, se afirma toda aristocracia, se revela toda distinción.

Narrar los estilos y transformaciones que desde sus comienzos hasta el siglo xx ha experimentado la alhaja, sería tarea enojosa y vedada á nosotros por la falta de espacio. Pasaron los tiempos en que sólo se apreciaba el valor cuantitativo y la materia; en la actualidad, junto á estas condiciones, se estima el mérito del artífice que sabe armonizar los fines del arte decorativo, belleza de la vida, cincelar y chapear los metales y, á manera de los antiguos maestros, utilizar la pedrería de color.

La corriente en joyería tiende á un modernismo discreto, y para adquirir pleno convencimiento de ello basta detenerse ante los escaparates de los numerosos establecimientos de este ramo, que en la ciudad condal ejercen poderosa tentación sobre propios y extraños, ofreciéndoles continuas novedades á cual más rica y afiligranada.

Pero aun cuando esa corriente va generalizándose en armonía con las exigencias del buen gusto imperante, debemos aconsejar á cuantos amen las joyas *verdad*, sin menoscabo de los demás industriales no exentos de capacidad y mérito, que visiten con predilección los talleres que con el título *La Confianza* tiene establecidos el inteligente artista José Vall en esta capital, Canuda, 19, 2.º

En dichos talleres, montados á la altura de los mejores del extranjero, encontrarán un surtido numeroso, variado y moderno en joyería y platería, notable por lo acabado de su construcción así como por su valor intrínseco y extrínseco; con la seguridad completa para el comprador, de ser bien servido y á conciencia, pues no sólo garantiza Vall la legitimidad de los objetos salidos de su casa, sino que, amante de su arte y celoso de su reputación, tendría á menos emplear en la confección de los mismos pedrería falsa ú oro que no sea de ley.

Dijes, medallas, colgantes y broches, muy de moda entre los elegantes; sortijas de señora y caballero, avaloradas por piedras de diversos tamaños y refulgentes luces; preciosos alfileres de corbata, adoptando la forma novísima de un trébol de brillantes; leontinas, cadenetas y soguillas, en cuya construcción es esta casa única en España; pendientes, cuyas transparentes piedras, dotadas de todas las gamas, parecen gotas de rocío aprisionadas entre hilillos de araña en los que retoza riente la aurora; pulseras, delicados círculos de oro cincelado; peinetas, cigarreras, monederos, botonaduras, etc., de todo hállase en el establecimiento de José Vall, que en poco tiempo ha logrado crearse una clientela numerosa y selecta.

Los grabados que ilustran este artículo darán idea á nuestros lectores de la pulcritud y gusto exquisito con que se trabaja en los talleres de *La Confianza*, donde se confecciona también



exprofeso toda clase de joyas con sujeción á los modelos ó croquis del interesado.

Nuestra enhorabuena al señor Vall y que siga la labor comenzada bajo tan buenos auspicios.

Así es como se saca provecho y se coopera al engrandecimiento de la industria nacional.

G. G.



Cuadro de Cecilio Plà.

BELLAS ARTES

La bonita portada que encabeza este número y que firma Cecilio Pla, no sólo cuadra perfectamente á la temporada taurina, que tuvo principio en la reciente Pascua de Resurrección, sino que es, como página de ilustración, un modelo en su género.

Cecilio Pla se separa, con su simpático cuadrito, de la rutina del oficio, para modernizarse en la manera de plantear el asunto. Aquellas dos figuras de mujer, á las que sólo falta el elegante desenfado de mecanismo del incomparable Goya, para ser feliz remedo del gran maestro aragonés, están puestas con tanta originalidad fuera del centro visual del cuadro, su mancha de color contrasta con tanta pericia, dando justo valor á los últimos términos, que hay que desear que el autor aproveche el boceto para realizar una tela de mayores alientos, seguro de hacer obra original y espontánea.

Las marinas de Hernández Monjo, como las de Ocón, tienen un valor documental que suple con evidente ventaja el artístico de que carecen. Sus buques, modernos siempre, adquieren en fidelidad técnica lo que les falta de pintoresco, y sin embargo, sabe hallar el alma de la vida marítima moderna, cuya poesía, que la tiene sin duda, comprende y pone de manifiesto como ninguno, logrando interesar al observador.

Parece que antes que pintor, haya sido marino, por lo que conoce al dedillo todos los secretos profesionales. Así es que, bajo el punto de vista de la verdad científica, sus barcos son irreprochables.

Unase á estas condiciones, un suficiente conocimiento del artificio pictórico, que le permite traducir sin visible esfuerzo los varios estados del mar y del horizonte que han de servir de accesorios para sus cuadros, y se verá cuán poco falta á Hernández Monjo para ser un completo artista. Y este *poco* lo hallará Hernández en la *sinceridad*.

Los dos cuadros que publicamos prueban cuánto puede el artista para dar vida á un asunto. El titulado, *¡Abandonado!*, es una nota tétrica que habla al corazón con eficaz elocuencia. El otro, *Al habla*, es un episodio frecuente en los mares, y produce en el espectador la agradable sensación que experimentan los tripulantes al hallar compañía, aunque sea fugitiva, en alta mar. Ambos cuadros son algo más que fútiles transcripciones, tienen *expresión*, tienen *alma:* la expresión y el alma de las cosas del mar.

Testigo discreto, de Enrique Estevan, completa el presente número; y si discreto es el borriquillo que oye indiferente los discreteos amorosos del gañán y la maritornes, discreto es el bocetito que con pocas y seguras pinceladas apunta una escena semi picaresca de puro sabor español.

Francisco CASANOVAS

LA ÚLTIMA CANCIÓN

Manuel moría lentamente, sin ruido ni sacudimientos, como muere el último rayo de sol entre las brumas de la tarde ó entre los obscuros picos de la sierra: moría tranquilo y sin dolores, sin darse cuenta de su estado, así, quieto, mudo y triste, fija la mirada en el cielo y su pensamiento allá, muy lejos, en aquella casita blanca oculta entre los altos maizales de sus viejas montañas gallegas, canturreando siempre con voz de melancólica dulzura aquel *¡alalaaa!...* de sus amores, aquellas notas suaves, cadenciosas y lentas que arrullaron sus sueños de niño, que expresaron sus ansias de mozo y que entonces, en aquella tierra americana, seca, amarilla, calcinada por el sol abrasador de los trópicos, acompañábanle fieles y tristes como funeral prematuro de una vida que se extingue, en aquel trance supremo de muerte, en aquel acabamiento nostálgico de su laboriosa existencia, llena de privaciones y amarguras.

¡Pobre Manuel! Lejos de la *sua terriña* que le viera nacer, de aquella pobre *chouza* oculta entre los altos robledales del vallecillo fresco á los albores de la mañana y lleno de encanto infinito al declinar la tarde, recordaba con honda pena el día, lejano ya, en que su triste suerte dejóle huérfano y pobre, muy pobre, sin más bienes que su hatillo, sin más consuelo que la fe de su corazón generoso, sin más esperanza que la loca ilusión de un viaje temerario, sin más compañía que las dulcísimas notas de la dulce canción gallega á su tierna y enamorada *Maruxa*:

«Cando se pon a lua
tras dos penedos
choran as estreliñas
todas, dos ceo.
Eu tamen choro
cando no me alumeyan
esos teus ollos.»

Y el pobre Manuel lloraba, lloraba y moría, y mientras los latidos de su corazón debilitábanse con invencible tenacidad, dentro de él, hondos, muy hondos, pero muy vivos, brotaban con fijeza siniestra los adorables recuerdos de su niñez: de aquellos prados siempre verdes, de aquellos ríos siempre azules, de aquellas notas siempre frescas, vibrantes y dulces de su linda canción gallega.



Copa de honor adjudicada al Sindicato de Exportadores de Vinos, de Barcelona, en la Exposición Internacional de Turín (1902); siendo Delegado Oficial para España y Jurado de la Sección Española, don Flaminio Mezzalama.

* * *

Ya retorna el emigrante.

Lejos aún, muy lejos del barco, envuelta entre la bruma, se ve una tierra que amarillea al sol naciente, que á la caída de la tarde se esfuma en la neblina velando sus contornos, y cuando la noche la oculta por completo, para dormirse en el regazo de la mar en calma, enciende la luz de su faro, á ratos roja, á ratos blanca, para indicar al marino la ruta de su tranquilo hogar.

Allí está para el pobre Manuel *sua terra*, la única dicha que ansía, su tierra de promisión que le ofrece generosa amor y paz: allí la dicha sin tasa, la loca hartura de sus castos amores, la realidad de sus ensueños, el término de su invencible *morriña*.

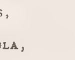
Allí estará su *Maruxa* alegre é impaciente, esperándole con los brazos abiertos para renovar, después de la horrible ausencia, los juramentos de siempre, para realizar por fin las honradas promesas.

Apenas da fondo el barco, Manuel salta á la lancha que ha de conducirle á tierra.

Sobre el muelle, agitando el rojo pañuelo, está *sua nena*.

—¡Ya voy, ya voy! —grita con afónica alegría el infeliz.— *¡Levaime, levaime* pronto!!...

Y cuando, por fin, su vacilante pie quiere apoyarse en la escala del muelle, un violento estertor corta en su garganta las últimas palabras; su inerte cabeza dóblase con enérgico movimiento; quiere extender los brazos y cae desplomado en los de su pobre *Maruxa*..., mientras la brisa del mar lleva hacia las pampas brasileñas, que el muerto regó con su sudor, el eco de las últimas notas de la linda canción gallega:



. . . . . .
. . . .
no me alumeyan
esos teus ollos.

Ramiro SIERRA

LOS INCONSCIENTES

Clementín Roca, el hijo del usurero, el raquítico, el escrofuloso, caballero en brioso corcel de máquina, pasó triunfante por frente la casa de su amigo Sabitas. Este le siguió con ojos atónitos, embelesados, envidiosos, hasta verle desaparecer tras la rígida pared de una esquina. Entonces, Sabitas, rojo como una amapola, se volvió bruscamente y, notando que con ternura era observado por su tía, ébrio de desesperación, velada por un raudal de lágrimas la expresión muñequil de sus azules ojos, con las rubias guedejas desgreñadas, abalanzóse sobre el regazo de aquélla gritando desaforadamente: — ¡Yo lo quiero! ¡lo quiero!, tía *Beatis*, ¡lo quiero!

Arrullóle Beatriz, apuró en él su repertorio de mujer mimosa, le colmó de promesas, todo en vano; el desconsuelo de Sabitas iba en aumento y, como éste, su lógica irrefutable, que no admitía otra solución tangible que el propio caballo de Clementín, pasado sin demora á su poder.

¿Qué hacer? ¿cómo dar en aquel pueblo con un menguado ejemplar siquiera, del juguete apetecido?

***

Beatriz amaba á su sobrino con ese delirio, tanto más exaltado cuanto más del espíritu, que no reconoce vallas. Víctima allá en su juventud de un cruel desengaño, recogió la parte que sana le quedara de su alma dolorida, procurando recatarla de la maldad, siempre en acecho, del mundo, tras esa expresión de punzante ironía que á tantos de esos seres burlados enajena, y resuelta con estoica resignación á desempeñar el papel siempre heróico de solterona.



Los padres del celebrante después de la misa nueva.

Cuadro de J. Alcázar Tejedor. *Fot. de J. Laurent y C.ª* (Madrid).

Pero para todas las plantas, aun las más viejas, de la creación, pasa ineludiblemente la primavera, inoculándoles su nueva savia y el pólen misterioso de la vida. Así el corazón humano mientras late, retoña. Así el corazón de Beatriz, perdido en el muerto incoloro mar del indiferentismo, abrazóse de súbito á la tabla que la tornó á las ondas azules y siempre animadas por las armonías sin fin de la existencia; tal aquella mujer, á quien el desengaño hiciera descreida, atacada en medio de su desierto de sed moral, buscó instintivamente la ruidosa fuente que, desde el pie de deleitable palmera, describía con ritmo inimitable la corriente bulliciosa y jamás truncada de la vida: y en esas azules ondas y en esa corriente sin término, vió aparecer una blonda y dorada cabecita que la llamaba diciéndola:

—Ven, acabo de quedar sin madre; mientras papá, tu hermano, vive enfrascado en sus negocios, ven tú y ámame, derrama sobre mi frente virgen todos esos tesoros de ternura que guardas, que ya no pensabas dar á nadie, y me verás crecer cada día más hermoso.

Y sin hacerse más rogar abandonó Beatriz el cetro de su alma á su sobrino, el que, comprendiendo el ascendiente de que en aquélla gozaba, con egoísta instinto llegó á convertirlo el tal en tiranía. Por lo cual no es de extrañar que Beatriz, que bebía los vientos por atender á sus menores exigencias, contemplándole en la ocasión presente tan desesperado, aguzase felizmente el ingenio.

—Nada más fácil, se arguyó á sí propia, que conquistar el ánimo de un avaro.—Y abrió rápidamente un secreter, extrajo de él una cartera repleta de billetes del Banco y tras deslizar en la pequeña oreja de Sabitas no sé qué palabras que trocaron en sonrisa su desconsuelo, salió de la casa.

A los pocos instantes se hallaba en la de Clemente Roca para proponerle el pingüe negocio, que fué desde luego aceptado por el usurero, cuyos ojos relucieron con brillo especial ante los billetes ofrecidos por la dama á cambio del caballo destinado á calmar las ansias de Sabitas.

Mientras éste, en plena posesión de su antojo se abandonaba á los mayores transportes de júbilo, Clemente Roca, recontando con deleitación los billetes que acababa de recibir, se decía:

—¡Negocio redondo! Triplicado el dinero que malgasté en el juguete. Clementín va á llevar un berrinche cuando note la ausencia de su *tatá*, como él le llama al caballo... Bah, bah, el llanto de los niños es como la lluvia de Mayo: sobre ser buena, pasa pronto...

***

Pero esta vez los cálculos del usurero salieron fallidos. El pobre escrofuloso, apenas convaleciente de la reciente enfermedad que á pique estuvo de acabar con su vida, poco hubo de menester para recaer de nuevo, bastándole el horrible disgusto sufrido ante la pérdida de su más querido juguete, para cortar en pocas horas el hilo ya endeble y quebrantado de su naturaleza insana. Durante su mortal desvarío, Clementín no se curaba más que de llamar á su *tatá*, cual si sólo en éste existiera la única fibra noble que para él había vibrado...

Al día siguiente, al ir á enterrarle, mientras las campanas tocaban á gloria, como albor celestial de la vida que seguía á la fúnebre comitiva, vióse aparecer de pronto, montado en brioso corcel automático, un hermoso niño de rubias guedejas, cuyos atónitos ojazos buscaban con expresión muñequil de asombro inconsciente el blanco ataúd...

Era Sabitas.

Josefa CODINA UMBERT

HERNÁNDEZ MONJO

¡ABANDONADO!

HERNÁNDEZ MONJO



AL HABLA

TORRE MARIANAO

Los marqueses de Marianao recibían amablemente, cierta mañana del finado mes, en la planta baja de su palacio del paseo de Gracia, á varios de sus amigos, invitados á una jira de inolvidable recuerdo.

Poco después ocupaba el Marqués el pescante del primer coche, empuñando las riendas de cuatro briosos caballos; ondulaba en lo alto de otro carruaje la elástica cintura de María Josefa Samá, hábil guiadora de dos robustas jacas, y acomodábanse todos en los carruajes de campo, luciendo las señoras sencillos y elegantes trajes y vistosos sombreros de paja. Abrióse la gran puerta del palacio y la comitiva salió al paseo de Gracia, enderezando por la Granvía hacia San Baudilio de Llobregat.

La mañana era deliciosa. Olía por todas partes á salud, á vida robusta y fresca. Los vecinos de Sans, Hospitalet, Corneilá, se agrupaban para ver de cerca aquella oleada de lujo cruzando las terrosas poblaciones, entre el sonar de acompasado y ensordecedor cascabeleo. Sonreía todo... El cielo, inmensa turquesa quebradora de los cegadores y rojos rayos solares; la tierra, inmensa esmeralda tornasolada en sus múltiples tonos del color de Osiris. Los pinos parecían más erguidos en su vertical indomable, la retama más encendida en su topacio moteado, las vertientes más suaves embozadas en la mies que el aire hacía ondear con aterciopeladas caricias. Los campos, en su variedad de color, recordábanos una inmensa Lole Fuller, inventando nuevas combinaciones del verde, dentro de la amplia armonía del color primaveral.



Llegamos á la extensa plaza del castillo, de estilo gótico catalán, sobre cuya robusta base se alza una almenada torre, sellada en el centro por el escudo de armas de la casa, labrado en mármol. Recorrimos la montaña, á la que, gracias á un costoso empeño del Marqués, se la puede dar la vuelta por anchos paseos concéntricos, sin variar de rasante; el parque inglés, entre acacias y plátanos; visitamos el pantano, el depósito de máquinas para el riego, y subimos á la torre rústica, observatorio de 20 metros de altura. El paisaje es espléndido:—se alcanza hasta Molins de Rey, Esplugas, los quebrados contornos de Montserrat, la gran Barcelona tendida al pie de Montjuich, el mar, lista obscura que cierra el panorama, y planicies inmensas como aras olientes de una flora pródiga, ropón de fragancias, nidal robusto que germina al sol...

Sonó la campana, llamando al almuerzo, y por la *plate-forme* del castillo entramos en él, admirando toda la riqueza que en aquellos salones ha reunido la opulencia y el buen gusto de los Marqueses. El comedor es serio y suntuoso, adornado con armas, hierros y porcelanas. La mesa parecía un jardín. A su alrededor estaban: los marqueses de Marianao y sus hijos María Josefa y Salvador, la baronesa de Salillas y su hija Pepita, Carmen Muntadas y su hija María, marquesa de Puertonuevo y sus hijas Pilar y Mercedes, Lola Grasot, Josefa San Salvador y Santa María, marquesa de Moya é Isabel Macaya; señores de Muntadas, Santa María, Grasot, Macaya, Manuel Doncel, Gascón, Mairata, Espiridión de la Encina, Emilio Vidal Rivas, Fernando Sampedro, José María y Manuel Juncadella, Luis Girona, Manuel Echauz y el hijo del marqués de Sotohermoso.



«Torre Marianao», en el término de San Baudilio de Llobregat.

El almuerzo fué espléndido; digno de los anfitriones. Al terminar se levantó la Marquesa, y los comensales se trasladaron á otro salón, donde María Josefa Samá, con su sencillez encantadora, sirvió el café.

Después, la gente moza se dedicó al baile, alternando en los rigodones casi todos los invitados, mientras otros se dedicaron á disfrutar las delicias de aquella tarde espléndida, más agradable por transcurrir entre personas que saben unir delicada *platement* á su proverbial distinción.

Acercábase la hora de partir. Faltaba una bella nota. La dieron dos lindas jóvenes á las que cuadra admirablemente el dulce nombre de María: las hijas de los marqueses de Marianao y de los señores Muntadas, que cantaron, en medio de ovaciones entusiastas, trozos de *La Bohème* y canciones francesas, italianas y españolas.

Caía la tarde, como desperezándose en blancas tintas no soñadas por Willette, cuando los coches, llenos de flores, obsequio de los dueños de la finca á las señoras, volvieron á la ciudad que se desbordaba de gente, cual una enorme colmena suelta...

Ya era de noche cuando los invitados nos despedíamos de los Marqueses en el palacio de su residencia habitual, ofreciendo el testimonio de sincera gratitud á estos grandes y opulentos señores que no sólo tienen la fortuna de serlo, sino la más rara de saberlo ser...

Darío PÉREZ



Aspecto general de la fiesta, en los terrenos que la Sociedad «Tibidabo» posee en la falda de la montaña de este nombre.

LA FIESTA DEL ÁRBOL

En el día 10 del próximo pasado Mayo celebró la «Asociación de los Amigos de la Fiesta del Arbol en Barcelona», iniciadora de esta institución que, por su bondad y saludables resultados, se va aclimatando en todas las provincias españolas, su quinta fiesta anual, en la falda del Tibidabo y sitio denominado *Frare Blanch*.

Presidieron tan hermoso acto: el capitán general, el rector de la Universidad, los concejales señores Jofre y Avila, el diputado provincial señor Badía Andreu, y una comisión de la Sociedad «Tibidabo».

Los trenes de Sarriá y tranvías de la Bonanova llegaban atestados de alumnos de escuelas municipales y muchas particulares. Llevaban los colegios sus respectivos estandartes. También acudieron á dicho acto los asilados de la Casa de Caridad, con su banda de música.

En la avenida del Tibidabo se organizó la comitiva, en la que figuraban, además de las autoridades indicadas, la comisión de la Asociación del Arbol: señoras Pasarán y Delers, y señores don Rafael Puig y Valls, Zulueta y Gomis, Puig y Valls (don Mariano), Martorell, el delegado regio señor Maristany, Pérez Argemir, López Ansó, Garriga y Nogués, Echarte, y el párroco de la iglesia del Carmen, padre Garriga.

Abría la marcha la guardia municipal montada, á la que seguía un hermoso cedro en un carro tirado por cuatro mulas adornadas, la banda de la Casa de Caridad, los alumnos de las diversas escuelas, comisiones, autoridades y la banda municipal, dirigida por el señor Sadurní.

Al llegar la comitiva á una de las dependencias de la mentada sociedad, penetraron en ella las autoridades, comisiones, prensa y demás invitados. Allí pronunciaron sentidos discursos en pro de la agricultura y sobre todo del arbolado, por ser la base de la riqueza en España, los señores Más Yebra, Rubió y Ors, Zulueta y Puig y Valls, como representantes de las asociaciones del Tibidabo y de la Fiesta del Arbol, respectivamente.

Terminados los discursos, se volvió á poner en marcha la comitiva, dirigiéndose al sitio donde debía verificarse la plantación.

El número de árboles plantados ascendió á 200.

Después se sirvió á los niños una merienda, compuesta de panecillos, longaniza, dos naranjas y vino, costeada por la diputación, ayuntamiento y los donativos de varias entidades y particulares.

Resultó un acto conmovedor y hermoso.

***

Instantáneas de A. Más.



Transporte del cedro al sitio donde fué plantado.



Merienda de los niños.

ENRIQUE ESTEVAN



TESTIGO DISCRETO

ANDREA AVELINA CARRERA

Era la noche del 21 de Noviembre de 1889. Presentaba la sala del «Gran Teatro del Liceo» el aspecto de las grandes solemnidades. Público numeroso y distinguido, público compuesto de artistas, de literatos ilustres, de periodistas afamados, de aristócratas amantes del arte... Dirigía la orquesta el maestro Goula. Cantábase la incomparable obra del insigne Wagner, *Lohengrin*. Habían pasado las primeras escenas en medio del más absoluto silencio. Preludió la orquesta la salida de *Elsa* y en el público notóse un movimiento de espectación. Una figura interesante, majestuosa, altiva como una reina, hermosa como una beldad apareció en escena. Los espectadores permanecen inmóviles, como galvanizados ante aquella aparición divina, fiel y exacta encarnación del personaje que creara la prodigiosa fantasía del maestro de Bayreuth. *Elsa* marcha con aplomo, acciona con ademanes de soberana. no le embaraza el traje que viste por primera vez, ni le impone la presencia del público, juez inflexible que ha de juzgar sus méritos. Ataca los primeros compases sin vacilación, con sin igual arrojo, sublimando aquellas notas conmovedoras, y cuando termina, cuando el público ha apreciado las delicadezas de aquella subyugadora voz, el silencio se ha



convertido en ruidoso estrépito, miles de manos aplauden, centenares de espectadores aclaman á la artista, proclamando en voz alta su talento. Aquella *Elsa*, que forma época en los anales artísticos del «Teatro del Liceo», es una joven modesta y bella, una discípula *aventajada* del maestro don Juan Goula, una primeriza que hacía su debut; aquella *Elsa* se llamaba Avelina Carrera.

Desde la noche de su debut, comienza su reputación artística; desde aquella memorable noche, Avelina Carrera es una de las glorias más legítimas del arte lírico contemporáneo.

Dado el primer paso, el más difícil, el decisivo, el que salva los grandes obstáculos para ponerse en contacto con el público, los demás debían ser fáciles, sin tropiezo; una marcha progresiva hasta la meta de la fama. Y así ha sido.

Avelina Carrera ha contado el número de sus éxitos por el de sus representaciones. Cada vez que la genial artista ha dejado escuchar los delicados timbres de su voz, se ha visto aclamada con frenesí y su talento reconocido por el público del mundo entero.

Cuando el artista siente el arte, cuando su espíritu está alentado por el vigoroso fuego del genio, el encumbramiento es rápido, el triunfo seguro, merecida la fama. En Avelina Carrera han concurrido todas estas cualidades y por eso su reputación es justísima y su nombre figura entre los más esclarecidos.

. . . .

Han pasado catorce años de aquella fecha memorable. Avelina no es ya la niña tímida y medrosa, desconocedora de los mil secretos del arte escénico. Al mismo tiempo que en hermosura ha ganado en aplo-

mo; sus excelentes dotes de artista se han desarrollado; se encuentra en la plenitud, en el apogeo de sus facultades, y el público es su esclavo, á quien subyuga dejándole oir los argentinos timbres de su incomparable voz. Roma, Milán, Turín, Madrid, Lisboa, Moscou, Nápoles, Buenos Aires, Alejandría, y cien ciudades más pregonan la fama de la esclarecida artista barcelonesa.

No hacemos una biografía de Avelina Carrera. Las dimensiones de un artículo serían molde estrecho para enumerar sus triunfos y seguir paso á paso su brillante carrera, que muy pocas cantantes de ópera poseen semejante. Basta decir que, como á César, le ha bastado llegar para vencer, y que en todas partes ha sido reconocido su talento.

Pero como no hemos de sustraernos á la rutina marcada por la costumbre, y como, por otra parte, pudiera atribuirse á falta de datos precisos si dejáramos de consignar determinados detalles, allá van á guisa de información al uso del día, nombres y hechos sacados muy á la ligera de su brillante historia artística.

Avelina Carrera ha cantado en los siguientes teatros: «Liceo», de Barcelona; «Real», de Madrid; «Principal», de Valencia; «San Fernando», de Sevilla; «Principal», de Oviedo; «Principal», de Málaga; «Real», de Lisboa; «San Juan», de Oporto; «Imperial», de Moscou; «Comunale», de Trieste; «Scala», de Milán; «Politeama», de Génova; «Constanci», de Roma; «Regio», de Turín; «Pagliano», de Florencia; «San Carlos» de Nápoles; «Politeama», de Palermo; «Opera», de Buenos Aires; «Opera», de Alejandría; «Opera», de El Cairo; «Tacón», de la Habana; «Opera», de México; y «Opera», de Veracruz. Pocas cantantes, entre las predilectas de las empresas teatrales, pueden presentar una lista tan nutrida como la de Avelina.

Justo es también dedicar unas cuantas líneas á su repertorio, en el que figuran las obras predilectas del público, las de más difícil ejecución, las de más compromiso, digámoslo así, para la artista.

Entre esas obras figuran en primer término *Lohengrin* y *Faust*, que no morirán nunca en los carteles, y que subsistirán eternamente, á pesar de las transformaciones extraviadas de los novísimos gustos del arte moderno; siguen después, *La bella fanciulla di Perth*, admirable filigrana que brotó de la imponderable inspiración de Bizet; *L'Ebrea*, de Halevy, ópera calumniada por los críticos de guardarropía; *Otello*, *Nerone* y otras muchas.

En *La bella fanciulla di Perth*, hace Avelina de la protagonista una verdadera creación, presentándose con dos caracteres distintos y opuestos: el dramático y el llamado *leggiero* en el argot teatral. En ambos raya á gran altura Avelina Carrera; acentúa con energía las frases dramáticas, dándoles vigor y firmeza, y las dificultades que Bizet puso en el famoso *rondó* se salvan con pasmosa facilidad por la distinguida artista, que amolda su garganta á todas las entonaciones posibles, pareciendo su voz canto de ruiseñores más que canto de mujer.

Sus últimos triunfos en Barcelona los obtuvo Avelina Carrera en la dificilísima ópera de Weber, *Der Freychütz*. No pudo soñar el autor de la maravillosa obra una intérprete que mejor se adaptara á las exigencias de la partitura que la artista catalana. Todavía resuenan en nuestros oídos los ecos de los aplausos obtenidos en las cuatro representaciones extraordinarias dadas por la empresa del «Liceo» para que sus paisanos pudieran admirar el talento de Avelina.

Andrea Chenier, de Giordano, es otra de sus creaciones, y lo mismo puede decirse de la incomparable *Aida*, de Verdi.

¿Qué más hemos de añadir á lo ya apuntado? Avelina Carrera, como artista, se ha impuesto á todos los públicos y cien periódicos nacionales y extranjeros han estado conformes al declarar que la cantante española es una de las que figuran en primera fila en el mundo del arte. Falta hablar de la mujer; de Avelina tratada en sociedad, de Avelina considerada como el apoyo de una familia modesta y honrada que cifra en su genio toda su esperanza para sobrellevar los rudos sinsabores de la vida. Y aquí, al llegar á este punto, la pluma se rinde y no quiere proseguir en terreno tan vedado como resbaladizo por no incurrir en ridiculeces.

La vida del teatro ofrece perspectiva deliciosa á las mujeres que se deslumbran ante el brillo de la grandeza. Avelina es joven, es hermosa y tiene talento. ¿Cuántas ocasiones se le habrán presentado para trocar su existencia agitada, como la de todos los artistas, por el tranquilo reposo de la esposa amante, en medio de un hogar lujoso, viviendo regalada y querida por un potentado? Y sin embargo, Avelina ha permanecido fiel al arte, consagrando al arte su existencia toda, viendo en el arte el resumen de sus ambiciones de artista y de mujer. Pues qué, ¿puede comprarse con millones, hay bastante dinero en el mundo para compensar la satisfacción, el orgullo legítimo que se experimenta en un cuarto de hora de delirio, teniendo avasallado al auditorio, oyéndose aclamar y vitorear por la multitud abigarrada y hetereogénea de que se compone el público? Ser esposa, supone reinar en un corazón apasionado; ser aclamada por el público anónimo, equivale á ser soberana absoluta de miles de voluntades, de inteligencias, de cerebros. Por eso Avelina ha preferido á las delicias del hogar los goces del éxito; y por eso su nombre, universalmente conocido, es poderoso imán que atrae, enloquece y avasalla á millares de hombres. ¿Dónde fundar mejor su orgullo una artista? ¿Dónde encontrar mayor satisfacción una mujer?

* * *

CONSUELO ESCRICHE

La celebrada diva que por el nombre de Consuelo Escriche es ventajosamente conocida en el mundo del arte, nació en Puerto Príncipe, el año 1870; hija de padres acomodados y educada con esmero, mostró sus relevantes dotes de artista cuando apenas contaba nueve años, y á los trece obtenía ya el primer premio de solfeo en nuestro Conservatorio de Isabel II.



Fué su primer maestro el director de orquesta don Joaquín Vehils, el cual puede decirse que la inició en los secretos del arte, y ya conocedora de éste y con una vocación tan decidida como valiosa, pasó á Milán, en donde recibió lecciones de un célebre maestro catalán que allí reside y al que, como á la Meca, acuden los catalanes cuando van á Italia.

Don Antonio Vidal, que así se llama el distinguido profesor, aleccionó á nuestra biografiada y en breve espacio de tiempo la hizo un gran repertorio, entre cuyas obras se contaban *Otello*, *Aida*, *Andrea Chenier*, *Trovatore*, *Cavalleria*, *Pagliacci*, *Africana*, *Gioconda*, *Ernani*, *Ugonotes*, *Tosca*, *Bohème*, *Mefistófele* y *Poliuto*.

Consuelo Escriche, impostada ya la voz y conocedora de las obras antes indicadas, hizo su debut en Cremona con la ópera *Gioconda*, siendo recibida por el público con sinceras muestras de aprobación. Cantó después en Mantua el *Ernani*, con aplauso del auditorio y mereciendo de la crítica justísimos elogios.

Ya conocida de empresas y de cantantes, fué escriturada para cantar en Coruña, Pontevedra y Vigo, bajo la dirección del reputado maestro Vehils, y después hizo en Madrid y en Valencia dos grandes temporadas.

Con Cardinali cantó, en Palma de Mallorca, la ópera *Otello*, siendo ovacionada.

Consuelo Escriche es un temperamento artístico; aparte de su figura, bastante por sí sola para predisponer al auditorio, su belleza y frescura la hacen dominar la escena. Posee, la distinguida artista, una voz extensa y bien timbrada en todos sus registros y dice de manera clara; su talento sincrético la hace asimilarse los distintos tipos que representa, poseyendo la rara cualidad de emocionar al público cuando ella se emociona, razón por la cual hace al auditorio compenetrarse en la representación.

En escena es Consuelo Escriche una figura que no puede pasar desapercibida; viste las obras con tanta propiedad como lujo, y en sus movimientos y ademanes se revela la exquisita corrección que proporciona una educación esmerada. Este temperamento de artista y su decidida afición á la música, mostráronse desde los comienzos de su carrera, pues á pesar de la oposición ruda y tenaz que algunos de sus parientes, personas muy distinguidas por cierto y que han influído en la gobernación del Estado, le hicieron, Consuelo Escriche, enérgica y decidida, continuó su carrera en busca de la gloria con que sueñan los artistas.

* * *



Dibujo de GASPAR CAMPS.

BELLAS ARTES

Tantas veces hemos tenido ocasión de tributar merecidos elogios á los artistas Gaspar Camps y Cecilio Pla, que nos creemos dispensados de hacerlo en la ocasión presente: el concepto que su obra nos merece lo conocen ya los lectores del Album Salón y pecaríamos de prolijos repitiendo, en presencia de los trabajos que nos ofrecen en este número, lo que llevamos dicho en otros anteriores.

En cambio, y de conformidad con lo ofrecido en el penúltimo, debemos consagrar toda nuestra atención á las cualidades artísticas del pintor zaragozano M. Oliver Aznar, quien, si entonces *debutó* en nuestras páginas con una obrita sin pretensiones y que dejaba poco espacio á la crítica, con el cuadro que publicamos hoy se hace acreedor á nuestra mayor consideración.

El tema, *Oposiciones á sochantre*, ha prestado ocasión al artista de copiar un espléndido coro plateresco (seguramente el de la Seo de Zaragoza), con una fidelidad y riqueza de matices que dan precisa idea de aquellas maravillas labradas en el nogal, sobre el que ha dejado su preciosa patina la mano del tiempo. Esta parte del fondo tiene, conforme dicen los pintores, calidad, como la tiene también el enorme facistol con los grandes libros de coro, situado en el primer plano.

El autor ha sabido hallar asunto apropiado á ese fondo, con la escena, común en las catedrales, de un concurso de sochantres, uno de los cuales, precisamente, está cantando en uno de los grandes libros del facistol. En el centro, el tribunal, compuesto por tres canónigos, atiende al cantor y toma notas, mientras algunos feligreses, sentados en los escaños de la izquierda, siguen con interés ó comentan pacatamente las circunstancias que expone el concursante.

Tal es el cuadro en su aspecto general, y si en el boceto del número referido nada pudimos decir de las figuras, hemos de hacer constar que las de este bonito cuadro, además de presentar naturalidad en las actitudes, están correctamente dibujadas y pintadas con acierto. Con esta obra, el artista manifiesta inequívocas aptitudes para el género de costumbres, que hoy cuenta con muchos, aunque no siempre afortunados, cultivadores.

Francisco CASANOVAS



Srta. TERESA COLOMER Y BENÍTEZ
AUTORA DE LA PIEZA DE MÚSICA QUE ACOMPAÑA AL PRESENTE NÚMERO.

LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA EN EL URUGUAY

(APUNTES HISTÓRICOS)

Los primeros maestros de escuela hubieron de ser en el Río de la Plata los sacristanes de las iglesias, como así lo dispuso el rey Don Felipe II en una cédula que expidió desde Toledo, con fecha 7 de Julio de 1596; pero, como en aquellos tiempos no existía ninguna población en la Banda Oriental, semejante orden no pudo cumplirse, por lo menos en cuanto á lo que al Uruguay se refiere: tal vez tuviese aplicación al Paraguay y á lo que actualmente se conoce por República Argentina.

Fundadas en 1624 por el padre fray Bernardo de Guzmán las reducciones de Soriano y Espinillo con indios *chanás*, en cumplimiento de su sagrado ministerio, no sólo se ocuparon él y los demás misioneros que le acompañaban de conseguir la conversión de los naturales, sino que trataron de regenerarlos por medio de un trabajo ordenado y metódico, moralizarlos con la prédica y el ejemplo, é instruirlos enseñándoles el catecismo, á leer y tal vez á escribir.

No hubo por entonces ninguna otra manifestación educativa en el Uruguay, pues convertido éste en una inmensa vaquería, frecuentado solamente por rapaces *mamelucos* y bárbaros indígenas, no era esta región, rica pero solitaria, terreno propicio para depositar en él la semilla de la enseñanza primaria.

El destino dado á esta parte de las comarcas platenses, las clases de gentes que las ocupaban ó frecuentaban; y el abandono en que la tenían las autoridades españolas que habían fijado su sede en Buenos Aires desde 1580, después de dividirse la gobernación del Paraguay (1620), dieron pie á que los portugueses fundaran en 1680 la Colonia del Sacramento, en cuya ciudad los jesuítas construyeron dos capillas y establecieron un colegio donde enseñaron la doctrina cristiana, á leer, á escribir y á contar, que á la sazón eran las materias que constituían el programa de este género de instituciones. Expulsados los jesuítas de los dominios de España y Portugal en 1767, el colegio precitado pasó á manos de religiosos de otra orden, con los cuales no se elevó más el nivel intelectual de los habitantes de la Colonia, hasta que dicho establecimiento desapareció del todo cuando el célebre don Pedro de Ceballos se apoderó de esta ciudad, destruyó sus murallas y cegó su puerto en 1777, tratando así de que ni rastros quedasen de aquella posesión que, desde que se fundó hasta el tratado de San Ildefonso, fué la tea de la discordia entre las coronas de España y Portugal. De lo expuesto se deduce, que los primeros pasos encaminados á la educación de la niñez, los dieron en el Uruguay los sectarios de Loyola, á quienes debemos considerar como los monopolizadores de la enseñanza pública y privada desde su venida hasta su expulsión.

El mariscal de campo don Bruno Mauricio de Zabala, fundador de la ciudad de Montevideo (1726) dictó muchas órdenes y echó varios bandos dignos de aplauso por la santidad y patriotismo de sus intenciones; pero no se preocupó para nada de cuestiones de enseñanza, de un valor secundario en aquellos tiempos, si juzgamos las cosas con criterio regresivo; misión que subsanaron los primeros cabildos, encargando á los religiosos de la Observancia, «sermones, entierros, confesiones y enseñanza de los primeros rudimentos de escuela y gramática», que tanto necesitaba por entonces (1738) el reducido é incipiente vecindario de Montevideo, según se dice en un documento de la época.

Establecidos los jesuítas en esta ciudad, no descuidaron la instrucción primaria, encargándose, además de cumplir sus deberes sacerdotales, de enseñar el latín á algunos jóvenes y las primeras letras á unos cuantos niños varones, pues la educación de la mujer fué puramente doméstica y del resorte exclusivo de las madres de familia hasta 1795, como veremos más adelante; pero cuando la Compañía de Jesús fué expulsada de los dominios españoles, quedaron absolutamente sin escuelas las ciudades y pueblos del Río de la Plata, donde aquella institución tenía á su cargo la defectuosa enseñanza de la época.

Solícito siempre el cabildo para bien de la comunidad, reinstaló las escuelas de los jesuítas en el mismo local que éstos se habían visto obligados á abandonar, dotándola con profesores de latín, gramática y primeras letras; y, merced á esta diligencia del Ayuntamiento, pudo recomenzarse desde el año 1772 la difusión de la enseñanza suspendida en 1757 con grave perjuicio de la ciudad.

En 1796, los padres franciscanos continuaron la obra educadora iniciada por los jesuítas, viniendo á hacerles competencia una escuela laica dirigida por el maestro don Mateo Cabral. Todos estos establecimientos estaban destinados exclusivamente á varones, hasta que la virtuosa señora doña María Clara Zabala fundó, en 1795, bajo la dirección de una monja ó hermana, llamada sor Francisca, una escuela gratuíta para niñas pobres. Estimulado el cabildo con este generoso ejemplo, instaló á su

vez una escuela, también gratuita, para varones, confiando su dirección al padre Arieta. Esta es la que debe considerarse como la primera escuela pública que hubo en el país.

En cuanto á la campaña, dice el ilustrado naturalista don Félix de Azara, que con motivo de su profesión la recorrió toda, que á fines del siglo XVIII no había ningún maestro de escuela en parte alguna, desde las costas del Plata y Uruguay hasta el territorio de Misiones, aunque no falta quien afirma que el año 1772, el padre Sandú, instalado en Casa Blanca, enseñaba á escribir, contar, leer, moral, música y religión á los pocos habitantes del actual departamento de Paysandú; afirmación perfectamente creíble desde que todos los pueblos y villorrios fundados en la Banda Oriental durante la dominación española, principiaron por ser capillas atendidas por sacerdotes, los cuales se aplicaban también á la enseñanza de las primeras letras.

Poco tiempo antes de que cesara el poder de España sobre estas comarcas, existió también en Montevideo un colegio particular, dirigido por el maestro Barchilón, que, según un cronista local, «era un catalán más bravo que el ají, y de los que estaban aferrados á la doctrina de que *la letra con sangre entra:* fué discípulo de Barchilón, don Manuel Oribe, más tarde, Presidente de la República.

Los sucesos que se desarrollaron en el país después que éste se sublevó en Asensio contra la madre patria (1811), ocasionaron como natural consecuencia la clausura de la primera escuela municipal, y este suceso, agregado á la expulsión de los padres franciscanos de la plaza de Montevideo, defendida por el empecinado don Javier de Elío y asediada por los patriotas, con cuya causa simpatizaban dichos frailes, hizo que la niñez de la ciudad sitiada quedase huérfana de instrucción primaria.

Triunfantes los patriotas y terminada la dominación española (1814), así como la argentina (1815), en cuyo poder cayó temporalmente la plaza de Montevideo, el cabildo restableció su zarandeada escuela gratuita, poniéndola bajo la hábil dirección del maestro don Manuel Payola.

ORESTES ARAUJO

(Concluirá).

DE LUTO

Murió Juan y, á porfía,
de luto riguroso el mismo día
se vistieron al punto
las hijas, la mujer y hasta una tía,
(que lo era en quinto grado) del difunto.
Sólo su madre, junto al lecho frío,
sin cuidarse del traje que llevaba,
murmuraba «¡hijo mío!»
y, vertiendo de lágrimas un río,
el rígido cadáver abrazaba;
en tanto que la viuda,
alarde haciendo de su pena aguda,
para ofrecer al muerto más tributo,
«¡póngase usted de luto!»—la decía,
pues sin duda creía
que era el luto de su alma poco luto.

Del tiempo el raudo paso
á los deudos de Juan prestó consuelo,
y les duró su duelo
lo que duró su luto... un año escaso,
á excepción de la viuda dolorida,
de quien propios y extraños
afirman que de luto fué vestida,
como marca el ritual,. . justos dos años;
al cabo de los cuales
calmó su afán con nuevos esponsales.
Sólo la madre llora
sin que logre la calma bienhechora
robarle del dolor la negra palma;
sólo ella al pobre Juan rinde tributo;
sólo ella ¡ella no más! lleva de luto
vestida siempre el alma.

CARLOS CANO

LA PLEGARIA DEL POETA

«¡Madre, yo me arrodillo y me arrepiento!
¡Yo sé que no ha tenido
ni un instante de tregua el sufrimiento
con que te hirió mi criminal olvido!

»El sol de mi alegría
lanza su luz muriente en el ocaso...
¡Ultimo amor del alma... madre mía,
abrígame de nuevo en tu regazo;
quiero amar y ser joven todavía!

»El lirio que las selvas embalsama,
el aura, el bosque con murmullo quedo,
dicen al corazón: ¡espera y ama!
y el corazón responde: ¡ya no puedo!

»La flor que el viento deshojó iracundo
da al viento su agonía en un perfume:
el alma que de hastío se consume
no tiene aromas que brindar al mundo!

»¿Ves inclinado, en la desierta vega,
ese arbusto sin hojas ni verdores?
¡ese es mi corazón que se doblega
después que dió al amor todas sus flores!

»Atrás... mi juventud miro perdida;
sin fe ni amor... la soledad me aterra;
por eso á ti mi corazón se aferra
con las últimas fuerzas de la vida!

»Viene la noche con profundo duelo;
tal vez no alcance á retornar al nido...
Estoy enfermo, madre, estoy herido;
¡porque muera á tu lado ruega al cielo!

»Y Dios que es justo escuchará tu grito,
y Dios que es bueno enjugará tu llanto;
que si en impuro lodazal me agito,
tu amor me salva... ¡que tu amor es santo!»

A. MAURET CAAMAÑO

Valparaíso.

UNA MURGA EN ROMA — Cuadro de GARCÍA RAMOS.

M. OLIVE

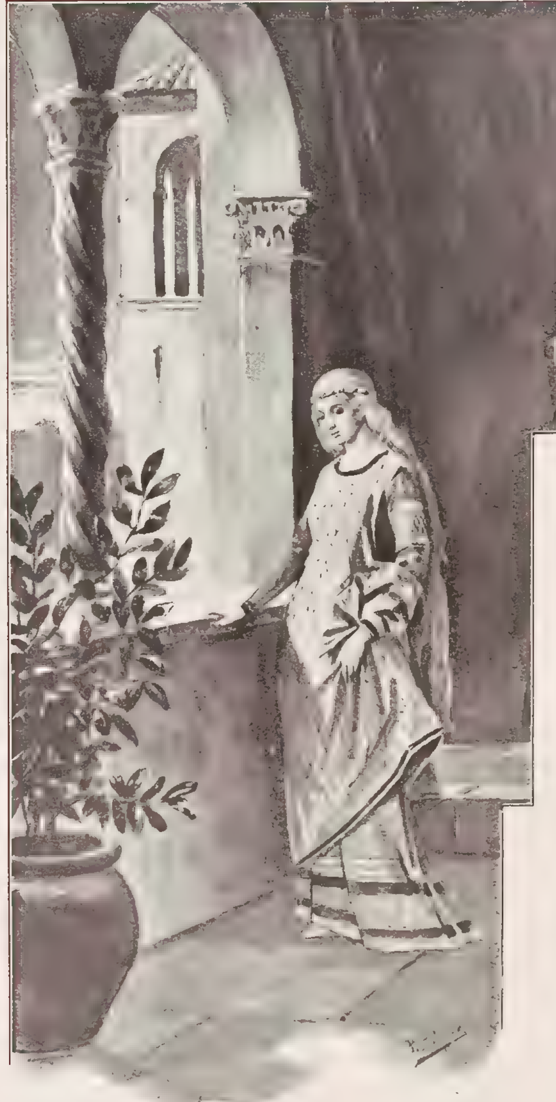


OPOSICIONES

R AZNAR



Á SOCHANTRE



EL LAZO DE SEDA

Os voy á referir, amigos míos, un cuento de amor. Remóntase á los tiempos viejos, al siglo quinto, nada menos, de nuestra era, en la época gótica... Pero no frunzáis las cejas. No os revolveréis entre el polvo húmedo de los apergaminados cronicones. No os pasearé sobre los ruinosos sepulcros donde yacen los restos de mortales que vivieron en edades pasadas... Yo he recogido en el vetusto cementerio de nuestra vasta historia una flor delicada, siempre fresca y lozana: ¡la flor del amor!... Y ya sabéis. Para esta especie de flores, no clasificada por los botánicos, existe en todas partes una perpetua primavera.

***

Cuando el dilatado imperio romano estaba en la agonía, se arrojaron sobre sus inmensos dominios varias razas, intrépidas y vigorosas, que, procedentes de las selvas septentrionales, cayeron sobre las vastas provincias latinas como incontrastables avalanchas, arrollando y devastando todo cuanto encontraban á su paso.

Cada una de estas razas plantó sus campamentos allí donde era más de su gusto ó hallaba menos resistencia. Extendiéronse por España los suevos, los alanos, los vándalos y los visigodos. Mas, como venían empujados por indomable espíritu de dominación, después de luchar todas aquellas gentes bárbaras contra los romanos, y vencerlos, pelearon entre sí, llevándose la palma tan disputada de la victoria, tras largo tiempo de encarnizados combates, los visigodos, que era la raza menos salvaje, la más abierta á la civilización, la más espoleada por altivos instintos de mando.

En el reino de Eurico, toda España cayó bajo su insaciable poderío.

Elevado este Rey sobre el pavés, tras la muerte violenta de su hermano, una de las primeras campañas que emprendió fué contra los suevos, establecidos en el Norte de nuestra Patria.

Vencidos en el reinado anterior, y hechos vasallos y tributarios de los visigodos, al aparecer en el solio Eurico, trataron de rechazar su yugo, y se levantaron en armas.

Y contra ellos fué lo más granado de los visigodos, resueltos á abrumar de cadenas á los que se erguían en favor de su independencia.

***

Amanecía un espléndido día de Junio. El sol sonrosaba con alegres rayos las cumbres de las montañas de Galicia. En los valles umbrosos y pacíficos, se deslizaban los fugitivos arroyuelos, presurosos por cumplir la misión que les encomendaba la naturaleza de dar jugo á los prados y besos amorosos á las engalanadas flores. Los pájaros cantaban sus más sentidos himnos á la reaparición de la luz que bañaba cielos y tierra, ajenos á todas las escenas trágicas que la humanidad pudiera desarrollar en aquellos paradisíacos lugares.

Pero, pronto, los sencillos tenores campestres suspendieron sus cantos y huyeron espantados á lo más recóndito de los bosques. Por todos los desfiladeros de los montañas aparecieron millares de hombres profiriendo gritos de guerra. Eran los visigodos, que penetraban en el territorio de los suevos.

Venían cautelosamente, montando la mayoría nerviosos corceles; y por su brío y soltura, veíase desde luego su superioridad como jinetes más que como soldados de á pie, en lo que les aventajaban los suevos. Larga cabellera, símbolo de dignidad humana, pues á los siervos no les era permitido usarla, cubría su cabeza y pendía por sus hombros y espalda. Llevaban sayo de lana ó piel y gran calzón forrado. Marchaban ordenadamente, por fracciones de decuriones, centenarios y milenarios; y entre sus armas ofensivas se contaban el dardo, la flecha, la pica, el puñal, la larga y ancha espada de dos filos, yendo protegidos por el casco, el arnés de cuero, la cota de fierro y el escudo.

No bien habían aparecido ante las montañas de Galicia, que, como avanzadas naturales, se erguían ante el empuje de aquellos revoltosos invasores, cuando se vieron coronadas las cumbres por nutridas tropas de suevos. Y apenas estuvieron á tiro, unos y otros empezaron á pelear ardorosamente. El valor parecía patrimonio de ambos bandos. A cada momento registrábase un hecho heroico. Luchaban los suevos con denuedo, disputando con desesperación el terreno que constituía su dominio. Pero la sabia táctica de los godos, aprendida de los romanos, y su energía inquebrantable, virtud innata en sus pechos, no conocían obstáculo alguno. La batalla, indecisa á veces, quedó resuelta al finalizar la tarde á favor de los godos. El rey de los suevos cayó prisionero, y toda su nación se entregó como sierva á su rival afortunada.

Y cuando el sol iba á acostarse por el ocaso en su lecho de púrpura y oro, ya en los campos, turbados durante el día por los gritos de guerra, dejáronse oir los cantos de los pajarillos que se despedían amorosamente de su gran amada, la Naturaleza, eternamente bella y grandiosa.

Ya era media noche, y los campamentos de los godos y suevos yacían en silencio. El soldado, fatigado de la dura pelea, dormía profundamente. La luna extendía por la tierra su luz de plata, tan impregnada de infinita calma. Sólo en una mansión, en un castillo que había servido de fortaleza, el sueño había huído de los ojos de sus moradores.

Aquel castillo era la vivienda dichosa de la princesa Albilda. Vivienda dichosa, sí, por encerrar, como un estuche una alhaja, á un sér tan hechicero como aquella noble joven sueva. Recluída por su padre en aquel lugar seguro, pasaba los floridos años de su dulce é inocente existencia entre las deliciosas lecturas de los poetas de su predilección y las músicas y danzas encantadoras de sus alegres y respetuosas esclavas. Sorprendida por el fulgor de la batalla de aquel día, tan infausto para la libertad de su nueva patria, habíase refugiado en el más recóndito camarín de su mansión de piedra, azorada y anhelante, como avecilla perseguida por incansable y certero cazador. Es cierto que tenía para su defensa aguerridos soldados suevos. Pero... de nada le habían valido. Aquel pacífico retiro, desde donde habían volado tantas veces sus sueños, ante el espectáculo mágico que la ofrecían los valles circundantes, hacia las regiones vaporosas donde flotan las quimeras virginales, había sido conquistada también por los godos vencedores, y ella misma se hallaba ahora, como el último de sus esclavos, tristemente prisionera.

Mas ¡oh, poder de la hermosura! A sus pies se arrodillaba, sumiso, y como encadenado por arte misterioso, su vencedor. ¿Quién había logrado esa fortuna incomparable. Leovardo, el gallardo y apuesto hijo de uno de los generales godos. Y era un caso admirable contemplar, á la dudosa luz de los candiles romanos, de estilo pompeyano, alimentados con óleos olorosos, á un guerrero joven, impetuoso, de rostro varonil, de músculos de acero, rebosante de fierezas bélicas, postrado ante una doncella tímida, asustada, llorosa, sin más defensa que su propia hechicera debilidad. Sin duda, era una escena parecida á la de un león adorando á una rosa.

—¡Albilda! — decía Leovardo, poniendo en sus frases el tono más halagador que podía salir de su garganta. — ¡Albilda! ¡divina Albilda! Enjugue esas lágrimas. Expulse de su candoroso seno todo temor. Mi raza, aunque nacida para las rudas faenas de la guerra, rinde sin embargo un ardoroso culto á la mujer. á la beldad, toda amor y delicadeza. Cierto es que Albilda es prisionera de Leovardo; pero Leovardo es prisionero también de Albilda. El guerrero ha vencido en las lides crueles; la princesa ha triunfado en los combates de la ternura. Dígnese, Albilda, perdonar á Leovardo su victoria, que no será completa sin el premio del amor de Albilda.

La princesa permanecía en silencio, sus bellos ojos azules, cuajados de lágrimas. Su rubia cabellera, desmelenada, caíale á lo largo de su esbelto cuerpo como un manto de dorada luz. Hallábase sentada en silla redonda de brazos, sobre cojines orientales. Y la blanca túnica que la vestía, ceñida por la cintura con franja de tisú adamascado, velaba pudorosamente sus graciosas formas, aunque no tanto que no se dejaran adivinar bajo la tela contornos encantadores, de estatua gratísima, como trazados por un cincel guiado por el Amor é inspirado por Venus.

Ante las tiernas y apasionadas instancias de Leovardo, Albilda dejó por fin oir su voz incomparable, parecida por su tristeza y suavidad á arrullo de tórtola herida.

—No se pasa fácilmente, Leovardo, — dijo, — del dolor de perder una patria al placer de ganar un amante. Mal armonizan los sollozos de un funeral con los himnos de un himeneo. Si esa llama de amor, que tan de repente ha prendido en su pecho, admite una tregua, por breve que sea, en sus ardores, yo le suplico que me permita un respiro de libertad. Podrán conquistarse territorios por la fuerza, pero los corazones sólo se conquistan por el cariño.

—Se cumplirá su deseo, Albilda,—dijo Leovardo, levantándose, y retirándose con la respetuosa galantería de un cortesano que se despide de su soberana.

***

Después de esta escena, transcurrieron varios años, durante los que la crónica de las almas sólo registró contados sucesos. Albilda, como el pájaro á quien le abren la puerta de la jaula, aprovechando la libertad concedida por Leovardo, escapó burlando al apasionado guerrero. ¿Quién sabe á dónde va la volátil nube? ¿Quién puede adivinar á dónde se perderá el perfume que se exhala de una flor? ¿Quién fijará el límite donde termina, se deshace y se convierte en espuma. una ola? Eso sucedió con Albilda. Huyó, huyó de Leovardo, como huye una ilusión adorada, dejando sólo ráfagas de luz melancólica en los ojos y ansiedades desesperadas en el corazón.

Leovardo pasea por las amplias galerías del palacio real de Toledo, capital de la vasta monarquía goda. Aún viste el traje marcial, bajo el que palpitó un corazón henchido de ambiciones de gloria. Pero, ahora, ese corazón riguroso, cuando late es por otros impulsos. Sus suspiros, como de débil infante, se atropellan en su garganta. Su mirada apenas se fija en objeto alguno, sino que flota vagamente, como atenta sólo á una visión interior. ¡No hay remedio para él! Estaba perdidamente enamorado de Albilda, y Albilda ha desaparecido de la realidad como un sueño.

La corte de Toledo está siempre de fiesta. Sus estancias se miran decoradas con todo el lujo bizantino, que han copiado los godos, vencedores, de los romanos decadentes, vencidos. Beldades egregias amenizan y encantan con su hechicera presencia la morada del monarca. ¡Todo en vano!

José DE SILES

(Concluirá).



Ilustraciones de Pablo Béjar.



VIENDO SI PASA

EXPOSICIÓN Y CONCURSO DE MUÑECAS

Si fué magnífico el pensamiento, aún lo ha sido más el éxito. Iniciáronlo las distinguidas damas que constituyen la Junta del «Asilo Cuna del Niño Dios», á beneficio de la caritativa obra á que desde hace bastante tiempo vienen consagrándose, y á su feliz realización han contribuído todas las que en la buena sociedad barcelonesa son ejemplo de filantropía ó dan la nota de la elegancia; y también las Infantas Isabel y Teresa que con su proverbial bondad han tenido á gala figurar como expositoras en este original é interesante concurso en favor de las infancia desvalida.

Con decirles que las preciosidades expuestas han pasado de quinientas, podrán nuestros lectores formarse un juicio aproximado del hermoso aspecto que debía presentar el salón del antiguo restaurant del Parque en el momento inaugural, embellecido entonces y mientras ha estado abierta la exposición por una concurrencia tan numerosa como escogida.

A la vista de aquella multitud de inanimados y risueños personajes, vestidos con irreprochable propiedad, ostentando algunos de ellos valiosas joyas, labradas exprofeso, revelando en los menores detalles, desde la planta al cabello, la pulcritud y refinado gusto de las blancas manos que se emplearon en su confección, comprendíase y admirábase el laudable empeño de las generosas donantes en que sus respectivas dádivas fueran dignas del alto objeto á que se las destinaba.

Prescindiendo de que todas las expositoras merecen entusiastas plácemes, creemos deber de justicia citar, además de las reales personas ya consignadas y sin orden de preferencia, las siguientes: Sofía Solá Verderau, viudas de Piélago, de Pérez y de Pla; Mercedes Sert de López, Carolina Morales de Ríos, condesa de Olavarrio, señoritas Sanllehí, Rodríguez, Rigalt y Jensen; Salgado de Gerona, Ana Nicolás de Elías, señoritas Martí y Coll, señora de Lleó, Araceli Fabra de Ribas, Concha Fornell de Durán, señora de Andreu, baronesa de Salillas, María Cristina de Moy, Matilde Tomás de la Maza, señora de Tolón, Carmen Muntadas, marquesa de Ciutadilla, señoritas Inés Gallart, Llibre, Bonet y Dalmases; Dolores Ortiz, marquesa viuda de Comillas, Victoria Gassol, señora de Moner, señorita Nicolau, Pepita Solá de Salvadores, Julia Ferrán de Comas, Mercedes Chacón de Bonsoms, Font de Gassol, Barnola, Angela Rodríguez de Robledo, Rosa Coll de Castell, señorita Cortada, Elvira Claramunt de Muntadas, Monteys de Tolrá, Rosa y Victoria de Bach, señoritas María Laticia Bosch y Antonieta Morera; señora de Llanza, condesa de Marlés, Asunción Ribera de Camprubí, viuda de Llauradó, Isabel de Urruela de López, señora de Tapia, señoritas de Esteve, Malet y Estruch; marquesa de Alfarrás, Torres Granduxet, Nieves Quiroga de Sitjá, marquesa de Robert, señorita de Antiga, Dolores Caserra, viuda de Crespo, María Genové, señorita de Mercadal, señora de Baixeras, condesa de Torrepando, señora y señorita de Pagés, Dolores Cortés de Bassols, Angela Ros Ballester, señorita María Muntadas Pujol, Edita Llauradó de Ferrer-Vidal, Guadalupe López de Pla, Rosario Ventosa, Vicenta Verdaguer, Juana Valls de Pagés, Dolores Borinaga, señorita María Baster, Pilar Farguell, señora de Florensa, Claudina V. de Durán, señorita Vernet Llorens, Monserrat Ribas de Dolsa, señora de Santarromana, Teresa Vidal Quadras de Parrella, señorita Nieves Llopis, señoras Vallés de Rius y Montserrat; señorita Ana Vallovera, condesa de Logothelli, Carmen de Pastor, Mariana Despujols de Albert, señoritas de Tey y María Alcalde; María Pallejá de Ferrer, Camila Martínez de Arnús, señora de Salisachs, marquesa de Comillas, señoritas Rosa Schwartz y Ballmayer; marquesa de Monsoliu, Eulalia Buigal, señoritas Garrita, Pepita Maynés, Garí, Montis, España, Bonet, Muntadas y Baixeras, señora del Río, Pilar Marqués de Bultó, Montserrat Boada de Vidal, Adela Labrós viuda de Boada, señoritas Bernarda Salgado y María Ros, señora de Mugica, Consuelo Marqués de Salgado, Concepción de Arriba, señoritas Planas, Carmen Mesa, Ana Bach de Simó, Juana Coll, Rosario Rebollo de Arnau, Rosa Reig de Olano, señorita Bonet y Madrid Dávila, señoras Coll de Puig, Calleja, Ferrer, Lemonier, de Puig y de Correa, señoritas de Tejada, de Pujol, María Palacios, Josefina de Camps, Rosita Olivella, Mercedes Sabadell y Mercedes Villavechia; señoras de Obradors y de Burés; señorita Mercedes Tusquet, Dolores y Mercedes de Sentmanat, Mercedes Solá, Clotilde de Olivar, María Gassó, hermanas Guarro, señorita de Vigo, viudas de Mercader y de Gibert; señoritas de Puerto Nuevo y Montserrat Ros; señora de Taberner y marquesa de Santa Isabel.

El Jurado ha concedido los premios, harto limitados, á las señoritas de Vigo, señora Fabra de Vigo, señorita Tejada, señoras Boada de Vidal, y de Manzano; religiosas de Santa Isabel y señoras Manjarrés de Henrich y viuda de Gibert; por sus preciosas muñecas, *Los gigantes, Pertiguero, Directorio, Eva, Bebé, Charra, Parisién, Evenindres* y *Modernista*, que reproducimos en los dos primeros grabados, sintiendo que no haya cabida para las demás.

Felicitamos de todo corazón á las distinguidas iniciadoras de tan hermosa fiesta de caridad y á cuantos, directa ó indirectamente, han contribuído á su brillante resultado.

* * *





Muñecas premiadas.

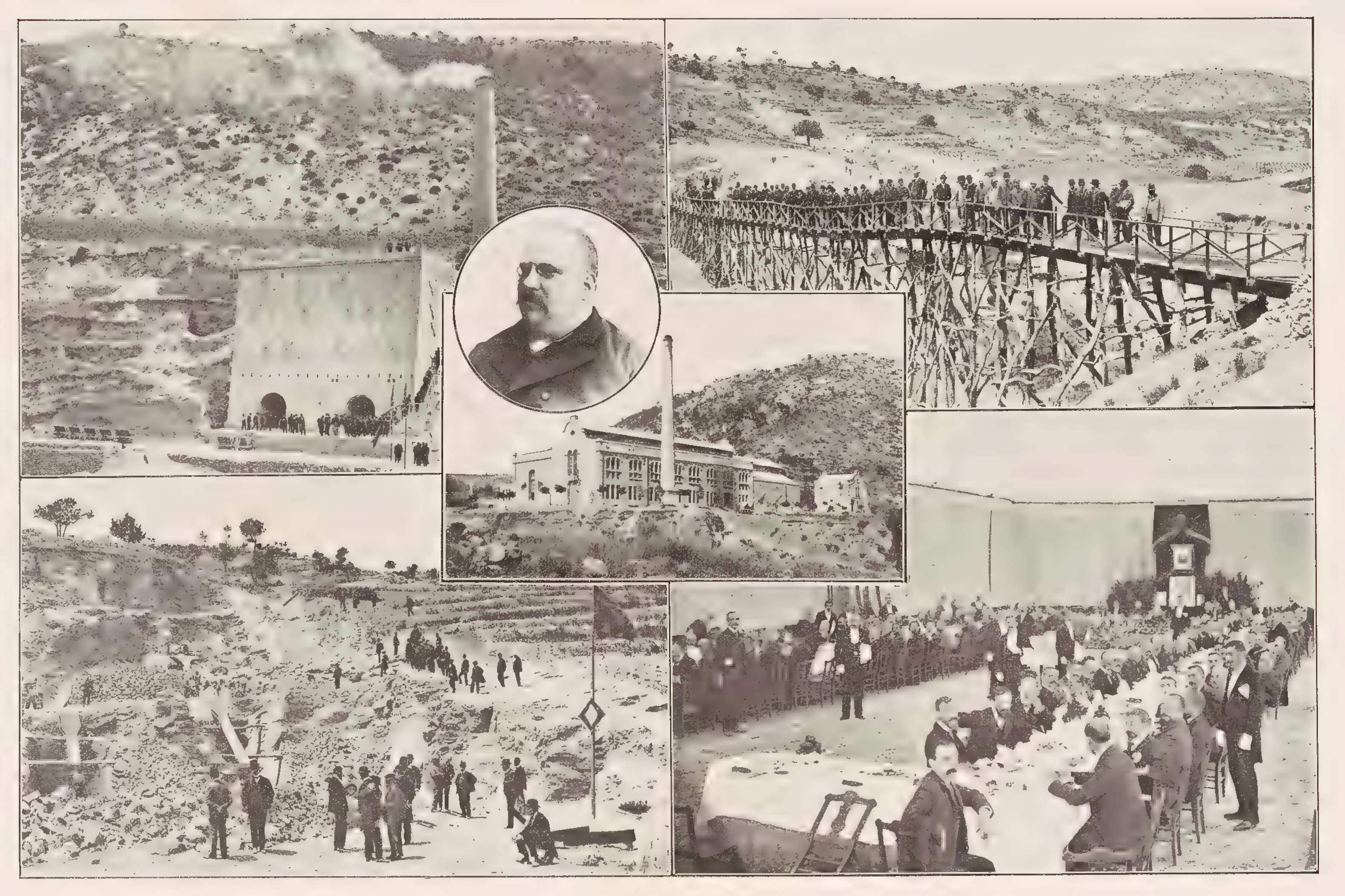




Muñecas fuera de concurso por voluntad de las donantes

Fotografías de A. Más.

NUEVA FÁBRICA DE CEMENTOS PORTLAND Y CAL HIDRÁULICA, DE LOS SS. M. C. BUTSEMS Y FRADERA, SITUADA EN VALLCARCA (COSTAS DE GARRAF) — BARCELONA



LOS HORNOS. — † SR. BUTSEMS, FUNDADOR DE LA CASA. — PUENTE PARA EL TRÁNSITO DE VAGONETAS DESDE LAS CANTERAS Á LOS HORNOS.

CANTERAS DE LAS QUE SE EXTRAE LAS PRIMERAS MATERIAS. — VISTA GENERAL DE LA FÁBRICA. — BANQUETE INAUGURAL, CELEBRADO EN EL DÍA 21 DE MAYO DE 1903



Acuarela de Antonio Fabrés

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Día de luto fué para las letras patrias el 9 del pasado Junio, pues en él perdieron uno de sus más ilustres cultivadores.

En poco tiempo, los amantes de la poesía han visto desaparecer, por la ley fatal de la naturaleza, las tres personalidades que con mayor entusiasmo y talento venían sosteniendo los puros ideales del amor, de la patria y de la fe, en sublimes versos, tan leídos como celebrados, á pesar de la indiferencia, por no decir menosprecio, con que se mira la forma poética en esta época entregada enteramente á la árida prosa de la materialidad y el positivismo.

Cuando aún no se habían cicatrizado las heridas que en el corazón de sus no escasos admiradores causara la muerte de los inolvidables Campoamor y Verdaguer, glorificadores por igual, aunque en distinto lenguaje, de la infortunada nación española, la fatalidad, apresurándose á recrudecer el pasado dolor con otro no menos profundo, ha cortado la preciosa existencia de Núñez de Arce, del bardo eximio que á la inspiración de aquéllos unía una encantadora facilidad y una corrección por nadie superada.

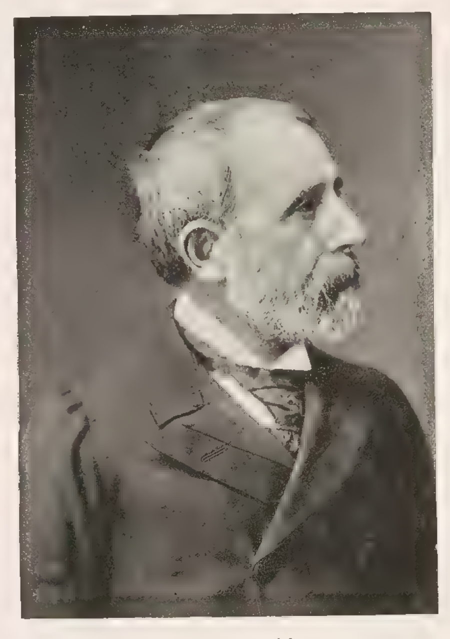
El Album Salón, que fué de los primeros en rendir tributo á la memoria del autor de las *Doloras* y del cantor de *La Atlántida*, se asocia también al general sentimiento que ha producido en toda España la irreparable pérdida del poeta escultural que en los *Gritos del combate* reveló al mundo su poderosa imaginación, al par que su grandeza de alma, y hace fervientes votos porque el privilegio que el Señor le concedió en la tierra le sea refrendado en el cielo.

Húndase el hombre en la nada
ó á mejor vida despierte,
en todo tiempo la muerte
fué temida y respetada.
¡Y cómo nó si escudada
en su omnímodo poder,
con sarcástico placer
en demostrar se complace
que cuanto en la tierra nace
á la tierra ha de volver!

Un mortal á otro mortal,
para que á seguirla aprenda,
enseña la obscura senda
de su destino fatal.
Y por ley universal,
en justa compensación,
honrar saben los que son
al que de ser ha dejado,
con un recuerdo sagrado
y una fúnebre oración.

La familia, que amorosa
cerró al difunto los ojos,
la amistad, que sus despojos
acompañó hasta la fosa,...
sobre la pesada losa
que los retiene cautivos
y en los lúgubres archivos
de aquel poblado desierto
graban un nombre que al muerto
perpetúa entre los vivos.

Mas cuando baja á su vez
al frío, profundo osario,
un varón extraordinario
que dió á su patria honra y prez;
quebrantando la estrechez
de la sepulcral mansión,
para eterno galardón
de aquel que entre muertos vive,
es la fama quien escribe
su funeraria inscripción.



EXCMO. SR. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

† en Madrid, el 9 de Junio de 1903.

Por eso, hoy llega tu nombre
de la grandeza á la meta
y coloso surge el poeta
de las cenizas del hombre;
por eso, y para que asombre
al porvenir tu memoria,
te rinde España en la Historia
un cántico de alabanza
y con tus restos afianza
el pedestal de su gloria.

Del gran Bretón por demás
fué la inspiración sombría
cuando, en són de profecía,
dijo: «¡Muérete y verás!»
Lo que, muerto, viendo estás,
no lo vieras, á vivir;
y es forzoso convenir
en que el vivo, hoy como ayer,
diera su vida por ver
lo que tú has visto al morir.

Mientras el fuego vital
reveló en ti su presencia,
fué efímera tu existencia,
limitada y terrenal.
Pero apenas el umbral
de la muerte has traspasado,
á inmortal vida has entrado
libre de afanes y duelos
en el reino de los cielos
y del mismo Dios al lado.

Desde esa altura esplendente,
comparar te será dable
tu pasado miserable
con tu excelsitud presente.
Hazlo; y tu voz elocuente,
eco fiel de la verdad,
á la ciega humanidad
dirá que para el talento
la muerte es sólo un momento,
la vida... ¡una eternidad!

Salvador CARRERA

LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA EN EL URUGUAY

apuntes históricos — *(Conclusión).*

Pero como éste se manifestase poco inclinado á elogiar el régimen de gobierno imperante á la sazón, el jefe del movimiento emancipador, general don José Gervasio Artigas, dispuso que Payola fuese destituído, prohibiéndosele además que tuviese escuela particular, si bien poco después, á instancias de José María Artigas, hijo del general prenombrado, y discípulo de Payola, se le levantó la prohibición «teniendo en cuenta —decía el caudillo uruguayo— que el maestro habrá puesto enmienda á sus imprudencias y será consecuente con sus promesas», que consistían en abstenerse de propalar sus ideas realistas y, por consiguiente, contrarias al nuevo sistema de gobierno implantado por los patriotas. Respecto de la escuela pública municipal, fué reabierta en Diciembre de 1815, entregando su regencia á Fray José Benito Lamas, más tarde vicario apostólico de la República del Uruguay. Este establecimiento es el que se conoce en la historia con la denominación de la *Escuela de la Patria*. Durante la época de la dominación portuguesa, el presbítero don Dámaso Antonio Larrañaga inició la creación de la Sociedad Lancasteriana, institución que fundó una escuela mejor organizada que todas las anteriores, sujeta á sistemas, métodos y procedimientos más racionales que los hasta entonces conocidos, y prestó su concurso á otros modestos centros educativos de igual naturaleza que se sometieron al sistema lancasteriano, colocándose bajo la protección de la Sociedad, hasta que, á principios de 1825, la obra del sabio Larrañaga se extendía completamente á impulso del huracán revolucionario que amenazaba concluir para siempre con la solapada dominación de los que habían recogido la herencia de Portugal.

Los prohombres del movimiento patriótico de 1825 no se olvidaron tampoco, en medio de la guerra contra el Brasil, de la educación del pueblo, y la Asamblea instalada en San José procedió con fecha 9 de Febrero de 1826 á dictar una ley por la cual se ordenaba el establecimiento de escuelas públicas por el sistema de enseñanza mutua, en todos los pueblos del Estado, las que serían dirigidas por don José Catalá, á quien se asignaba un sueldo de cien pesos mensuales, votándose además los auxilios necesarios para la fundación de dichas escuelas: el presupuesto anual de éstas se elevaba á 10,800 pesos. Dos años después (Mayo 16 de 1827), el gobierno Oriental, que funcionaba en Canelones, expedía un decreto creando la Escuela Normal, fundado en que no podía haber escuelas primarias buenas sin personas idóneas que las dirigiesen. Este decreto fué coronado con otros no menos dignos de especial mención, por los cuales se disponía la creación de escuelas gratuítas en los pueblos de San Carlos, Rocha, Soriano y Santa Lucía (Mayo de 1827), la fundación de una para varones y otra para niñas en la capital del Estado (Febrero de 1829), prohibíase la admisión de alumnos sin previo requisito de la vacunación (Octubre de 1829), se formaban Juntas inspectoras y se establecía el uso del certificado de aptitud y comportamiento para los educandos que hubiesen terminado sus estudios en las escuelas costeadas por la nación (Noviembre de 1829).

Transformada en República Oriental del Uruguay esta antigua colonia española y puesta en vigencia su carta fundamental, la instrucción primaria tomó nuevos rumbos más en armonía con sus nuevas aspiraciones como pueblo democrático, libre é independiente, y más en consonancia con el progreso educativo desde el punto de vista científico, hasta que la reforma escolar de 1877, efectuada con talento indiscutible y fe inquebrantable por el apóstol de la enseñanza, José Pedro Varela, con plena justicia llamado el Horacio Mann, uruguayo, la ha colocado, en materia de instrucción pública, á la cabeza de las demás naciones de origen latino de la América continental.

Orestes ARAUJO

Montevideo.



BELLAS ARTES

Encabeza este número una acuarela de Antonio Fabrés, uno de esos apuntes que se hacen al correr del pincel, dejando impresas, sin embargo, las huellas de la maestría del autor, á pesar de la ligereza del trabajo. Fabrés, dibujante correcto, no puede dejar de plantar bien una figura y, según el capricho del momento, puede detallar una mano ó encariñarse con algún otro detalle que le llame la atención; acuarelista famoso, en la sobria manera de manchar el blanco papel ha de dejar entrever siempre su pleno dominio del mecanismo. Sumados ambos extremos, producen una nota, un documento más, al que la firma del autor da un valor positivo. Tal es la acuarela de Fabrés.

Mateo Balasch, ese estudioso joven, modelo de abnegación fraternal, que le dicta los mayores sacrificios, ha celebrado recientemente en el Salón Parés una exposición de varias obras, recopilación de sus recientes viajes á Italia y á algunas regiones españolas.

Artista de buena fe, copia la naturaleza sin prejuicios de escuela, buscando en lo genuinamente pintoresco sus fuentes de inspiración. En sus composiciones predomina, por el contrario, la nota melancólica, y en sus cuadros *El viático*, *Miseria* y otros, lograba hacer vibrar la fibra sentimental del espectador.

El Album Salón reproduce hoy dos de los estudios expuestos, que ponen de manifiesto cuánto sabe identificarse Balasch con el medio ambiente que le rodea. El del claustro de nuestra Catedral, con sus tonalidades grises y monótonas, con su pálido claro-obscuro que acusa apenas el relieve, hace vivo contraste con la puerta *Casale Monferrato*, de Milán, rica de color y con tendencia al impresionismo. Es innegable que ambas dan exacta idea del color local.

Las dos acuarelas de J. Boniquet, que publicamos, pertenecen al grupo de trabajos de que nos ocupamos en una de nuestras revistas anteriores. Simples hojas de álbum, tienen el mérito inapreciable de ser sinceras y sobrias.

Francisco CASANOVAS



CONCURSO HÍPICO — La tribuna. — Caballos vencedores en las primeras carreras. *Fots. de A. Más.*



CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE BARCELONA (Estudio).



CASALE MONFERRATO. — ITALIA (ESTUDIO).

A VERDAGUER [1]

Por ti la pulso...; pero ya está rota
y destemplada mi brillante lira.
Préstame aliento, que tu aliento inspira;
y, allá do moras, en región ignota,
ha de llegar mi conmovido acento,
arrebatado en el corcel del viento.
. . . .

Honda es la herida que en el alma llevo,
y en ella vierte su mortal ponzoña
el reptil de la duda venenoso,
que uncirla puede á la demencia insana.
¿Por qué mi herida á recordar me atrevo?
Porque no cuenta mi porfía vana
con lo importuno del lamento ahora,
al evocar al genio extraordinario
que, en el idioma catalán hermoso,
rico en palabras como el sol en lumbre,
vació el tesoro de sus cantos bellos,
y de la gloria se elevó á la cumbre
y se anegó en la gloria y sus destellos.
. . . .

(1) Fragmentos de una poesía escrita con motivo de la traslación de los restos del gran poeta á su tumba definitiva, abierta en una peña.

Pruebo ensalzarte y lo imposible pruebo,
¡oh, bardo insigne, Verdaguer ilustre!
Perdón... ¡Perdón si mi atrevido canto
empaña el timbre del elogio santo
y de los grandes méritos el lustre!
Mi inspiración á ratos centellea
y deficiencia natural acusa,
porque no es hija de tu ardiente Musa
que arrebataba mundos á la idea.
. . . .

¡Padre Jacinto! ¡Verdaguer creyente!
Llena de ideas tu abrasada mente, —
como de estrellas el celeste espacio,
de maravillas imperial palacio
y la mar de corales y de perlas, —
siempre logró tu inspiración verterlas
del mismo modo que el volcán hirviente
arroja el fuego de su hinchado seno.
. . . .

Nuevas las cuerdas de mi lira de oro,
correr debiera cual arroyo claro
la inspiración que de mi Musa imploro;
sonar la voz de la vibrante rima,
como redoble de tambor guerrero,
ronco disparo de arcabuz certero
y épica nota de clarín sonoro.
No de otro modo el *Canigó* y *La Atlántida*,
grandes poemas con vigor creados,
pudieran ser por mi laúd cantados.
No de otra suerte mi sublime oficio
encontraría ocupación más grata,
desgranando el collar, que se desata,
de las ideas, en templado juicio.

Cantar no puedo tus famosas artes,
siguiéndome el cansancio á todas partes
. . . .

¡De haber tenido tu sagrado aliento,
llevado hubiera mi ambición mezquina
el noble rango de ambición gloriosa!
La virtud de tu aliento peregrina,
prestando luz á mi turbada mente,
hubiera alzado á mi abatida frente,
do ya no irradia de la idea el rayo;
mientras de un golpe el corazón ferviente
aplastaría con la fe al desmayo,
¡ese huésped miedoso de mi pecho,
el cual, temiendo hasta un pequeño ensayo,
me da tan sólo á sucumbir derecho!

DIWALDO SALOM



EL LAZO DE SEDA

(Conclusión).

Leovardo parece un fantasma. Su espíritu se halla abismado en la más profunda melancolía. Para él no hay más que un lugar delicioso, aquel en que se encuentre Albilda; para él no hay más que una mujer en el mundo, la rubia princesa sueva, desaparecida. Consulta á todos los oráculos. El sube á la torre misteriosa de los magos; él se interna en el sagrado ámbito de los bosques omídicos; él interroga á los pájaros, viajeros del aire; y á las hechiceras, moradoras de cavernas. Pero, nada consigue, sino clavarse más hondamente el puñal que le mata.

Un día, sin embargo, renace su esperanza. Volviendo de uno de sus paseos solitarios por los bosques, se encuentra con un aventurero. Este le habla de todas las regiones de España, de sus moradores.

—Los fugitivos suevos se hallan ahora en Vandalia, — le dice, y Leovardo, destrozándose el corazón en una infinidad de conjeturas, resuelve ponerse al frente de una expedición que marcha contra los levantiscos pobladores de aquella parte de España, que, andando el tiempo, sería Andalucía.

* * *

Como en todas partes, los godos triunfarán en Vandalia. Pero, á Leovardo no satisface la victoria de los campamentos. Otras victorias son las que calmarán su espíritu atormentado. ¡Ver á Albilda, y después la muerte! Ese es su único anhelo. Después de cada combate, no pregunta cuántos han sido los muertos, ni se preocupa de la mayor ó menor importancia de la ciudad conquistada. Sólo indaga el paradero de Albilda. Albilda es su propia alma, el hilo misterioso y fuertísimo que le enlaza á la vida. Sin ella, el mundo le parece desierto.

Su afán le llevaba hasta aquellos lugares, vedados para él por su religión. Era arriano. Y, no obstante, frecuentaba los templos cristianos. Y su instinto amoroso no le engañaba. Una mañana, hallándose él en una iglesia, recatándose tras de un pilar, vió entrar á una joven, acompañada de un anciano sacerdote. Dióle el corazón un latido vigoroso. Tuvo impulsos tremendos de lanzarse hacia la joven. Pero se contuvo, pues, aunque aquélla recordaba por sus facciones y su continente á Albilda, pensó Leovardo que podría ser una alucinación de sus sentidos.

Venía la doncella cubierta de un velo blanco, símbolo de perpetua nota de virginidad. Aún no existían los monasterios, y las mujeres que se consagraban á Jesús vivían en estado célibe en casa de algún ejemplar sacerdote. El que acompañaba á la joven era un anciano respetable, y su traje é insignias pertenecía á la clase episcopal. Esperó, pues, Leovardo, que pasaran más cerca. Y entonces, cuando pudo ver á la mística virgen con más detenimiento, no pudo contener un grito de loca pasión.

—¡Albilda!—exclamó.

La joven volvió la cabeza, miró al guerrero, y bajó la vista hacia el suelo, continuando su marcha.

—¡Es ella! — murmuró Leovardo. — ¡La he encontrado! No se me escapará ahora. ¡Será mía, aunque se opongan el cielo y la tierra!

* * *

Pero, una cosa es conquistar pueblos, y otra cosa conquistar el corazón de una doncella. Grandes, por no decir insuperables, dificultades se levantaban entre las pretensiones de Leovardo y la clausura de Albilda. Erale imposible al amante la entrada en la casa episcopal, por la diferencia de religiones. Y sin ver ni hablar al sér amado ¿cómo es posible entenderse con él ni de él hacerse amar?



Frente al retiro en que se ocultaba Albilda, paseaba noche y día Leovardo, sin lograr ver nunca asomarse á alguna de sus ventanas la mujer adorada. Espesas celosías cubrían todos los huecos de la fachada, á semejanza de asilo conventual. Pero Leovardo, como apasionado amante, resuelto á conseguir su objeto, no desmayó con esa ni con otras contrariedades. Y apeló á la astucia valiéndose de un intermediario.

Había notado que entraba y salía en casa del obispo, con marcada frecuencia, un hombrecillo, mitad seglar, mitad civil, muy coloradote, y de aspecto risueño. Ya era viejo; pero era un viejo que por su exterioridad aniñada dijérase que conservaba las inocencias propias de la infancia. Sobre este sujeto puso su atención Leovardo, y á él se dirigió un día, al verle salir de casa del obispo.

Siguióle los pasos durante largo rato, hasta que le vió entrar en una tiendecilla. Penetró en ella Leovardo. Sólo se despachaban allí bebidas. No dejó de alegrarse poco de este descubrimiento el joven guerrero, mayormente habiendo observado que el criado del obispo, pues criado era sin duda, era gran aficionado al vino. El vino es hablador, y por él pueden sacarse á veces interesantísimas noticias. Supo, en efecto, Leovardo, que el hombrecillo aquél era el mandadero de la casa, y que podía ver y hablar cuando quisiera á Albilda. Con muchos escrúpulos aceptó el encargo de entregar una carta á la joven de parte de Leovardo.

—Dele de beber cuanto quiera,—dijo éste al tabernero, refiriéndose al sujeto.

Y sentándose ante una mugrienta mesa Leovardo escribió las siguientes líneas:

« Adorada Albilda. Su antiguo vencedor continúa á sus plantas. No la pido amor, aunque sus votos aún no son tan fuertes que la impidan concedérselo á un mortal. La pido sólo clemencia. Verla bastaría para mí felicidad. Es mi prisionera, y sin embargo la dirijo una súplica como si fuera mi tirana. Suyo eternamente,

LEOVARDO.»

Llegó el billete á su destino, causando infinita turbación en el alma de la doncella cristiana. Aunque duró breves instantes su entrevista con Leovardo, no dejó de producir éste en su pecho una impresión profunda. La varonil apostura del guerrero, su rendido acatamiento ante la beldad desgraciada conquistáronle el afecto de la princesa Albilda. Esta, después de largas y atormentadoras vacilaciones, consintió en responder á Leovardo.

—« Esta noche, — decíale en una carta, — estaré en el jardín de esta casa, al dar las doce. Confío en su caballerosidad. Su antigua prisionera,

ALBILDA.»

Fué puntual Leovaldo á la cita, habiéndole introducido hasta el jardín el complaciente mandadero.

Hallábase Albilda sentada bajo un árbol. Vestía traje blanco. La luna bañaba con su suave claridad la escena. La doncella, al mostrarse ante los ojos de Leovaldo, asemejábase á una aparición celeste. Leovaldo cayó de rodillas ante ella, y la besó con efusión las manos. Luego, se sentó á su lado, y comenzaron esos dulces coloquios de amor, puros, inefables, apasionados, en que más que los labios hablan los ojos, humedecidos por lágrimas de ternura, y más que frases se oyen suspiros.

—Sí, Leovaldo, le amo, — concluyó diciendo Albilda. — Pensé no encontrarle nunca. Por eso me preparaba en esta santa casa á sellar para siempre con un voto sagrado mi alma. Pero, aun existiendo entre nosotros dos este amor que nos une, nos separa la diversidad de religiones. Yo soy cristiana, y Leovardo, mi Leovardo es arriano. ¡Es imposible nuestro enlace!

Quedó largo rato Leovardo con la cabeza baja, abismado en meditaciones profundas. Notábase, en la inquietud de su pecho y en la contracción de su rostro, que en su interior se libraba una tremenda batalla. Al fin, lanzando un gran suspiro, alzó la cabeza, y dijo:

—¡Seré también cristiano!

Entonces, Albilda, desprendiendo de su cuello un escapulario lo colgó del de Leovardo, quedando así pactado el consorcio de aquellas dos personas, representantes de dos razas, por un sencillo lazo de seda.

Ilustraciones de PABLO BÉJAR. JOSÉ DE SILES





ACUARELAS

INMORTALES AMERICANAS

FRANK LESLIE, BARONESA DE BAZUS

FRANCESA por sus nobles antepasados, que allá por los tiempos de los Hugonotes abandonaron la Francia, despojándose de títulos y fortuna; descendiente directa de los famosos barones de Bazus y condes de Lapeyrouse, creados por San Luis rey de Francia, ha dado esta mujer singular mayor brillo á la esclarecida familia, colores más imperecederos al escudo señorial con los fulgores de su talento, con la preclara iniciativa que ha tenido en las letras norte americanas.

En Nueva Orleans se meció su cuna y desde la aurora de su niñez le fueron familiares los idiomas francés, italiano y español, descollando á la vez por la belleza física, que anunciaba ya había de ser excepcional.

Frank Leslie tenía verdadera pasión, delirio por el estudio de la literatura clásica y revelóse al hojear sus obras, desde la primera publicada, cuando la hermosa criatura contaba catorce años.

Gracia, facilidad, belleza en la forma, corrección suma, poéticas imágenes, lenguaje elevado, riqueza descriptiva, todo completa el encanto y la seducción de sus escritos.

Su fecunda imaginación abarcó desde luego todas las esferas, cultivó con éxito la poesía, y su hábil pluma se consagró también á la prosa invadiendo el escabroso terreno del periodismo, en el cual ha brillado como estrella de gran magnitud.

Precisamente, una circunstancia especialísima puso en relieve las aptitudes de la joven americana como periodista.

Publicábase el *Almacén de las Damas*, bajo la dirección de una escritora y de un publicista notables, cuando aquélla cayó gravemente enferma, dejando á su compañero Leslie con todo el peso de la publicación. Cargo espinoso era para confiarlo á una novel pluma, pero al aceptarlo obtuvo un triunfo espléndido al cual el amor dió nuevo brillo, ciñendo la ya laureada frente de *miss* Frank con la virginal corona de la desposada. Unión envidiable y feliz de dos elevadísimas inteligencias.



La compañera del escritor Leslie ha sido durante muchos años su más valioso consejero, activo auxiliar en las múltiples publicaciones, tanto artísticas como literarias, que consolidaron el justo prestigio de la escritora americana, quien desde entonces reinó sin rival por sus méritos intelectuales y á la vez por su hermosura, por la posición social, por el regio boato desplegado en la vida cotidiana en Nueva York y en la que ambos esposos disfrutaban, al buscar descanso á sus tareas, en la suntuosa villa «Interlaken» en las márgenes del risueño lago de Saratoga, morada histórica que un tiempo perteneció al bondadoso Don Pedro, último Emperador del Brasil.

Si la mansión es digna de un soberano, no perdió nada de su regia magnificencia en manos de los nuevos poseedores, y en Saratoga será eterno el recuerdo de aquélla que, con las triples dotes de ingenio, belleza y fortuna, convertía aquella casa en paraíso de los elegidos.

El fausto desplegado en uno de los viajes de Nueva York á San Francisco, dió origen á curiosas crónicas en los periódicos no sólo americanos sino europeos, pues artistas y escritores acompañaron á los esposos Leslie, en un tren lujosísimo especial, para tomar notas y perspectivas en aquella hermosa y singular excursión.

A tantas esplendideces, á los días sin nubes y á la vida de inefables y purísimos goces de la gloria, sucedieron las horas sombrías, las tristezas de empresas fracasadas, de choques ruinosos que acumuló el pánico financiero de 1877.

Leslie, afortunado hasta entonces, sufrió gran descalabro en sus negocios y la celebrada esposa vióse en lucha con el infortunio, sin que su alma grande se doblegase ni se rindiera la voluntad potente. Imperturbable y enérgica, hizo frente á todo, fortaleció el decaído espíritu de su marido y poderosamente influyó para que levantase el crédito que amenazaba ruina.

Otra y mayor amargura hirió su noble corazón.

Los hondos sinsabores y una dolencia incurable causaron la muerte del que durante largos años era su amante compañero.

Las almas fuertes no desmayan jamás; Frank Leslie estuvo á la altura de sus energías y de sus condiciones intelectuales y, á través de esfuerzos y desvelos logró victoria completa en lo que se había propuesto: levantar el prestigio de la casa que llevaba el nombre de su marido, pagar á los acreedores y hacer como el fénix que al renacer de entre cenizas tuviera más elevada nombradía, mayor crédito que anteriormente, dando honor y fama á la que tales prodigios hizo.

¡Qué grandioso ejemplo el de una mujer de tan esclarecido talento!

Su vida de negocios no perjudicó á la intelectual y la *amazona del periodismo*, como la llamó en Londres *The Pall Mall Gazette*, continuó activamente sus trabajos literarios y sus tareas periodísticas en el *Frank Leslie*, Popular monthly.

En su vida doméstica hubo grandes reformas: de opulenta se hizo sencillísima y modesta, con el objeto de rehacer su fortuna, y esta mujer extraordinaria conquistó la admiración y universal renombre.

París, Madrid, Londres y algunas repúblicas americanas han rendido homenaje á la publicista insigne, y al visitar España, al estudiarla concienzudamente, obtuvo en Madrid aplausos y ovaciones. Su hermoso retrato se dió al público en la *Ilustración Española y Americana*.

Títulos y honores de su antiguo linaje han recaído en ella, como representante de la rama francesa, y la Baronesa de Bazus ostenta el escudo nobiliario de su familia.

Este y aquéllos ponen más en relieve el nombre inmortal de Frank Leslie, es decir, la nobleza del trabajo y del ingenio.

Su belleza escultórica es de aquellas que resisten al tiempo y á la constante labor de la imaginación. El cutis no ha perdido su satinada frescura. Los ojos rasgados, expresivos, tienen ese color tan celebrado por los poetas: son garzos y en ellos se refleja la constante actividad del pensamiento. El cabello castaño es abundante y sedoso; la voz sonora y dulce á la vez; el aspecto, el ademán, seduce y el todo es gráfico, excepcional, bellísimo.

Nuestro boceto es incorrecto, pero á grandes líneas dará idea de lo que es y de lo que vale la celebrada escritora americana.

LA BARONESA DE WILSON

MIGUEL DE CERVANTES

(Efemérides ilustradas)

Todos los años, el día 23 de Abril, aniversario de su muerte, la Real Academia Española dedica solemnes honras fúnebres á la memoria del gran Cervantes. Hace bien. Al honrar á aquel genio colosal se honra á sí propia y honra á España. Tratemos de reseñar su vida.

Hijo de don Rodrigo Cervantes y doña Leonor de Cortinas, hidalgos principales, aunque decaídos de su antiguo esplendor, nació el insigne autor de *Don Quijote* en la ciudad de Alcalá de Henares, siendo bautizado en la iglesia de Santa María la Mayor, el 9 de Octubre del año 1547. Créese que en la renombrada Universidad de Alcalá haría sus primeros estudios, pasando á completarlos en Madrid, con el docto humanista don Juan López de Hoyos, quien al publicar una relación de las exequias de la reina Doña Isabel insertó la primera composición poética de Cervantes, llamándole *su caro* y *amado discípulo*.

El ansia de instruirse y de ver mundo llevóle á Roma (1969) en clase de camarero de Julio Aguaviva, nuncio del Papa en España; y esa misma ansia, y el amor á las glorias patrias le decidieron á sentar plaza en el ejército de Italia, formando parte en varios combates, terrestres y marítimos, distinguiéndose notablemente en el famoso de Lepanto donde recibió el arcabuzazo que para siempre le dejó manco de la mano izquierda.

Al regresar á España en la galera *Sol* fué hecho prisionero por los moros y conducido á Argel, donde pasó cinco años mortales, sujeto á la más dura cautividad; hasta que rescatado, merced á los esfuerzos de su familia y de los Padres Redentoristas, pudo volver á su patria. Y, ¡caso notable! mientras Cervantes trataba de sublevar Argel, aprovechándose de los miles de cautivos que los moros tenían, y ofrecerlo al Rey, Don Felipe II se negaba á conceder para su rescate otra ayuda que un permiso para exportar de Valencia á Argel mercaderías *no prohibidas* por valor de dos mil ducados; privilegio que en venta sólo produjo ¡sesenta ducados!

Amante siempre de su honor y de su patria, á pesar de que la inutilidad de la mano parecía dispensarle de dar nuevas pruebas de su valor, apenas se vió en libertad se incorporó al ejército de Portugal, que mandaba el Marqués de Santa Cruz, en el que sirvió tres años, teniendo la gloria de asistir á la conquista de las Islas terceras.

Llegado á la Corte, ni la eficaz recomendación de su general Don Juan de Austria, para su hermano el Rey; ni la del Duque de Sessa para los ministros, lograron que Cervantes obtuviera el logro de sus pretensiones, llegando á negarle Felipe II un modesto oficio, vacante en Indias, que nuestro biografiado solicitaba; resolviéndose entonces á pedir á la pluma lo que no había podido lograr de la espada.

Entonces escribió la novela pastoril *Galatea*, y algunas comedias, de entre las cuales la más notable es la que tituló *La Confusa*.

Casado con doña Catalina Salazar, señora más noble que rica, del pueblo de Esquivias, aumentaron sus apuros y crecieron sus necesidades, teniendo que aceptar una plaza de Comisario proveedor de las flotas, en Sevilla; y por último, el destino de cobrador de contribuciones; el último de los cuales le originó los disgustos y prisión en la cárcel de Argamasilla, cárcel famosa en que, como él mismo dijo, *toda incomodidad tiene su asiento* y en la que concibió la idea de escribir su inmortal *Don Quijote*, cuya primera parte vió la luz pública en Madrid, por los años de 1605.

Escribió luego sus celebradas novelas que llamó *ejemplares* para distinguirlas de las atrevidas de Bocaccio, que entonces circulaban: luego, el poema crítico *Viaje al Parnaso*, y en 1615 la Segunda parte del *Don Quijote*, que ya había obtenido un renombre universal.

Lamentando la triste suerte Cervantes, dice Escrich en su drama *El maestro de hacer comedias:*

«Y al hombre que por su patria
perdió una mano en la guerra;
al que cautivo en Argel
fué ejemplo de fortaleza,
al que escribió el *Don Quijote*,
Persiles y *Galatea*;
al que nos dió en el *Parnaso*
de su bondad una muestra
¡le nombran alcabalero
por única recompensa!»

De algo le valió la protección del arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandóval y Rojas, y aún más el apoyo de su constante favorecedor el noble Conde de Lemos.

Pero Cervantes llevaba el sello de la fatalidad, y á sus desgracias públicas se unieron sus desdichas privadas. De sus amores con una dama portuguesa nació una hija, llamada Isabel, como su madre. Cervantes, para salvarla de la miseria y con la miseria del deshonor, solicitó y obtuvo de la Duquesa de Pastrana el dote necesario para que su pobre hija profesara en el Convento de Monjas Trinitarias que entonces se alzaba en la calle del Humilladero. Su esposa doña Catalina no aparece al lado de su marido, y sólo vemos junto á su lecho de muerte á su hermanastra, la beata Manuela Cevallos, ángel de caridad de aquel gran mártir de los siglos XV y XVI, porque, como ha dicho un eminente autor, «Cervantes no podía tener bastante con la ingratitud de un siglo».

Había terminado el *Persiles*, cuando el 2 de Abril de 1616 se declaró la hidropesía que debía matarlo y, sin poder salir de casa, hizo en ella su profesión en la Orden tercera. Aún realizó un viaje á Esquivias, en busca de una mejoría ilusoria, regresando de nuevo á Madrid, donde otorgó testamento, encargando dos misas en sufragio de su alma. Pocas horas después de haber escrito al Conde de Lemos aquella carta que no tiene precedente ni igual por lo valerosa y bella,

«Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo..»

expiró el autor de *Don Quijote*, el 23 de Abril de 1616, siendo enterrado en el Convento de Monjas Trinitarias de la calle del Humilladero, que albergaba á Isabel. ¡No parece sino que el destino llevaba al padre en busca de la hija!

El Dante en Italia, Camoens en Portugal, Milton en Inglaterra y Cervantes en España son las cuatro firmísimas columnas que sostienen el hermoso edificio de la literatura, dentro del cual, y como encerrados en arca sagrada, se encuentran esos cuatro libros, emblema de la más grande sabiduría, que se llaman: *El Infierno*, *Las Luisiadas*, *El Paraíso Perdido* y *Don Quijote de la Mancha*.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS



Cervantes escribiendo la dedicatoria del «Quijote» al conde de Lemos.

Cuadro de E. Oliva — *Fot. de J. Laurent y C.ª*



Cuadro de Tomás Muñoz Lucena.

EL PASADO FESTIVAL

Independientemente del *Concurso hípico y exposición equina* que en esta época de cada año celebra el «Instituto Agrícola Catalán de San Isidro» y de que ya nos ocupamos en el número anterior, (publicando en éste las fotografías de algunos de los carruajes premiados, propiedad de don Francisco Casany), han tenido lugar en la última decena del pasado Junio, conforme estaba anunciado, los festejos extraordinarios organizados por el «Fomento Festival Barcelonés», con la idea siempre laudable de proporcionar diversiones al vecindario y atraer forasteros, en beneficio del comercio é industria barceloneses.

Por efecto, sin duda, de la precipitación, aunque también puede achacarse á que el pensamiento no halló el apoyo conveniente en las esferas oficiales, las tales fiestas no han correspondido, debemos confesarlo, á la importancia de la Ciudad Condal; si bien, consideradas como un ensayo, permiten concebir legítimas esperanzas para los años sucesivos, pues ni han faltado entusiastas que procuraran embellecerlas ni numeroso público que acudiera á presenciarlas.

En la *batalla de flores* figuraron paso de sesenta carruajes adornados y casi todos los de propiedad particular y de alquiler que existen en la localidad, ocupados por lo más selecto de nuestra aristocracia y por las familias más acomodadas de la clase media; de suerte que el Paseo de Gracia, en toda su extensión, presentaba un aspecto grandioso, fantástico, tan difícil de describir cuanto imposible de comprender sin haberlo visto. Y, no obstante, faltaba lo mejor, ya que escaseaban relativamente las *flores* y era punto menos que nula la *batalla;* deficiencia esta última que aquí resultará siempre, en razón á que las catalanas, sobradas si se quiere de materiales encantos, no tienen en semejantes ocasiones la sangre de las valencianas, la gracia de las andaluzas, la desenvoltura de las madrileñas ni el *sans façon* de las parisienses.



CONCURSO HÍPICO — Primer premio de enganches á tronco.

Nuestro gusto sería ofrecer á nuestros lectores las notas culminantes de ese hermoso espectáculo y de los demás que componían el programa de las fiestas, pero ya se harán cargo de que para ello no basta la voluntad: con ser innumerables los fotógrafos y aficionados que, luchando con ímprobas dificultades, pretendieron sacar instantáneas de ellas, sólo hemos podido conseguir, no sin trabajo, las que reproducimos en las páginas del presente número.

En él encontrarán un poquito de cada cosa: la preciosa *Concha*, á que en la referida *batalla* se otorgó el primer premio, presentada por doña Agustina Gerada y construída por el ebanista don J. Veguer, con la cooperación del floricultor don Juan Basseda; los carruajes del *Fox Terrier* y de *don Carlos Barnes*, (2.° y 4.° premio), adornados por don Ramón Oliva, hijo del director de los jardines municipales, y una bonita *jaula*, del señor Masriera, que también fué galardonada.



Segundo premio de enganches á tronco.

Del *concurso de automóviles adornados* que, en honor de la verdad, defraudó las ilusiones de los espectadores hasta dejarles en la duda de si se había verificado ó no, damos los dos que obtuvieron primer premio, propiedad respectivamente de don Antonio Miquel y don Joaquín Solá Masanas, lo propio que el de don José Comas Solá (el cual alcanzó un accésit en la *batalla de flores)* procedentes los tres, según se nos dijo, del «Autogarage Barcelonés» que don Francisco Truco tiene establecido en la calle de Cortes.

Primer premio de enganches á cuatro caballos.

Prescindiendo de los festejos de menor cuantía, que por lo vulgares ó infantiles no merecen especial mención, cúmplenos dejar sentado que, entre todos, lleváronse la palma los de los *Mercados;* pues si en éstos el decorado general producía muy buen efecto, fueron infinitos los puestos particulares engalanados, sino con un lujo impropio del lugar, con originalidad y excelente gusto, que valió á no pocos de ellos justa recompensa.

Constituído cada mercado en centro de popular regocijo, donde los vendedores y sus familias se divirtieron en grande, contribuyó con su respectivo carromato al brillante resultado de la *cabalgata* final, único número digno en absoluto de aplauso. En este punto, nuestra información ha podido ser completa, pues publicamos, como es de ver, los carros, á cual más hermosos, de los mercados de la Boquería, Sans, San Antonio, la Concepción, la Libertad y la Revolución, lo propio que el del «Fomento del Festival», que cerraba la marcha, con expresión de los que obtuvieron premio.

La designación de la *Reina de los Mercados,* verificada en el gran baile dado en el «Frontón Condal» y tan extraordinariamente concurrido que hubo momentos en que temióse un verdadero conflicto, recayó en la bellísima joven Carmen Moragas y Obiols, quien, con los honores de ordenanza y la consiguiente emoción, pasó en un instante, desde

su modesta mesa de carne, en el de la Boquería, á ocupar el trono de la hermosura; gloria tan pasajera como codiciada, que sólo la naturaleza otorga por raro privilegio y sin distinción de clases.

En París, donde los estudiantes y la gente de los mercados constituyen los elementos principales de la *Mi-careme*, hijuela del Carnaval, la elección de *Reina* ha ocasionado más de una vez verdaderos alborotos, pues, ejecutándose por una serie de votaciones parciales, conducentes á otra final y definitiva, despierta extraordinario interés y da lugar á que las candidatas apelen á todos los recursos posibles para triunfar de sus rivales; registrándose casos en que tuvo que intervenir la policía para restablecer el orden.

Aquí, no se toman tan á pecho estas cosas; por más que muchas, en su fuero interno, se creyeran con derecho á ser elegidas, el cruel desengaño no molestó á ninguna de ellas ó al menos lo disimularon perfectamente, entregándose todas, á fuer de buenas catalanas, á los placeres del baile.

Cualquiera manifestación de la belleza entra de lleno en los dominios del Album Salón; por esto pusimos formal empeño en que la improvisada *Reina* ocupara en sus páginas un lugar preferente, deseosos de que nuestros lectores pudieran aplaudir el fallo del Jurado, y aquí está, colmándonos de satisfacción el haberlo conseguido, gracias á la benevolencia de la encantadora joven y á los buenos oficios del amigo Napoleón, que nos ha dado en la ocasión presente otra prueba de su pericia y actividad.



La Reina de los mercados.

No cerraremos esta reseña que, por las razones antedichas, resulta harto incompleta, sin tributar un aplauso á la Junta del «Fomento Festival Barcelonés». Si su iniciativa no ha obtenido el éxito que era de esperar, tampoco puede decirse que haya fracasado; el buen deseo que inspiró su pensamiento y el esfuerzo que desplegó en la realización del mismo, cuando ya no quedaba tiempo material para ello, no han dado fruto inmediato; pero lo deferido no es perdido. Sembrada la semilla, podráse recoger buena cosecha en el próximo año y en los sucesivos, si con la oportunidad precisa y mediante una organización que ahora ha brillado por su ausencia, la mencionada Junta pone verdadero empeño en que esas nuevas fiestas tengan la grandeza y esplendor de las tan renombradas de Sevilla y Valencia, capitales cuyos elementos no igualan con mucho á los de que dispone la populosa y rica Barcelona.

Hacemos extensivo nuestro aplauso á cuantas corporaciones y personalidades han contribuído con su inteligencia ó desinteresado trabajo, á que las verificadas en el pasado Junio hayan merecido siquiera, la calificación de regulares; y muy principalmente á nuestros conciudadanos de los mercados y plazas de abastos, laboriosos hijos del pueblo, que, por primera vez acaso, han tomado parte principal en públicos festejos, siendo innegablemente su más firme sostén y su nota más simpática y valiosa.

***

Fot. de Napoleón.



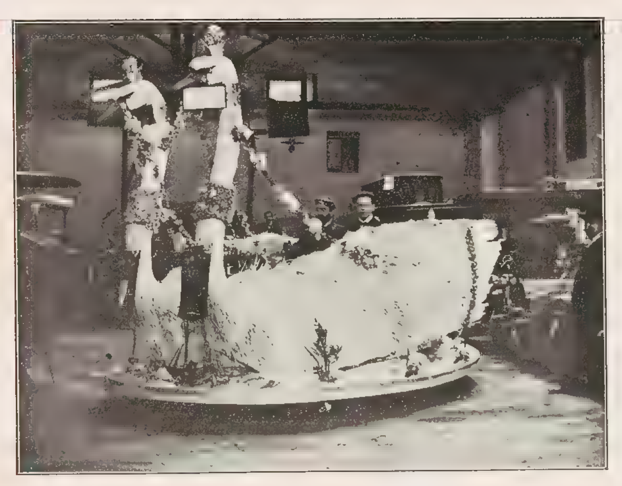
Carro del mercado de la Boquería. — Primer premio.



Carro del Mercado de Sans. — Segundo premio.

ALGO SOBRE CUERNOS

No hablo en sentido figurado aludiendo á esos apéndices que se adjudican á muchas cabezas predestinadas; sino á la *cuerna* ó defensas de los toros, explicando, hasta cierto punto, las repetidas cogidas que en estos tiempos que corren, sufren los simpáticos diestros que se dedican á la lidia de reses bravas. Indudablemente los toros están destinados á coger á los toreros, y, me fundo en las siguientes razones: Hay varios animales en los que los cuernos son un adorno de la naturaleza. El unicornio sólo tiene uno, los carneros dos, retorcidos hacia abajo, á la manera de los *bandós* con que se peinaban nuestras abuelas. Las cabras ostentan dos juntos en mitad del testuz, tan encorvados hacia adentro que no las sirven ni para defenderse ni para acometer. Sólo el toro los lleva á ambos lados de la cabeza, largos, con una punta tan sutil que rasga hasta la seda y perfectamente colocados para reventar á cualquiera; mucho más, impulsados por la extraordinaria fuerza que este apreciable animalito tiene en el testuz.



CONCURSO DE AUTOMÓVILES
Coche de don Antonio Miquel. — Primer premio.

Ahora bien; ¿por qué la próvida naturaleza, que nada hace á tontas ni á locas, le ha dotado de esas terribles armas de acometividad? En España no existen leones, búfalos, tigres ni demás alimañas feroces; por consecuencia el toro no tiene enemigos. El toro es hervívoro y, por lo tanto, no acomete á animales inferiores para matarlos y comérselos. ¿Para qué, pues, su terrible encornadura? Se me dirá que hay osos y lobos; pero los primeros viven en distantes latitudes de las del toro, y respecto á los segundos, la naturaleza no había de hacer una excepción privilegiada con el toro, negándosela á otros inocentes animalejos que suelen ser víctimas del hambre de los lobos.

Nada, nada, no se concibe más explicación que la siguiente: el toro ha sido creado para *coger* y defenderse del hombre, su único y exclusivo enemigo. Tal vez la naturaleza presintió las corridas taurinas, y se dijo: «puesto que los hombres, no contentos con matarse recíprocamente, por gala, no por gula como los antropófagos, quieren divertirse y exasperar á uno de los más hermosos animales que yo he creado, démosle medios para que alguna vez les haga pagar cara su perversidad». Las cogidas son los puntos negros de la fiesta nacional, turbando la augusta formalidad de ésta, porque yo, parodiando la injusta gabachada de un escritor transpirenáico que ha dicho: *à Espagne il n'y a organisé que le vol,* diré á mi vez: en mi hermoso país sólo existe una cosa completa, acabada, seria y formal;... las corridas de toros. ¡Qué

exactitud, qué puntualidad, qué actividad en sus detalles y en su conjunto! La autoridad que las preside está ya en su asiento antes de la hora de empezar, evitando que le toreen á ella por vía de prólogo, como sucedió alguna vez al Rey absoluto Don Fernando VII, y al Rey constitucional Don Alfonso XII, retardado por culpa de su huésped, el monarca lusitano. Las cuadrillas están siempre completas y en correcta formación esperando á que el presidente dé la señal de salida. Si se rompe algún tablero de la valla, es repuesto instantáneamente; y es de ver la asombrosa rapidez con que los *precisos operarios* levantan la barrera central cuando hay división de plaza.

¡Todo al pelo!

Siempre ha habido cogidas en la lidia de reses bravas, como es natural, pero en la actualidad menudean como una maldición. Francisco Montes fué el primero que dijo: *los toros dan y quitan*. Frascuelo, especialmente cuando sufría una cogida, solía exclamar: *¡esto dan los toros, dinero y cornás!;* pero en la época presente las cogidas se enredan como las cerezas. ¿Por qué? En otra ocasión, si tengo humor y espacio, trataré de explicar las causas; ahora sólo indicaré una de las más principales. Los diestros que ahora actúan, por lo general *no subsisten en la cruz*, frase que necesita una explicación para ser comprendida. La anatomía del toro, en el sitio de la cerviz en que puede ser herido de muerte, presenta la siguiente figura:



Es á la manera de una A mayúscula fatal, que los diestros deben observar detenidamente. A esto se llama impropiamente la cruz, puesto que más bien debiera llamarse el triángulo. El estoque que penetra en este triángulo hiere de muerte al toro, que cae instantáneamente. Si la espada penetra en el espacio comprendido debajo del triángulo, pero dentro de las *patas* de la *A*, la muerte es también segura, si bien más lenta, que suele permitir al toro llegar á la barrera, que es su natural querencia para morir. Considere, pues, el lector la dificultad que ofrece la suerte de matar toros á la primera estocada, aun cuando la *A* anatómica sea mucho mayor que la que yo he consignado en el papel. Es difícil que trazándola en su natural tamaño en cualquiera sitio y tratando con todo espacio y tranquilidad de señalar con un bastón la estocada, pueda darse siempre en el triángulo fatal, ni aun en el espacio comprendido entre los dos rasgos de la *A*. Por tanto, pues, ruego al amable lector aficionado, que sea algo benévolo con los diestros que dan varias estocadas y algunos golletazos. Se llama *subsistir en la cruz*, cuando el matador se toma el tiempo suficiente para señalar la estocada al herir, y muy pocos conservan la serenidad necesaria, ante una masa feroz y movible como lo es la del toro. Por esto ha habido grandes toreros que han sido deficientes estoqueadores, y á esta serenidad y valor debió Frascuelo sus grandes éxitos de matar frecuentemente seis toros de seis ó siete estocadas.

Un amigo mío está muy receloso con las repetidas cogidas de la actualidad. Antiguo aficionado que ha alcanzado á tiempos en que los diestros se defendían mejor, teme que la fiesta taurina se acaba por falta de lidiadores. Yo trato de tranquilizarle diciéndole: aunque en cada temporada resultasen quince ó veinte toreros despanzurrados, no faltaría



CONCURSO DE AUTOMÓVILES

Coche de don Joaquín Solá Masanas. — Primer premio.



Carro del Mercado de San Antonio. — Tercer premio.

Carro del Mercado de la Libertad (Gracia).

JOSÉ M.



PA

MARQUÉS



SAJE



Carruaje del «Fox Terrier».
Segundo premio en la Batalla de Flores.

quienes les substituyeran: con los toreros sucede lo que con las ranas en el estanque, por cada una que se zambulle saltan media docena. La razón es bien clara; prescindiendo de la afición desmedida, que mueve á los que en Madrid se llama *capitalistas* á bajar al redondel exponiéndose *gratis* á los revolcones de los novillos, media otro móvil más poderoso. «Oiga usted, Mazzantini»—dijo en una ocasión á este diestro un amigo suyo.— ¿Por qué usted, que no es un hombre vulgar y sirve para cosas mejores, se ha dedicado á profesión tan peligrosa? — Por una razón muy sencilla — contestó el torero. — Porque después de pensarlo mucho, me he convencido, de que sin una suerte excepcional, no hay en España oficio, ni aun el de Presidente del Consejo de Ministros, ejerciéndole con pureza, que proporcione al año veinticinco ó treinta mil duros.—La explicación es contundente; si *por dinero baila el perro*, por dinero siempre habrá quien se exponga á los cuernos del toro, aunque éste tuviera seis ó siete como el de la popular zarzuela.

Así, pues, los que temen la extinción del toreo, que no son pocos, se equivocan de medio á medio, como los anarquistas. Estos fogosos señores creen y se sacrifican por la idea de que matando emperadores, reyes y presidentes, se derrumbarán tronos y se extinguirá el principio de autoridad, y ni aun los hechos les disuaden de tal error. Mientras existan hombres, mujeres, niños y niñas, siempre habrá príncipes coronados, presidentes sin corona, mikados, neguses y demás zarandajas autoritarias, y hasta cuadrillas femeniles de toreo.

Hay que matar las ideas, no á los hombres.

Si don Tancredo, sin defensa, vestido en traje de estátua de magnesia, se expone inmóvil á los furores del toro; ¿cómo no ha de haber, quien provisto de capote ó de muleta y teniendo una valla de refugio, se arriesgue á una cornada eventual por una ganancia segura? Lo malo es que el público suele ser más bruto que los lidiadores y que las reses que se lidian, y tiene exigencias injustificadas; hay toros, á los que sólo puede matar sin grave peligro el disparo de un Maüsser. Por fortuna son muy pocos.

Algunos se preguntan: «¿Habrá algún demonio anarquista que sople en las ganaderías el espíritu de rebelión y protesta, ó es que degenera la raza brava taurina?» Lo primero es una lucubración chancera, pero lo segundo puede ser verdad. Los Veraguas y aun los Saltillos no son ya lo que eran; antes, los malos eran una excepción; ahora, muchos son bueyes bravos; y sabido es que cuanto más valiente el toro es más fácil de lidiar por diestros que sepan su oficio.

El arte da serenidad, y yo creo que ésta es la que falta á la mayoría de los modernos lidiadores; no por falta de valor sino por arrebato. Por esto pasan de muleta y hieren con rapidez, siendo así que cuanto más lento, resulta el toreo más elegante. De esto y de la repetición de estocadas provienen las cogidas. La res herida aprende y se hace recelosa, y al diestro de vergüenza, para no deslucirse, no le queda más recurso que tirarse de cualquier modo exponiéndose á las consecuencias.

Esto consiste en que no puede haber toreros improvisados. Mazzantini ha sido una excepción. El antiguo Julián Romea pudo pasar de un golpe de racionista á primer actor; pero el toreo, que es un oficio manual que necesita práctica, no admite improvisaciones.

Antes, en el toreo se exigían aptitudes, tiempo de ejercicio y condiciones físicas para tomar la alternativa de matador; principalmente robustez y estatura.

— Mire usted — me decía el célebre picador *el Coriano*, — mis compañeros van *afiminizándose;* antes no salían de las tabernas, ahora están siempre en los *cafeses*, tomando cerveza y hasta chocolate, y *paecen* mequetrefes de esos que se ponen de muestra en las tiendas.

Y hasta cierto punto tenía razón... pero basta, temo que de seguir, el lector me dé un revolcón moral.

F. MORENO GODINO

JUAN SOLDADO

Era Juan uno de los más gallardos mozos de un pueblo de la alta montaña de Cataluña, que no hace al caso nombrar, y en el que ejercía el oficio de panadero cuando llegó á la edad de entrar en quintas.

Tocóle en suerte un número bajo y, por las circunstancias en que se hallaban sus padres, hubo de comprender que no le quedaría más remedio que cargar con el chopo.



Carro del Mercado de la Concepción.



Carro del Fomento Festival Barcelonés.

Esta inmediata perspectiva llenó de amargura su corazón.

Y no era que Juan fuese cobarde, pues en distintas ocasiones había dado muestras de animoso y, desde muy joven, hízose respetar, no sólo de sus compañeros, sino también de hombres hechos y derechos, según dice el vulgo.

La idea de ir al servicio no le arredraba; importábale poco sufrir las molestias y correr los riesgos á que, aun en tiempo de paz, está expuesto el soldado; y sin embargo, desde que supo el resultado del sorteo, negra nube de tristeza envolvió su alma.

—¡Parece que tengo aquí encima un pan de nueve libras!—decía el pobre mozo, golpeándose con fuerza el pecho, en el sitio del corazón.

El dueño de la tahona, hombre de edad y de experiencia, al oir tal exclamación, le dijo, en tono de zumba:

—¡Vamos hombre!... ¡Ya yo sé cómo se te quitaría ese peso!

—Pues si usted lo sabe y me lo dice,—repuso ingénuamente el joven,—me habrá hecho un favor, porque yo no doy con ello y estoy incomodado conmigo mismo, al considerar que parezco un chiquillo medroso que se asusta ante la idea de ver venir al coco... ¡Y bien sabe Dios que no es eso!...

—¡Claro! ¡Como que es lo otro!—replicó el tahonero sin dejar su tono burlón.

—¿Qué otro?

—¡Mejor dicho, la otra!

—¡La otra!

—¡Sí, hombre, sí!... ¡Aunque creas que nadie lo sabe, soy perro viejo y tengo tal olfato para oler amoríos, que me las apuesto con el mejor de los perros de caza!

Y lanzó una carcajada, mientras que Juan se ruborizaba hasta las orejas, murmurando:

—¡Yo ... no sé... no entiendo!...

—¡No sé!... ¡No entiendo!...—dijo el tahonero remedándole...—Vamos á ver: ¿á que si fuese de cantinera del batallón la Tereseta, irías al servicio más contento que unas Pascuas y no tendrías el pecho convertido en panadería?

Estas palabras aumentaron de un modo extraordinario la turbación de Juan, que bajó la cabeza y permaneció confuso y silencioso durante algunos momentos.

Por fin, irguiéndose y fijando una mirada de asombro en su interlocutor, exclamó:

—¿Quién se lo ha dicho á usted?...

La contestación fué una nueva carcajada, seguida de esta otra pregunta:

—Ven acá, Juan de mis pecados: ¿quién me lo ha de haber dicho? ¿quién se lo ha contado á todo el pueblo sino tú mismo?

—¡Yo!—dijo con indignación el mancebo.

—¡Tú!... ¡El mismo que viste y calza!... Espera, espera y no me interrumpas... Vas á afirmar que de tu boca no ha salido tal confesión, cosa que yo sé perfectamente...

—Entonces...

—¡Eso no importa!... ¡Si no has hablado, has mirado, has suspirado, poniendo los ojos en blanco, has hecho más de lo necesario para que todos, en el pueblo, incluso la misma interesada, sepamos á qué atenernos!... ¡Sólo parece extraño que tú, no pecando de corto, ni de encogido, dejes pasar el tiempo, sin decir á la chica:—¡Por ahí te pudras!...

Al oir que Tereseta estaba tan enterada como los demás de lo que pasaba en el corazón de Juan, éste cambió de color.

—¡Cree usted...—balbuceó,—que ella supone... que imagina!...

—¡No imagina ni supone nada!... ¡Sabe que estás enamorado de ella!... ¡Ni más, ni menos!...

—¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!...—dijo cándidamente Juan.



Carruaje de don Carlos Barnes.
Cuarto premio en la Batalla de Flores.



Batalla de Flores. — «Concha», de doña Agustina Gerada. — Primer premio.

— ¿Y por qué había de hacerlo?

— ¡Ni se ha mostrado enojada conmigo!...

— ¿Por qué había de estarlo?...

— Es que... digo... me parece que... cuando una mujer sabe que un hombre la quiere y no le muestra desvío...

— ¡Si es, como la Tereseta, una joven honrada y buena... me parece... digo yo... que también le debe querer á él!...¡Es muy probable que así sea!

— ¡Dios mío!.. ¡Si ella me quisiera!.. ¡Qué felicidad!... Digo mal; ¡qué desgracia!...

— ¡Desgracia! ¿Te has vuelto loco?..

— ¡Para perder el juicio es el caso!... ¡Cerca de dos años hace, ¿sabe usted?.. que suspiro por ella, que es mi vida, que no pienso más que en ella, que sólo por Tereseta vivo!... ¡Y figúrese usted que ahora se lo digo... que me da el sí... y que tengo que dejarla!.. ¡Vamos!.. ¡Es cosa de desesperarse!...

El tahonero se encogió de hombros. ¡Hacía muchos años que había sentido el primer amor!

—Yo que tú, — repuso, — lo que haría es no perder el tiempo... Teresa, como has dicho muy bien, es una chica honrada y formal; si te acepta por novio, te será fiel... Podrás marchar tranquilo á cumplir con la Patria; á tu regreso, os casáis... ¡y *laus Deo!*

—¿De modo que usted cree?.. — comenzó á decir Juan, animado por las palabras de su amo.

—¡Que ya has perdido bastante tiempo y ahora te toca aprovecharlo!... Conque... ¡ánimo... y á ella!

Dicho lo cual, se separó del joven, dándole un amistoso golpecito en el hombro.

***

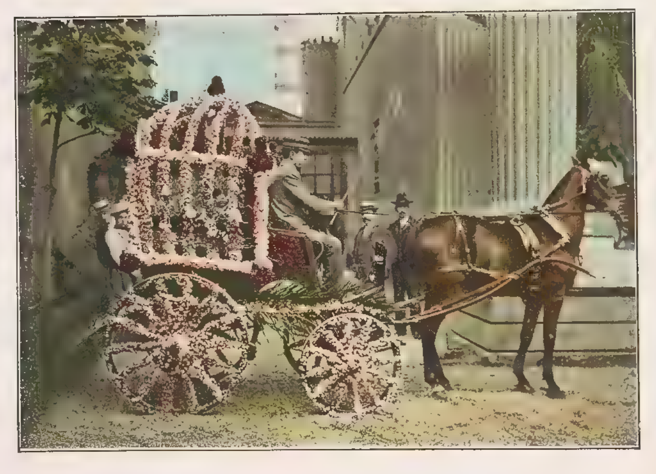
Teresa Soler, la amada de Juan, era una hermosísima joven de diez y ocho abriles, con grandes ojos negros, correcta faz trigueña y negrísimo y abundante cabello. Su estatura era más bien alta que baja, airoso el talle y gracioso el andar; en suma, reunía tales perfecciones que no solo Juan sino otros muchos mancebos del pueblo y aun de la capital de la provincia, se hubieran considerado dichosos con obtener las primicias de su corazón.

En cuanto á la parte moral, había sido perfectamente juzgada por el panadero y por su dependiente; era una muchacha honrada y formal, ni amiga de bulliciosas diversiones, ni capaz de los más inocentes coqueteos.

Verdad es que, ella también, como Juan, amaba en secreto; mas, por fortuna para el joven, él era el elegido de su corazón.

Ambos, habitantes en dos casas contiguas, habíanse criado juntos, juntos habían pasado su infancia, y á un mismo tiempo habían sentido el uno por el otro esa pasión avasalladora, dueña de la Humanidad, que por ella subsiste, y que se llama el amor.

Pero Juan, al contemplar á Teresa, al admirar sus encantos, decía para sí:



Jardinera de don Luis Masriera, en la Batalla de Flores.

—¡Vale mucho más que yo!.. ¡No la merezco! ¡No hará caso de mí!...

¡Y esta fatal idea sellaba su boca, haciéndole volver hasta el fondo del corazón la expresión de sus sentimientos, pronta á brotar de sus labios!

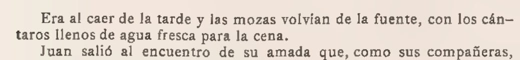
Las mujeres son más perspicaces que nosotros. Teresa no tardó en comprender lo que pasaba en el ánimo de su amigo de la infancia, y se sintió feliz, pues acostumbraba á pasar las mejores horas de su existencia junto á él, ¿cómo no le había de halagarle la idea de ser su compañera de toda la vida?

Sin embargo, su natural pudor, su dignidad mujeril, hiciéronla abstenerse de dar á conocer al joven que había descubierto su secreto.

Así se hallaban las cosas, cuando Juan, animado por las palabras de su amo y excitado por lo crítico de la situación, resolvió despejar la incógnita, á la primera ocasión, que no se hizo esperar.



Automóvil de don José Comas Solá. — Accésit en la Batalla de Flores.



***

Era al caer de la tarde y las mozas volvían de la fuente, con los cántaros llenos de agua fresca para la cena.

Juan salió al encuentro de su amada que, como sus compañeras, había ido á buscar el indispensable líquido, y la dijo en voz baja:

—¡Hemos de hablar!

Teresa se ruborizó y su corazón latió con violencia.

Las palabras del joven nada tenían de particular; pero fueron dichas en tono tal y acompañadas de tal mirada que aquélla adivinó la llegada del momento en que el hielo iba á fundirse, en que la esfinge iba á romper su largo silencio.

Del modo más natural del mundo, fué rezagándose de sus compañeras y, al quedar sola con el mancebo, fijó en éste una mirada, entre tímida y curiosa y dijo:

—¡Habla!

—¡He caído soldado, Teresa!

—¡Lo sé!— respondió la joven tristemente.

—¿Pensarás mucho en mí cuando esté en el servicio, cuando ya no pueda verte ni hablarte como ahora te hablo y te veo?..

—¡Cómo no pensar en el inseparable compañero de mi niñez!

Juan, en el colmo de la exaltación, exclamó:

—¡Teresa!... ¡Teresa!... ¡yo no te quiero á ti como compañera de la infancia, sino más, mucho más que todo eso!... ¡Yo te quiero con amor... con amor grande y verdadero, como mi padre á mi madre, como á la tuya el tuyo... para siempre y sobre todo!... ¡Di Teresa, Teresa mía!... Cuando yo sea libre ¿consentirás en ser mi mujer?...

La joven levantó hacia él los ojos, cuya mirada límpida y serena reflejaba la felicidad; luego los volvió á bajar y, con voz casi imperceptible, parecida á un soplo, pronunció este expresivo monosílabo:

—¡Sí!

. . . .

¡Qué feliz fué la velada aquélla para los dos jóvenes!

Dos largas horas emplearon en recordar lo pasado y en fijar planes para lo porvenir.

Cuando se separaron, después de repetirse hasta la saciedad que se amaban y que se conservarían mutua é inquebrantable fidelidad, ambos sentían somo si hubiesen recibido un nuevo sér, y en las dos mentes se destacaban luminosas, estas ideas:

—¡Qué hermosa es la existencia!... ¡Qué bueno es Dios!...

Eduardo BLASCO

(Concluirá).



Carro del Mercado de la Revolución (Gracia).

J. NOGUÉS



DE ATALAYA

¡ÚLTIMO TRIBUTO!



Fot. de A. Más.

TUMBA DEFINITIVA DEL EMINENTE POETA CATALÁN, MOSEN JACINTO VERDAGUER, EN EL CEMENTERIO NUEVO

El acto de trasladar los restos mortales de Mosen Jacinto Verdaguer de la sepultura provisional al panteón construído á expensas del Ayuntamiento en el Cementerio del Sudoeste, resultó solemne.

Poco después de las cinco de la tarde del día 5 de los corrientes, salió de las Casas Consistoriales la comitiva, precedida de una sección montada de la guardia municipal y en la que figuraban el Ayuntamiento, presidido por el señor Cambó, en representación del Alcalde, muchas sociedades y centros importantes de esta ciudad y de varios pueblos.

La comitiva se dirigió al Campo santo, en donde esperaban los parientes y albaceas de Mosen Jacinto, la Junta de Cementerios, el «Orfeó Catalá» con la *senyera* enlutada y numeroso público.

Inmediatamente fué abierta la tumba en que yacía el místico vate y se sacó el ataúd, que se conservaba en buen estado, siendo trasladado junto á la nueva tumba y colocado sobre una alfombra de follaje y de flores. El Reverendo capellán del Cementerio entonó un responso, y el «Orfeó Catalá» cantó el *Libera me Domine*, de Victoria. Se colocó después el féretro en la sepultura de nueva construcción, cuya vista acompañamos, y frente á la cual se alza una gran cruz de piedra de la montaña de Montjuich, con la inscripción: «A Mosen Jacinto Verdaguer» y las fechas y lugar del nacimiento y defunción.

El señor Cambó pronunció un sentido discurso de gracias y enalteció la memoria del insigne catalán, diciendo que sólo la naturaleza podíale labrar sepultura digna, guardando sus despojos mortales aquel peñasco, tan duradero como el recuerdo, en la mente de los buenos españoles, de la grandeza que encierra.

* * *

LA FELICIDAD

Era en tiempos lejanos. Doce caballeros cruzados decidieron esperar, en una isla desierta, la felicidad que les había sido prometida como premio de sus gloriosas hazañas.

En una pequeña colina de la isla y frente al mar edificaron un hermoso castillo en que reinaba el silencio, porque en el espíritu de cada caballero el crepúsculo tendía sus vaguedades indecisas y en sus mentes y en sus corazones la tristeza, como mariposa negra, batía pausadamente sus grandes y fatídicas alas.

Para ellos no tenía encantos la dulce primavera, ni el gorjear de las aves en el bosque, ni el correr de las ondas por los verdes llanos, ni la albura eucarística de los lirios y jazmines, ni las auroras rosadas con sus brisas frescas y saludables, ni el perfume agreste de las flores, ni el fulgor del astro nocturnal y sus titilantes compañeras, ni el vívido resplandor del sol que, como una gloria, bañaba con la bendición de su luz las bellezas tropicales de la isla.

Los caballeros, mudos y pensativos, mirando siempre hacia el mar, sentían las nostalgias de la vida, el vacío perenne del corazón, las inenarrables ansias de deseos insaciables, la aspiración perpetua á lo desconocido;—aspiración que vive dentro del sér humano y lo atormenta con su inmensa pesadumbre.

En el frontispicio del castillo habían grabado esta leyenda, que escribiera Heine en uno de sus más desolados *lieders*: *La esperanza es lo único que le queda al desdichado.*

Un día, al rayar la aurora, divisaron los caballeros un blanco bajel que navegaba á toda vela con rumbo á la isla. Ansiosos esperaron. ¡Tal vez fuera el portador de la felicidad prometida!

Al acercarse la blanca nave, sintieron dulces cantos que llevaban la embriaguez á los sentidos y la vieron tripulada por mujeres deliciosas, nacidas para la caricia y el arrullo, hechas para las horas encantadas de la dicha y del placer.

En la blanca bandera que flameaba en el gallardo mástil se leía: *Soy el Amor.*

Los caballeros, á la vista de las espléndidas mujeres, sintieron bullir su sangre generosa: eran hombres fuertes, jóvenes y robustos, los carnales apetitos bramaban como leones hambrientos dentro de su sér; pero supieron acallarlos, y la más honda tristeza abrumó de nuevo á los doce caballeros. No, no era esa la felicidad que esperaban.

Uno de ellos, el más valiente, el más esforzado, sobreponiéndose como un héroe á las voluptuosas inclinaciones de la carne, gritó con voz de trueno: *¡Pasad! ¡Pasad!* Y entonces, al alejarse el blanco bajel, parecían elevarse de él unos como gemidos lastimeros, y las preciosas mujeres parecía que lloraban.

Luego, más tarde, vieron acercarse á la isla otra nave que brillaba como el sol y cuyas velas eran de púrpura de Tiro y cuya carga se componía de piedras preciosas, de perlas y de barras auríferas. La bandera que ostentaba en su arboladura de plata decía: *Soy la Riqueza.*

La voz del noble caballero, desde lo alto de la torre del castillo, volvió á tronar: *¡Pasad! ¡Pasad!*—Y al alejarse esa nave dorada parecían salir de ella como carcajadas irónicas.

El amor y la riqueza... ¡Bah!; bien sabían ellos, los caballeros cruzados, que la felicidad que ofrecen dura sólo *l'espace d'un matin*, como la rosa de Malesherbe!

Después, anunciado por el fuerte clarinear de trompetas heráldicas, se acercó á la isla otro bajel cuyo casco era reluciente como el oro y cuyas velas eran azules como el cielo. Su leyenda decía: *Soy la Gloria.*

Y en seguida llegó otra nave de gran porte, gallardamente hermosa, y cuyo lema rezaba: *Soy el Poder.*

Ambos bajeles se alejaron al momento ante el imperativo *¡Pasad! ¡Pasad!* del caballero cruzado. Entonces se oyeron maldiciones y denuestos salidos de las dos naves que se iban, que se alejaban de la isla.

¡Vanidad de cosas vanas! — exclamó uno de los doce caballeros, — y los demás asintieron con un gesto desdeñoso, volviendo á hundirse en el crepúsculo de las tristezas de la vida...

Una noche, solos con la esperanza, los caballeros, sentados en amplios sillones sobre la terraza del castillo, se dormían tristemente, bañados por la luz perlada de la luna. Entonces, cuando el sueño los había embargado por completo, llegó, sin ruido, en un pequeño y negro esquife, una mujer blanca, intensamente blanca, hermosísima y vestida con el albo ropaje de las desposadas. Subió, cual si tuviera alas, desde el negro esquife hasta la terraza del castillo. Traía para los caballeros el mismo dón que otorgara la diosa Juno á Biton y á Cleobis, *el mayor bien que los dioses pudieran otorgar á los mortales.*

La blanca y hermosa mujer se acercó á los caballeros y á cada uno de ellos le dió un beso largo, muy largo, con el que le infundía dentro del sér la felicidad tan esperada y tan querida.

Los besó á todos, y se retiró en silencio, sin ruido, con la majestad y el aire de una reina triunfadora y feliz.

¡Era la muerte!

José CIBILS

Rosario de Santa Fe. (R. A.)

Con verdadera satisfacción insertamos en el presente número el retrato del Teniente Coronel don Federico Gómez Mariscal, Sargento Mayor de la Plaza de Barcelona, donde por su trato afable y distinguido, lo propio que por su caballeroso proceder tiene muy buenas amistades y numerosas relaciones; acompañando algunos apuntes biográficos que demuestran su importancia dentro de la milicia.

Nació en Jaén, el 19 de Agosto de 1851, ingresando muy joven (28 de Abril de 1869) en el arma de Infantería como soldado voluntario.

Su hoja de servicios es brillante. A poco de haber ingresado en filas tomó parte en los sucesos republicanos que tuvieron lugar en el distrito de Valencia; del 72 al 76, operó en persecución de partidas carlistas en Cataluña, Centro y Norte; el 86 y 97 asistió á las campañas del Río Grande de Mindanao y Luzón (Filipinas).

En el último día del pasado Junio cumplió 34 años, 2 meses y 2 días de servicios efectivos; y de éstos, 6 años, 4 meses y 6 días en el empleo de Teniente Coronel.



D. FEDERICO GÓMEZ MARISCAL

Fot. de Napoleón.

Ha figurado en 36 hechos de armas y todos los empleos, á excepción del de Alférez, Teniente y Teniente Coronel, le han sido concedidos por méritos de guerra.

Por Real orden de 3 de Julio de 1876, fué declarado Benemérito de la Patria.

Ha desempeñado durante su carrera varias comisiones y se halla en posesión de las condecoraciones siguientes:

Dos cruces Rojas del Mérito Militar de 1.ª clase y una de 2.ª de la misma orden.

Cruz blanca del Mérito Militar de 1.ª clase.

Medalla de Alfonso XII con los pasadores de Cantavieja, Seo de Urgel, Santa Bárbara y Estella.

Medalla de la guerra civil de 1873 y 1874.

Medalla de la campaña de Luzón de 1896 á 1898.

Medalla de Voluntarios de Filipinas.

Medalla de Alfonso XIII.

Cruz y Placa de la Real y militar orden de San Hermenegildo.

* * *





Vista de Santa Isabel, capital de la isla.

NUESTRA ÚLTIMA COLONIA

LA ISLA DE FERNANDO PÓO

En la historia de las naciones se registran sucesivos períodos de crecimiento, grandeza y decadencia: es el curso fatalmente señalado á todos los seres, á todas las cosas, y España no podía substraerse á esta ley común. Por eso, tras una larga y accidentada época de desenvolvimiento entorpecido á menudo por la especialidad de carácter y temperamento de sus naturales, logró alcanzar otra época de apogeo y poderío ilimitado, llevando á todas partes sus huestes victoriosas y extendiendo su dominio hasta más allá de los mares y estableciendo el imperio colonial más vasto y más rico de cuantos en el decurso de las edades han conseguido las diversas naciones del viejo continente.

Hoy, todo aquel poderío ha desaparecido, toda aquella esplendorosa aureola de gloria y grandeza se ha extinguido casi por completo. Unicamente allá al Oeste de la africana tierra, en el golfo de Guinea, quedan, como restos apenas perceptibles de aquel imperio colonial, una tira de terreno en la costa, y en el mismo golfo, no muy muy lejos del continente, algunas islas donde todavía ondea el pabellón rojo y gualdo, siempre amenazado por la fatídica suerte que á todas las demás colonias españolas les ha cabido. A este conjunto se le da el nombre genérico de Posesiones Españolas del golfo de Guinea ó más habitualmente el de Guinea Española, y comprenden el territorio del Muní y las islas de Fernando Póo, Annolón Corisco y las dos Elobey.

De todos estos componentes, el único que actualmente reviste importancia verdadera es la isla de Fernando Póo, en la cual están fijas desde larga fecha, desde hace más de un siglo, las miradas codiciosas de las tres naciones más poderosas del continente europeo. De ella vamos á tratar exclusivamente en estas líneas, si bien lo haremos con la brevedad que nos impone el reducido espacio de que podemos disponer, sin perjuicio de volver más adelante, si las circunstancias lo exigieran.

La isla de Fernando Póo, cuyo mapa va en este número, se halla situada entre los paralelos de 3° 12 y medio y 3° 48 y medio de latitud Norte, y los meridianos de 14° 38 y 15° 11 de longitud Este; con una extensión de 35 millas desde punta Europa ó de los Frailes, en el extremo Norte, hasta punta de Santiago, en el extremo Sur, y con una población indígena de 38,000 habitantes, á la cual debe agregarse la de la capital, compuesta casi en su totalidad de europeos y *krumanes*.

La población indígena la constituyen los individuos de la raza *Bubi*, la cual parece ser originaria de las costas vecinas y principalmente de Lagos, de donde huyeron inducidos por el miedo que les infundían los europeos, yendo á refugiarse á la isla de Fernando Póo y formando la mencionada raza. En apoyo de esta versión existe el dato inapreciable del tatuaje que practican los *bubis* en sus rostros y es idéntico al de los *okus* de Lagos, con la sola diferencia de que mientras el *okus* efectúa las incisiones en sentido diagonal el *bubi* las verifica en sentido horizontal.

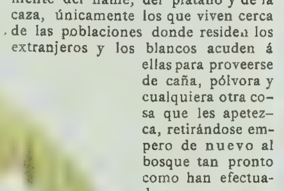
El *bubi* es de carácter naturalmente apacible y apático é indolente. Cuando el intrépido navegante portugués cuyo nombre lleva actualmente la isla, la descubrió en 1483, la consideró desierta, por no aparecer en sus costas sér alguno viviente; pero al ir más adelante los franceses á establecer sus colonias en el punto donde hoy se levanta la capital de la isla, pudieron adquirir el convencimiento de que existían habitantes en el interior de los bosques. Allí residen todavía en la actualidad habitando en sus selváticas viviendas, conservando sus costumbres, sus creencias, sus supersticiones, y su sistema de gobierno, que bien podríamos calificar de monarquía oli-



Bahía de Santa Isabel.

gárquica, puesto que están sometidos á su rey y á sus sacerdotes. Refractarios por completo á la civilización, desconociendo las necesidades que ésta lleva consigo, puesto que los moradores de aquellas selvas van poco menos que completamente desnudos y se alimentan principalmente del ñame, del plátano y de la caza, únicamente los que viven cerca de las poblaciones donde residen los extranjeros y los blancos acuden á ellas para proveerse de caña, pólvora y cualquiera otra cosa que les apetezca, retirándose empero de nuevo al bosque tan pronto como han efectuado sus compras.

La apatía é indolencia naturales en la raza *Bubi* habrían sido una gran rémora para el desarrollo comercial





Calle Gran Canaria.

de la isla, si los colonizadores no hubiesen logrado hacerse con gentes avezadas al trabajo en aquellas regiones, casi ecuatoriales, donde el europeo no puede, bajo ningún concepto, dedicarse á las labores del campo, ni á faenas mecánicas de importancia, si no quiere sucumbir á la influencia deletérea del clima. Estas gentes son los *krumanes* ú hombres del *Kru*, nombre genérico que en la costa de Africa se da á los habitantes negros en las costas de la Liberia y de Sierra Leona y en una parte de las costas del Marfil. Desgraciadamente para nuestros intereses en Fernando Póo, la influencia inglesa en Sierra Leona y el establecimiento de una agencia alemana de contratación de esos indígenas en Liberia y la explotación cada vez más creciente de los terrenos de aquellas costas africanas donde tienen sus colonias ingleses, alemanes y franceses, hacen cada día más difícil su adquisición para el cultivo de nuestros terrenos en Fernando Póo, llegándose ya al extremo de que ni se puede hacer completa la siembra ni la recolección, siendo en partidas inmensas el grano que se echa á perder en las mismas plantaciones, con grande perjuicio para los que emplean allí su capital y los mejores años de su existencia. La corta distancia que separa la isla del continente, unas 14 ó 16 horas de navegación en buque de buen andar, podría solucionar este conflicto que va agravándose de día en día, si el Gobierno, ocupándose más en los intereses de la Nación que en las miserias de la política, estableciese en la parte de la costa de Guinea cuya propiedad ha tenido á bien reconocernos el de la vecina república francesa, una política de atracción que nos conquistase la amistad de aquellos indígenas, y nos permitiera utilizarlos en substitución de los *krumanes*. Nos referimos á los *pamues*, gente menos pacífica en realidad que los hombres del *Kru*, pero cuyas aptitudes para el trabajo reconocen y utilizan otras colonias.

Para ello, empero, sería indispensable que el Gobierno de la metrópoli pusiese sumo cuidado y tuviese gran acierto en la elección de su representante en nuestras posesiones del golfo de Guinea. Este cargo se halla vinculado en la persona del jefe de aquella estación naval, que en todas las ocasiones podrá ser un marino excelente, pero que en la mayoría de los casos resulta inepto para el desempeño de su delicada misión. El Gobernador general de las posesiones españolas del golfo de Guinea ejerce una autoridad omnímoda, libre de trabas y de censuras; es una especie de soberano



JOVEN INDÍGENA



Casa del Gobernador.

absoluto, cuyo capricho es ley, cuyas decisiones son inapelables y que ni tan siquiera está sujeto al juicio de residencia que las leyes de Indias prevenían, por haber caído éstas en desuso. A tan extraordinario conjunto de prerrogativas, corresponde una inteligencia superior, un caudal inmenso de conocimientos profundos en todos los ramos de la administración, una alteza de miras, una rectitud de criterio y una serenidad de espíritu que difícilmente pueden hallarse reunidos en un solo hombre.

Bien es verdad que el Gobernador general cuenta con algunos auxiliares encargados de secundarle en sus diversas tareas, pero en Fernando Póo acaece exactamente lo mismo que acaecía en Filipinas y en Cuba, salvo muy raras y muy honrosas excepciones. Por eso es de temer que transcurra mucho tiempo antes de que se consiga atraer las simpatías de los *pamues* y se logre, por ende, que reemplacen á los *krumanes* en los trabajos á que vienen dedicándose estos últimos, cada día en número más reducido, en las numerosas fincas que se extienden espléndidas y florecientes á lo largo de las costas de la más importante de nuestras islas del golfo de Guinea.



Puerto.

***

La capital de Fernando Póo es la ciudad de Santa Isabel, cuya vista general reproducimos también en este número, lo propio que la de algunas de sus calles principales. Hállase situada en una planicie elevada á más de 100 pies sobre el nivel del mar, en una hermosa bahía. Tiene espaciosas calles, formadas por casas de madera, entre las cuales figuran algunas de mampostería. Su población es de unos 800 habitantes, de los cuales 200, próximamente, son europeos y en su mayoría españoles. Abundan en ella las factorías, donde se expende toda clase de artículos procedentes, principalmente, de los mercados ingleses y alemanes, sin que falten, empero, productos de España y Francia. Buques de las dos primeras de dichas naciones tocan de tarde en tarde en Santa Isabel, siendo raro el mes en que dejen de visitar aquella bahía. En ésta se hallan anclados un par de cañoneros, poco menos que inservibles, y un vaporcito de la Compañía Trasatlántica, todos ellos á las inmediatas órdenes del Gobernador general de la isla, que tiene allí su residencia oficial, por más que tiene su casa en Basilé.

También en Santa Isabel tienen su residencia principal los misioneros «Hijos del Sagrado Corazón de María», á quienes está encomendada la evangelización de aquellos indígenas, obra en la cual son poco afortunados, á pesar de tener casas en San Carlos, Banapá y Concepción y una Preceptoría en Rébola. Esos PP. misioneros perciben del Gobierno una fuerte subvención y disfrutan de ciertas franquicias no menos importantes. Su personal constaba, en época reciente, de un P. Prefecto, 22 sacerdotes y 27 hermanos coadjutores. El P. Prefecto ejerce en determinadas circunstancias las funciones de Obispo sufragáneo, para salvar con esto las dificultades que surgirían á cada momento de la distancia á que se halla la residencia del Obispo propio de aquellas islas, que lo es el de Canarias.

Existe además en Santa Isabel una casa de «Religiosas Concepcionistas» que cuidan de la evangelización y educación de las niñas *bubis*, con resultados idénticos á los de los «Hijos del Sagrado Corazón de María», pues, después de recibida la enseñanza católica y de haber hecho su primera comunión, la joven *bubi*, se vuelve generalmente al bosque á reunirse con sus padres ó al lado del hombre que la ha adquirido para su compañera, y ya sólo se acuerda de que fué católica para ir á sacarle regalos y dinero al europeo que le apadrinó en el acto de su bautismo.

La Comunión Protestante tiene también su Misión establecida en Santa Isabel, servida por un Pastor inglés, convenientemente subvencionado por la Sociedad Catequística, con prohibición absoluta de adquirir y negociar en la isla.

La administración de justicia está encomendada al secretario del Gobierno general, cuyo cargo desempeña un letrado, jefe de negociado de tercera clase, y que practica las actuaciones judiciales como mejor le parece prescindiendo de todo género de reglas, formularios, hasta leyes. Lo cual, en definitiva, podría constituir una gran ventaja para aquellos habitantes, si el encargado de ese ramo poseyera siempre las indispensables dotes de buen criterio, probidad, imparcialidad é independencia; puesto que también en lo judicial depende Fernando Póo de Canarias. De los asuntos de menos cuantía conocen un Juez municipal y un Fiscal, nombrados de entre los vecinos de la localidad.

La administración económica de la isla cuenta con un administra-



Negros de la Isla.



MADRE INDÍGENA



Grupo de casas en Santa Isabel.

dor de Hacienda, un interventor, un ingeniero segundo, ayudante de obras públicas, encargado del negociado del ramo; un perito agrícola, inspector de colonización, inmigración, concesiones de terrenos y agricultura, industria y comercio; otro perito agrícola afecto á la inspección antes mencionada, y varios empleados de menor categoría.

El administrador de Hacienda ejerce de notario y de escribano, sin que esto quiera decir que se lleve registro civil, ni registro de hipotecas que acrediten de una manera positiva la personalidad de aquellos habitantes, sus actos entre vivos y sus últimas voluntades.

Para el régimen colonial, funcionan en Santa Isabel la Junta de autoridades, formada por los empleados y el P. Prefecto de la Misión católica, y el Consejo de vecinos, que lo componen las personas más influyentes de la ciudad, bajo la presidencia del Gobernador general.

No es únicamente en Santa Isabel donde residen europeos. Los hay igualmente en Basilé, San Carlos, Concepción y varios otros puntos de la costa, al frente algunos de más ó menos importantes factorías y dirigiendo casi todos el laboreo de las numerosas fincas donde se cultiva y cosecha el cacao, café y otros varios productos de aquel país.

La isla es feracísima y exuberante de vegetación. En ella se obtiene, á más del cacao y café que acabamos de mencionar, la caña de azúcar, el tabaco, el añil silvestre, el algodón, la goma laca, el abacá, el maíz, el trigo, la quina, la naranja, que es muy superior á la que se cosecha en Europa, el limón, la guayaba, el coco, el plátano, la piña y, en una palabra, todo lo que produce el suelo y los que fueron nuestras Antillas Cuba y Puerto Rico. En maderas preciosas, figuran el ébano, el cedro, la caoba y otras varias de inestimable valor.

También la fauna del país es idéntica y, si cabe, superior á la de los países americanos, existiendo extraordinaria variedad de aves raras, parleras y multicolores; preciadas razas de monos y algunos cuadrúpedos, entre los cuales se distingue el antílope, cuya carne, como llevamos dicho, forma parte de la alimentación del *bubi*.

Los indígenas se dedican asimismo á la cría de gallinas, cuyas aves, al igual que sus huevos, los que residen en las cercanías de la capital acuden á ofrecer á sus moradores europeos á cambio de los artículos que ellos necesitan ó apetecen.

La espléndida belleza de la isla indujo al navegante portugués que la descubrió á darle el nombre de Formosa, nombre que tuvo hasta que se le cambió por el que hoy conserva todavía. «Y decimos todavía», porque no es posible asegurar que deje de llegar algún día en que esta isla y con ella todas las restantes que posee España en el golfo de Guinea pasen á formar parte del poderío colonial de alguna otra nación más ambiciosa y más práctica. Ya, casi á raíz de su descubrimiento, los franceses intentaron su colonización, estableciéndose, como llevamos dicho más arriba, en lo que hoy es Santa Isabel. Acaecía esto cuando la isla pertenecía á Portugal, en cuyo nombre tomó posesión de ella su descubridor. La insalubridad del clima y los grandes obstáculos con que tenían que luchar los colonizadores hicieron á éstos desistir de sus planes anexionistas y dejaron de nuevo á Portugal en posesión de aquellos territorios que consideraron inexplorables é inexplotables. Abundando sin duda en las mismas creencias que los colonizadores franceses, el rey de Portugal, José II, cedió á España esta isla en 1778, por tratado firmado en Madrid en 24 de Marzo del propio año, verificándose cinco meses más tarde, ó sea el 21 de Octubre, el acto de tomar posesión de ella, en nombre de España, el brigadier conde de Allarejos.

Mas, por lo visto, después de este acto de soberanía debieron quedar las cosas como estaban, y no se preocuparía gran cosa España de su nueva posesión, cuando, después de un lapso de cuarenta y nueve años, ó sea en 1827, los ingleses, reconociendo la situación ventajosa de esta isla, establecieron en ella una colonia, que subsistió, si bien pasando por varias alternativas, hasta el año 1841. Durante estos catorce años subsistió la dominación inglesa en la isla de Fernando Póo, disponiendo Inglaterra de ella como de cosa propia, cediéndola primeramente á una sociedad inglesa que hizo bancarrota, traspasándola luego á la Compañía del Africa Occidental que la vendió en esta última fecha por 1,500 libras á la Sociedad de Misioneros Baptistas, cambiándola su nombre por el de Benim-Biafra y llegando hasta á crear sellos de correo en los cuales se leían las dos palabras que acabamos de transcribir. A raíz de la mencionada venta, España despertó de su letargo y envió una segunda expedición, al mando de don Juan José de la Serena, con orden de tomar nuevamente posesión de aquella isla, como así lo efectuó en el expresado



Plaza de España en Santa Isabel.



Tipos de la raza Bubí.

año de 1841. Pero, como si se temiera algo de la poderosa supremacía naval de Inglaterra, al mismo tiempo que se amparaba de lo que de derecho le pertenecía, rendía vasallaje á la nación depredadora, nombrando Gobernador general de la isla á un súbdito inglés. Bien es verdad que posteriormente se confió este delicado cargo á súbditos españoles, vinculándolo en individuos de la marina de guerra; pero no es menos cierto que aún en nuestros días acaece con harta frecuencia y se consiente por quien no debería consentirlo, que en los bultos de géneros procedentes de la Gran Bretaña se substituyen aquellas palabras á las de Santa Isabel de Fernando Póo que les corresponde llevar. Sentadas todas estas premisas: ¿por qué no hemos de temer que tarde ó temprano se repita el hecho que acabamos de apuntar?



Factoría de G López en Santa Isabel.

Y aun no queriendo hacernos cargo de ciertos rumores que de algún tiempo acá se vienen propalando y de ciertos planes nada patrióticos que se atribuyen, tal vez injustificadamente, á determinados hombres políticos, véanse algunos datos que vienen fatalmente á dar mayor firmeza á nuestros recelos.

Durante los últimos veinte años, la colonia europea y principalmente española en Fernando Póo ha adquirido un aumento digno de llamar poderosamente la atención de un Gobierno bien constituído y celoso del progreso y grandeza de la nación cuyos destinos rige. En tales circunstancias, lo que lógicamente se impone es la busca y realización de medios que faciliten bajo todos conceptos la emigración á aquellas posesiones y su más rápida colonización y desarrollo. Véase cómo este deber se entiende por los que de entonces para acá vienen turnando en el poder.

Excepción hecha de Santa Isabel con Basilé, no existe comunicación alguna terrestre entre las diferentes poblaciones de la isla donde residen los colonizadores europeos, á pesar de sostener el Gobierno el personal idóneo para la construcción de caminos, puentes y demás vías de comunicación, ya á través de los bosques, ya á lo largo de la costa, preci-



Calle Sacramento en Santa Isabel.



CASCANDO EL BANGÁ (*Palmiste*).

sándose largos rodeos por mar y empleo de cuádruple tiempo del necesario para ir de un punto á otro de la costa. Con cuya falta de vías de comunicación se dificulta el acceso á los puntos centrales de la isla y á sus numerosas prominencias, que es precisamente donde se goza de una temperatura verdaderamente primaveral (unos 12° centígrados) y son inmejorables las condiciones de salubridad.



Juez municipal.

Entre el continente africano, en las posesiones alemanas del Camarones y la isla portuguesa de Santo Tomé, existe un cable telegráfico, continuación del que une esta última isla con Europa, y el expresado cable pasa á una milla de punta Fernanda en nuestra isla de Fernando Póo, circunstancia que podría ser perfectamente aprovechada estableciendo un ramal que, partiendo de Santa Isabel ó de la citada punta, nos permitiera estar en comunicación telegráfica directa con aquella isla. Hace algunos años, muy pocos, que con motivo de una supuesta intentona separatista, que ni fué lo uno ni lo otro, sino una protesta del comercio de Santa Isabel contra las trastadas de uno de los muchos gobernadores ineptos que en las posesiones españolas del golfo de Guinea se han tenido que padecer; un ministro conservador propuso y hasta llegó á disponer el establecimiento de un cable; pero tal proyecto yace en el olvido, como suele acontecer con casi todo lo que es de verdadera utilidad, y hoy, como siempre, todo el que quiere comunicarse telegráficamente con Fernando Póo, tiene que utilizar la vía de Santo Tomé y conformarse con que vaya allá á recoger el telegrama el buque encargado de llevar y traer la correspondencia, y á que éste lo conduzca á su destino.

Carnaval.

Lo cual no deja de ofrecer sus inconvenientes, no siendo el menos importante el de que con frecuencia se dé el caso de llegar antes á poder del destinatario la carta puesta al correo con posterioridad á la expedición del telegrama. Cuya anomalía tiene su explicación en lo que se expone en el apartado siguiente:

Hace algunos años que el servicio postal entre España y el golfo de Guinea, que se hacía cada tres meses, se convirtió en bimestral, siendo, por consiguiente, seis, las expediciones anuales que tiene á su cargo conducir un buque de la Compañía Trasatlántica, generalmente el que en peores condiciones de seguridad y andar posee dicha Compañía para los viajes de alguna importancia á través de los mares. Por esta razón, sin duda, y alguna otra de orden económico, dichos buques emplean más de tres semanas en los viajes que pudiera cómodamente efectuarse en menos de una quincena. En Fernando Póo, de consiguiente, tan sólo cada dos meses se recibe directamente la correspondencia de la Península. Durante el lapso de tiempo que va de una á otra expedición puede, empero, utili-



Una calle.



Tipo del país.

zarse la vía de Lisboa, en cuyo puerto los buques extranjeros que se dirigen al Sur del Africa recogen la correspondencia y la dejan en Santo Tomé. A su vez, los residentes en las posesiones españolas del golfo de Guinea mandan también durante el expresado tiempo á Santo Tomé la correspondencia destinada al viejo continente. Con esto resultarían más frecuentes las comunicaciones, si no se hallase de por medio un obstáculo que viene á echar por tierra la bondad del sistema, y cuyo obstáculo procede, como de costumbre, de quien mayor interés y cuidado debería poner en evitarlo. El buque encargado de ese servicio, de utilidad general, es el único que en aquella bahía existe apto para la navegación, y por lo mismo se da con frecuencia el caso de que cuando debería salir para Santo Tomé con la correspondencia, antójasele al Gobernador emplearlo en otra misión cualquiera, y entonces se retrasa la expedición y no enlaza en la isla portuguesa con los buques que tocan en dicho punto con envidiable regularidad, y allí se quedan las cartas esperando otro correo y acaeciendo harto á menudo que en Europa se reciban de una vez varios correos.

Hemos mencionado el buque que tiene á su cargo la conducción periódica de la correspondencia de Santo Tomé, y esto nos trae como de la mano á hablar de otro de los datos en que tenemos basados nuestros recelos sobre el porvenir de Fernando Póo.

En la bahía de Santa Isabel están constantemente anclados tres buques de guerra: dos cañoneros y un barco pontón, que es el á que en nuestro apartado anterior hacíamos referencia. Este y aquéllos, cuyo entretenimiento y tripulación cuestan al Estado una interminable suma de centenares de miles de pesetas, están destinados, según parece, á la defensa de todos nuestros territorios del golfo de Guinea. Destino irrisorio que de sobra debían reconocer forzosamente los sucesivos Gobernadores generales, desde el momento en que su carácter de oficiales de marina de guerra les impone la obligación de entender en buques y distinguir entre lo útil y lo inservible. Y que en este último caso se hallan los dos cañoneros habitualmente estacionados en aquella bahía, no somos nosotros los primeros, ni por consiguiente los únicos, que lo estampamos en letras de molde, pues no ha faltado quien ha llegado hasta á sentar la afirmación de que, así como en Madrid existe un asilo-cuartel para los militares inválidos de la guerra, en el golfo de Guinea existe una bahía, la de Santa Isabel, destinada á prestar idéntico servicio á los pequeños buques de guerra que han llegado ya al extremo de no poder luchar ni tan siquiera con las pacíficas olas de aquel apacible mar. Dos cañoneros y un pontón, casi caduco; tales son las fuerzas navales que podría oponerse á cualquier potencia marítima, á la cual en un momento dado se le ocurriese la diabólica idea de hacer suyo aquel preciado y único florón colonial de la corona que en otros tiempos mejores ostentaron en su altiva frente nuestros soberanos.

En época no muy remota, pero cuando aún no habían comenzado á difundirse esos rumores á que venimos aludiendo, parece ser que se concibió la idea de formar una escuadrilla con destino á la defensa de aquellas posesiones, y de reforzar la guarnición de la capital con un fuerte contingente de infantería de Marina. Pero esta es la hora en que este proyecto, si existe, no se ha llevado á la práctica, en lo que se refiere á su primera parte; y por lo que respecta á la segunda, si bien es verdad que se ha hecho algo en este sentido, se ha efectuado en condiciones tan deplorables, que más valiera no haberse tomado este trabajo.

Habría sido preferible, y lo sería aún actualmente, ejercer sobre los *bubis* una influencia no desprovista de energía, para sacarle de su apatía é inspirarle confianza absoluta, acostumbrarle á nuestro trato frecuente é inspirarle el amor á su patria, que indudablemente lo ha de sentir; pero ese amor, que le convierta en animoso defensor de ella, si llegara el día de verla amenazada de una invasión extranjera.

Por desgracia, esto se presenta cada vez más difícil de ser llevado á la práctica mientras sean únicamente los Padres y las Religiosas quienes intenten esta tarea de atracción y no les secunden en ella los demás hijos de España y su Gobernador. En cambio, no falta quien procura atraérselos á la chita callando; y así se observa que esos indígenas conocen y hablan con mayor soltura la lengua inglesa que la española, ante cuyo detalle huelga toda apreciación.



JEFE DE TRIBU

Y vamos al último de esos tratos: el de la adquisición de terrenos para el cultivo. Por Real orden de 12 de Noviembre de 1897, vigente en nuestros días, se da facilidades á todo español ó extranjero para adquirir en la isla de Fernando Póo el terreno que mejor les plazca, con la sola limitación de que á los primeros no se les puede ceder más de 50 hectáreas y 10 á los segundos, reservándose el Gobierno las concesiones que excedan de los expresados tipos. Como es natural, para adquirirlos, hay que satisfacer una cantidad á canon determinado por hectárea, además de ciertos impuestos, en concepto de posesión y dominio. Al amparo de esta Real orden, fueron muchos los que se apresuraron á solicitar terrenos, que les fueron cedidos desde luego, y todo hacía esperar una era de desarrollo creciente y de rápida colonización, cuando de improviso quedó en suspenso su aplicación, alegándose la inseguridad de modificarla según las enseñanzas que se puedan obtener en virtud de nuevas experiencias.

Por aquel entonces fué precisamente cuando se echó á volar la especie de un proyectado arrendamiento de aquella isla por una sociedad de capitalistas españoles, algunos de ellos en posesión de importantes fincas en la misma, especie que más adelante se apresuró á desmentir rotundamente el entonces jefe del Gobierno. Luego, han ido deslizándose los años y la Real orden sigue en suspenso, y los colonizadores se hallan imposibilitados de adquirir, y la inmensa extensión de terreno continúa inculto é improductivo.

Y hoy son ya de otra clase los rumores que al oído se propalan por todas partes, hablándose de millones de pesetas y de combinaciones nada patrióticas, y se trae á la memoria el recuerdo de desastres, agios y humillaciones que pesan como losa de plomo sobre las páginas más recientes de la historia de nuestra dominación colonial.

***

De intento hemos reservado para la última parte de nuestro artículo el hablar del clima de Fernando Póo, por ser asunto éste sobre el cual se ha venido fantaseando hasta la saciedad. Pudiérase creer que se pone especial empeño, por quienes menos indicados están para ello, en retraer las voluntades y los capitales de toda iniciativa favorable al crecimiento y á la explotación de aquella isla, presentándola como un país poco menos que inhospitalario, donde la vida y la salud son imposibles, y á donde, por consiguiente, se va indefectiblemente en busca de una muerte inevitable. Desvanecer este pesimismo es lo que nos proponemos en esta parte de nuestro breve trabajo.



Religiosas concepcionistas.



Iglesia parroquial de Santa Isabel.

La temperatura media en Fernando Póo es de 34° centígrados, aproximadamente, es decir, la misma que se alcanza durante el verano en la mayoría de las regiones de la península española, con la diferencia, siempre importante, de que en ésta, dicha temperatura sólo se experimenta durante unos tres meses, mientras allá se mantiene en todo el decurso del año. En cambio, como á compensación, la duración de las noches es casi igual á la de los días, y durante aquéllas desciende la temperatura de una manera tan sensible que, en momentos dados, llega á percibirse la impresión del frío. No hay que decir que, gracias á este cambio, se adquiere la reacción necesaria para resistir el calor del siguiente día, con tal que no se haya abusado de las horas plácidas en vez de dedicarlas al descanso.

Descontado este factor, pasemos al paludismo, que es la enfermedad propiamente endémica del país, á la cual todos pagan su tributo.

Atribúyese esta enfermedad, no sin razón, á las emanaciones pútridas de los pantanos y de los bosques; pero estas causas van disminuyendo en fuerza é intensidad á medida que se conquistan al bosque. Y no decimos lo mismo de los pantanos, porque para que éstos desapareciesen sería menester una ayuda enérgica de parte del Gobierno de la metrópoli, que no la presta, ni hay esperanzas de que la preste por ahora. Aún así, aquella insalubridad de los primeros tiempos va siendo menor de año en año, abrigándose la firme creencia de que, si desapareciesen las trabas que de algún tiempo á esta parte se ponen á la formación de la propiedad rústica en la adquisición de terrenos por particulares, en un período no muy largo se habría logrado hacer desaparecer de los centros de población esa enfermedad que, aun cuando en número muy escaso, no deja de producir sus víctimas.

Otra enfermedad no menos temible es la

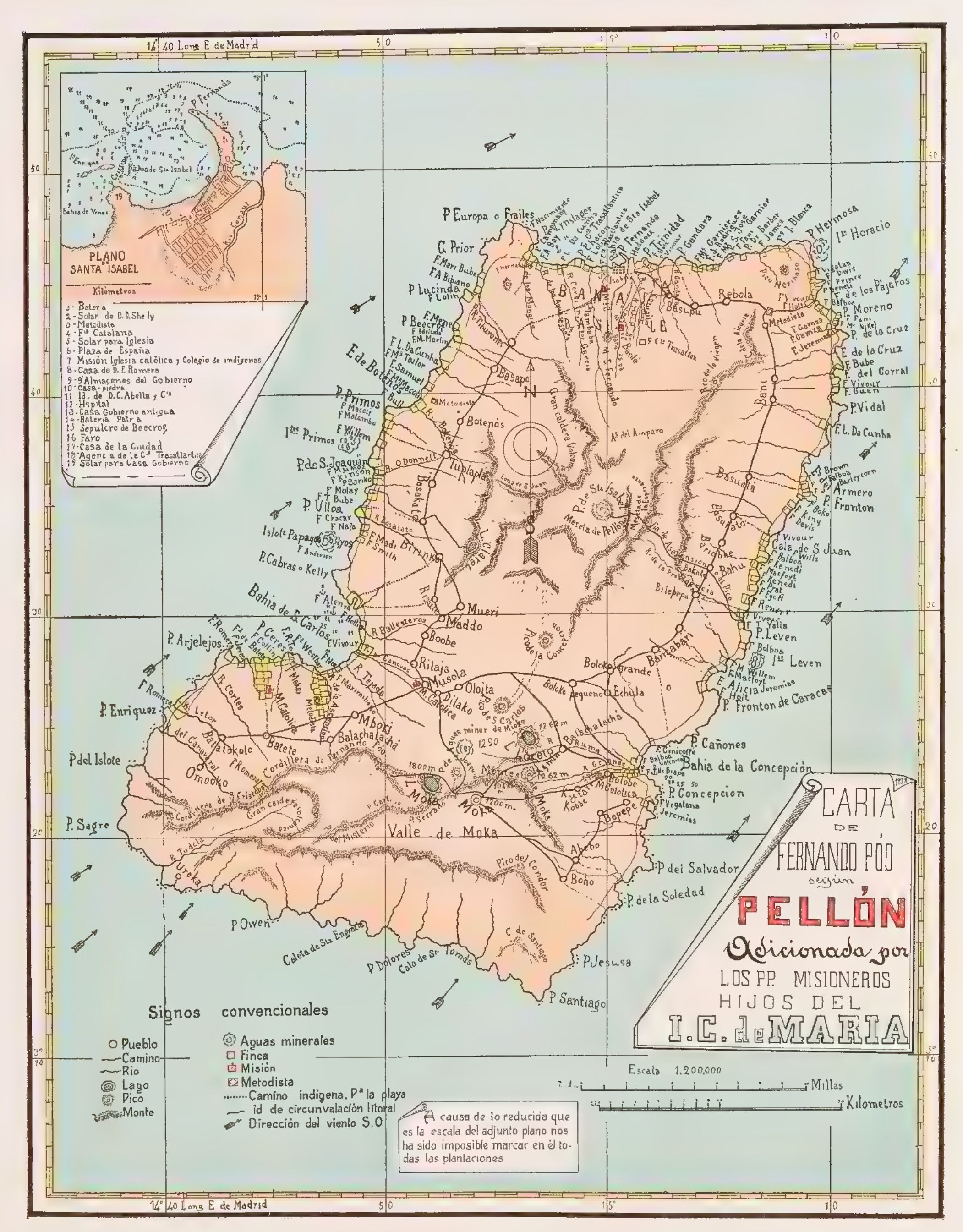


Misioneros católicos.

anemia, que está mucho más generalizada que la anterior, y que tiene su origen en el exceso de trabajo y en el sistema de alimentación. Esta, sin embargo, el mismo europeo es quien debe combatirla y evitarla, no descuidando la regularización de trabajo, alimentándose convenientemente y no abusando del empleo de las bebidas alcohólicas.

Desechen, pues, todo temor, á ese fantasma de la insalubridad de Fernando Póo, y vengan allá quienes crean poder realizar en aquellos países su fortuna, no olvidándose de que, según el adagio reza: *nadie se muere hasta que Dios quiere.*

F. LUIS OBIOLS



MAPA DE FERNANDO PÓO

INDIGENAS DE FERNANDO PÓO

Llevan el nombre de *adeyah*, si bien los naturales se designan á sí mismos con el de *bubis*, que es el que prevalece. Son poco aficionados á cultivar la tierra, se limitan á plantar coca y mijo, que forman la base de su alimento, junto con aceite de palma, pescado y alguna caza. De la palma extraen una bebida que llaman *top*. En sus aldeas no rige plan ninguno: las casas bajas, cubiertas de hojas de bambú, están diseminadas entre las plantaciones; en el interior hay el mismo desorden; los perros y los cerdos se encargan de limpiar toda clase de inmundicias. Muestran los del interior gran desconfianza hacia los blancos, pero los bubís de la costa, que han tenido tratos con europeos, son mil veces peores que aquéllos, aunque bastante humildes con los blancos, á quienes por el menor servicio que prestan piden dinero en seguida; conocen todas las monedas españolas, pero sólo quieren las de plata. Estos semicivilizados forman en la costa la clase de los tratantes, que es la que procura poner obstáculos al europeo para que no vaya al interior y arruine su negocio de intermediarios.

Así como las costumbres, difiere enteramente el culto de los bubís del de los demás pueblos africanos. No tienen divinidad ostensible, ni se ven templos ni ídolos: sus templos son unas grandes cuevas, donde se aparece el espíritu *umo*, que se comunica con el pueblo por medio de los sacerdotes, *bohia-umo*, iniciados en su voluntad. Además del tutelar espíritu *umo* tienen los bubís un genio del mal, *baribre*, *baribu* ó *maribu*, según las localidades. Corresponde á la idea del diablo esparcida en Europa entre la gente ignorante.

Los *batuku*, que forman la aristocracia bubí, gozan de muchos privilegios en solemnidades importantes, como casamientos, funerales, etcétera. Así, para casarse no necesitan hacer la petición á los padres de la joven; si les gusta una, basta que la envíen un collar de conchas para que se lo pongan por sorpresa ó con su voluntad; en el momento en que le echan al cuello aquella insignia ya se la considera comprometida, y de tal modo está arraigada esta costumbre que de nada sirven las protestas de la interesada ni de su familia. Los plebeyos tienen obligación de obtener el consentimiento de los padres; los visitan de vez en cuando y les hacen regalos. Y en esto se distinguen de los otros pueblos de la costa africana, donde las mujeres se compran lisa y llanamente. Pasado algún tiempo, los padres anuncian á su hija que se prepare á ir á la casa de su prometido, pero sin decirle cuándo. Una vez en la casa del futuro marido, queda al cuidado de la madre de éste ó de una pariente, que la lleva á una especie de guineceo, llamado *bula*, y la deja sola: allí debe recibir la visita del hombre y queda hecho el matrimonio. Si la joven es virgen hay alegre fiesta con su festín correspondiente: si no lo es, debe nombrar al seductor, que desde entonces será objeto de la animadversión general; se le maltrata, se le destruye la casa, etc.



Una casa de piedra en Santa Isabel.

Durante la reclusión de la novia se hacen todos los preparativos de la boda. El novio compra cabras y mata caza, que conserva en aceite. El *bulo* ó luna de miel dura á veces seis meses, mientras las provisiones acumuladas sean suficientes; á veces sale ya la novia del *bulo* con un hijo. Esta reclusión, la comida abundante y el descanso hacen que la mujer engorde, cualidad que es el signo de suprema belleza entre aquella gente.

La danza es una de las diversiones favoritas; es muy original, y en nada se parece á la de los demás negros ni en sus contorsiones ni en sus monótonos cantos, acompañados del *tam-tam*. Armados los hombres de largas picas y de broqueles, se forman en parejas, unas frente á otras; á una señal convenida adelantan y se detienen de pronto, golpean el suelo con sus lanzas y hacen varias evoluciones, siempre con aire amenazador como si estuvieran al frente del enemigo.

Cuando el bubí muere, todo el mundo se aleja de la casa, excepto los parientes más próximos; si el difunto es pobre, la mujer debe cavar la fosa, envolver el cuerpo con hojas de árboles y enterrarlo sin que nadie le auxilie en este trabajo. Si muere un rico *butuku*, que por lo regular es el jefe del pueblo, ya es otra cosa: como su familia es más numerosa, hay más mujeres y criados que se ocupen en tributarle los últimos honores. Se abre una profunda fosa en el bosque y no lejos de la casa; se busca un banco de madera, de forma de semicírculo, y un arbolillo fácil de trasplantar. Adórnase el cadáver con su mejor traje, incluso el enorme sombrero, con una barba postiza, blanca, de piel de cabra, ó negra, de piel de mono; el cuerpo sale de la casa mortuoria, nó por la puerta, sino por un agujero practicado cerca de donde estaba el lecho. En el fondo de la fosa se ponen varios sacos de arroz, se coloca allí al difunto sentado, abrazado al tronco del arbolillo y apoyando sus codos en el banco de madera, y se llena de tierra el hoyo al ruido de las descargas de fusilería. El árbol plantado servirá para reconocer la tumba del *butuku*.

Los objetos principales del tráfico son el aceite de palma y el mijo; crían pocos animales domésticos; los ricos tienen vacas, y los pobres cabras y cerdos, abundando la volatería; tienen muchos perros de caza, pero mal cuidados y de pobre aspecto.

Además de los bubís hay algunos indígenas, que no llegan á un millar, oriundos de la costa vecina, principalmente krumanes, educados por los misioneros ingleses, y en su mayor parte protestantes.

Tanto los bubís ó indígenas de Fernando Póo que poseen alguna cultura, como los habitantes de raza negra que constituyen el núcleo de la población de Santa Isabel, y que proceden en su mayoría de Cabo Costa, Acra y Sierra Leona, hablan el idioma inglés, á pesar de las severas órdenes dictadas por algunos gobernadores para evitarlo, haciendo que prevalezca el español. Esto se debe, no sólo á la influencia que ejerció en ellos la pasajera dominación inglesa, sino á la que ejerce y continúa ejerciendo el comercio británico.

***

EL GOBERNADOR GENERAL DE FERNANDO PÓO

Nació el 5 de Abril de 1851 é ingresó en el servicio el 1.° de Julio de 1863 ó sea á los doce años de edad, saliendo del colegio con brillantísimas notas y consiguiendo ser el primero de su promoción como premio á sus lucidos exámenes.

En Mayo de 1878, llevando ya algunos años de teniente de navío, fué nombrado profesor de la Escuela Naval, cargo que desempeñó hasta Junio de 1881, tan á satisfacción del gobierno, que le recompensó otorgándole la consideración de Caballero de primera del Mérito Naval.

Al cesar en dicho cargo, fué destinado al Instituto y Observatorio Astronómico de San Fernando con el carácter de astrónomo auxiliar del sabio é inolvidable director don Cecilio Pujazón. Por su inteligencia, laboriosidad y aplicación, fué designado para la observación en Puerto Rico del paso del planeta Venus por el disco del sol. Luego fué nombrado para hacer observaciones astronómicas en las Islas Canarias al objeto de determinar la diferencia de longitud con el Observatorio de San Fernando.

El año 1885, en circunstancias difíciles con Francia, le confiaron el sub-gobierno de Elobey, en el golfo de Guinea, en donde con mucha diplomacia supo salvar algunos casos que hubieran podido degenerar en conflictos. Durante el desempeño de este difícil cargo, hizo dos expediciones militares, para las cuales fletó un vapor alemán, dirigiendo la una sobre Corisco y la otra sobre el Utamboni, afluente del río Muní. La primera, tuvo por objeto terminar con la esclavitud que existía en aquella isla, lo que logró con sus acertadas disposiciones en muy pocos días, y en la segunda se proponía amparar á los comerciantes europeos que se hallaban amenazados por los indígenas de aquellos contornos. Esta segunda expedición la realizó en dos días, y en ellos tuvo la dotación ocho bajas, como consecuencia de un ataque inesperado de los pamues, al proteger el desembarco de las existencias que tenían las factorías del pueblo de Kororo. Ambas expediciones merecieron la aprobación del gobierno de S. M. dándosele las gracias en su real nombre á más de concederle la cruz de primera clase del Mérito Naval, con distintivo rojo. En 1887 fué destinado á la Comisión de límites del golfo de Guinea, en Francia. En 1889, siendo teniente de navío de primera, fué nombrado gobernador general de Fernando Póo y sus dependencias, dando pruebas evidentes de un dón especial del que dejó gratos recuerdos entre sus subordinados y en toda la colonia.

Luego fué destinado á Balabac como Jefe de la Estación Naval, en cuyo cargo cesó en 1893. En 1894 fué nombrado segundo comandante de Marina, en Cádiz, y durante ese destino interinó largo tiempo el de comandante.

Allí son muy conocidos los excelentes servicios que prestó durante el tiempo que desempeñó aquella Comandancia, pues todos los periódicos elogiaron su comportamiento cuando el naufragio del «Reina Regente»,



Don José de Ibarra y Autrán.



Facsímil de la placa que la colonia española de Fernando Póo regala á su Gobernador General.

y en las distintas expediciones militares que partieron de aquel puerto en nuestras últimas guerras coloniales logró embarcar noventa mil hombres sin la más leve confusión y con todo género de comodidades.

En 1896, que cesó en dicho cargo, le dieron el mando de la brigada torpedista, organizando entonces el taller de electricidad y torpedos, que con tan brillante resultado viene funcionando.

Ascendió á capitán de fragata en 1897, siendo entonces nombrado ayudante mayor del Arsenal de la Carraca, en donde mejoró notablemente el cuartel de guardias de Arsenales y construyó un barco-algibe, con fondos de la ayudantía mayor, para librarse así de las rémoras y trámites.

En 1898 fué nombrado segundo comandante del crucero «Alfonso XIII», siendo luego, en 1900, honrado por segunda vez con el cargo de gobernador general de Fernando Póo y sus dependencias. Allí ha publicado varios trabajos de agricultura, dando á conocer algunas plantas y productos que eran desconocidos é inexplotados por la mayoría de los agricultores. Reorganizó algunos servicios que á su llegada á aquel puerto estaban completamente desmoralizados, viéndose obligado á tomar ciertas disposiciones que fueron aplaudidas por todas las personas sensatas de aquella colonia. Está dando gran impulso á las obras públicas de aquellas posesiones, y el comercio se desarrolla por las facilidades que presta para ello. Ha organizado varias expediciones al interior de los nuevos territorios que nos cedió Francia, para hacer reconocer y respetar á los indígenas nuestro pabellón.

Se ocupa constantemente en mejorar y sanear la población de Santa Isabel y tiene, entre otros proyectos, el de canalizar aquella ciudad para la conducción de aguas y la instalación de la luz eléctrica.

Está condecorado con la Placa de San Hermenegildo; la Placa del Mérito Naval, blanca, pensionada; la Cruz Roja de primera clase del Mérito Naval; la Cruz de primera del Mérito Naval, blanca, y otras varias.

Sus grandes dotes de mando le han granjeado generales simpatías en aquel país, sobre todo entre la colonia española que, para demostrárselas, va á regalarle la preciosa placa cuyo facsímil acompañamos, labrada recientemente en esta capital.

* * *



EXCMO. SR. D. CARLOS GONZÁLEZ ROTHVÓSS, Actual Gobernador Civil de Barcelona.
Retrato al óleo, ejecutado por Cristóbal Montserrat.

EL CASTIGO

El majestuoso silencio de la noche anegaba mi alma en una tremenda languidez... ¡Había estado luchando mi corazón tanto tiempo!... Mi espíritu, agobiado, clamaba por el reposo; pero la mente, rebelde, se oponía al clamor con una tenacidad horrible. La sospecha, como terrible áspid, se enroscaba en mi pecho envenenando al nacer el menor asomo de ventura. Mis ojos, ciegos para la dicha, veían en cambio, y agrandado quizás, todo aquello que iba asesinándome con aterradora lentitud. El ludibrio echa su grano de arena á la faz de un cuitado, y ese ligero golpe que roza apenas la epidermis, resuena en el alma como hundimiento espantoso de algo muy alto y muy querido. Es en vano que se recurra al raciocinio: allá en la sombra, en una penumbra confusa de impiedad, de recelo y amor propio, surge una imagen: la duda; lo más cruel, lo más terrible.

Apartando cautelosamente un cortinaje, pasé el umbral del saloncito. El viento, afuera, semejaba un canto fúnebre, algo incierto, indefinible; un aluvión de fantasías macabras, multitud de ecos tristes de un no sé qué imponente. El granizo, chocando violentamente contra los cristales del balcón, parecía modular notas de una música extraña salmodiada por bocas de esqueletos. Di un paso con temor y me estremecí.

Los tizones apagados en la chimenea, recordáronme instantes felices, momentos de dulce intimidad pasados al amor de su lumbre. Todo lo mismo, ordenado como ayer, como en otros días venturosos; muebles, libros, *bibelots*, cuadros... El trastorno sólo estaba en mi sér... Eso sí, en el ambiente algo sutil, como emanado de la infame cuyo retrato, al débil reflejo de la muriente luz, destacábase allí impertinente, altivo, cual burlándose de su juez, notábase algo repugnante, de clasificación difícil... ¡Todo lo mismo, menos mi corazón!... Y di otro paso... La encubridora alfombra ahogaba mis pisadas. Parecía hecho adrede; pero yo sentía un martilleo inaguantable en las sienes al galopar de la sangre que hervía á más no poder.

Traspuse otro aposento: el oratorio. Ante el Cristo que pendía de la cruz, me detuve; besé el reclinatorio en una mezcla singular de coraje y lástima, ira y fervor, inefable placer y amargo desencanto. Allí mismo, allí, entre sus rezos, acaso pidió al Mártir Sublime perdón por su falta... allí, entre preces, en vano tal vez se empeñó su pensamiento en olvidar la acción inicua!... Con frenesí, agitado, convulso, loco, interrogué con la mirada incierta á la santa imagen.

«¿Qué os dijo, Señor?... ¿os mintió acaso?... ¿profanó en la oración vuestro nombre excelso?... ¿involucró en la plegaria el cinismo?... ¿buscó en Vos la piedad cuando se sintió caer sin remedio?... ¿no la disuadísteis?...»

Y en aquel instante, confundidos con la piedad iban los celos, unos celos mortales como nunca creí que existiesen; unida con la compasión iba la cólera... Y seguía el silencio, un silencio sepulcral, una calma fúnebre... Por un instante, se me antojó hallarme en una tumba enterrado vivo por equivocación... sentí las ansias más atroces... me horrorizó la idea de una agonía interminable. Y suspiré casi sin aliento; el aire parecía responder con ímpetu quejumbroso, como gigante invisible remedándome únicamente. Entonces acreció primero el temor, luego la cólera, por último el arrebato. Volví á mirar el crucifijo, y á buen seguro que en mi mirada hubo asomos de increpación que cedieron al rápido horror de mí mismo... Allí, allí también se habían dirigido sus ojos muchas veces. ¡Cuántas no lo vi casi con disgusto! ¡Yo quería para mí, para mí solo, las miradas de la pérfida!

Apoyéme en el quicio de la puerta para no caerme al estar junto á la alcoba... ¡Qué de esfuerzos para recobrar el salvaje valor que en mí se había iniciado!... Entré con ímpetu... sentí el vértigo, unos deseos horrorosos de hacer daño, de acabar de una vez para siempre con mi infortunio. Y di otro paso... y otro... Una pequeña lámpara despedía su fulgor escaso... El lecho, blanco como el armiño, parecía la cuna de un ángel.,. El cuerpo, hermosísimo, descansaba en infantil descuido; el rostro, más bello que nunca, se sonreía con una placidez inefable...

¿A quién, Dios mío, á quién le estaría sonriendo en tal instante?... Su sueño era tranquilo... ¡Qué enormidad! ¡ser reo del delito más atroz, y poder conciliar el sueño!... ¡Me acerqué más... más!... La ciega cólera iba cediendo al contemplar aquel dechado; la ira iba siendo presa de la ternura... Comprendí que algo imponente amenazaba traicionar á mis fuerzas, y una voz sorda, apenas perceptible ya, me recordó que era preciso cumplir el propósito, castigar, terminar de una vez... Avancé todavía hasta casi rozar las ropas de la cama... El abultado seno, como en oleadas de pujante vida, movía suave y acompasadamente el cobertor; los cabellos rubios se esparcían como hebras de oro por la fina holanda revueltos, confundidos... Era la misma tentación, la tentación de siempre, lo para mí irresistible... Pero yo había jurado castigar á aquella preciosidad impúdica... iba decidido á extrangularla... Me abalancé con ademán resuelto, ¿sabes?... con toda la energía de mi sér... Mis manos rozaban ya su garganta... cuando sonó un suspiro... un suspiro suyo, ¿entiendes?... Las hermosas pupilas se fijaron en mí candorosamente... se entreabrieron los labios para dar paso á una exclamación que fué un portento... ¿Has visto abrirse el cáliz de una rosa? ¡Igualito! ¿Oíste una modulación de querube? ¡Lo mismo!...

Caí de rodillas, y mis labios entonces buscaron frenéticamente los suyos, en una embriaguez inexplicable... ¿Te parece á ti? ¡Este fué el castigo!...

SEBASTIÁN GOMILA



JUAN SOLDADO

(Conclusión).

Llegó el instante de la separación, no por previsto, menos triste.

Juan fué llamado á las filas, y el idilio amoroso, poco antes comenzado, hubo de interrumpirse bruscamente.

¡Cuán conmovedora fué la despedida de los dos amantes!

¡Hubo nuevas protestas, nuevos juramentos... un apasionado abrazo, un largo ¡adiós!... ¡Luego, una joven que cae desmayada en brazos de su padre y un quinto que se incorpora al pelotón, limpiándose una lágrima con el envés de la mano hacia el grupo donde queda su alma, hacia el caserío del pueblo donde nació y donde vivió, obscuro y feliz!

Luego... ¡nada más!... Es decir, sí; luego, todo lo contrario que hasta entonces: la vida del cuartel, á la vez ordenada y bulliciosa, las ordenanzas con sus terribles artículos, el ejercicio con sus molestias y con las enormes dificultades que ofrece á los rudos hijos del pueblo, las *mecánicas*, las revistas, la áspera voz del cabo y del sargento, la severa y grave de la oficialidad, la obediencia pasiva, el rancho, el calabozo... ¡Qué cambio tan completo!

Juan, como otros muchos, se desesperó unos cuantos días; creyó que el mundo se le había venido encima; ¡hasta tuvo intenciones de suicidarse!...

Después se fué calmando, fué habituándose á la nueva vida y acabó por pensar que no era más mala que cualquiera otra y que hasta sería pre-

MONUMENTO AL DOCTOR ROBERT (PROYECTO APROBADO). — Escultura de JUAN LLIMONA.

ferible á los demás géneros de existencia... ¡si él pudiera tener á su lado á Teresa!

* * *

Pocos meses llevaba Juan en el servicio cuando, en los últimos del año 1859, las groseras ofensas inferidas á nuestro pabellón por los marroquíes motivaron la declaración de guerra y dieron ocasión á la breve y gloriosa campaña que se conoce vulgarmente bajo el nombre de *La guerra de Africa*.

Juan, sano de corazón y de entendimiento, era, de consiguiente, buen patriota. Marchó, pues, á la guerra resuelto á cumplir su deber, á sacrificarse, si preciso era, por la nación en que había visto la primera luz. Además, como á su edad las ilusiones se suceden sin interrupción, hubo de decirse:

—¡Venceremos! ¡Dios me conservará la vida! ¡Regresaré á España y me casaré con Teresa!

¡Este era el fin obligado de todas sus mentales disquisiciones!

* * *

No es nuestro ánimo hacer la historia de la gloriosa guerra en que lucharon nuestros padres contra una nación poco civilizada, pero fanática y valerosa, contra un clima ardiente, contra los temporales, contra la mala fe inglesa; y sin embargo escribieron en los anales patrios esas hermosas páginas que se llaman los bombardeos de Larache y Arcila, la toma del Serrallo, las victorias de Wad-Ras y de Tetuán; en suma, una campaña de pocos meses, en los que se dieron sesenta acciones, que constituyeron otros tantos triunfos y que inmortilizaron los nombres de O'Donnell, Prim, Echagüe, Ros de Olano, etc., etc.

Basta decir que la *pérfida Albión* logró arrebatarnos casi todo el fruto, pero no pudo quitarnos la honra de haber asombrado al mundo, hasta á nuestros propios enemigos declarados y encubiertos, con la bravura de nuestros soldados y la pericia y arrojo de nuestros generales.

Ante Tetuán se firmó la paz que nos valió inmenso prestigio, escasísimas ventajas territoriales y una nube de los famosos *ochavos morunos*, y comenzó la repatriación de las fuerzas expedicionarias, acogidas en todas partes con delirante y justificado entusiasmo.

¡Días hermosos aquéllos cuyo recuerdo conmueve el corazón de todo buen español y que constituyen legítimo y preciado motivo de orgullo para nuestros padres!... . . . .

EMILIO SALA



Una chula.

* * *

Poco después de haberse firmado la paz, desembarcaba en Barcelona un soldado manco, desmejorado, maciiento, que no se detuvo en la condal ciudad sino el tiempo necesario para encaminarse, en diligencia, á Gerona, ni se detuvo en ésta más que para descansar un par de horas.

Luego se dirigió, á pie, al pueblo de que hemos hecho mención al principio de esta sencilla historia.

Aquel soldado llevaba sobre el pecho la Cruz de San Fernando y ostentaba asimismo la banda y el canuto de licenciado.

Su andar era lento, menos por cansancio físico que por abatimiento moral.

Al llegar al pueblo en cuestión, sintió que le flaqueaban las piernas, nublóse su vista y hubo de apoyarse en un árbol de la carretera para no caer al suelo.

—¡Acabemos! —murmuró. — ¡Es preciso llegar hasta el fin!...

Y penetró en el pueblo, donde no tardó en verse rodeado de hombres, mujeres y niños, que exclamaban:

—¡Calle!... ¡Es Juan!... ¡Juan que vuelve con un brazo menos!

Corrió la voz y, cuando el mozo llegó frente á su casa, salían ya desalados á recibirle sus padres, dos hermanos menores que tenía... ¡y Teresa!...

La escena de la llegada fué tan conmovedora como lo había sido la de la partida y, si cabe, más triste aún que lo fué ésta.

Juan, sin fuerzas para nada, dejóse abrazar, besar, estrujar por sus parientes...

Luego, volvióse hacia Teresa, que le miraba con aire extraño y, llevándola aparte, la dijo con voz trémula:

—¡Ya no soy el mismo de antes!... ¡Soy un pobre lisiado, un inválido, á quien sin duda encontrarás ridículo, que te devuelve tu palabra y que...

La joven no le dejó concluir.

Cogióle con ambas manos la cabeza, que atrajo hacia sí, y acercándole al oído dos labios más rojos que el coral, murmuró:

—¡Las catalanas no tenemos sino una palabra... y además te amo!...

Juan, delirante de alegría, la estrechó contra su corazón con el único brazo que le quedaba, mas con tanta fuerza como con ambos la había abrazado el día en que supo que era correspondido. . . . . .

* * *

Teresa y Juan se casaron pocos meses después del regreso de éste; adquirieron por traspaso y á pagar á plazos, que no tardaron en ser satisfechos, la tahona del antiguo principal del joven, y fueron padres de cuatro tiernos vástagos, que hoy ya están duros y algo maduros...

¡Con lo que se demuestra que Juan no fué manco... ni aun después de haber perdido el brazo izquierdo!

Eduardo BLASCO

FRANCISCO (



LOS CÓMICOS I

CASANOVAS



DE LA LEGUA



LA BASILISA

Después que cada cual expuso lo que creyó conveniente acerca de cómo deben entender y cumplir su difícil y delicada misión así los fiscales como los abogados defensores, la conversación recayó en la justicia, ó injusticia de la libertad provisional bajo fianza; y el amigo Ibarrola entre sorbo y sorbo de café, dirigiéndose á mí y escuchándole algunos compañeros suyos, habituales concurrentes al Inglés, se expresó poco más ó menos, de este modo:

—Tiene usted razón: la libertad provisional bajo fianza, ó no debe ser concedida en ningún caso ó únicamente debe ser otorgada por excepción, y cuando los procesados, sobre carecer de antecedentes penales, ofrezcan por su conducta la casi seguridad de que no aprovecharán la libertad obtenida para delinquir de nuevo.

Abrir la mano en la concesión de esta gracia, poner á un ratero, verbigracia, en libertad provisional para que al salir de la cárcel vuelva, como casi todos vuelven, á ejercer su criminal industria, es tan imprudente como soltar una garduña en un corral de gallinas.

Para evitar, pues, ciertas concesiones, no estaría por de más que el Código penal dijera en uno de sus artículos: los jueces, en tales y cuales delitos, podrán conceder la libertad provisional bajo fianza; pero tanto ellos como los fiadores de los procesados que obtengan esta gracia, serán considerados reos del delito de imprudencia temeraria cuando los que disfruten de libertad provisional cometan, durante el tiempo que de ella gocen, alguno ó algunos hechos de índole igual al de aquel que motivó su procesamiento.

Tal vez esta manera de apreciar la cuestión les parezca á ustedes muy dura; pero, en apoyo de ella, voy á referir una historieta de cuya exactitud respondo, porque fuí testigo presencial del hecho la noche en que conocí á la célebre tomadora llamada la Basilisa.

* * *

Una noche, mi amigo Carlos, que recién salido de la Universidad Central comenzaba por aquel entonces á ejercer la abogacía, — acompáñame, — me dijo, al encontrarnos por casualidad en la calle, — voy al Juzgado municipal de la Latina, y como despacharé pronto y puedo disponer después de un par de horas, las pasaremos juntos, si tú quieres.

—Vaya si quiero — le contesté; — y cogiéndome de su brazo, emprendimos juntos el camino del Juzgado, que por aquella época, es decir, hace unos diez y seis años, estaba establecido en la famosa calle de Toledo.

Despachado el asunto, volvíamos hacia la Plaza Mayor, cuando en nuestro camino se interpusieron dos buenas mozas, las cuales, no sé con qué motivo, trabaron con nosotros.

Acercóse la más alta á mí, mientras la otra, de mediana estatura, morena, de nariz aguileña, de ojos negros, brillantes y magníficos, airosa y llena de gracia, se dirigió á mi amigo Carlos, cuya americana entreabierta dejaba ver una cadena de oro que por su riqueza y valor daba á entender que el reloj á ella adherido debía ser de gran precio.

Seis ó siete minutos, quizás menos, llevaríamos conversando cada cual con su cada cual, cuando la moza que conversaba con mi amigo se dirigió á su compañera y haciéndole un guiño especial, que yo vi, pero cuyo valor no comprendí al pronto — anda, chica, anda, dijo, que esto ya está visto y estos señoritos son unos *pelmas* que tienen mucha gana

de conversación; — y, dando por concluída la nuestra, ambas echaron á andar calle de Toledo abajo.

Quedé yo asombrado y sin saber qué hacer ni qué decir ante aquella brusca interrupción, y ya iba á preguntar á Carlos qué le había dicho ó hecho á su interlocutora, cuando él, echándose á reir al ver mi asombro, — ¿te extraña — me dijo — que nos hayan dejado con la palabra en la boca? Pues no lo extrañes. Lo han hecho, porque son dos tomadoras y la que hablaba conmigo me ha robado el reloj tranquilamente.

—¡Y te estás tú con esa tranquilidad! — exclamé disponiéndome á correr tras ellas. — Anda, corre, vamos á detenerlas ó á llamar un guardia que las detenga.

—Ni una cosa ni otra. Estate quieto, que ella me devolverá el reloj— repuso Carlos, quien alzando la voz y llamando á la mujer que se alejaba, — Basilisa, Basilisa, — gritó; — oye, ven, oye.

* * *

Detuviéronse las dos mujeres, dimos nosotros algunos pasos hacia ellas, que á su vez y después de vacilar unos momentos entre acercarse ó huir, se dirigieron á nosotros franca y resueltamente; y cuando ya estuvieron cerca, — ¿me conoce usted? — preguntó á mi amigo la célebre tomadora. — ¿Sabe usted mi nombre verdadero?

—Cuando te he llamado por él, está claro que lo sé.

—¿Pues quién es usted, entonces?

—Mírame, á ver si recuerdas quién soy — contestó Carlos y acercándose á un farol, que cerca había, mostró á la Basilisa su semblante.

—¡Don Carlos! ¡Don Carlos de mi alma! — exclamó la mujer al reconocerle. — Perdone usted — añadió. — Perdone usted, porque soy una infame y le he robado el reloj mientras hablábamos.

—Te sentí, y lo sentí, cuando me lo quitaste; pero te dejé hacer, porque estaba seguro de que me lo devolverías — dijo Carlos.

—Y podía usted estarlo: aquí tiene usted su reloj y perdóneme usted; porque le juro por la salud de mi madre que no le había conocido.

—Te creo, mujer, te creo; pero dime, ¿te he sacado yo de la cárcel para que continúes siendo tomadora?

—Tiene usted razón, don Carlos; pero ¿de qué vivo, qué hago yo para vivir, si no hago esto?

—Trabaja; — repuso mi amigo con severidad y dureza.

—Si no sé; si no encontraría trabajo aunque supiera y quisiera trabajar — replicó en el acto y con acento de verdadero pesar la tomadora.

* * *

Un relámpago, por efímera que sea su duración, puede en una noche de completa cerrazón y obscuridad mostrar al caminante los abismos y precipicios que le rodean, indicándole por tanto el camino que debe seguir; y el fugaz relámpago de ingenuidad y sentimiento mostrado por la famosa tomadora en sus últimas palabras, me hizo ver una porción de abismos y precipicios sociales.




Y si no hago esto ¿de qué vivo? preguntaba á Carlos aquella mujer que, al recobrar la libertad provisionalmente y merced á la fianza por él prestada, confesaba ingenuamente á su fiador que no sabía trabajar, añadiendo, y con razón, que aunque supiera y quisiera trabajar no encontraría trabajo.

¿De qué, por tanto, iba á vivir, ni qué otra resolución podía tomar que la de continuar *tomando* cuanto á mano se encontrara?

Todos los oficios le eran desconocidos, y en cuanto al servicio doméstico, ¿quién, conociendo sus antecedentes, la admitiría en su casa?

Por estas razones y aleccionado por la experiencia de la Basilisa, soy, desde que presencié lo que acabo de referir, enemigo de las concesiones de libertad provisional bajo fianza,—dijo Ibarrola, que con estas palabras dió por terminado su relato.

—¿Pero esa historieta es cierta? — le preguntó uno de sus oyentes.

—Y tan cierta. Ignoro si la Basilisa vive aún ó ha muerto ya; pero sé que mi amigo Carlos vive, que es hoy un jurisconsulto notable, un abogado lleno de saber y de experiencia y un criminalista célebre, y él puede responder de la completa exactitud de cuanto he dicho.

—¿Él? pero, ¿quién es él? —repuso el mismo que le había preguntado si la historieta era cierta; — ¿quién es ese Carlos ó don Carlos de tu cuento?

—Ese;—dijo Robustiano Ibarrola señalando á Díaz Valero, que en aquel momento entraba en el café Inglés y se dirigía á nuestra mesa.—Ese es el Carlos de mi relato, don Díaz Valero que, famoso abogado hoy, podrá deciros cómo al comenzar á ejercer la abogacía, la célebre tomadora la Basilisa le robó el reloj; estando, gracias á él, en libertad provisional bajo fianza.

Mariano VALLEJO

Dibujos de Enrique Estevan.

M. OBIOLS DELGADO



LUCIENDO EL GARBO

¡VIDA!

Desengáñese usted, Enriqueta; nuestro pobre Alfredo está completamente perdido; su razón obscurecida de manera brusca y repentina, no resurge á la luz, por más resortes que toco; es un caso verdaderamente desesperado y que me hace dudar de la ciencia.

—Pero, Dios mío, ¿no habría ningún medio para devolver la razón al infeliz Alfredo?

—Ya habrá usted observado cuánto me afano, cuánto observo á nuestro querido enfermo desde el fatal día en que la quiebra del Banco R... le trajo la noticia de la pérdida de unos cuantos miles de duros, y con ella su extravío mental; pues bien, de todos mis estudios he sacado la convicción de que su marido de usted morirá loco. Quizá logremos atenuar sus rigores; tal vez consigamos momentos de pasajero alivio; pero la cura total, nunca jamás, — contestó el médico.

El llanto nubló los hermosos ojos de Enriqueta; algunas gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas, y haciendo un esfuerzo, dijo:

—Pero, repito, ¿no podríamos intentar algún medio, aunque fuese desesperado? ¡Oh! Decid que sí, mi bueno y leal amigo, decid que sí, y os deberé más que la vida. ¡Ah! No sabéis cuán profundo es el dolor de la esposa que, como yo, se une ha poco más de tres meses verdaderamente enamorada de su marido, y á los pocos días lo ve muerto para ella y para su amor, insensible á todo, viviendo con la mirada vaga y somnolienta del imbécil; decid que sí, y toda mi hacienda es vuestra...

—Uno solo hay, — repuso el médico, á quien daremos el nombre de Ricardo; — dudo, vacilo, pero... en fin, lo intentaremos.

—¡Oh! Ya lo sabía yo, — gritó casi alegremente la desdichada esposa, agitando los brazos como una chiquilla; — ved, querido doctor, ya no lloro. Y decidme ¿cuál es ese medio heroico?

—Mañana, señora, partiremos para Suiza; iremos los tres, usted, su desdichado Alfredo y yo; escalaremos las montañas; bajaremos á los valles; visitaremos Roma, Zurich; recorreremos los lagos; buscaremos emociones; en fin, qué sé yo... intentaremos lo imposible... y quiera Dios ayudarnos en nuestra empresa, como fervorosamente le pido.

* * *

—Enriqueta, fuerzas, fuerzas en nombre del cielo, amiga mía; la desgracia ha sido grande, imponente, terrible, yo mismo lo comprendo; pero qué le hemos de hacer.

—¡Oh! querido doctor, querido amigo; ¡qué espectáculo tan aterrador! Quiero olvidarlo; deseo alejarlo de mi mente con su cortejo de horrorosos detalles, y sin embargo, lo veo continuamente ante mi vista, y aún me parece escuchar el ronco y extraño grito que lanzó al aire mi pobre Alfredo al precipitarse, riendo como un insensato por aquel insondable precipicio.



Cuadro de Modesto Urgell.

—Y del cual ya sabe usted que, por más que hicimos, no pudimos ni siquiera extraer el cadáver, mutilado indudablemente, de nuestro infeliz Alfredo. No era cosa de estarnos nosotros allí toda la vida; tuve que obligarla á abandonar aquellos funestos lugares, y después de curarla una violenta fiebre que amenazaba destruir su hermoso cuerpo, emprender este viaje de retorno á Madrid, donde yo espero que el tiempo, que es indudablemente la mejor medicina para el organismo humano, acabará por borrar en su corazón el recuerdo de la horrible desgracia.

Y al decir esto, el doctor fijó en aquella mujer una hambrienta mirada en que había mucho de amor y de pasión violenta.

Este diálogo lo sostenían nuestros antiguos amigos, el médico don Ricardo y la joven, ya viuda, Enriqueta, en un departamento de primera clase del Sud-expreso del Norte, y pocos momentos después de haber atravesado la frontera francesa por la estación de Hendaya.

—¿Y para qué curar la fiebre que consumía el cuerpo, si nadie en el mundo podrá aliviar la llaga que corroe y destroza mi corazón?— gritó, más bien que dijo, Enriqueta, doblegada bajo el peso de su dolor, y vertiendo verdaderos raudales de llanto.

—Fué mi deber, Enriqueta; fué mi obligación, así como hoy lo es conducirla de nuevo á Madrid, dejarla en el seno de su familia y aconsejarla que olvide; que procure vivir.

* * *

—¿Dónde vas tan temprano, querido Ricardo?

—Tengo absoluta necesidad de salir, esposa mía, adorada Enriqueta; mis enfermos me reclaman y es preciso ceder algo de nuestra felicidad en beneficio de los que sufren, en alivio de los que lloran.

Estas frases harán comprender á nuestros lectores que la inconsolable viuda, que la infeliz Enriqueta había trocado los lutos de la viudez por las galas de la desposada, casándose con Ricardo, el médico de la casa.

—Y bien, sí,—repuso ella — llevas razón, Ricardo mío; pero es que soy tan feliz á tu lado, que voy sin querer volviéndome un poco egoísta. ¡Ah! Procura volver temprano, pues ya sabes que hoy se cumple el año de la muerte del pobre Alfredo, y quisiera asistiéramos á las misas que he mandado decir por su alma. . . . .

Miguel ALDERETE GONZÁLEZ

DOMINGO PANIAGUA BERMÚDEZ

DOMINGO Paniagua Bermúdez es un mejicano por azar, un guatemalteco por sentimiento y un yankee por convicción. Y lo raro del caso es que tiene los títulos que acreditan estas tres personalidades: mejicano por azar, puesto que vió la luz en el estado de Chiapas; guatemalteco por sentimiento y hasta por tradición, pues que ama á Guatemala y Chiapas pertenecía á Guatemala; y yankee por convicción, porque se educó en Norte América, adaptóse á sus costumbres, saturóse del espíritu de la Gran República, y sus excepcionales condiciones de comerciante, aparte de ciertos desengaños recibidos, le llevaron al convencimiento de que debía hacerse ciudadano de la patria de Washington.

Cuando habla Paniagua de estas cosas lo hace con la propiedad del hombre práctico, que no le vencen convencionalismos ni le inspiran cuidado otros juicios que los de su conciencia, reforzados por su bien equilibrado cerebro.

Paniagua tiene otra patria... ¿Todavía más? — dirá el lector. — Sí, otra patria... «escogida por simpatía», un terruño del Mundo que se le ha hecho predilecto, quizás porque no lo conoce... Pero ya nombraremos esta cuarta parte de sus amores.

Pertenece nuestro biografiado á distinguida y opulenta familia mejicana. Muy joven aún, fué enviado por su señor padre á los Estados Unidos para que completara su educación. De regreso de Norte América, estimó el autor de sus días que convenía ponerlo al frente de sus haciendas, y para ello convirtióse en su mentor, llevándolo consigo en las largas excursiones de inspección que se veía obligado á realizar por sus valiosas propiedades.



Durante estas excursiones, el hijo recibía lecciones prácticas de Agricultura y Cría. Pero el padre convencióse al cabo de corto tiempo «de que el chico *le escuchaba sin prestarle atención* y figuróse que era ó un tonto ó un redomado holgazán. Con objeto de ratificarse en semejante dolorosa creencia hizo una última prueba: púsole al frente de su principal casa de comercio y dióle también el cargo de tenedor de libros. No se hizo esperar el resultado: el muchacho organizó; «cambió la manera de negociar» y produjo beneficios sumamente satisfactorios.

Lanzado ya en el mundo mercantil, emprendió Domingo un negocio por su propia cuenta, valiéndose del crédito de su nombre. Hízose tratante en ganados, que compraba en Guatemala y vendía en Méjico, obteniendo además de las utilidades propias del negocio, los beneficios de los cambios casi por partida doble.

En poco tiempo fué dueño de una fortuna de 50.000 duros; mas sus aspiraciones y la confianza que tenía en sí mismo, le condujeron á mayores empresas, en las cuales no le halagó la suerte. Marchóse á Nueva York. No quería vivir en Méjico: cuestiones políticas, odios, envidias, toda esa serie de pasiones mezquinas que tanto abundan entre los hombres, le forzaron, por conveniencia, en parte, por despecho en segundo lugar, á naturalizarse norteamericano, *porque los yankees* — según observa el interesado, cuando habla de ésta su determinación — *aunque son hombres, no se meten en lo que no les importa.*

Contaba entonces 25 años.

En Nueva York bien pronto encontró trabajo remunerado con largueza, pero la vida de la Gran Metrópoli le disgustaba y se marchó á Filadelfia de Director del «Commercial Museum». Conoció allí á un célebre doctor yankee, que luego se ha hecho muy popular en España. Este galeno, que es un extraordinario comerciante, advirtió en seguida las dotes sobresalientes del joven mejicano y propúsole que se pusiera al frente de uno de los principales departamentos de su gran fábrica de remedios homeopáticos. Eran halagadoras las proposiciones del Doctor y fueron aceptadas.

Al año, ó cosa así, emprendía Paniagua un viaje de propaganda por Méjico y Cuba; estos países, desde entonces, dan una utilidad á la casa del Doctor de unos 80 000 duros al año.

El prestigio de Domingo se consolidó con este éxito y fué nombrado Gerente del Departamento Latino Americano de la casa, y comisionado con plenos poderes para que como Representante de la misma viniese á España á conquistar nuevos laureles.

Del triunfo en España no diremos una palabra, porque es tan reciente y ruidoso que todos los lectores lo recordarán. No en balde ha sabido llamar la atención del público y hasta proporcionar, con su manera especial de anunciar, chistes á los autores del Género Chico. Ahí está *El Portfolio de Eldorado de 1902* y el aplaudido *El Cuñado de Rosa* en que sale á relucir «el Doctor del dedo tieso» como se ha dado en llamar al médico homeópata norteamericano.

Con toda seguridad podríase asegurar que en estos tres últimos años pocas han sido las personas que hayan exteriorizado más su actividad y competencia comerciales en Cuba, Méjico y España, y que hayan «sonado menos» que nuestro biografiado.

El mismo Paniagua explica «su incógnito» diciendo: — Gozo yo con el triunfo de mi trabajo mucho más que con los cumplidos que por él recibiera. Trabajo «por el amor al arte» ya que estoy convencido de que *el trabajo no tiene precio.*

De lo dicho se desprende que Paniagua es un *businessman* artista.

En su vida se notan constantemente rasgos contradictorios que, en conjunto, obedecen á manifestaciones de un todo harmónico. Es un yankee que se acuerda de que es latino. Tiene conciencia del valor del tiempo y, sin embargo, ¡cuántas veces se remonta en alas de su fantasía y se forja imágenes deliciosas en las soledades de un cuarto de hotel, esperando el amanecer del día siguiente para formalizar un negocio, y olvidándose de las horas del descanso fisiológico!...

En cierta ocasión le hacíamos notar esto y nos contestó: — ¡Qué quiere usted! uno tiene que distraerse de vez en cuando... «haciendo pajaritas de papel». ¡No todo lo ha de absorber el negocio!... Como éste me ocupa todo el día, algunas noches me doy el lujo de dormir menos... Al fin y á la postre «de poeta y de loco todos tenemos un poco»...

» Aunque le parezca á usted antagónico eso del *businessman* artista, le diré que ahora, en la época actual, el espíritu yankee se ha «latinizado» en gran manera, en lo concerniente á soñar — entiéndame bien — y se ha propuesto harmonizar, — ¡qué no puede la voluntad!, — lo práctico con lo artístico, de tal modo que no se puede afirmar, sin pecar de inexactitud, esa creencia tan común entre nosotros los latinos, de que el pueblo yankee es insensible y rehacio á las manifestaciones de la belleza en cualesquiera de sus faces.

» El yankee lo que hace es que regulariza su vida y se señala horas para entregarse á espaciar los señuelos del alma. Claro que *su arte* quizás es menos poético, pero puede ser tan bello como el nuestro: tienen, en una palabra, *su dosis de idealismo* y comprenden lo bello con sentimiento más viril que los latinos. Yo he tratado de asimilármeles, y por eso me explico que sea su país de ustedes la patria de mis simpatías. Lo que sé de Venezuela, la vida de sus grandes hombres, Bolívar, Sucre, Paéz, etc., etc., me la pintan como nación de carácter propio, sin el sentido práctico de Norte-América, pero con la altanería de ella para hacer valer sus derechos y exteriorizar su personalidad independiente y altamente simpática... Los yankees quieren á Venezuela por *sentimiento estético*... por ahora. Luego, Venezuela se hará querer sin dejarse engañar. »

Paniagua es músico, poeta y observador agudo. Publicó no ha mucho tiempo dos tomitos de artículos: «Gotas de Lluvia» y «Nieve de Estío» que acreditan, sobre todo «Gotas de Lluvia», ese espíritu observador.

Dichas obritas son desahogos de Paniagua artista, y como tales no las pone á la venta y las regala á sus amigos.

En esto hace bien: los que no le conocen juzgarían estos caprichos literarios de distinta manera que se merecen. Para su perfecta comprensión se necesita conocer al autor, tratarle, observarle... No sucede con «Gotas de Lluvia» ni «Nieves de Estío» lo que con la mayoría de los libros: por ellos no se conoce al escritor, pero conocido éste, sí se adivina de quién son ellos. Podríase decir que en estos «pinitos» hay lagunas que no existen luego de haber tratado á Paniagua.

Hace un mes que le saludamos en esta ciudad á su paso para la Argentina, Chile, Uruguay, etc. Apenas tuvimos tiempo para estrecharnos las manos, pero sabemos que es ya socio de la Sección Latino-americana de la Empresa que representa, y que cobra, además, *un sueldo yankee*, algo mayor de lo que perciben dos ministros de S. M. C.

Muy pronto Buenos Aires se verá invadido por los remedios del «Doctor del dedo tieso», debido á la inteligente propaganda de nuestro biografiado que llamará la atención de los porteños, encerrado entre cuatro paredes, «ni envidiado ni envidioso» y seguramente anotando sus impresiones que formarán el libro «Fugitivas» que tiene en preparación.

ALEJANDRO FRÍAS GIRAUD



Cuadro de J. Alarcón.

Propiedad de don Teodoro Baró.

EXPANSIÓN

El corazón sin mancha se abre, como una flor del cielo, á las primeras expansiones de la vida.

El hombre joven que, huyendo de los vicios, forma un hogar tranquilo donde brilla el casto fuego de la virtud y la lámpara perenne del amor, recibe las recompensas más divinas, que bajan, como cándidas palomas, á arrullar su oído con una melodía celeste. Allá, en las horas de las dulces expansiones, oye en su alcoba como batir de alas ó como rumor de besos. Es que los espíritus puros tienen fiesta en la boda de las almas y aletean y se besan alegres, trayendo entre sus brazos á esas otras almas purísimas, recientemente creadas, que van á tomar la forma humana en medio de los transportes del amor.

¡Mirad! Es un ángel que se agita en una cuna, como echando de menos las alitas tenues y brillantes conque surcaba, sin esfuerzo, las inmensidades etéreas. ¡Es un ángel que llora y que, al llorar, remeda el llanto de los hombres! Y abre los ojos en que trae resplandores del país de la inocencia y divisa, junto á la cuna, la figura de un arcángel luminoso que le alza entre sus brazos y le atrae hacia su seno, como la virginidad del azul atrae los vírgenes perfumes. Y la sonrisa, como un fulgor de aurora, entreabre el botón de rosa de esos labios pequeñitos para llamar los besos de la madre, que son el alimento de esas almas que despiertan.

¡Ah, las felicidades del hogar son las felicidades verdaderas! Allí el corazón sin mancha se abre como una flor del cielo á las primeras expansiones de la vida.

***

Los niños son las flores de inocencia que perfuman el santuario del hogar. Bajan del cielo en medio de los éxtasis conque el amor embarga el alma de los padres, y traen con ellos yo no sé qué claridades de estrellas y de astros de ese cielo ideal de los espíritus puros.

Bajan del cielo como un rayo de sol que hace resplandecer la carne hecha de barro, como resplandece el cristal cuando encierra la chispa luminosa. Llenan de luz el hogar, alegrando nuestras horas tristes y disipando con su risa el ceño adusto de las frentes pálidas que arruga el dolor y que inclina la amargura. Parecen almas que bajan del cielo después de haber visto á Dios. Son la brisa que orea y refresca nuestras marchitas vidas, presas del ardiente bochorno.

«¡Padre mío!» «¡Madre mía!» — nos dicen, — y nos echan los bracitos al cuello y nos besan con sus boquitas húmedas — y sentimos entonces como una corriente deliciosa que recorre nuestro sér, llevando palpitaciones de amor y promesas de gloria. Y al verlos comprendemos la existencia de los ángeles. Y los estrechamos y retenemos sobre nuestro corazón, temiendo á cada momento ver crecer sus alas de oro y verlos huir á las celestes mansiones llevándose nuestra dicha, la lumbre de nuestro hogar, el perfume delicioso de nuestra existencia.

¡Ah! para ellos queremos ser buenos, ser honrados, ser gloriosos y legarles un nombre inmaculado, para que al abrirse á los dolores y amarguras del oleaje del mundo no tengan el dolor de las vergüenzas heredadas.

Con verdad se ha dicho que cuando los niños nacen hay que caer de rodillas. Son una nota inspirada que se desprende de armoniosa del arpa colosal de la creación y que vibra en nuestro sér con una vibración sublime, porque sabemos que en ella hay vida de nuestra vida y alma de nuestra alma.

Cuando volvemos á nuestro hogar, desde el trabajo rudo en que inclinamos la frente resignados y pacientes, ¡oh! ¿qué recompensa es comparable á la que nos brindan esos niños adorables corriendo á nuestro encuentro, como bandada de parleros pajarillos, para acariciarnos con sus risas, con sus abrazos y con sus besos? ¿Qué delicias son comparables á esas supremas delicias? Parece que se abre el cielo y los ángeles bajan á traernos los ensueños de felicidades ignotas.

¡Ah! y por ellos, — no más por ellos; — corremos tras la fortuna loca que se goza en atormentarnos, mostrándosenos de lejos, como una sirena engañadora, como una visión de contornos y de formas reales que se alza ante nosotros provocativa y bella y que, al tocarla ya para estrecharla cariñosos, huye, se desvanece, se va como un ensueño de la aurora.

***

Y soñamos... ¡qué cosas tan hermosas soñamos cuando vemos á nuestros hijos sonriendo en su cunita, como deben sonreir los ángeles sobre las nubes de colores y en la presencia de Dios! — Soñamos para ellos felicidades supremas y delicias sin cuento, y sentimos en el corazón como un viento de los cielos que nos infunde el valor de los grandes esfuerzos, de los titánicos arrojos, para que la sonrisa divina de esos labios inocentes no se apague ante el fantasma aterrador de la miseria.

Benditos sean los niños con sus risas infantiles, con sus juegos inocentes y con sus recuerdos de ángel: ellos son los seres escogidos por Dios, en sus inexcrutables designios, para consolar á los que sufrimos los desencantos de la vida en medio de las fatalidades y de los sarcasmos del mundo.

Bendito sea el hogar; sus goces puros y sus placeres castos, como resplandores de una luz del cielo, nos infunden esos ensueños purísimos que son las grandes, las nobles y sublimes expansiones de las almas buenas.

José CIBILS

Rosario de Santa Fé. (R. A.)

H. LENGO



Flores y Espinas.

LUCAS VILLAMIL



RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

Propiedad de don Teodoro Baró.

LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, CAPI

De todas las colonias españolas de América, que obedeciendo á la natural y legítima aspiración de los pueblos fueron emancipándose y constituyen hoy naciones independientes, ninguna en tanto grado como la argentina ha conservado un cordial afecto á su antigua metrópoli y ha sabido demostrárselo en todas ocasiones, particularmente en las nó remotas, de desgracia, que es cuando se conocen los buenos amigos.

Las corrientes de simpatía entre aquel país y el nuestro, van cada día en aumento y traducidas pronto en tratados igualmente beneficiosos para ambos, consolidarán el lazo fraternal que debe unir á los hijos de una misma madre.

Esta simpatía y la gratitud que el ALBUM SALÓN debe al ilustrado público argentino, por el extraordinario favor que viene dispensándole desde el instante de su aparición, hacen que con verdadera complacencia dediquemos en nuestras páginas una información especial y continua que ponga de relieve el estado floreciente de aquella hermosa república, cuya importancia queda demostrada desde luego por la simple vista fotográfica de su capital, tal cual es al presente, que acompaña á este artículo, más estadístico que literario.

Buenos Aires es, sin disputa, la primera ciudad de la América latina, tanto por su población, que alcanza hoy alrededor de 900,000 habitantes, como por los grandes progresos que ha realizado en todos los órdenes de la actividad humana.

Buenos Aires es á la América lo que París á la Europa.



VISTA GENERAL DE LA CI

Situada sobre la margen derecha del anchuroso Río de la Plata, con un puerto modelo, en cuyos diques fondean los barcos de todas las naciones, su crecimiento ha sido asombroso en los últimos 20 años y no hay ejemplo de ciudad alguna que haya progresado tanto en ese espacio de tiempo. Baste saber que es hoy la segunda ciudad de la raza latina y la primera del habla castellana, en cuanto á población. Tiene una superficie de 18,142 hectáreas, siendo su mayor extensión de N. á S. de 18 km. y de 25 de E. á O. El perímetro del municipio es de 62 km. y medio.

Por su extensión territorial resulta que la capital argentina es una de las ciudades más grandes del mundo. Tiene alrededor de 60,000 casas, de las cuales 40,000 son de piedra y ladrillo.

Las principales avenidas, de 30 m. de ancho, son la de Mayo, rodeada de monumentales edificios, pavimentada de asfalto, sombreada de plátanos é iluminada por grandes focos eléctricos; las de Corrientes, San Juan, Belgrano, Santa Fe, Callao, Julio, etc. Además de estas avenidas, cuenta la ciudad con 79 parques, paseos, plazas y plazoletas, con una superficie de 6.000,000 de metros cuadrados, que le sirven de desahogo. El gran parque «3 de Febrero» situado al N. O. sobre el Río de la Plata, tiene una superficie de 3.700,000 metros cuadrados y constituye el paseo predilecto de los bonaerenses, y es á Buenos Aires lo que el Bois de Boulogne á París.

Las calles de la ciudad están pavimentadas con asfalto, madera y adoquín de piedra, que representan una superficie de más de 5.000,000 de metros cuadrados. Estos pavimentos son prolijamente cuidados y se mantienen con rigurosa limpieza, para lo cual se ocupan numerosas brigadas de empleados. En las calles principales existen saliveras para el servicio de los transeuntes, pues es prohibido escupir en otra parte que no sea en ellas.

Buenos Aires posee un servicio de salubridad y aguas corrientes, en cuya construcción se han invertido 35.000,000 de pesos oro y últimamente se han votado 12.000,000 más para ensanche, pues la ciudad se extiende de día en día. La estadística de la mortalidad, que hace 20 años alcanzaba á 29 por 1,000, es hoy de 14'60. Se presta la mayor atención á la higiene, para lo cual se cuenta con un personal competente y numeroso que todo lo inspecciona diariamente, aplicando las penas más severas en los casos de infracción.

Para el abastecimiento de los artículos necesarios al consumo doméstico, la población cuenta con 40 mercados, modelo algunos en su género.

La asistencia pública posee un edificio adecuado y dispone de los elementos más adelantados para que su servicio llene todas las exigencias. Según *The Globe*, de Londres, es la mejor que existe en la actualidad, por la rapidez y corrección de sus servicios. Este diario aconseja á las autoridades de Londres copiar al pie de la letra la asistencia pública de Buenos Aires.

Existen en la ciudad más de quinientas escuelas, frecuentadas por 120,000 alumnos. Algunas, como la de Petronila Rodríguez (donada por una señorita de este nombre) tiene capacidad para 3,000 niños. Ocu-

TAL DE LA REPUBLICA ARGENTINA

pa una manzana y tiene á su frente un jardín y templo, donado por la misma señorita, cuya extensión es de 12 000 metros cuadrados. Hay, además, colegios italianos, norte-americanos, alemanes, franceses, ingleses, etc. Los edificios de las escuelas, construídos por el Consejo Nacional de la Educación, cuestan 25.000,000 de pesos oro.

Los templos son numerosos y todas las religiones los poseen. Aparte de los católicos, existen templos alemanes, ortodoxos, rusos, metodistas, evangélicos, hebreos, irlandeses, escoceses, etc.

El agua de que se sirve la población está encerrada en un grandioso edificio revestido de mayólica, que costó más de 2.000,000 de pesos oro, y es conducida allí desde los grandes filtros situados á orillas del río, en donde se levantan inmensas construcciones con grandes maquinarias.

Los hospitales son numerosos y hay varios, aparte de los nacionales, levantados por las colectividades española, italiana, inglesa, francesa, etc. El Hospital Nacional de Alienadas tiene capacidad para 2,000 enfermas y posee todos los elementos de la higiene moderna y un laboratorio de primer orden. Este establecimiento puede compararse con los mejores que existen hoy en Alemania y Francia.

La Cárcel Penitenciaria es un modelo en su género y posee talleres de toda clase donde trabajan los penados.

Buenos Aires cuenta con 20 teatros, en los cuales funcionan compañías italianas, nacionales, españolas, francesas, inglesas, alemanas; numerosos circos, conciertos, recreos, etc., etc. Estas construcciones son elegantes y confortables, y ofrecen todas las seguridades y condiciones



UDAD DE BUENOS AIRES

de higiene deseables. Los tranvías cruzan casi todas las calles y barrios de la ciudad, y está tan extendido este servicio, que se ha llamado á Buenos Aires «la ciudad de los tranvías». Posee 500 km. (100 leguas) de líneas, en su mayor parte de tracción eléctrica.

Existen Museos de Historia Natural, notable por sus raras colecciones; Museo Histórico Nacional, Museo de Bellas Artes, Museo de armas, Museo de productos, Exposiciones agrícolas, ganaderas y de otro orden; sociedades hípicas, hipódromos diversos, centenares de sociedades atléticas, de ciclismo, patinaje, canotaje, de gimnasio y esgrima; clubs sociales argentinos, español, italiano, francés, inglés, alemán; clubs de señoras, literarios, corales, de música y drama, etc., etc. Las sociedades de beneficencia y socorro mutuo se cuentan por centenares y tienen la administración de los hospitales.

El movimiento de vehículos es enorme y llama la atención de los extranjeros: alcanzan alrededor de 30,000. Hoy existen 6,000 biciclos y 400 automóviles.

Buenos Aires es la ciudad de América que posee los más grandes diarios. *La Nación* y *La Prensa*, que son los principales, aparecen diariamente con 10 y 12 páginas, impresas con máquinas rotativas y linotipos. Estos diarios publican diariamente un servicio telegráfico completo de todas partes del mundo. *La Prensa* dispone del mismo servicio del *New York Herald*, que le es transmitido diariamente. Este diario está instalado en un edificio propio, verdaderamente monumental. Sus máquinas *Hoe* tiran 48,000 ejemplares por hora. Aparte de los servicios propios del diario, posee una escuela de música, frecuentada por más de mil alumnos, íd. de castellano, laboratorio químico industrial, consultorio médico, íd. de abogados, biblioteca popular, salón de esgrima, íd. de exposición, íd. para huéspedes distinguidos, *todo gratuito*.

Es imposible dar en el corto espacio de que disponemos, una reseña completa de los grandes progresos alcanzados por Buenos Aires, y terminaremos estas breves líneas con algunas palabras referentes al magnífico puerto de aquella ciudad cuyo costo oscila alrededor de 40 millones de pesos oro (200 millones de francos). Se compone de dos dársenas, una al Norte y la otra al Sud; entre éstas se hallan los diques que llevan los números 1 á 4.—Sus dimensiones son 660.200 metros cuadrados ó sean 66 hectáreas. El puerto posee 21 edificios destinados á depósitos, 8 de hierro ondulado y 13 de mampostería. Estos depósitos tienen 2,466 metros de frente sobre los muelles y su capacidad es de 566,480 metros cúbicos. El número de metros de muelles útiles para las operaciones comerciales, es de 10,000 metros. El puerto dispone además de dos diques de carena, maquinaria hidráulica, pescantes, puentes giratorios, 36 ascensores de 1,500 kg. cada uno, pescantes fijos de 30.000 kg. máquinas de incendio, esclusas, grúas, etc. El alumbrado se practica por medio de dos usinas. Las lámparas son de 400 volts y están colocadas á 35 ms. unas de otras. Como auxiliar de este puerto se halla el del Riachuelo, hecho por la naturaleza, y dragado de modo que permite acceso á buques de Ultramar. Ambos tienen una extensión de 8 kilómetros de largo.

* * *



NAUFRAGAR EN LA ORILLA

COSECHA DE MI TIERRA

Paco el Tejero es un busca vidas, nacido en la Malagueta, que no perdona ocasión de ir reuniendo cuartos á costa de economías, y que, según las comadres del barrio, debe tener guardadas no pocas monedas de cinco duros. A todo le mete mano y lo mismo vende rosas y claveles en la feria del Molinillo, que se dedica á la reventa de localidades y contraseñas á la puerta del «Teatro Cervantes», ó sub-arrienda un aguaducho en la Plaza de la Merced, ó de Riego como dice la *Guía del viajero en Málaga* y los rótulos de las esquinas.

Se dice que todo ese afán de almacenar cuartos, no es por espíritu de avaricia, ni por mero instinto de comerciante, sino que mi hombre está enamorado de una moza de pretensiones, que no se contenta con casarse con un cualquiera; que aspira á un esposo rico; llámese éste Paco el Tejero ó Perico el de los Palotes.

Y, efectivamente, la chica es bocado digno de un príncipe. Se llama Pepa y vive en el barrio de Capuchinos. Es rubia, más bien gruesa que delgada, no muy alta, con unos pies que son el disloque, y unos ojos negros capaces de causar una revolución.

Estudiando medios para ir aumentando su capital, Paco pensó hacerse dueño de un coche. Se entendió con el maestro Tapia, amigo suyo, regateó lo indecible, economizó lo incalculable, y en aquellos talleres quedó hecho el deseado vehículo, especie de ómnibus, con asientos en el interior y en las alturas y en el cual cabría un regimiento, en caso preciso. La cuestión para Paco era que entrase mucha gente, siendo problema secundario la comodidad y la buena vista. Compró dos caballos, que no los tomara para su negocio el contratista de la Plaza de Toros, y los enganchó al coche, después de suplicar y molestar al inspector de carruajes para que le dejase utilizar el coche y le firmase la correspondiente licencia.

Era un día de toros el elegido para la presentación al público del nuevo carruaje. La acera de la Marina estaba llena de gente que asaltaba tranvías, berlinas, *diablas* y ómnibus. El ruido era ensordecedor y la animación extraordinaria. El coche de Paco el Tejero había producido efecto, pero... ¡qué efecto! Las burlas de los unos, los chistes de otros y las sonrisas de los más, habían puesto nervioso á su propietario, que *debutaba* como cochero y procuraba aparecer indiferente, gritando como un energúmeno:

—¡Quién se sube! ¡A los toros! ¡A dos perras gordas!

Como había falta de coches el vehículo estaba casi lleno, cuando llegó un señorito de sombrero ancho, corbata roja y tufos pronunciados, que encarándose con Paco, le dijo:

—Oye, tú, ¿hay sitio para mí en esa Arca de Noé?

Y el Tejero, á quien no hizo gracia el chiste, le contestó con sorna:

—Sí, señor. ¡Entoavía hay sitio! ¡En esa arca farta el burro! ¡Asúbase osté, y estamos listos!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

EL CANTO Á LA MUJER

Dormía profundamente á orillas de un tranquilo lago al pie de los añosos árboles de una selva frondosa... ¿Dónde? En el país del sueño. Reinaba la noche, y las estrellas que pululaban en el cielo susurraban en el azur del agua. El himno de sus rayos, eco amortiguado de los apartados soles, turbaba la monotonía de las tinieblas con clarísimo brillo. Y aconteció que, de improviso, lejos, muy lejos, comenzaron á descender de los astros hacia el lago mil formas vaporosas y vagas que se fueron precisando poco á poco, á medida que avanzaban, hasta llegar á resbalar sobre su tersa superficie. En torno suyo diríase que giraba un remolino de dorado polvo y de plateadas hojas. Era un resplandor en marcha, la alegría que palpita, la claridad que respira.

¡Era la Mujer!

Tras ella, dándola cortejo, caminaban la gracia, la fantasía, la belleza y la bondad.

La mágica comitiva pasó sobre mi frente y hálito ligero despertóme.

Sugestionado por la diosa me agregué á su corte, siguiéndola á través de los bosques dormilones.

Mas he aquí que éstos se despiertan á su vez y eran de oir entonces los diversos rumores de las plantas, el gorjear de los pájaros y los zumbidos de los insectos; era de presenciar el desperezamiento de la Vida, estallando por todas partes, al influjo del sol.

—¿Qué ocurre? — preguntan sorprendidas las tórtolas.

—El día nace, — replican los mirlos.

—No,—dice un cuervo sentencioso y grave,—los ruiseñores cantan.

Claman las alondras en el sembrado próximo:

—Es una princesa.

Y es una princesa, repiten tórtolas y mirlos.

—No es cierto; — protestan los humildes gorriones; — es una reina.

—Mentira, — interrumpen los ruiseñores, suspendiendo las perladas notas de sus trinos. — Es un hada.

Y como todos sostenían con igual empeño su opinión respectiva, escuchábase una adorable y constante algarabía, que turbó el reposo de una rosa. Al comprender que ésta iba á hablar, los pájaros enmudecieron. La rosa principió:

—Tenéis razón por igual; ese resplandor, esa alegría, esa claridad que pasa, es una princesa, es una reina, es un hada, pero ante todo y sobre todo, es una Mujer; es decir, el ideal humano. Lleva en sí, reasumiéndolas, las ilusiones y las esperanzas del hombre. Es para él, el resucitar de las energías muertas, de los instintos apagados, de los deseos poderosos que le consumen al paso que le hacen alentar. Es para él, el despertar de cuantos sentimientos profundos se agitan obscuramente en el vacío de su corazón; porque sus palabras cautivan; porque de sus movimientos se desprende la armonía; porque sus labios húmedos incitan al beso; porque en sus cabellos juega la luz; porque sus ojos, que son dos almas, brillan, faros eternos, para los moribundos anhelos.



CONSEJERO ÍNTIMO — Cuadro de FRANCISCO MASRIERA.

Así que la rosa terminó, «¿Cuál es su nombre?», inquirió un pardillo travieso.

Y una margarita, que escuchó oculta en la hierba el apasionado discurso, contestó.

Su respuesta fué un canto que á coro repitieron aves y flores, con inefable murmullo, con lento ritmo de dulzura infinita...

GONZALO GUASP

J. NOGUÉ



PAISAJE

INMORTALES AMERICANAS

MARIA ISABEL SPRINGER

Es la segunda vez que en las columnas de el ALBUM SALÓN mencionamos el noble apellido que da origen á estas líneas, aun cuando en diferente forma y con diverso objeto.

Fué rindiendo culto á la belleza, que consagramos una página á Inés Springer, y hoy nos inspira este artículo el talento preclaro de su hermana María Isabel, que en las letras cubanas y en las norte-americanas, luce y se agranda cada día más, acumulando lauros inmarcesibles para su corona literaria.

Cobijó su cuna el esplendoroso cielo cubano: arrullaron su infancia las brisas apacibles de aquella tierra sin par; el ardiente sol y sus áureos fulgores dieron á la precoz imaginación de la niña todos los esplendores y todas las galas que visten los campos de Cuba, con perdurable lozanía.

Los padres de María Isabel fueron norte-americanos; pero, atraídos por la suavidad del clima y por la naturaleza rica y feraz, estableciéronse en Matanzas, donde nació la que hoy es honra y prez en el campo del ingenio, consagrándose, en la ciudad de los dos ríos, á la educación y al desarrollo de las aptitudes intelectuales que se traducían en la gallarda criatura.



Antepasados de la rama materna habían sido los primeros colonos ingleses establecidos en la Nueva Inglaterra, y algunos de ellos figuran en elevados puestos en la historia de la patria independencia, como compañeros del ínclito Washington.

De estirpe nobilísima y descendiente de los barones suecos Springer era el padre de María Isabel, cuyos antepasados llegaron en 1645 á tierra americana y estableciéronse en el Delaware.

María Isabel creció en belleza y dió vuelo á su privilegiada inteligencia en la Habana, en ese centro, llave del golfo mejicano, oasis de frescor y galanura, hermosa perla que surgió de las espumas y de las rompientes de aquel mar de las Antillas que sirve de espejo á pueblos nuevos y á notables centros de cultura y de progreso.

Campo fecundo fué para la joven María Isabel aquella sociedad, en donde los elevadísimos ingenios que brillaban por aquel entonces dieron pábulo y vuelo á un entendimiento de suyo ya muy despejado y que prometía alcanzar, con el tiempo, glorioso renombre.

Ensayóse al principio en traducciones que ya, por lo correctas y revelar gran posesión del castellano, no menos que del inglés, hicieron fijar la atención en la precoz literata, especialmente al publicarse la obra *Pan, queso y besos,* original de Farjeón y galanamente traducida á la lengua de Cervantes.

Una cristiana, de Emilia Pardo Bazán, no perdió nada de su valor literario al ser leída con avidez en inglés; realzando el ingenio de la traductora la circunstancia de ser la primera que para los Estados Unidos traducía una obra de la notable novelista española.

María Isabel Springer maneja con facilidad suma y le son familiares desde la infancia ambos idiomas y desarrolla en ellos las filigranas de la mente artista, de la poesía acariciadora y del lirismo suave y encantador.

Bajo los esmaltes se ve, se adivina la seriedad reflexiva del carácter inglés, mezclado con el gracejo y las primaverales balsámicas fragancias de una imaginación española.

Numerosos artículos publicados en los periódicos españoles, dieron relieve á su nombre que, á la vez, tomaba altura en *Harper's Weekly, Once a Wesk, American Review* y en otras publicaciones inglesas.

Razonadas críticas demostraron lo profundo de las ideas, lo aquilatado de los estudios y la frase precisa y sin falsos oropeles, que al ensalzar el mérito, lo envuelven en nubes de lisonja.

A la par de la honda instrucción, resalta en *su decir* seductora sencillez, gráfica verdad, exquisita y armónica belleza.

En su novela histórica, *Dorotea Quincy,* los personajes son seres que sin esfuerzo tienen vida real, nervios, vigores y sensaciones, que en el océano de la política y de la lucha se agrandan y adquieren talla de magnitud asombrosa.

Ahora escribe María Isabel otra novela, y sin vacilar le señalamos de antemano gran éxito y puesto envidiable en el anchísimo campo literario.

Corazón entusiasta de los trópicos, donde se albergan todas las exquisitas sensibilidades; alma noble y grande; distinción de raza; aficiones é ideas aristocráticas, en hermosa amalgama con los sentimientos republicanos y el amor á las libertades; austeridad sajona; impetuosidades de la gran familia latina: tal es la fototipia moral de María Isabel Springer.

Tales son los matices que forman la originalidad de sus escritos, la delicadeza de sus detalles.

La he conocido, la he tratado con fraternal intimidad en largas temporadas de veraneo campestre; en largas excursiones por las galanas y risueñas cercanías de Nueva York.

¡Qué mundo de recuerdos; qué de esperanzas desvanecidas para mí, desde entonces; qué dulces intimidades, hoy tan lejanas!

La vida es un paseo por el campo de las ilusiones; pero á veces éstas languidecen pronto y se marchitan, hasta secarse y desaparecer para siempre.

Dos rinconcitos verdes y frescos, dos pintorescos y alegres oäsis han tenido el privilegio de incrustarse en mi memoria para no borrarse jamás. Señálanme épocas felices, exentas de cuidados y fecundas en luz, en horas de purísimas expansiones y de santas alegrías, destacándose en el fondo del lienzo la escultórica figura de la bellísima Inés Springer y, más austera y pensadora, la de su hermana María Isabel. Allí, en Asbury Park, sentadas en la playa, en esa hora melancólica crepuscular, hacíamos el análisis de los sucesos, de las obras nuevas, de los problemas sociales, de los afectos íntimos, comentando, filosofando, impresionándonos con las páginas de un libro ó regocijándonos con un precioso cuento de Cátulo Méndez.

Por entonces, atraía la atención del mundo entero el gran certamen universal y era Chicago un hervidero inmenso, donde se daban cita individualidades artísticas, industriales, financieras y literarias. Palacios, jardines, hoteles semi regios, todo estaba invadido; y era de ver aquellos trenes sin rival, lujosos hasta lo inverosímil, que desde Nueva York iban repletos de viajeros, mezcla de razas de todos los países, tipos extraños de los lugares más apartados del globo, vestidos, ya con trajes abigarrados y curiosos, ya con la peculiar elegancia de las naciones civilizadas ó con los ricos y costosos atavíos chinos ó japoneses.

La ciudad de Chicago resplandecía semejándose á veces á fantástica escena de las *Mil y una Noches;* íbase allí de admiración en admiración; ensanchábase el alma; la perspectiva de incesantes placeres reanimaba, hasta en las personas de menos resistencia, las corporales energías, y las fiestas de rara magnificencia se sucedían dejando una huella imperecedera.

María Isabel Springer había escrito mucho por aquel tiempo, consagrando no pocos de sus trabajos á la Exposición Colombiana; y alejada de los centros bulliciosos, veía pasar los días en la deleitosa y apacible vida de familia, saboreando largas horas de reposo, tan necesario después de prolongada fiebre creadora.

Siempre recordaré aquel verano de dulces expansiones y de sabrosas pláticas; siempre en lo errante de mi existencia será aquel entonces, como el pensil embalsamado y florido en dónde descansa el peregrino tras penosísimas é interminables jornadas.

Laureles y rosas recogerá aún con profusión la literata cubana; la esperan todavía nuevos triunfos, que no como en pasados tiempos podré presenciar; quizá no vuelva á verla...; pero confío que en su artística morada, en su hogar de la gran ciudad, se citará con frecuencia el nombre de la viajera española y se guardará su recuerdo en la urna sagrada de la amistad.

BARONESA DE WILSON



MADRIGAL

«Si no es — dijiste — mi querer la breve
ternura de coqueta fementida,
con esta flor de nieve
perfumaré tu vida.»
Y yo que temo ¡oh Clelia!
del desdén los agravios,
aproximé á mis labios
como ánfora de aroma y poesía,
ó como un beso blanco, tu camelia,
mas noté que el perfume se perdía...

Por eso, hoy que la pena me consume,
sé que por tu falsía
las camelias carecen de perfume.

Horacio F. RODRÍGUEZ

Santa Fe (R. A.)

CARTA DE UN LOCO

Rosa gentil y encantadora Marta,
tu célico mirar, que adoro tanto,
en los renglones fija de esta carta,
húmeda todavía con mi llanto!
Lee, mi dulce bien. Medita en calma.
En el suave estertor de la agonía
te envía un beso de pasión mi alma,
el último tal vez,... amada mía!
¡Cómo te amó mi corazón insano!
Hoy que la muerte mi existir derrumba,
¿irás mujer con cariñosa mano
á poner una flor sobre mi tumba?
Cedo á la eterna ley. Apenas arde
la luz de mi razón desvanecida...
¡Oh; qué triste en el cielo de la tarde
resplandece el lucero de mi vida!

Viene la noche fúnebre y sombría;
todo en dulce quietud reposa inerte.
¡Cómo tarda el crepúsculo del día!
¡El sueño es un remedo de la muerte!
¡Augusta soledad! ¡Todo reposa:
el céfiro en el éter suspendido,
en su tallo gentil la casta rosa
y el avecilla en su caliente nido!
Y en la inspirada y soñadora frente
dormita el genio en soberana calma;
los agudos recuerdos en la mente
y los negros dolores en el alma!

Son las dos... ¡Cuánto tarda la mañana!
¡Esta noche es un lóbrego desierto!
¿Quién tocará esa fúnebre campana?
Tal vez será por mí!... pero... ¡no he muerto!
¡Qué solo estoy, Señor! ¡Nadie me asiste!
¡Si estaré delirando!... ¿Quién me nombra?
¿Quién será esa mujer pálida y triste
que me tiende sus brazos en la sombra?
Caen sus negros bucles desprendidos
sobre su faz de pálida azucena,
y el eco de su voz, en mis oídos
com› inefable música resuena!
¿En dónde he visto esa mujer tan bella?
¡Qué dulce y expresivo es su semblante!
¿Será Marta?... ¡tal vez! pero al ser ella,
¡cómo no conocerla en el instante!
¡Pero se va!... Resbala por la estancia
y me sonríe con tristeza suma;
dejando en pos de sí suave fragancia
y una estela de luz entre la bruma!
¡Oh, qué dulce visión! Sonriente y pálida,
envuelta en gasas de nevada albura,
como una tierna y mística crisálida
ha extendido su vuelo hacia la altura!

Mi vida aún su curso no detiene...
Siento un rumor imperceptible, quedo ..
¿Será la muerte que en mi busca viene?
Pero... ¡morir de noche! ¡tengo miedo!
¡No!... ¡Yo quiero morir en la mañana,
cuando cantan las aves sus amores,
vierte la aurora su esplendor de grana
y abren el broche las dormidas flores!
¡Cuando la brisa, suspirando leda,
besa el capullo de la fresca rosa,
rompe el gusano su prisión de seda
y se transforma en blanca mariposa!
¡Porque sería celestial alivio
á la congoja que mi sér inunda,
que del alegre sol, un rayo tibio
se posara en mi frente moribunda!

¡Oh Marta, ven!... ¡Recibe la postrera
exhalación de una alma que agoniza...
Deja besar tu negra cabellera
y embriagarme en tu plácida sonrisa!
Ya se acerca la hora de que parta...
¡Calma de mi agonía el trance fiero,
que viéndote á mi lado, bella Marta,
parecerá mentira que me muero!
¡No importan de la vida los abrojos
si al llegar al final de la jornada
puedo entrever con moribundos ojos
el cielo de mi dicha en tu mirada!

A. MAURET CAAMAÑO

Valparaíso (Chile).

LOS DIAMANTES

Murió sin una lágrima en los ojos;
era pura, muy bella y muy sensible,
y cuando iba á expirar, sus labios rojos
murmuraron: «Me mata un imposible.»
El llanto que faltó en esa agonía
quedó tras las pupilas, sin embargo,
y los gusanos de la tumba fría
no lo bebieron: ¡era muy amargo!
Cierto día, al abrir la sepultura
que del ángel guardó el pesar postrero,
del duro cráneo entre la cuenca obscura
un diamante encontró el sepulturero.
Y desde entonces pienso entristecido,
al contemplar las joyas más preciadas:
¡cuántos de esos diamantes habrán sido
lágrimas congeladas!

Federico RIVAS FRADE

Colombiano.



SAN MIGUEL — Escultura de José Piquet.



Dibujo de Gaspar Camps.



Primer premio. — Avestruz. BATALLA DE FLORES Segundo premio. — Camello.

GRAN FERIA DE VALENCIA

Hace poco y con motivo de las fiestas populares celebradas en esta capital citamos las de Valencia, ponderando su superior importancia, que se ha visto confirmada del todo en las que recientemente ha presenciado la poética ciudad del Turia. Espléndidas y vistosas, como todos los años, según noticias que hemos recibido, acusan las del presente, un buen gusto y cultura, dignos del mayor encomio. En el extenso programa figuraban tres números principales: *La batalla de flores*, el *Coso blanco* y la *Cabalgata industrial;* á ellos vamos á consagrar nuestra atención, publicando las notas que nos ha remitido el corresponsal nombrado al efecto, nuestro distinguido amigo é ilustrado compañero, don Adolfo de Maglia, á cuyas eficaces gestiones se debe también la información gráfica que acompaña á este artículo.



BATALLA DE FLORES — Quinto premio. — Mariposa.

LA BATALLA DE FLORES

Alguien ha dicho que batalla de flores como la de Valencia no se ve en ninguna parte, y ciertamente, no le falta razón al que así piensa, porque difícil es reunir como se reune en la moderna Atenas, mujeres hermosas con ojos de fuego y sangre hirviente, artistas de corazón y de talento, así como un suelo matizado de la más rica fauna, que embalsama el aire, anima el espíritu, embriaga de placer y hace soñar despierto; creyéndose uno transportado á un paraíso de amor y felicidad, de poesía y de encanto.

Disparado el cañonazo de aviso y despejada la pista por la guardia municipal montada, empieza la espléndida batalla de flores y, con ella, el desfile de hermosísimas carrozas, lluvia incesante de bouquets, que cubren, cual espesa alfombra de amormíos, claveles y rosas, dalias, jacintos y lilas, nardos, geráneos, jazmines, resedas y mil flores varias el vasto paseo de la Alameda, convertido en colosal pebetero de perfumes embriagadores. Y todo esto, acompañado incesantemente de aplausos y de sonrisas, miradas fascinadoras, ardoroso combate que parece no tener tregua nunca, palabras dulces, tiernas y cariñosas, que retiene la imaginación febril del que las escucha, cual melodioso canto que enloquece todos nuestros sentidos.

¡Es tan linda la valenciana y tiene tantos y tantos atractivos!...

Reseñemos ahora, aunque sea ligeramente, alguno de los carruajes que en este año han llamado la atención de propios y extraños, suplicando á nuestros numerosos favorecedores que nos dispensen del resto, porque sería tarea larga si quisiéramos describir uno por uno todos cuantos contribuyeron á dar mayor brillantez á tan hermosa fiesta:

Avestruz. — Primer premio. — Carruaje monumental confeccionado con nardos, dalias blancas, damasquinas y amormíos y conducido por cuatro caballos. Dicho animal llevaba encima un sillón árabe de transporte, de colores muy intensos y de un efecto sorprendente. Lo presentó el señor Santomá.

Camello. — Segundo premio. — Lo presentó el «Círculo Valenciano» y lo arrastraban ocho caballos blancos á la *gran d'Aumont.* Representaba un camello que conducía, en una silla árabe con su correspondiente canastilla, á la familia de Cabanes, señora de Román y señoritas Nissen y Amat.

Con adormideros, ciruelas y rábanos se adornaba la jiba del camello, constituyendo el cesto dalias blancas, encarnadas, amarillas, claveles, amormíos y gramínea.

Avispa. — Tercer premio. — Confeccionado con dalias negras y damasquinas. Este carruaje iba ocupado por la familia del señor Lau-





Tercer premio. — Avispa. BATALLA DE FLORES Octavo premio. — Gato.





Capricho chinesco. — BATALLA DE FLORES — Sandía.

rence, luciendo caprichosos trajes de avispa las encantadoras jóvenes Lola y Regina Pardo, quienes hicieron un gran derroche de *bouquets* durante la batalla.

La ejecución de las tres preciosidades que dejamos descritas, acredita á los señores Rivas y Sánchez Arcis, autores también de los respectivos bocetos.

Mariposa. — Quinto premio. — Este carruaje, presentado por don José M. Gordó, iba tirado por cuatro caballos á la *gran d'Aumont* y lo ocupaban las hermosas señoritas, Adela Juan y Rosita Tárrega. Era obra del señor Cortina (Carlos), quien imitó con dalias amarillas y clavelones el cuerpo de una enorme mariposa, en actitud de posarse sobre una rosa formada con dalias rojas.

Gato. — Octavo premio. — Presentado por don Leopoldo Ramírez, y obra del señor Cortina (Francisco). El morrongo era de dalias blancas con collar encarnado y estaba en actitud de jugar con una pelota guardada por una red. Lo ocupaban los señores Ramírez, Martínez Aloy y Estela.

Capricho chinesco. — Boceto del señor Cebrián Mezquita, y presentado por la Comisión. Representaba uno de los instrumentos, llamados chinescos, que figuraban antiguamente en las bandas de música militares.



BATALLA DE FLORES — Bombo de barquillero.

La media luna estaba tapizada con hojas de guardalobos y decorada con dalias blancas. Destacábanse en la media luna campanillas, hechas con dalias color violeta, amarillas y encarnadas. En la cupulilla que constituye verdaderamente el instrumento aludido y que estaba confeccionado con dalias, pendían multitud de campanillas.

Tripulaban este vehículo las señoritas Aurora y Lola López y doña María Testor. Iba tirado por cuatro caballos á la *gran d'Aumont.*

Sandía. — Representaba este boceto, de García Más, una gran raja de sandía, siendo la cáscara hojas de guardalobo, y la carne de dalias encarnadas y de varios matices que formaban las venas. La parte verdosa que suele haber junto á la corteza estaba perfectamente imitada con dalias blancas ajustadas al revés, difuminando el cerco que la une á lo rojo. Las pepitas eran de madera. En la parte superior y chupando el almíbar de la sandía, veíanse varias avispas, y las ruedas formaban los extremos truncados ó sea la flor y el rabo.

En el trozo de sandía tomaban asiento las distinguidas familias de los generales Loño, Moncada y Novella, que lucían trajes muy vistosos de color magenta y sombreros rojos, adornados con pepitas de azabache.

Bombo de barquillero. — Este carruaje, que seguramente habría obtenido un buen premio si hubiera optado á él, fué bocetado por los señores Cebrián y Sanmartín, quienes derrocharon en él al construirlo la flor y el buen gusto.

Representaba un colosal bombo de barquillero, inclinado, con su correspondiente ruleta imitando bronce, por medio de dalias y clavelones amarillos.

En la caja, que era de dalias blancas, veíanse adornos preciosos y dos cabezas de clowns, una riendo y la otra llorando, representando el que gana y el que pierde en el juego. En la parte posterior del bombo se leía el año actual, cuyas cifras, hechas de dalias negras, destacábanse del fondo blanco. Iban en él las lindas señoritas de Vergadá, Camilleri, Monforte y Morelló.

Nido de amor. — Carruaje sumamente artístico y caprichoso. Obra del señor Cebrián y Mezquita, ayudado de los señores Sanmartín, Carbonell y Ponce. Era de estilo modernista y, como su título indica, representaba un nido de amor formado por una cuna rematada por un



Nido de amor. — BATALLA DE FLORES — Tres dados.



DISCUTIENE



O LA JUGADA

cisne, y decorada con un pajarraco fantástico y estrellas de varios colores. En esta confección se empleó gran cantidad de dalias, claveles, nardos y amormíos. Debajo del cisne veíase un nido, en el que se arrullaban dos palomas. El carruaje, que era de la Comisión, iba tirado por cuatro caballos á la *gran d'Aumont* y tripulábanlo las señoras de Sorni, Carsi, Blasco y señorita García.

Tres dados. — Cebrián Mezquita y Sanmartín confeccionaron con sencillez y elegancia este carruaje, presentado por la Comisión y que iba ocupado por la señora Condesa de Valicourt y las señoritas de Beltrán y Cantó. Los dados aparecen sobre hojas y están formados con dalias, amarantos, amormíos y claveles. Tiraban de él dos caballos á la *demi-d'Aumont.*

Eran las siete y media cuando terminaba tan colosal festejo, rendidos los combatientes después de ruda pelea, y agradeciendo éstos con el público en general, que llenaba la espaciosa pista, así como los andenes y pabellones ricos de la Feria, á la Comisión organizadora y al concurso prestado por todas las clases sociales que, dando ejemplo de cultura, han cooperado esta vez con mayores bríos que nunca al más completo éxito.

EL COSO BLANCO

Esta parte de los festejos era esperada con verdadera ansiedad por los valencianos y forasteros, que desde las primeras horas de la mañana invadieron las calles para examinar con detención los artísticos adornos de las fachadas de la carrera.

Es preciso sentir la belleza con gran intensidad para que pueda llevarse á efecto, con los escasos elementos materiales de que se ha dispuesto, un festejo que, como el Coso Blanco, requiere por naturaleza especiales condiciones de medio ambiente y un grado de cultura muy superior en el vecindario. El mayor éxito coronó también los desvelos y trabajos de la Comisión.



EL COSO BLANCO (Fachadas). — Primer premio. — Canastillas.

Puede mostrarse satisfecho el presidente de la misma, nuestro compañero en la prensa don Vicente Algarra, á quien corresponde en primer término la gloria de la jornada y al que de veras felicitamos.

También merece los mayores plácemes el vecindario, que se asoció con entusiasmo á la fiesta y que no escaseó dinero y buen gusto en el adorno de las fachadas y carruajes.

A las once, los señores Aixa, Benlliure y Algarra que constituían el jurado para otorgar los premios á las fachadas mejor adornadas, recorrieron la carrera que había de seguir el Coso, examinando detenidamente los adornos.

Por la tarde el mismo jurado, precedido de una sección de la guardia municipal montada, volvió á examinar los balcones y tomó nota de las señoras, que vestidas de blanco los ocupaban. Terminada la inspección, se colocó en la tribuna de la plaza de la Reina, en la cual tomaron asiento también el Gobernador civil, diputados á Cortes, diputados provinciales, concejales, Junta de Feria y prensa.



EL COSO BLANCO

(Fachadas). — Segundo premio. — Templete árabe.

Las calles y balcones rebosaban de gente.

Se hacía materialmente imposible el tránsito.

A las cinco y media sonó el cañonazo indicador de que principiaba la fiesta, y los carruajes, precedidos de los timbales y clarines de la ciudad y de la sección de la guardia municipal de caballería, entraron en la carrera, que ofrecía desde las primeras horas de la mañana brillante aspecto, rompiendo la monotonía del color blanco las artísticas y caprichosas combinaciones de los dibujos.

A las seis y quince minutos sonaron otros tres disparos de carcasa, é inmediatamente empezó la batalla, arrojándose el *confetti* á toneladas y las serpentinas á millares.

Los que ocupaban los carruajes peleaban con ardimiento, sufriendo á su vez los certeros disparos que les dirigían desde los balcones y tribunas. A las siete y cuarto sonaron los cañonazos, indicando el final de la fiesta, y el público principió á desfilar, observando el mayor orden.



EL COSO BLANCO (Fachadas). — Tercer premio.

Durante la noche estuvo iluminado con 310 lámparas eléctricas.

Quinto premio. — Mereciólo con justicia el *Corsé modelo*, instalado también en la calle de San Vicente. Los balcones de la corsetería conseguían llamar la atención del público por su sencillez y elegancia. Simulaba una gran marquesina, sostenida por dos leones de ejecución primorosa y bajo la cual lucían sus gracias varias hermosas señoritas.

Sexto premio. — Otorgóse al establecimiento de sastrería de don Antonio Hernández, sito en la repetida calle, núm. 125, principal, por su fachada que figuraba un colosal estandarte de sorprendente vista.

Entre las otras muchas notas que atrajeron poderosamente las miradas del público, contribuyendo al mayor afecto de aquel sujestivo espectáculo, debemos mencionar una preciosa *góndola*, construída bajo la dirección del señor Palau (Genaro), y tripulada por la distinguida familia de don José M. Gardó; lo propio que *el carruaje japonés*, ideado por el señor Roda (Carmelo), en que iban las no menos respetables de los señores Velázquez y Gardey.



EL COSO BLANCO (Balcones). — Quinto premio.

Vemos, ahora, algunas de las notas, ya que no nos es posible todas, que más descollaron en este interesante y popular festejo.

Canastillas — Primer premio. — Fué adjudicado á los señores Beltrán y Beldas, dueños de la paquetería señalada con los números 74 y 76 de la calle de San Vicente, que echaron el resto, como vulgarmente se dice. La fachada de su establecimiento tiene muchos balcones y ello le sugirió la idea de convertirlos en otras tantas *corbeilles* ó canastillas de flores. El pensamiento, verdaderamente original, no ha desmerecido al llevarlo á la práctica; siendo sus autores los señores don Antonio Y. Maestre y don Ramón Castelló.

Templete árabe. — Segundo premio. — Se concedió á la fachada del establecimiento de tejidos de los señores Armet y Oliart, situado en la calle de San Vicente núm. 83, cuyos balcones afectaban la forma de un templete árabe, con verdadero lujo de detalles.

Tercer premio. — Obtúvolo la papelería del señor Araxes, cuya fachada hallábase cubierta á la altura de los escaparates por un lienzo blanco con el título de la casa, hecho de relieve por medio de dalias blancas; simulándose con recortes de papel una figura de labradora y esfumándose en lontananza la silueta del Miguelete. El conjunto resultaba muy artístico.



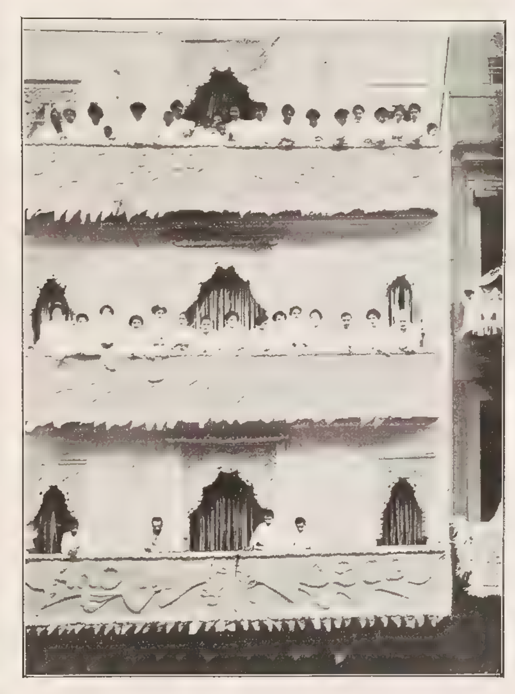
EL COSO BLANCO — Góndola.

CABALGATA INDUSTRIAL

Esta se organizó en la Plaza de Toros y recorrió con toda regularidad y sin percance alguno la carrera anunciada, llevando al frente la guardia municipal montada y los timbaleros y clarines de la ciudad.

Vióse sumamente concurrida y á cada carruaje acompañaba una música, de suerte que constituyó un lucido festejo, á pesar de ser este espectáculo casi nuevo en la localidad; lo cual hace esperar que quedará ya de rúbrica, para la feria, en los años venideros.

Entre los carros notables que en él figuraron, citaremos los siguientes, pues publicamos sus fotografías.

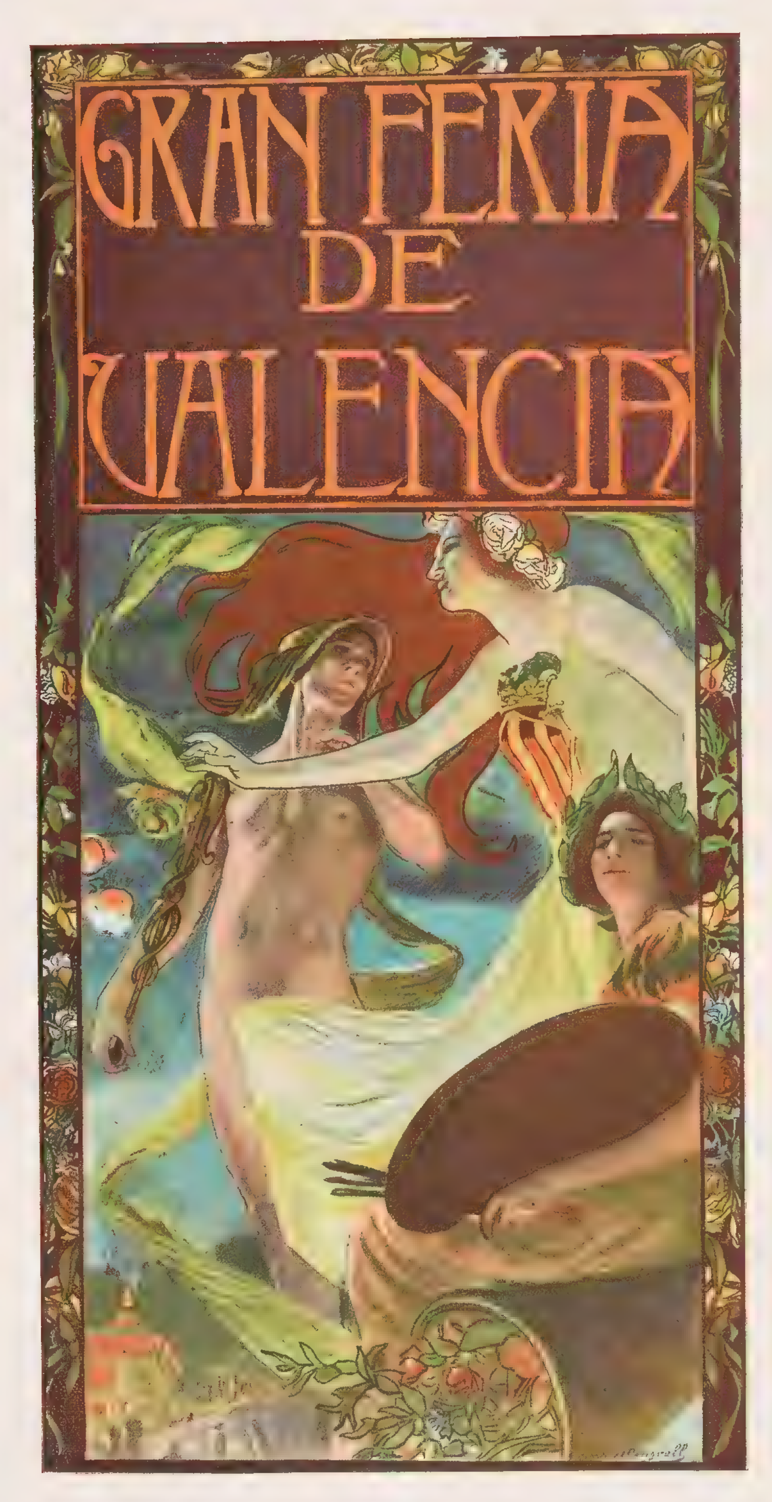


EL COSO BLANCO (Fachadas). — Sexto premio.

La Isla de Cuba. — Primer premio. — Los señores Campoy hermanos presentaron este hermoso carruaje, representando un capullo de seda, del que salen unas mariposas. En la base, lado derecho, se destacaba un palco de la Plaza de Toros, que ocupaban unas manolas luciendo riquísimos mantones de Manila. El lado izquierdo figuraba la entrada de una alquería de nuestra huerta, y, sentada á la puerta, una labradora á la que el novio entrega un mantón vistosísimo, como regalo de boda.

En la parte posterior del carruaje se veía un grupo de hilanderas tejiendo, y en la anterior otro grupo de chinos y japoneses bordando. El carro iba cerrado por la parte inferior con telares y telas exóticas. Confeccionaron este carruaje los señores Stolz, Boví y Roig, verificándose el arrastre por cuatro pares de bueyes adornados con guirnaldas de flores naturales.

El constructor de máquinas don Juan Figuerola alcanzó el *tercer premio,* por un gran carro arreglado en los talleres de escenografía de



CABECERA DEL CARTEL ANUNCIADOR

don Eduardo Amorós. Sobre una terraza se levantaba un molino á viento, *de verdad*, de los que construyen en el establecimiento de dicho señor.

En la delantera del carro figuraban bombas para incendios, trasiegos y un banco de jardín, y un gasómetro de acetileno en la trasera.

Desde el carro, arrastrado por siete caballos, se arrojaban prospectos de la casa Figuerola.

La fábrica de cerveza de Ernesto Petri, instalada en Barcelona, con sucursal en Valencia, presentó también un monumental carro, sobre cuya plataforma prismática descansaba un trono dorado, ocupado por Gambrinus, rey de la cerveza, el cual llevaba en la mano un artístico boch, con el que brindaba al público.

La parte delantera la ocupaban dos *pierrettes*, montadas en un barril, como figuran en el calendario que este año ha repartido la casa Petri á sus clientes.

Llenaba la plataforma, adornándola, cajones de bochs, guirnaldas y barriles, llenos éstos de cerveza que se repartía al público.

La trasera del carro, arrastrado por tres caballos, lo formaba el escudo de Cataluña sosteniendo las banderas suiza y española enlazadas, y las personas que lo ocupaban fueron tirando serpentinas, *confetti* y abanicos anunciadores, hasta el número de 7,000.

Debióse el boceto á don José Ferrer; habiéndole ayudado en la construcción los señores Luis y Vicente Coma.

La fábrica de dóminos, de Borrás y Ballester, figuró también en la cabalgata con un bonito carro formado por 18 fichas de dominó. En el centro se levantaba un león dorado sosteniendo el seis doble.

Precedían al carro 28 fichas, el dominó completo, y un heraldo con un estandarte, figurando el seis blanco.

Los que ocupaban el carro arrojaron pequeños dominós, cuyo número no bajó de 2,000, bouquets, serpentinas y programas de la Feria.

El adorno del carro estuvo á cargo del señor Sanmartín.

Formó asimismo en la cabalgata industrial, produciendo vistosísimo efecto, un gran carro anunciador del «Anís del Mono», marca de gran popularidad y crédito, correspondiente á la fábrica que don Vicente Bosch tiene establecida en Badalona.

Los dos lados del carro estaban formados por botellas de dicho espirituoso licor, destacándose en la parte trasera una de extraordinario tamaño, con un mono vivo en el cuello y una hermosa mujer, en traje de labradora, al lado.

Marchaban delante varios individuos vestidos de catalanes y llevando estandartes anunciadores de la mencionada bebida.

Cerraba el grupo la banda de música de Alboraya.

Por la sucinta é incompleta descripción que acabamos de hacer, comprenderán nuestros lectores la importancia que tiene la Gran Feria de Valencia, y reconocerán cuán justamente nos mostramos entusiastas del ingenio y esplendidez con que cada año celebra su fiesta mayor aquella hermosa ciudad, tan incansable y viril en la hora del trabajo como bullanguera y febrilmente derrochadora cuando suena la de recrear los sentidos y expansionar el corazón. Partidarios de que las cosas deben hacerse bien ó no hacerse, recomendamos ese loable ejemplo á la Comisión de Festejos de Barcelona, que hasta ahora sólo ha hecho patente su buenísima voluntad.

* * *



EL COSO BLANCO — CARRUAJE JAPONÉS.

EL HOMBRE MONSTRUO

Canuto era horrible. Su rostro, negro como una cazuela vieja, infundía terror. Andaba torpemente con sus patas torcidas, sucio, desaliñado, hecho una bestia.

Limpiaba las negras cavidades de las chimeneas del pueblo y se emborrachaba. He aquí su oficio.

A imposición suya, los colonos le confiaban este trabajo, de mala gana, pero sin chistar. Le temían y no abrían boca, aunque luego echasen de menos alguna cosa. Canuto robaba impunemente. ¡Era tan rencoroso!... Y á más tenía la protección del cacique: era buen mastín y servía para las elecciones,..

Se le imputaban ciertos actos sangrientos, ciertos crímenes misteriosos que... vaya, era imprudente reñir con él.

Se ignoraba de dónde había venido. Casi nunca hablaba; aullaba como los perros.

Decían unos que había sido facineroso, otros monedero falso y otros sepulturero. Sus instintos brutales y sombríos hacían creer lo último. No podía ver un animal, por pequeño y manso que fuera. Echaba mano á cuantos perros ó gatos veía, hacía un hoyo y los enterraba vivos.

Vivía allá, al extremo del pueblo, á la entrada de un bosque, muy cerca de la ría, como un gitano, en una casucha de tapia y pedazos de árbol, con su mujer, una bruja harapienta y desgreñada. A más, poseía un puerco, un verdadero puerco, negro de lodo como él. Le seguía á todas partes. Era su mala sombra.

Las mujeres, principalmente, debían apartarse de él. Cuando pasaba, se escurrían presurosas, heladas de miedo. Infundía asco, y no obstante se acercaba á ellas como un orangután, encendido, haciendo muecas, chillando. Otras veces, silencioso, para que no escapara la presa.

***

Una tarde, Marta, la mujer de Pedro, redonda y oronda, en la gran era no sé qué recogía. Doblada; entre sus piernas poderosas el gran cesto de mimbre, los brazos desnudos, torneados... Le daba el sol y estaba esplendorosa, rebosante, tranquila, sin soñar que por allí, bajo el mismo sol calcinante, vibraba la serpiente...

Canuto, tras el pajar, atisbaba sus movimientos, sus formas pronunciadas, sus caderas ondulantes.,.



CABALGATA INDUSTRIAL — ISLA DE CUBA. — PRIMER PREMIO.



CABALGATA INDUSTRIAL — TERCER PREMIO.

Y zás, ligero como un mono, á pesar de sus pies torcidos, le saltó al cuello, los dientes cerrados, los ojos abiertos, hecho una furia...

Marta luchó, gritó...

Pedro, que trabajaba en el huerto, tendió la mirada que avanzó como la luz, rápida, bajo los frutales...

Y armado con el azadón se puso á correr, saltando sobre las coles, aplastándolas, hiriéndose los pies... Llegó á tiempo.

—¡¡Eh!!... ¡Suelta!...

Canuto no sentía ni veía nada más que á la hembra; agarrado, lujurioso.

—¡Eh!... ¡suelta!... ¿oyes?... ¡Bestia!...

Y agarrándole por el cogote le sacudía con fuerza...

—¡Ay, Pedro, Pedro!... —decía la mujer, blanca como la cal que embadurnaba la casa. — ¡Ay, Pedro, Pedro!...

—¡Vas á soltar, canalla!... — Y cayó el golpe, duro, violento...

Canuto abrió, por fin, los brazos con que atenazaba el pecho de Marta, y mordiéndose los labios gruesos con sus dientes de lobo, murmuró confusamente:

—Me la pagarás... ju, ju... la pagaréis!...

—¡Agárrate conmigo, si te atreves!...

Y Pedro, rojo de furor, tirando la azada, avanzó mostrando dos puños como dos bolas de hierro.



Gambrinus.



Dominó.

CABALGATA INDUSTRIAL

—¡Por Dios, Pedro, déjale!... ¡No te fíes, Pedro!...

No era menester. El cobarde huyó, gritando:

—Me la pagaréis... ¡Ju, ju!... La pagarás... ¡Ju, ju!...

Y aquel *ju, ju*, lóbrego y estridente, despertó las sonoridades del campo, como un ronco de maldición.

***

Pedro y su mujer, desde aquel día, no andaban tranquilos. Sabían cómo mataba las pulgas el rencoroso borracho.

Temían siempre, de la mañana á la noche. Cuando estaban en la mesa y no faltaba nadie, daban gracias á Dios. Durante el día, el sol les daba valor, el trabajo les fortalecía. Pero á la noche, era tremendo, no podían cerrar los ojos: — ¿Ya has cerrado el corral?... ¿Y el establo?

Hacía viento: el rumor profundo y solemne de las hojas les despertaba: — ¿Oyes, Pedro?... ¿Ya has afirmado bien la puerta?... ¡En la cocina hay alguien!...

—No, Marta; es el viento que se hunde chimenea abajo.

Llovía:—¡Tú!... ¡Pedro, despierta!... Llaman en la ventana. ¿Oyes?

—No, Marta; no tiembles. Es la lluvia que azota los vidrios.

Súbitamente, la luz nocturna, agujereando las tinieblas tempestuosas, iluminaba la estancia: — ¡Fuego!... ¡que arde la casa!... ¡ha prendido fuego!...

—Pero, mujer, ¿qué sueñas?... ¡Si es la luna!...

Efectivamente, la luna reía bestialmente, sacando su cabeza amarilla de glotona romántica...

Sin embargo, al día siguiente, apartaron el pajar.

***

Miguelín cada tarde iba al colegio, como de costumbre, cargado con dos ó tres envases llenos de leche que Marta ordeñaba de sus cabras, y que él, en saliendo de clase, repartía entre las casas veraniegas. Pasó el estío y las tardes fueron más cortas. Cada día se hundía más pronto el sol tras las ruinas del castillo negro, en la cima del monte. Cada día volvía Miguelín más entrada la noche.

Marta, pegada de codos á la ventana, escudriñaba el camino; aquella cinta polvorienta, blanca, tortuosa como una sierpe que se borraba lentamente... Más allá, á un lado, la gran balsa de aguas profundas y verdosas... Y á lo lejos, el bosque con sus misteriosas quejas y terribles ayes, al pie de la ría... Y ría y bosque alzaban un tumulto de lúgubres rumores, aullidos condenados de bestias devoradoras, gritos de ahogados, estrepitosos desbordamientos...



Anís del Mono.



Tito E. Di Julio.
Distinguido compositor cubano y autor de la «Habanera» que acompaña á este número.

—¡Miguelín...n...n...n!... ¡Miguelín!... ¡Miguelín...n...n...!...

Y allá en el fondo llenando de música el aire impregnado de nocturnos perfumes, se elevaba una voz tenue, dulce como una caricia.

—¡Yo...o...o!... ¡Ma...a...a...dre...e!... ¡Yo...o...o!

***

—¡Miguelín...n...n...n!...

Era la décima vez que llamaba. La pobre madre sacaba el cuerpo fuera, con peligro de caer:—¡Miguelín...n...n!...

Y el eco repetía, como un sarcasmo, mordiendo las profundidades del silencio:

—¡...guelin...n...n!... ¡lin...n... n!...

Las nubes, amenazantes, negras, terribles, en formas horrendas de frailes con capucha, gigantes montando caballos indómitos, fantasmas tempestuosos, pasaban en sardónica bacanal ante la luna, aquella gran cara romántica, de amarillos mofletes, que reía, estúpida, en el azul del cielo...

Y el viento apretaba, tenaz, implacable, como si fuera á barrer la gran mancha negra del bosque... Y los añejos árboles, amarrando sus raíces en la tierra; arrancaban quejas monstruosas, hórridos gritos, ayes lastimeros... Y la ría lloraba, continua, sordamente...

Y aquella noche, Miguelín no contestó.

Pasó una hora, pasaron dos, tres, cuatro, volvieron los mozos cansados, afligidos, con un *nó* desgarrador en los labios. Volvió el padre, con la cabeza baja, los brazos á lo largo del cuerpo, desesperado. Volvió la madre, los cabellos sueltos, desencajada, lívida, hablando sola, llorando y riendo de una manera horrorosa, las ropas destrozadas, los pies sangrando...

***

A la mañana siguiente, unas manecitas hinchadas, salían á flor de onda sobre las aguas verdes de la gran balsa... Grandes burbujas subían continuamente, morían y volvían á subir... Flotaron los pies y más tarde un cuerpecito amoratado, deforme, atado á una piedra...

Y desde entonces, cada noche hiende el espacio una voz siniestra, lúgubre, desesperada, desgarrando las profundidades obscuras del silencio...

—¡Miguelín...n!... ¡Miguelín!....

***

Canuto hace tiempo que ha muerto. Pedro lo aplastó contra una peña.

Y luego, al abismo, de una patada.

Rafael NOGUERAS Y OLLER



Cuadro de M. Obiols Delgado.

VERSALLES EN 1668 Y EN 1903

De tantos y tantos recuerdos están saturados aquellos palacios, que aún hoy el visitante, al encontrarse en ellos, cree respirar la atmósfera voluptuosa del largo reinado de Luis XIV y de los de sus nietos Luis XV y el infortunado Luis XVI, en que continuamente se sucedían las fiestas y los placeres, implantados por las costumbres licenciosas de sus primeros moradores é iniciados en la época de Luis XIII, su fundador. Dentro de aquellos muros todo habla todavía de Ana de Austria, la hermosa Infanta española á quien Rubens nos presenta en uno de sus admirables lienzos de la colección Henry IV *(Echance de deux Princesses)* abandonando la España y entrando en Francia para unirse con Luis XIII, y de madame Isabelle, la hija del primer Bourbon Henry IV, que dejó su patria para casarse con Felipe IV; ¡dos niñas casi, á las que el destino, tan sonriente en apariencia como pérfido en realidad, hizo Reinas, para que, á cual más, fuesen ambas desgraciadas.

Luis XIII empezó la edificación del Chateau de Versailles, y ya en su época comenzó este real sitio á ser admirado y llamado á desempeñar un papel interesante en la Historia, tanto, que Luis XIV lo hizo Corte; á pesar de la predilección de su esposa por el de Fontainebleau. Hoy, la República quiere evocar la época de los esplendores de aquel palacio, y proyecta dar en el gran patio de mármol *(grand cour de marbre)* una representación teatral por el estilo de las de 1668, en que Molière representó sucesivamente: *Amphitrion, Le medicin malgrèe lui, La mariage forcé, L'ecole des femmes* y *Georges Dandin*, pieza escrita expresamente para una fiesta dada en el mismo. En dicha época, madame de Montespan era ya la favorita de Luis XIV, y más de un cortesano sonreía visible y maliciosamente dirigiendo sarcásticas miradas á monsieur de Montespan, cuando Lubin decía, á propósito de Georges: *De quoi s'avise t'il d'ètre jaloux de sa femme et de vouloir qu'elle soit a lui tout seul? C'est un impertinent, et Monsieur le Vicomte lui fait trop d'honneur.*

Molière representó en Versailles todo su repertorio, pues Luis XIV fué su más apasionado admirador; tanto, que en sus últimos años hacía que se le presentaran los *comediantes* para decirles cómo Molière representaba sus obras, siendo histórico que en 9 de Octubre de 1700, los artistas de la Comedia francesa representaron delante del Rey *L'Avare*, con tanto disgusto del Monarca, que se retiró antes de la conclusión de la obra, en extremo molestado, diciendo que no sabían interpretar á Molière.

Hoy la República quiere que la iluminación de la *cour de marbre* sea eléctrica, pero aparentando las candilejas de *el bon vieux temps*, para que la ilusión sea completa.

¡Anacronismos de la vida! ¡En plena República trasladarse á una de las épocas más aristocráticas y á uno de los reinados más absolutos que en los tiempos modernos, puede decirse así, han existido! ¡Cuán cierto es que los extremos se tocan! La República en Francia debiera mejor calificarse de *Monarquía electiva*, pues sus Presidentes viven como pudieran hacerlo los hereditarios Reyes.

Las Tullerías, la parte más habitada por sus dueños, fué quemada en 1871 por la barbarie popular, que la dejó inservible para los Presidentes. La parte que aún queda de aquel palacio, levantado por Catalina de Médicis en 1564, unido al gran Louvre, cuya edificación la empezó en 1544 Francisco I (nuestro prisionero), es demasiado grande, y los Presidentes se encuentran allí muy pequeños, habiendo elegido para su residencia el histórico palacio del Elíseo, el que hizo edificar Francisco I para obsequiar con él á la Duchesse d'Etempes, su favorita predilecta en aquella época, y en el que se conservan lises y coronas reales en abundancia; tanto, que quien se encuentra allí, si no supiera que es la *casa de un Presidente de República*, creería al abrirse una de sus doradas puertas, que un Rey, una Reina, ó alguna de las infinitas personas reales que lo han habitado iba á aparecer por debajo de aquellas coronas.

Pero, volvamos á Versalles donde continuamente se trabaja para su conservación, pues es el palacio destinado á la elección de Presidentes; saliendo de sus sótanos y ocultos rincones, tápices admirables de un colorido y perfección tal, que nadie diría los siglos que cuentan; muebles de aquellas épocas brillantes en que, á no dudarlo, hubo derroche de hermosura, de ingenioso talento y de dinero. Las habitaciones del gran Delfín, el hijo de Luis XIV, que murió pocos años antes que su padre, en 1711, han sido poco ha brillantemente restauradas: son admirables, y se conservan aún los espejos, muebles y retratos de hermosas mujeres, relojes, candelabros y otros mil objetos, colocados como aquel Príncipe los tenía. El conjunto no puede ser más artístico, ni más bello y seductor.

Las habitaciones del Rey, en la parte alta, tampoco han cambiado, y se admira, entre infinitos salones llenos de recuerdos, la cama que usaba y en donde murió, tal y como estaba entonces, con sus grandes penachos de plumas blancas y la colcha de encaje regalada por la ciudad de Lyon, con las armas de España y Francia, cuando su boda con la Infanta María Teresa. A la derecha de este regio lecho se halla un cuadro cubierto con cristal, donde se ve, hecho en cera y de un parecido sorprendente, un busto de perfil de este Rey en tamaño natural, en relieve, y con sus largos cabellos ondulados y tendidos cual el Monarca los llevaba; parece que quiere hablar y contar sus grandezas, sus victorias y sus triunfos amorosos, y ciertamente que aquella cara tiene algo de extraño; su contemplación espanta, hace daño; no se la puede mirar sin sentir una sensación desagradable; diríase que Luis XIV existe aún allí, reconviniendo á sus descendientes por no haber sabido conservar el glorioso Trono que les legó en herencia, y contribuído quizá á su rápida ruina. El departamento que tuvo allí la desgraciada Reina María Antonieta es de admirable y exquisito gusto, como todo lo que perteneció á aquella hermosa mujer, víctima de su sencillez y buenas costumbres, cuya rectitud creó á su alrededor una atmósfera de envidias y malas pasiones que fué el principio de su fin desastroso; que la hizo derramar en vida abrasadoras lágrimas, y puso, al cabo, su regia y gentil cabeza bajo el hacha del verdugo.

Aquellos jardines donde cada grano de arena, al ser movido por el viento, parece quiere levantarse para contar una historia interesante, una anécdota, un chiste picante y malicioso, los amores desgraciados de una de las varias marquesas de Luis XV que formaron un *bouquet* de hermosísimas y deliciosas mujeres; aquellas inmensas fuentes llenas de mitológicas y doradas figuras, donde en góndolas venecianas se pasaban las horas entre variados juegos y suntuosos festejos; la fuente de Apollon, la de Latone, la de Neptuno, el baño de Apollon, el gran canal, todo quiere hablar al curioso visitante para contarle sus antiguos triunfos. ¡Todo existe hoy, pero con ese sello de tristeza que imprime á las grandezas pasadas el recuerdo de ellas; la imposibilidad de hacer retroceder los siglos!



COMISIÓN COMERCIAL Á LA AMÉRICA DEL SUR

Grupo formado por los señores Zulueta y Rahola y las personas que les despidieron á bordo del «María Cristina».

Siguiendo *allées* y senderos se descubre otro palacio, el gran Trianón, sólo de planta baja, estilo italiano ó español y lleno de recuerdos de anteriores tiempos en que tan augustos Reyes han dejado impreso su paso por el mundo y por el Trono de Francia, caído hoy, pero que acaso en no lejano día resurgirá triunfante, lleno de lozanía y esplendor. Retratos espléndidos de sus dueños, tapices incomparables, espejos, todo se conserva; la gran mesa en que Luis Felipe, ese Rey, modelo de severísimas costumbres, reunía á sus ministros; y sus habitaciones; un salón en que se admiran cuatro retratos de tamaño natural y ostentando todos los atributos de la realeza: Luis XIV, el gran Delfín, Luis XV y Luis XVI. En otro, se ven dos admirables lienzos que representan á María Antonieta en el campo, bailando y jugando con sus hermanos.

Las habitaciones que ocupó Napoleón I, con sus muebles de caoba y relieves de bronce dorado, recuerdan el valor, la intrepidez y la suerte, más que otra cosa, de aquel coloso de los primeros años del siglo XIX. En fin; sería demasiado largo, para lo que me propongo, enumerar tantas bellezas.

Entremos un momento en los caminos llenos de arbustos que han de llevarnos al Petit Trianón, maravilla de recuerdos de la encantadora Reina inmolada al furor de las pasiones revolucionarias.

CONDESA DE BLANCA LUNA

(Concluirá).



Cuadro de V. NICOLAU CUTANDA. LA VISION DE FRAY MARTIN *Fot. de J. Laurent y C.ª*

GENIALIDADES DE UN GENIO
Ó
LA AVARICIA DE UN VENTERO, CASTIGADA

CUANDO los restos de Goya fueron trasladados al Cementerio de la Sacramental de San Isidro y expuestos en el Ministerio de Fomento algunos de sus admirables lienzos, no sé quién me refirió una historieta ó, por mejor decir, un cuento, cuyo protagonista es el celebérrimo y popular pintor, orgullo de Fuendetodos.

Antes de comenzar la narración de los hechos, declaro á fuer de hombre honrado, que no respondo de su rigurosa exactitud, si bien, dados el carácter burlón, las genialidades artísticas y los apicarados gustos y costumbres de Goya, los hechos de mi relato, inconcebibles en Murillo, cuya pureza de costumbres reflejaba la de sus purísimas imágenes, son muy verosímiles en el celebérrimo pintor aragonés, cuyos lienzos, tapices y grabados prueban que trataba con igual facilidad lo sublime y lo grotesco; los asuntos religiosos, que las costumbres populares; valiéndose para pintar, lo mismo de los pinceles, que de las escobas; de los colores, cuidadosamente preparados, que del lodo de la calle, con el cual, y sirviéndose de un pañuelo de bolsillo, trazó en una pared el fusilamiento de unos patriotas madrileños.

En mi entender, por tanto, Goya, si no hizo, pudo muy bien hacer lo que voy á referir á mis lectores, siendo ésta la razón que me autoriza á referirlo.

Va, pues, de historia ó de cuento.

***

Camorrista y pendenciero, dotado de grandes fuerzas y diestro como pocos en la esgrima, don Francisco de Goya Lucientes, que en los talleres de Luzan había estudiado la pintura, perseguido por la justicia á consecuencia de un malhadado lance, en el cual había dejado tres hombres tendidos en la calle, tuvo, muy mozo aún, que salir huyendo de la inmortal Zaragoza.

Falto de recursos y obligado además á huir á toda prisa, don Francisco, á pesar de lo mucho que le urgía poner tierra por medio entre él y sus perseguidores, careciendo de otro más cómodo y más rápido medio de locomoción, se dirigía á Madrid, *pédibus andando*, ó sea en el coche, á todas las fortunas asequible, del seráfico San Francisco.

Después de dos ó tres días de marcha y ya agotadas sus fuerzas y su bolsillo, la casualidad le hizo dar con una venta, en la cual, rendido por el cansancio y acosado por el hambre, determinó pasar la noche.

Necesitas caret legem, «la necesidad tiene cara de hereje,» como tradujo el estudiante del cuento, y Goya, aunque no tenía medio alguno de satisfacer el hospedaje, obligado por la necesidad, cedió á ella y entró en el inesperado albergue que la casualidad le deparaba.

Una vez dentro de él, su traje y sus modales, muy distintos de los usados por los habituales parroquianos del ventero, llamaron la atención de éste, que, si bien notó que Goya no llevaba cabalgadura ni equipaje, le supuso poseedor de un buen bolsillo.

En esta suposición, dirigiéndose afablemente al joven pintor, que se había sentado en uno de los bancos de la extensa cocina: — Usarcé — le dijo, — no está bien en este sitio donde cenan, beben y frecuentemente se emborrachan y aporrean los arrieros que aquí se hospedan; hágame, pues, el honor de aceptar una habitación que tengo arriba, en la cual encontrará una buena cama y le será servida la cena.



Cuadro de José Cusachs.



Tentadora la oferta para un hombre hambriento y fatigado, Goya la aceptó sin vacilar y en pos del ventero subió á la habitación, donde, en efecto, halló una cama bastante aceptable y pudo satisfacer las apremiantes exigencias del estómago.

Satisfechas éstas, don Francisco, cuando el ventero se retiró, después de darle cortés las buenas noches, examinó, no sin sobresalto, la difícil situación en que se hallaba; pero, como su cansancio era mucho, pensando, sin duda, que la suerte estaba echada y que al que está perdido por mil, le es igual estarlo por mil y quinientos, se acostó tranquilamente, y á los pocos minutos roncaba como un bendito.

Después de unas cuantas horas de sueño, el hoy célebre hijo de Fuendetodos despertó al par que la aurora, y no bien despertó, la realidad se le impuso, mostrándole el terrible aprieto en que se hallaba.

Tal vez sin darse cuenta de ello, guiado por el instinto tal vez, abrió un balcón que en el cuarto había y sus ojos brillaron de contento, porque aquel bienaventurado balcón que daba al campo, y que apenas distaba del suelo cuatro varas, le ofrecía un seguro y cómodo medio de escapar, sin que el ventero lo notara.

A huir por el balcón iba, en efecto, el bueno de don Francisco, cuando, recordando que era pintor, pensó, que si con dineros nó, podía con unos cuantos minutos de trabajo pagar generosamente cama y mesa, y, cogiendo la servilleta de que para cenar se sirviera, en ella y riéndose, mientras pintaba, de su propia diabólica ocurrencia, pintó...

Sólo á Victor Hugo le ha sido lícito escribir, sin ofensa de sus lectores, la palabra que denomina lo que Goya pintó en la servilleta; únicamente á él, que lo emplea en *Los Miserables*, le ha sido permitido el uso de tan grosero vocablo, que usado por Cambrone, para contestar al *rendez-vous* que le dicen los ingleses, se convierte en la más hermosa y más heroica de las expresiones posibles.

Mucho más elocuente y viril, en efecto; mucho más espontánea y expresiva que la pensada y académica frase: «La guardia muere, pero no se rinde;» la palabra empleada por Cambrone agranda y avalora el heroísmo de aquel animoso soldado que, al rechazar la rendición y con ella la vida, contesta de un modo tanto más noble y elocuente, cuanto más grosero é insolente; tanto más sublime y heroico, cuanto mayor es el desprecio de la vida y el odio á sus enemigos que demuestra.

Dicho ya lo que Goya pintó y volviendo á mi relato, no bien terminó su obra, corrió al balcón, salvó la barandilla, se agarró á uno de sus hierros y, descolgándose por él, ganó de un salto el campo, por el cual echó á correr como alma que lleva el diablo.

Más de tres horas habían transcurrido, desde que don Francisco saltó por el balcón, hasta que el ventero, viendo que su huésped no daba señales de vida, se atrevió á llamar, tímidamente primero y repetida y fuertemente después, á la puerta de su cuarto.



LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA — VISTA PARCIAL, DESDE LA ESCOLLERA.

Como, á pesar de los recios golpes y voces que tanto él como su mujer daban llamando al huésped, éste no les contestaba, el ventero pensó que podía haberle sucedido una desgracia, y como sabía que la estancia tenía un balcón que daba al campo, cogió una escalera de mano, la sacó á la parte exterior de la casa, la apoyó en la pared y, encaramándose por ella, llegó al balcón, que con gran sorpresa suya halló abierto de par en par; comprendiendo que el pájaro había volado utilizando aquella salida, para burlarse de él, marchándose sin pagarle.

—¡Ladrón! ¡rufián! ¡hijo de mala madre!—gritó airado; y mientras abría la puerta para que su mujer pudiera entrar, echó por su boca cuantos votos, blasfemias, sapos y culebras puede echar un ventero al que un caminante se le escapa sin pagar el gasto.

Haciendo dúo á su marido, la ventera desatóse también en imprecaciones y dicterios, llegando éstos al *máximum* cuando sus ojos se fijaron en la malhadada servilleta de la cena.

—Mira,—dijo mostrando á su marido lo que ella creía objeto real y era únicamente una pintura,—¡mira, el muy indecente lo que ha hecho!

Rugió el ventero de ira y, no pudiendo apenas hablar, porque el furor se lo impedía,—Bueno, bien,—balbuceó:—recoge eso y sacude la servilleta por el balcón para que después la laves.

Con mucho cuidado, temiendo mancharse los dedos y con visible repugnancia, la ventera cogió por las cuatro puntas la servilleta y, acercándose al balcón, la sacudió repetidas veces, á pesar de lo cual, la malhadada substancia á ella adherida continuaba sin desprenderse, lo cual hizo que la mujer, comprendiendo al fin que se trataba de una imitación, se atreviera á examinarla de cerca y hacérsela examinar á su marido; quién, después de un detenido exámen,—¡Y que parece de veras!—exclamó, lleno de asombro.

—Y tan de veras,—repuso la ventera,—porque yo hubiera jurado hasta que olía.

—Pues mira tú, esto debe ser muy bueno cuando así nos ha engañado; y como las pinturas buenas se venden caras, puede que el huésped, en vez de perjudicarnos, nos haya favorecido.

—Puede,—contestó la ventera; y marido y mujer, halagados con la esperanza de vender en un buen precio la famosa servilleta, contaron aquella noche á sus huéspedes la aventura de por la mañana, repitiéndola des-



LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA — Los buques almirantes fondeados fuera del puerto.

pués en los días sucesivos á cuantos viajeros pararon en la venta, hasta que uno de ellos, persona rica é inteligente en pintura, adquirió por cien ducados el extravagante recuerdo que el huésped huído les dejara.

***

Después de algunos años, don Francisco de Goya, célebre ya, y ya pintor de Cámara de S. M. el Rey Don Carlos IV, hubo de pasar por la venta de marras, y, recordando lo que en ella le había sucedido, determinó hacer alto para dormir en ella y averiguar, si le era posible, el desenlace de su cómica aventura.

Invitado á ocupar la misma habitación que ocupó la vez primera y tratado desde el primer momento con todo género de consideraciones, Goya, que no tenía nada de tonto y sí mucho de avisado, comprendió por las miradas, sonrisas y cuchicheos del ventero y de la ventera, que ambos le habían reconocido, á pesar de lo cual, y esto no dejó de extrañarle, los dos se esmeraban en servirle.

Dejándose servir y obsequiar y sin darse por entendido, ni de la aventura pasada, ni de la afabilidad y cortesía presentes, don Francisco saboreó la, para una venta, espléndida cena que le fué servida, al terminar la cual, preguntó cuánto importaba el gasto, porque, según manifestó, tenía que echar á andar al amanecer el nuevo día.

En vez de contestar directamente á esta pregunta, el ventero, con la sonrisa en los labios, queriendo y no atreviéndose y con esa afabilidad y agrado *sui generis* que usa la gente del campo cuando tiene que pedir algún favor,—Yo conozco á usiría,—dijo á Goya rascándose la cabeza.

—¿Que me conoces?

—Sí, señor: mi mujer y yo hemos reconocido á usiría y no queremos que usiría nos pague, sino que haga lo que hizo la otra vez.

—¿Yo, la otra vez? ¿Y qué vez es esa de que hablas?

—La vez que usiría honró mi casa y cenó en esta misma habitación, marchándose por el balcón á la mañana.

—No lo niegue usiría;—añadió á su vez é interrumpiendo á su marido la ventera:—y como nada le cuesta y con ello nos favorece mucho, márchese usiría sin pagar y haga ahora lo que hizo la otra vez.

—Ya que me habéis conocido y que os empeñáis en ello,—dijo Goya, —os dejaré otra servilleta.—Y al decir esto sonrió picarescamente;— pero, decidme: ¿por qué queréis que vuelva á pintaros lo mismo?

—Porque un viajero que pasó por aquí nos dió cien ducados por la otra.

—Cara pagó mi porquería:—exclamó el pintor de Cámara riéndose, —pero, en fin, os daré gusto á condición de que, como anteriormente, he de salir por el balcón, debajo del cual me esperará mi criado con los caballos ensillados y prontos y dispuestos para el viaje.

Conformes con estas condiciones, el ventero y su mujer dieron las buenas noches á su huésped, el cual, después de cerrar la puerta por dentro, se acostó tranquilamente.

***

Al amanecer del siguiente día, Goya salió en efecto por el balcón, dejando como la vez anterior un recuerdo, que si bien era obra suya, no era una obra de arte.

Las imprecaciones, por tanto, los denuestos é improperios que el ventero y la ventera habían prodigado injusta y anteriormente á su huésped, pudieron, debieron y fueron, á no dudar, fundadamente repetidos esta vez, cuando al entrar en la habitación de Goya, poco tiempo después de salir éste por el balcón, vieron lo que el célebre pintor había hecho.

***

¿Es cierta la historieta que acabo de referir?

Lo ignoro, á decir verdad; pero, dado lo que Goya fué, hizo y pintó, no juzgo inverosímiles ni el primero ni el segundo de los lances referidos, pareciéndome, por lo demás, que si este último es cierto, el celebérrimo pintor aragonés castigó con una chuscada la desmedida avaricia del ventero, por cuya razón este cuento ha sido titulado: «Genialidades de un genio, ó la avaricia de un ventero, castigada.»

Mariano VALLEJO



LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA —Situación de los demás buques, fuera del puerto.

Fotografías de A. Más.

A. PONS



VISITA DE SS. MM. Á LOS PUERTOS DEL CANTÁBRICO EN EL VERANO DE 1900

El yate real «Giralda», saliendo del Ferrol, escoltado por el «Dupuy de Lome» (francés), el «Diadem» (inglés), el «Don Carlos I» (portugués), el «Krabry» (ruso), y el «Calatafimi» (italiano).

GASPAR CAMPS

VERDAD que á los veintisiete años casi no hay derecho á tener una regular biografía, si se atiende á que la vida del pintor ni está expuesta á grandes aventuras, ni se presta, dado su papel pasivo, á fuertes contrastes?

Pues Gaspar la tiene; no así, como sencilla cuestión de fechas, sino con sus luchas y sus triunfos, sus alegrías y sus dolores, sus miserias y sus grandezas...

Nació Camps en Igualada, de modesta familia, y, como todos los predestinados, fué su niñez una revelación de sus facultades artísticas. La primera nota particular de su vocación fué la manera de subsidiar su carrera á sus propias costas. Llegado á la edad en que podía estudiar seriamente frecuentando la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, y aconsejado por su intuición, hallándose sin medios de fortuna para realizar á expensas de su familia su sueño dorado, adoptó un recurso muy frecuente entre los estudiantes de antaño; se hizo mancebo de barbería, y cuando supo bien el oficio, se trasladó á la capital con sus ilusiones, sus lápices y colores y sus navajas.

Decir que la necesidad de compartir su tiempo entre los atributos de Apeles y de Fígaro, fuese ventajosa, sería una insigne herejía, y herejía mayor asegurar que la navaja diera bastante los *sábados* y *domingos* para saciar el apetito del novel discípulo de la Escuela de Bellas Artes y subvenir á los gastos de la carrera, que son penosos y continuos.

Lo cierto es que al cabo de tres años de frecuentar las aulas académicas, había ganado Camps todos los premios ordinarios y extraordinarios, y seguramente no sería sin enormes sacrificios.

Poco después, violentando su propia inclinación, que es clara y netamente la de pintor de figura, tomó parte en un concurso para una bolsa de estudio que se concedía á la especialidad *escenográfica* y, sin más preparación casi que la perspectiva aprendida en la clase correspondiente, venció el concurso, merced á cuyo subsidio se trasladó á París, la Meca de los artistas modernos.



Esa ductilidad del talento de Camps se ha puesto de manifiesto ya en varias ocasiones, lo que prueba que su espíritu está francamente abierto á todas las ramificaciones del arte.

En París frecuentó al principio la escuela de Bouguereau y de Férrièr sin grande provecho; ni su temperamento se amoldaba á las meticulosidades excesivas de los maestros, ni éstos sabían adivinar y poner de relieve las cualidades de su discípulo. Esto, y la novedad que le causaba la magnitud del arte en aquella metrópoli donde todo parece insuperable, por lo mismo que se dan admirables soluciones á todo, tuvieron perturbado á nuestro artista por algún tiempo, el necesario para reconcentrarse y medir la distancia que debía franquear. Abandonó á aquellos maestros y entró en la escuela de Benjamín Constant y Jean Paul Laurens, donde halló un ambiente más conforme con sus aspiraciones modernas. En aquella escuela se dedicó, según costumbre periódica, á la composición. Mas, ¡oh, dolor!, la primera que presentó fué objeto de la chacota de Laurens y colocada á la cola de las demás.

Gaspar Camps tiene un amor propio excesivo que, cuando no está atenuado por otras circunstancias, le acarrea tremendos disgustos ó, como en el caso presente, le infiltra una orgullosa emulación. No presentó más; pero estudió en la soledad de su taller, aprovechándose en las composiciones ajenas de las lecciones del maestro. Y ya en las postrimerías del curso concurrió con dos composiciones al concurso preparatorio de las oposiciones finales, y vió, con la emoción propia de quien ha luchado con toda su alma, que ambos bocetos quedaban clasificados con los números 1 y 2 entre tres ó cuatrocientos, de los que debían escogerse once. Tomó, como es consiguiente, parte en el concurso final y ganó el premio con un tema original, «Cristo en la edad moderna».

Tres años permaneció en París, subvencionado por los señores don Juan y don Carlos Godó, al término de los cuales se vió precisado á regresar á Barcelona, cargado de saber, pero con un nombre completamente desconocido para la mayoría de los que con mayor ó menor esplendidez fomentan el arte.

La crisis que éste atraviesa en la capital del Principado y que deja muriéndose de hambre, salvo contadísimas excepciones, á todo artista que haya de valerse de los pinceles para vivir, envolvió también á nuestro joven y desconocido Camps en sus tupidas mallas. Hubo un momento en que, agotados todos los recursos y sin esperanza de abrirse camino con su arte, pensó en volver á pedir al de Fígaro subsidio á sus necesidades...

El director-propietario del ALBUM SALÓN le conoció entonces y poco le costó adivinar las óptimas cualidades del infortunado artista. Ofrecióle un lugar distinguido en las páginas del ALBUM y conocidas son las que llenó con su celebrada colección de los *Meses*, la *Semana Santa*, el poema *Amor* y otras en las que Camps se reveló bajo un nuevo aspecto, que ni él mismo había sospechado hasta entonces: el de ornamentista moderno.

Estas mismas columnas guardan infinidad de elogios que hemos tributado á la musa refinadamente elegante que inspira á Camps; el carácter personalísimo de su ornamentación, cualidad concedida sólo á los buenos; la belleza plástica de sus mujeres y la rara intuición con que sabe aferrar el símbolo de las composiciones que desarrolla.

Artista múltiple, sin embargo, no creemos que ésta sea su última definitiva postura.

Verdad es que su nombre, como ornamentista, ha atravesado ya las fronteras; que le solicitan los más conspicuos editores para la ilustración de sus obras; que algunos establecimientos fabriles ponen á contribución su ingenio para que el arte ennoblezca sus productos.

Pero, aunque esto sea verdad, aunque el campo del arte abarca hoy ilimitadas zonas, desconocidas hasta ayer, como quien dice, hubiéramos deseado que el medio se adaptara á Camps y nó éste al medio, con lo que hubiéramos podido presenciar la plenitud del desarrollo de su potencialidad artística.

Hoy puede asegurarse que Camps ha llegado á la meta, si ésta consiste en ver asegurado su porvenir. Numerosos pedidos, superiores á la capacidad productiva del artista, renombre, fortuna... ¿Puede compararse esto al miserable aislamiento de ayer? ¿Vale más?

A los veintisiete años hay mucho que esperar todavía, y Camps no es de los que se quedan varados á la vista del puerto.

FRANCISCO CASANOVAS



Fotografía de J. Prat.

SISENANDO ANTE EL CONCILIO IV DE TOLEDO

(Efemérides ilustradas)

En el mes de Diciembre del año 633, reunióse en la ciudad del Tajo y en su Iglesia de Santa Leocadia, el *Concilio IV de Toledo*, al que asistieron sesenta y nueve obispos y vicarios, presididos por el metropolitano de Sevilla, el glorioso San Isidoro, *astro refulgente de la iglesia hispano-goda*.

Importante siempre la reunión de un Concilio, el cuarto lo fué en grado sumo, por tenerse que tratar de la reforma de la disciplina eclesiástica y la presentación ante él, del nuevo rey Sisenando, en súplica de que los Padres que le formaban le perdonasen el pecado de usurpación del Trono.

Conozcamos el hecho.

Corría el año 630 y reinaba Suintila, el primer rey godo, al decir de varios cronistas que habiendo vencido á los imperiales en dos batallas, arrojándolos de la península ibérica, reunió toda la España bajo un solo cetro, sin que el más pequeño rincón de ella dejase de obedecerle.

Suintila, llamado *padre de los pobres* por el mismo San Isidoro, tan buen guerrero como sabio monarca, conviértese, de pronto, en un *inicuo tirano aborrecido por el clero, por la nobleza y por el pueblo*, sin que se conozcan las causas que pudieron operar tan extraña transformación.

Sisenando era un conde ambicioso, gobernador de la Galia gótica, que aspiraba á la Corona. Pónese al frente de los descontentos y de un cuerpo de auxiliares extranjeros que le facilitó el rey franco Dagoberto, y atravesando con gran rapidez los Pirineos, llega, sin obstáculo, á Zaragoza. El rey Suintila acude también á Zaragoza al frente de un numeroso ejército que se desbanda y le abandona sin causa ni razón, teniendo que buscar su salvación en la fuga; no faltando quien asegura, como San Benigno, en su *crónica, que Suintila, á quien oprimió Sisenando, murió*, suponemos que allí mismo.

Victorioso Sisenando se adelantó á ocupar el Trono godo. Algo debió temer, sin embargo, el usurpador, cuando se apresuró á convocar en Toledo el Concilio, ante el cual se presentó rodeado de toda su corte; y con los ojos bañados en lágrimas pidió á los obispos y vicarios que intercediesen á Dios por él, lo cual, escribe un reputado autor, equivalía á suplicar que le perdonasen el pecado de usurpación.

Tal es el asunto del interesante cuadro del reputado artista don M. Vayreda y Vila, que figuró con mucho aplauso en la Exposición de pinturas del año 1884, y que copia en sus columnas Album Salón.

Sisenando fué de nuevo proclamado Rey del imperio godo, logrando, además, que el Concilio inhabilitase para el Trono á Recimiro, hijo del destronado Monarca Suintila.



EL REY SISENANDO ANTE EL CONCILIO IV DE TOLEDO, PRESIDIDO POR SAN ISIDORO

Cuadro de M. Vayreda y Vila. — *Fot. de J. Laurent y C.ª*

A seguida, los Padres se dedicaron á formar varias colecciones de leyes, tanto civiles como eclesiásticas, debiendo citar entre las primeras, por su reconocida importancia, el *Forum judicum ó Fuero juzgo;* declararon libres de todo impuesto y carga á los clérigos; y fulminaron penas severísimas contra los que faltasen al juramento de fidelidad hecho al Rey ó se declarasen contra él, tratando así de evitar que otros siguieran el ejemplo de Sisenando. Pero la semilla estaba arrojada á la tierra y la tierra dispuesta para recibirla, así que no lograron impedir que el déspota y avariento Geilan, hermano de Suintila, que faltando á las leyes del honor y de la naturaleza se había rebelado contra su hermano, se sublevase luego contra el nuevo Monarca, llegando el Concilio hasta excomulgarle. ¡Tarea vana! Las rebeliones debían repetirse en el imperio godo: Tulga, cayó víctima de un ambicioso que le tonsuró, inutilizándole para el Trono. Wamba, fué víctima de una odiosa traición.

Witiza, vióse destronado por Rodrigo, el último de los reyes godos, quien, á su vez, sucumbió en las orillas del Guadalete, traicionado por el conde don Julián, el obispo Doppon y otros nobles y caballeros, los cuales no vacilaron por realizar una odiosa venganza en pasarse con sus tropas á los árabes, dando el triunfo á Tarik y á la media luna, sobre su Dios y su Rey.

Los historiadores y cronistas que del acto realizado por Sisenando se ocupan, lo hacen de un modo diverso, y hasta contrario, según sus opiniones. Para unos, Sisenando gozaba en paz del Trono, y si buscó la absolución de los Padres del Concilio, fué tan sólo para tranquilizar su conciencia y vivir en paz con ella.

Para otros, Sisenando, escarmentado de la enemiga que el clero mostró á Suintila por no haber convocado ningún Concilio, ni compartido con él la gobernación del Estado, quiso atraerse á los obispos convocando el Concilio, sometiéndose á su juicio y decisiones, siquiera fuese aparentemente, y aceptando cuantas leyes dictaron en favor de los clérigos.

Sea cualquiera la causa, ya que este período de nuestra historia aparece envuelto en una obscuridad que hace difícil, sino imposible, determinar con claridad los sucesos. Sisenando, sometiéndose al Concilio, aunque en su interior no se hallase dispuesto á acortar sus decisiones, si por acaso le eran contrarias, dió una prueba de hábil político, encerrando á los obispos y vicarios en un círculo de hierro.

El dilema era claro, y por demás sencillo:

O rechazar sin súplicas y provocar la guerra civil, sin contar con otro príncipe para rechazarle; ó aceptar la usurpación y absolverle de ella, manteniéndole en el Trono.

Lo primero era la guerra, y ¿cómo podían provocarla los llamados á mantener la paz y concordia entre los hombres?

Lo segundo era la paz, una paz basada en la usurpación, pero paz al fin.

Los Padres del Concilio, no menos hábiles que Sisenando, comprendieron su situación, y satisfechos por verle sometido á sus decisiones y libres para dictar las leyes que más convenían al clero, cerraron los ojos á la usurpación, y dejaron á Sisenando gozar tranquilo del gobierno de la vasta monarquía goda.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS



Cabeza de estudio; por Pablo Béjar.

BELLAS ARTES

Béjar, que es hoy uno de los dibujantes ilustradores más en boga, por la modernidad y elegancia de sus composiciones, y por el justo *cachet* naturalista que sabe dar á sus dibujos, tan lejanos de la enteca fotografía como del fácil amaneramiento, ocupa la portada de este número con un bonito dibujo de cabeza de mujer.

Limítase el trabajo á un estudio de claro-obscuro, iluminado simplemente por pocas tintas que, más que colorear, redúcense á armonizar la crudeza del blanco y negro del original.

Pero el *clou* de este número, lo constituye el hermoso paisaje de José Masriera, que tenemos el honor de publicar.

José Masriera, que hace años se cuenta en el número de nuestros mejores paisajistas, maestro en representar la frescura selvática de los bosques y en sorprender con mágica pincelada la inmensurable riqueza de detalles que tanto caracteriza á la naturaleza, con el andar del tiempo, dueño absoluto de la forma, ha ido simplificando su pomposo estilo, para darnos, en forma abreviada y concisa, maravillosos trasuntos de aquella misma naturaleza que le apasionaba con la prolijidad de sus galas.

Es la evolución propia de todos los maestros, y Masriera no debía substraerse á ella. Mas como esa evolución ha coincidido con el movimiento de simplificación del arte moderno, parece como que nuestro pintor sea de esos pocos privilegiados que saben vivir con su tiempo, aceptando las nuevas tendencias y amoldándose á ellas, merced á su talento de adaptación.

El paisaje que publicamos, no es ya la transcripción de un objetivo más ó menos artístico; vibra en él el espíritu del pintor, que ha querido dar á su obra un aspecto de grandiosidad que existía seguramente más en su visión subjetiva que en la realidad. El toque es firme y amplio, desprovisto de toda galanura que recuerde la habilidad de un día; pero esta sobriedad, que no se confunde con la pobreza, háliase de perfecto acuerdo con la noble severidad del asunto.

Del aprovechado artista P. M. Bertrán es la *Juerga andaluza* que viene en último lugar, apunte de un tema y, como tal apunte, sin las pretensiones de un cuadro.

Échase de ver la buena disposición del color, la natural agrupación de las figuras y hasta un cierto carácter propio de la tierra.

Para un boceto, no hay que pedir más.

Francisco CASANOVAS



LACTANCIA ARTIFICIAL GRATUITA PARA LA CLASE JORNALERA

El doctor Macaya, Jefe de la Sección. — Pesaje de la criatura.

VERSALLES EN 1668 Y EN 1903

(Conclusión).

Una A con sólo corona de rosas se ve en la balaustrada de la escalera y en cuantos muebles y adornos se conservan de ella; sus salones son pequeños, y tan modestos, á pesar de su riqueza, que al contemplarlos no parece que hicieron las delicias de una Reina; allí se aspira aún el perfume de la mujer caritativa, de la mujer ideal, elegante y llena de atractivos por sus sencillas costumbres en medio de una Corte que aún conservaba muchas de las corrompidas ideas de los reinados anteriores: de la que, ante todo, fué mujer de corazón y sentimientos nobles. Sigamos á la derecha de el Petit Trianón, y llegaremos por estrechos senderos al *Hameau de Marie Antoinette.* Pocos pasos después se

halla el *Temple de l'amour,* en medio del agua de transparente lago, con pequeños puentes levadizos, rodeado de columnas y de incomparable sencillez y encanto; allí aquella Reina pasó las noches enteras acompañada de sus más íntimas damas de honor, vestida de aldeana y como si no hubiera tenido otro lecho que las ligeras sillas que le adornaban. Estrechos caminitos poblados de rosales y todo género de plantas nos siguen conduciendo al sitio predilecto de aquella encantadora dama, donde todavía existen las pequeñas casas cubiertas de paja (cabañas), entre las que descuella la *Maison du seigneur,* y semejando en conjunto una aldea en que dominara en ella la casa del señor y dueño. Allí esta sencilla Princesa se hacía servir sus comidas vestida de aldeana, lo propio que sus predilectas damas. Ella elaboraba el pan con sus finas manos para entregarlo á los mendigos que hacía entrar en este espléndido parque, oyendo las bendiciones que la prodigaban, cuando, humillados ante tanta grandeza, se arrodillaban para recibir el pan y las sonrisas de la desgraciada Soberana, cuya hermosa cabeza rodó, poco después, sobre las mal unidas tablas de un patíbulo. ¡Quién podrá asegurar que algunos de aquellos miserables que la bendijeron al recibir sus dones, no dieron el primer grito de muerte contra su bienhechora! La vida está llena de tantas anomalías, que es preciso no dudarlo. Pero, ciertamente, visitando todos estos sitios, llenos de recuerdos de la inolvidable Reina, el corazón se oprime y es imposible dar crédito á las mil fábulas que sus enemigos (ante sus virtudes) han querido inventar para descrédito de la mujer y Reina virtuosísima, que en medio de su hermosura, juventud y los halagos que rodean las testas coronadas, todo lo despreció y fué siempre por el camino de la rectitud, no pensando más que en sus infantiles pasatiempos. Tal vez los remordimientos hicieron levantar algunos años después de su fin la capilla expiatoria que hoy se conserva en el boulevard Haussmann. Luis XVIII quiso que así se venerara el recuerdo de su infortunado hermano y su esposa, nó menos infeliz. Hoy están abiertos al público otros varios salones de este Palacio de Versailles (Grand Chateau). Pero antes de pasar á ellos detengámonos un momento (pues allí las horas lo son) en la gran galería de los espejos *(grand galerie des glaces),* de 73 metros de largo y 10 de ancho con 14 de altura; en cuyos techos de pinturas admirables se contemplan, divididos por hermosos grupos de escultura, las grandes acciones de la época más brillante del reinado de Luis XIV, desde 1661 á 1668. Estas pinturas son de Le Brun.

La galería ó salón más grande es la de *las batallas,* que mide 120 metros de largo y 13 de anchura, hecha arreglar por el Rey Luis Felipe y donde se ven los nombres de todos los Príncipes, almirantes, mariscales y guerreros célebres de Francia, muertos ó heridos combatiendo por su patria, en 16 tablas de bronce, 82 bustos y 33 grandes lienzos, ejecutados por los más célebres pintores de la época, y simulando los principales hechos bélicos de la historia francesa.



LACTANCIA ARTIFICIAL GRATUITA PARA LA CLASE JORNALERA — *Instantáneas de A. Más.*

SALIDA DEL PÚBLICO CON LOS TARROS DE LECHE. — EL TENIENTE ALCALDE D. JULIO MARIAL, INICIADOR DE LA IDEA.

Esta fué la escogida por el Rey de Prusia Federico Guillermo para ser proclamado Emperador de Alemania, el 18 de Enero de 1871, por todos los Príncipes alemanes.

En la galería de *l'Attique* se ven retratos de Enrique IV, de Luis XIII y de la regencia de Ana de Austria. Otro salón está completamente lleno de retratos de María de Médicis y de pinturas representando los actos más salientes de su regencia. En otro de estos salones hay una serie bien curiosa de 30 cuadros que adornaron el Palacio de Richelieu cerca de Tours y representando batallas. La de la Rochelle, el combate du Pas de Suze, la Prise de Privas, el combate del puente de Corignan, etc., etcétera. Únicos que han podido ser conservados, pues desaparecieron otros muchos cuando en 1804 este Chateau fué destruído. Son admirados asimismo en estos nuevos salones, un gran retrato de Richelieu, otro de Ana de Austria, Regente, y otro de su consejero Jacques Tubaeuf, obras debidas á Felipe Champagne, Luis XIII, joven, á caballo, y Luis XIV á la edad de 10 años. Son admirados en otro de estos salones una gran colección de retratos de Felipe IV de España, de su mujer Isabel de Francia, del Cardenal Infante Don Fernando y del Infante Don

JOSÉ MASRIERA





PAISAJE

Carlos, con otros más, largos de enumerar, todos de nuestro Velázquez. En el último salón de los que nuevamente se deja visitar al público se ven, entre otros, los retratos de Carlos I de Inglaterra y la Reina Enriqueta, de Van Dick, y junto á ellos uno de Cromwell, obra de Rembrandt y que por coincidencia fué comprado por el infortunado Luis XVI, y el de Ana de Austria con sus dos hijos pequeños, Luis XIV y el Duque de Orleans, todo en perfecto estado de conservación. Son muchas las horas que es preciso pasar en Versailles para darse cuenta de lo que allí existe, haciéndonos pensar en las grandezas pasadas que ya no volverán. Cuando en el año próximo se realicen los proyectos de dar una representación en el gran patio de mármol, ¿cómo será posible la reproducción de las de 1668? A la luz eléctrica no podrá dársele el constante movimiento de las antiguas candilejas. ¿Quién representará á Molière y Luis XIV? ¿quién ocupará su lugar?; aquella corte ¿dónde irá á buscarse? Nó; hay cosas imposibles de reproducir; de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso y en ese va á caer la República. Dejen los recuerdos del pasado para ser admirados por los que llenos de ellos se extasían en su contemplación, y vivan las gentes del siglo XX ocupándose de los modernos pasatiempos, sin querer traer á nuestros días las pasadas épocas en que, si bien la gente se divertía, lo hacía con más sensatez que nosotros, sacando verdadero fruto de sus placeres (que no fueron pocos), pero con sentimientos más elevados, menos materiales y mezquinos de los que hoy envuelven la sociedad actual.

Tal vez, bien pensado, estos planes no se realicen, pues es verdaderamente ridículo que la República quiera retroceder á tiempos tan diferentes y que abrigue la idea de dar representaciones en Versailles, como en los de Luis XIV y de Molière; mas si así lo hiciera, no faltaría acaso quien apareciese en la escena con su gran peluca de cabellos castaños y tacones rojos en los diminutos zapatos de raso blanco, que siempre usó aquel Monarca.

Aquellos tiempos de regios esplendores no pueden ser reproducidos: todo pasa en la vida y tiene su límite; sólo los recuerdos deben ser cuidadosamente guardados para recreo del visitante que sepa apreciarlos y comprenderlos; por más que la generalidad visitan aquéllos y todos los museos, como si fueran bazares de lujo cuyos objetos no puede el público adquirir. Como prueba de ello, hemos de consignar que, en cierta ocasión, ante el modelo en pequeño que de la fragata «Formidable» se conserva en el Museo de Marina del Louvre, dorada, llena de lises, de coronas y de banderas blancas con todos los atributos reales, hubo quien exclamó: «*he ahí una embarcación japonesa*». Esta es la inteligencia de la mayoría de los que visitan museos y sitios llenos de recuerdos del pasado esplendor.

¡Que la República quiere reproducir á Luis el grande y á Molière, que no lo fué menos! Dejémosles; las personas conocedoras de la historia y de los personajes que han de ser reproducidos, lo mirarán haciendo comparaciones filosóficas, porque, es indudable, los siglos, las costumbres, el carácter del tiempo, no es posible adaptarlo á la época actual, llena de otros ideales, de otros atractivos más frívolos aún que aquéllos tan censurados, pero de índole completamente distinta. Que la República siga su marcha, pero que no quiera traer á nuestros días lo incompatible, lo inverosímil, lo ridículo, representando en plena época de ideas disolventes la que fué respetuosa para todas las clases sociales y en la que cada cual ocupó su puesto sin salirse de la posición que por nacimiento ocupara; en la que el señor vestía de terciopelo y el respetuoso plebeyo de pana; época en la que por todos conceptos eran los pueblos más felices que en la que hoy atravesamos, viviendo en el siglo XX, en medio de una sociedad viciada que nos conduce continuamente á desastres sin límites.

CONDESA DE BLANCA LUNA

EL OBSTÁCULO

Lola, por Dios, antes de separarnos dame una palabra de esperanza siquiera.

—Me hace gracia tu amor, querido primo, un amor explosivo...

—No te burles, Lola; ya no somos aquellos niños que jugaban al amor, el juego de aquellos años pasó.

—Y pasará esta momentánea inclinación tuya, créelo, Enrique: á los tres días de estar en la Corte, rodeado de tus amigos y entregado al ejercicio de tu flamante profesión, me habrás olvidado.

—¿Olvidarme de ti? ¡Jamás, Lola!

—¡Jamás! ¡Y qué entonación! ¡Te crees lo menos haciendo el amor á tu prima en un escenario...!

—¡Igual sois todas, no tenéis corazón!

—O le tenemos y...

—Sí, me dirías que estás enamorada de Salazar, ese novio insulso, impuesto por la familia hace tantos años...

—En cuanto á insulso... Y en cuanto á impuesto...

—¡Calla, calla, no hables más! pero te juro que...

—No te exaltes, Enrique, la cosa no lo merece.

—Tú qué sabes, Lola; te quiero tanto, tanto, que al ver perdidas todas mis esperanzas...



MAISON DORÉE — Nuevo café restaurant en la Plaza de Cataluña. — Vista exterior.



MAISON DORÉE — Nuevo café restaurant en la Plaza de Cataluña. — Comedor principal. *Fotogs. de A. Más.*

—¿Qué es eso, lloras, Enrique?

—No, es el humo del tabaco, es el humo que al subir por el aire se lleva mi felicidad... Y aunque llorase, ¿qué? no me avergüenza.

Lola, la hermosa morena, quedó entonces pensativa, sin atreverse á levantar la vista repasaba el dibujo de la alfombra. Enrique la miraba trémulo, á través de sus lágrimas, temiendo que aquel silencio, que decidía su suerte, se interrumpiese.

El rodar de un coche al aproximarse hizo temblar la quinta, y el rumor de pasos y voces se escuchó distintamente en las habitaciones inmediatas.

—Por última vez, Lola, ¿me quieres?

Levantó los ojos, iba á hablar.

Entonces se alzó la cortina y los padres de Lola entraron apresuradamente.

—Pronto, Enrique, el coche acaba de llegar, y tienes el tiempo justo para tomar el tren.

Salieron de la estancia, bajó la escalera silenciosamente, abrumado por afectuosa despedida, y ya bajo la marquesina de la puerta, recibió el último golpe.

Salazar, el afortunado prometido, llegaba presuroso á despedirle.

Tendió la mano á todos, subió al carruaje, se miraron por última vez, y partió el coche.

Y hundido en el asiento dió rienda suelta al llanto que le ahogaba.

***

« Mi buen amigo Enrique: Cumpliendo gustoso tu ruego, y aprovechando el favorable concepto y amistad con que tus parientes me distinguen, he procurado sondear el ánimo de tu hermosa prima.

» No desesperes, ni vuelvas á escribirme cartas tan lúgubres.

» Lola, en el fondo, conserva hacia ti grato afecto, que bien pudiera convertirse, andando el tiempo, en cariño.

» No tengas celos de Salazar; aunque siga concurriendo á la quinta, lo hace en calidad de amigo, como yo, que acudimos á distraernos mutuamente en estas soledades.

» No te ocultaré que los padres de Lola vean con buenos ojos que Salazar le haga la corte. Soy sincero en mis observaciones y puedes contar con mi modesta ayuda »...

« Valor, querido Enrique, el golpe es rudo, y mi pena es grande al tomar la pluma. Lola y Salazar se aman. La perspicacia nuestra es bien corta, y con mucha facilidad nos engañamos. Hace dos meses, desde que no te escribo, las relaciones se han formalizado, y hace muchos años que ellos se querían. Ten fuerza de voluntad, olvídala, entrégate con más alientos á la conquista de tu brillante porvenir y, seguramente, en tu camino hallarás otra mujer que te apasione, que te haga feliz... »

***

Las sombras de la noche envolvían la quinta. Majestuoso silencio descendía del cielo; en el cercano bosque callaban las hojas.

Dormía la tierra.

El misterioso encanto del silencio, fué turbado por otro encanto.

Las vibrantes notas de un piano se escucharon, y cuando Enrique se aproximó temblando hasta la verja de la quinta, escuchando el preludio de un vals elegante, adivinó á su adorada ante el piano y á Salazar junto á ella, mirándola apasionadamente.

Largo rato sonaron las melodiosas notas, una marcha triunfal, puso fin, una marcha amorosa, vibrante, amalgama sinfónica de valientes armonías.

Enrique, oculto en la sombra, quedó sumido en el majestuoso silencio, y allí, á través de los cristales de un balcón de la quinta, adivinó más que vió dos sombras juntas...

***

Se abrió la verja dando paso á un hombre. El obstáculo se aproximaba, bien pronto pasaría á su lado y con un simple movimiento, con un sencillo esfuerzo desaparecería y la dicha sería suya, suya y nó del que se la quería arrebatar, y todo á mansalva, huyendo luego sin dejar el menor rastro.

Faltaban sólo unos pasos, los últimos que daría el venturoso amante.

Moriría feliz, recreándose aún con el aroma delicioso exhalado por ella, por la mujer amada.

Faltaban sólo tres pasos, dos; le separaban de él unos segundos solamente, más largos que una vida.

Salazar avanzaba tranquilo, confiado, abrochándose el gabán pausadamente. Dió el último paso, el último; podía, podía tocarle con la mano y sintió hasta el aliento de su boca. Entonces, volvió Salazar la cabeza. Era el postrer saludo que dirigía á ella... y ella entreabrió el balcón. Una rendija de luz clara cayó sobre el rostro del obstáculo.

Enrique levantó el brazo, y el rayo de luz seguía iluminando el tranquilo rostro de Salazar, donde se reflejaba la felicidad, la vida, el amor que á modo de aureola le transfiguraba...

El brazo de Enrique quedó en alto, quieto, paralizado, y Salazar, envuelto en ese nimbo santo, mandó un beso á su amada y avanzó sonriente, majestuoso, confiado, hasta perderse poco á poco como una sombra en las negruras del bosque...

José BRISSA

P. M. BERTRÁN



JUERGA ANDALUZA

ANTONIO TORRENTS Y MONNER

Hace tiempo que deseábamos rendir el presente homenaje al catalán por muchos conceptos ilustre cuyo nombre encabeza estas líneas, pues le sobran méritos para ello; pero aguardábamos una ocasión oportuna, que él mismo inconscientemente nos ha deparado, dando á luz su *Curso de Geografía Universal y Estadística del Globo*, obra de gran alcance é interés, dedicada al general don Patricio Aguirre, Conde de Andino, sabio profesor del Rey Alfonso XIII y en la actualidad su secretario particular; y que cierra ¡con el número 70! el catálogo de las que hasta la fecha lleva escritas y publicadas el inteligente cuanto infatigable escritor á quien nos referimos.

Siguiendo el criterio establecido para cuando se trata de amigos y paisanos, en que nuestro juicio podría parecer apasionado, en vez de hablar por cuenta propia, reproducimos el precioso y laudatorio artículo recientemente inserto en la Revista profesional madrileña *El Heraldo de Administración y Contabilidad*, bajo la firma autorizada é imparcial de Eduardo M. de la Cámara. Dice así:

«Se trata de un verdadero obrero del sensorio que, siguiendo y enalteciendo la tradición de su raza, ha consagrado una vida fecunda al trabajo y al estudio. Frisa en los cincuenta años ese espíritu de acero, y tiene en su haber intelectual varias carreras y oposiciones, con diez y ocho sobresalientes y once premios, diplomas de oposiciones internacionales, cargos honoríficos á granel en numerosas sociedades y, ¡70 obras, distribuídas en más de 100 volúmenes! Una biblioteca entera.

Pero enumeremos, «asiento» por «asiento», los que forman el «haber» intelectual á que se alude.

Nació don Antonio Torrents en la capital del Principado el 7 de Septiembre de 1852; allí hizo los estudios propios de la adolescencia y la juventud, obteniendo, sucesivamente, los títulos de bachiller en artes, perito químico y profesor de comercio, y logrando el diploma de éste con nota de «sobresaliente» y libre de gastos.

En Agosto de 1874, tras oposición reñida, ganó la plaza de oficial de Contaduría de la Diputación de Barcelona. En este cargo proyectó la emisión de obligaciones del empréstito provincial para construcción de carreteras, y tan ventajosa resultó la operación, que aquel Cuerpo popular, en 23 de Junio de 1879, hizo constar en acta un acuerdo expresivo y gratulatorio para nuestro biografiado.

Para galardonar éste y otros trabajos, tan eficaces é inteligentes, que lograron hacer desaparecer el atraso que desde diez y seis años antes sufría la Contabilidad, la Diputación barcelonesa le nombró su Contador de fondos en 5 de Junio de 1882, siendo confirmado por Real orden de 19 de Noviembre de 1883, después de actuar en Madrid en las oposiciones celebradas del 23 de Abril al 23 de Mayo de este último año, y obtener el número 2 de aquel certamen intelectual.



Publicado el Reglamento de 1897, la Diputación acordó concederle el sueldo allí señalado y que viene disfrutando desde 1.º de Enero de 1901.

Por sus méritos singulares, el señor Torrents mereció que al celebrarse en 1899 las últimas oposiciones para Contadores, fuera nombrado miembro del tribunal examinador, donde tuvieron ocasión de mostrarse su ilustración y su rectitud. Por sus méritos, también, la Asociación de Contadores de fondos provinciales y municipales de España—que se enorgullece de contarle entre los suyos—le eligió como uno de sus Presidentes honorarios.

En otros órdenes, destaca igualmente con acentuado relieve la personalidad del ilustre maestro: es, desde Octubre de 1873, catedrático auxiliar de la Escuela de Comercio de Barcelona; en 11 de Junio de 1899 fué electo numerario de la de Málaga. Es, además, catedrático de Geografía, Estadística y Economía política; presidente de la Asamblea general de Secretarios de Ayuntamientos de Cataluña; director de los periódicos *La Enciclopedia de la Administración municipal* y la *Revista hortícola*, de Barcelona; individuo del Comité de redacción de *El Economista español;* secretario del *Boletín de la Real Academia de ciencias y artes* y de la Sociedad que da nombre á la publicación; socio de mérito y honorario de las Asociaciones de peritos y profesores mercantiles de Madrid y Valencia; socio corresponsal de la de Cádiz; de la Sociedad de ciencias, letras y artes de Londres y de *O instituto de Vicen*, de Portugal; síndico-presidente, desde su fundación, del Colegio de corredores intérpretes reales de navío del Puerto de Barcelona; vocal de la Asamblea de productores del país; comisionado general de la Exposición de plantas y flores; arcade romano; colaborador de innumerables periódicos y corresponsal de no pocos, entre ellos el *Bœton Evening Franscript*, de los Estados Unidos.

Ha sido dos veces presidente de la Academia científico-mercantil de Barcelona; bibliotecario de la Económica de Amigos del País; vocal de la Junta consultiva del Asilo naval español; vicepresidente de la Comisión defensora de la carrera de Comercio; miembro de los Congresos mercantil de Madrid (1881), económico-nacional de Barcelona (1888), internacional-mercantil de París (1889), de profesores y peritos mercantiles de Madrid (1891 y 1901) y de la Paz de Roma (1891).

El ánimo se pasma imaginando cómo un nacido puede atender á los diversos cometidos en que se resuelven los aspectos de su personalidad social. Unicamente, uniendo á una inteligencia equilibrada y brillante una voluntad broncínea, viviendo entre libros, y sólo apartándose de ellos para escribirlos ó repartir, entre el prójimo, el saber asimilado, puede manifestarse tan fecunda la existencia de un hombre.

¿Libros dije? De la culta pluma de Torrents han salido á docenas, en luminosa enciclopedia de conocimientos

Son su amor, la base de su prestigio, las obras de Contabilidad y Teneduría, que descansan sobre el bufete de trabajo del Contador, rozados los cantos de las hojas por el manoseo frecuente. *Las instrucciones para la aplicación de la partida doble á la Contabilidad provincial y municipal; su Colección de modelos para la Contabilidad y administración municipal; El Consultor de los Secretarios, Contadores y Depositarios; el Manual de Hacienda y Contabilidad municipal, Pósitos y apremio administrativo; los Elementos de Teneduría, etc.*, son obras que perdurarán mientras aliente un Contador de fondos.

Mas, no limitándose Torrents á la esfera de su profesión, ha escrito mucho y bien sobre Economía, Derecho internacional y mercantil, Sociología, Geografía y Estadística —notabilísima su obra *Geografía y Estadística comercial*— Administración, Bolsa, Lingüística y Agricultura, mereciendo parabienes unánimes, entre los que se señalan el del Pontífice romano, que le ha dirigido solemne y laudatoria comunicación, y el del Jefe del Estado español, aplaudiéndole en varias Reales órdenes y otorgándole la encomienda de Isabel la Católica. También la Sociedad catalana de Agricultura y la Academia mercantil de Barcelona han burilado en plata homenajes de rendimiento á la ilustración de Torrents, y han consignado su talento, en diplomas y medallas, las Exposiciones universales de Amberes, París, Chicago, Barcelona y Bruselas.

Este es, á toda luz—la luz desmayada que puede irradiar de mi pobre pluma—el hombre público.

En su vida privada hallaréis un patriota ardiente, un compañero leal, un individuo exageradamente modesto, sobrio como un celta, austero como un espartano y amable como un francés. Si no le abocáis en la cátedra ó en la academia ó amarrado á su bufete, yo os diré dónde habéis de hallarle: entre sus hijos ó entre sus flores. ¡Cuántas veces, tras de la fiebre augusta del trabajo, habrá reposado el espíritu de Torrents en la contemplación y el amor de esas dos tonalidades blancas de la vida!...

Fot. de C. Bertazioli (Barcelona). * * *

† JESÚS DE MONASTERIO

Buscando datos para dedicar un recuerdo á este eminente artista que la muerte nos acaba de arrebatar, hemos tropezado con un erudito artículo que, firmado por nuestro compañero, F. Suárez Bravo, publicó á raíz de tan sensible pérdida el respetable decano de los periódicos barceloneses.

De él entresacamos las siguientes líneas, que cumplen, á no dudar, la triste misión que nos habíamos impuesto, mejor que pudiera hacerlo nuestra humilde pluma.

«Había nacido en las montañas de Liébana, en Potes, y á la montaña ha vuelto á morir, en su quinta de Casar de Periego.

No sólo como violinista insigne, sino como promovedor de un gran paso en la cultura artística de España, tiene ésta contraída una deuda de gratitud que nunca debe considerar extinguida con la memoria de don Jesús de Monasterio.



Cuenta Castro y Serrano, en el precioso librito que dedicó á los cuartetos del Conservatorio, que, cuando apenas contaba cuatro años Monasterio, notó un día su padre, letrado que al retirarse de la magistratura entretenía sus ocios cultivando el arte, que Jesús lloraba en un rincón del aposento donde él se creía solo tocando el violín.—«¿Por qué lloras, muchacho?», le preguntó.—«Lloro porque esa música me hace llorar.»

Esto decidió de la carrera del chico; empezó siendo un niño prodigio, pero que supo realizar todas las promesas que su temprana habilidad pudo hacer concebir. En vez de malograrse como tantos otros que exhiben por ahí sus precocidades enfermizas inspirando, más que asombro, compasión, ha muerto á los sesenta y siete años, dejando frutos positivos de su influjo en el desarrollo musical de nuestra patria.

A los cinco años tocaba ya para que bailasen los mozos de su pueblo; á los siete, con singular maestría y aplomo, se hizo oir de la Reina, mereciendo del duque de la Victoria, que entonces era Regente del Reino, un precioso violín de regalo y una pensión para completar sus estudios. Su perfeccionamiento se llevó á cabo en el Conservatorio de Bruselas, de donde salió con el diploma de honor; después se hizo oir en Alemania, alcanzando por todas partes aplausos y ovaciones.

Monasterio fué el primero entre nosotros que sobresalió como gran artista ejecutante, después de una larga, larguísima época de decadencia ó, mejor dicho, de anulamiento artístico; era el primer español que obtenía éxitos en el extranjero. Y como esto parecía entonces cosa inaudita y sin ejemplar, pues si García y la Malibran lo habían alcanzado, era en el canto, mientras que en el violín ó en el piano no habíamos sido tan afortunados, Monasterio llegó á disfrutar de una verdadera popularidad. Si algún otro, como Sors en la guitarra, había tenido fama al otro lado de los Pirineos, no le igualó, sin embargo, en tener un nombre tan universalmente conocido.

Este nombre va unido al de una institución que, aunque hoy extinguida, ha hecho por la educación del público más que otras muchas de más aparato. El y Guelbenzu crearon los famosos Cuartetos del Conservatorio, donde por primera vez pudo familiarizarse con las obras maestras de música de cámara un núcleo fiel de aficionados, y que durante muchos años ha tenido á su frente, como protectora agregia, á S. A. la Infanta Isabel de Borbón.

Gracias á él, Haydn, Mozart y Beethoven dejaron de ser nombres ilustres, pero que nada decían al público, y se convirtieron en modelos vivos, ejemplos insuperables, cuyas creaciones servían ya como piedras de toque para juzgar de las demás que empezaba á producir el instinto musical que despertaba.

Llevado por el amor á los monumentos del arte musical español de los siglos XV al XVII, fué también un erudito rebuscador de manuscritos y coleccionador de esas antiguas ediciones de libros de cifra de vihuela, tan escasas y tan codiciadas.

También á él le corresponde gran parte de la fama que ha alcanzado la Sociedad de Conciertos de Madrid.

Sucedió allí á Gaztambide y á Barbieri, y gracias al trabajo de muchos años, con el ardor que ponía en cuanto tomaba á su cargo, puede decirse que formó la Sociedad de Conciertos, y con una constitución tan sólida, que á ella debe el no haber muerto ya, luchando con la falta de una dirección fija y bien encaminada, que es lo que durante estos últimos años viene quebrantándola.

Monasterio fué un *virtuoso*, en todos los sentidos de la palabra. En su alma noble halló siempre un eco simpático la voz del infortunio, y muchos desvalidos á quienes alargó la mano en la desgracia, habrán sabido con lágrimas la noticia de la muerte del gran artista.»

* * *

† JOSÉ S. ALVAREZ

(FRAY MOCHO)

Era el escritor más popular de la Argentina. *Caras y Caretas*, la revista ilustrada que fundara hace seis años, en compañía de Eustaquio Pellicer y Manuel Mayol, alcanzó un éxito asombroso en aquel país y se hizo indispensable, tanto en el salón aristocrático y el escritorio de hombre de negocios como en el mostrador de la *pulpería* ó el pescante del cochero.



Escribió mucho y bueno; y entre sus mejores trabajos literarios figuran en primera línea: *En el mar austral* (croquis fueguinos) y *En el país de los matreros*, libros ambos descriptivos, con cuadros de una verdad y colorido admirables.

El escritor argentino don Miguel Cané, con motivo del sensible fallecimiento de Alvarez, ha dicho de sus libros, en un artículo que acabamos de leer:

«Un día, en París, hace algunos años, recibí un pequeño libro, malamente impreso y firmado con un pseudónimo que había visto algunas veces al pie de artículos que, en general, no había leído. Era el *Viaje al país de los matreros*, mal título también, que ocultaba una de las pinturas más deliciosas y exactas que existen de un pedazo de suelo argentino, precisamente del más característico: tal vez, de aquél formado y sin cesar modificado, por el aluvión formidable del padre de los ríos nacionales. Comuniqué mi impresión á su autor en una carta entusiasta, cuyo borrador siento no poseer en estos momentos para darla de nuevo á luz, como el más cumplido homenaje al talento literario del hombre que nuestro mundo intelectual acaba de perder.

» Más tarde, Fray Mocho publicó su *Viaje Austral* que, como fuerza descriptiva, vale quizás su primer ensayo, pero que le es superior en sus elementos de drama. Esa dura vida del lobero, en la intrincada red de canales entre los que va disolviéndose la más austral de las tierras habitadas, está pintada con una verdad y una intensidad tales, que parece increíble haya podido dibujarse el cuadro y darle color, sin haber visitado minuciosamente el teatro de la acción. Y, sin embargo, según tengo entendido, Alvarez nunca visitó el Estrecho.»

Ambos libros merecieron los mejores elogios y llamaron justamente la atención pública. Alvarez preparaba una nueva edición de lujo, profusamente ilustrada y debía publicar al mismo tiempo otro libro de costumbres argentinas, cuando la muerte le ha sorprendido.

Las páginas de *Caras y Caretas* están llenas de artículos impregnados de un humorismo que él solo poseía, de un *esprit* impecable, de una gracia *criolla* que hacía las delicias del público. Nadie como él conocía tan bien la vida de las campiñas argentinas, las correrías de los gauchos matreros de las selvas entrerianas, los bajos fondos de la populosa capital del Plata con sus *compadres* y *atorrantes*, y de ahí esas páginas brillantes y de intenso colorido que tanta admiración causaban.

Periodista de fibra, polemista, batallador en la hoja diaria, dejó la huella luminosa de su espíritu inteligente en los periódicos que redactó ó en que colaboró.

Tuvo una vida accidentada, luchó valientemente contra la adversidad hasta triunfar; y siempre sonriente, aparentemente feliz, contento, no desesperó nunca de su suerte.

Su muerte, ocurrida el 23 de Agosto próximo pasado en la ciudad de Buenos Aires, á los 45 años de edad, ha sido un duelo para la sociedad argentina y una gran pérdida para el mundo intelectual sud-americano.

M. G.



FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Alfonso.

1902.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

María Cristina

1902.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Para el festival de la Caridad en Cadiz

Mercedes

Princesa de Asturias

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Para el festival de la Caridad

M. Carlos Infante de España

1902

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Infanta María Teresa

1902.-

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Isabel de Borbon

S. Ildefonso 8 de Agosto de 1902

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Decís que mi nombre puede
Como limosna servir?
Allá vá y que Dios quiera
Vuestra empresa bendecir.
Al saber vuestro deseo
Gran alegría sentí
Dar á los pobres de Cadiz
Y que se acuerden de mí

Paz

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

El pueblo que sabe respetar la independencia honrada de la mujer, dá una prueba de civilizacion y de cultura..

Eulalia

Agosto 1902.

FAMILIA REAL ESPAÑOLA

LA EXPOSICIÓN DE POSTALES
DE LA ASOCIACIÓN GADITANA DE LA CARIDAD

EN EL PALACIO DE BELLAS ARTES DE BARCELONA

Al penetrar en el gran salón del palacio de Bellas Artes y al contemplar aquella larga serie de elegantes y severas instalaciones que exhiben centenares de autógrafos de inapreciable valor, compréndese la inmensa suma de actividades que representa y que sus organizadores se hallen impresionados por la grandiosidad del éxito obtenido.

Porque la idea de esta colección nació modesta, como cosa de circunstancias; pero, por una de esas predestinaciones en que entra por mucho el acaso, ó si se quiere, la oportunidad, la primitiva idea fué agrandándose y mereciendo tanto favor, que llegó á constituir un caso único y extraordinario en su género.

La «Asociación gaditana de Caridad», que cuenta unos dos años de existencia y cuya acción ha sido tan eficaz que ha limpiado de pobres las calles de la ciudad, en su afán de allegar recursos con que atender á los fines de su institución, organizó un festival. Parte de éste debía ser un Concurso de tarjetas postales, recabadas de las personalidades más inmediatamente relacionadas con sus organizadores, los señores don Rafael de la Viesca, entonces senador del Reino y hoy diputado á Cortes y subsecretario de Hacienda; don Fernando García de Arboleya, representante del «Casino gaditano»; don Andrés Pastorino, y don Luis de la Torre, ambos del «Ateneo» y de la Academia de Bellas Artes.

Bien pronto echaron de ver los expresados iniciadores, que su modesto propósito podía ampliarse de un modo ilimitado, hasta conseguir formar una colección que pudiera enajenarse en buenas condiciones, y con su producto aumentar el peculio de la «Asociación gaditana de Caridad».

Lanzada ya la idea y en franco camino de éxito, prohijáronla, con el deseo de prestarle el concurso de su autoridad el obispo de Cádiz, el Gobernador civil, el Alcalde, el Presidente de la «Asociación gaditana de Caridad», el Presidente de la «Cámara de Comercio», don José de Asprer por la «Academia de Bellas Artes», don Ramón Ventín por el «Ateneo», don Juan A. de Aramburo por el «Casino gaditano», el Presidente del «Centro Mercantil é Industrial» y el director del *Diario de Cádiz*.

Con un valor que sólo las grandes ideas logran infiltrar, emprendióse activa campaña de propaganda, primero, por toda España, luego, por todo el mundo.

«Montones de cartas, — escribe *La Dinastía* de Cádiz — poner en juego influencias poderosas, recorrer las guías de todo el mundo, escribir en todos los idiomas, meditar acerca de cuales podían ser los nombres más respetados y eminentes de todos los países, es lo que se ha hecho, y ya se conocen sus resultados positivos para la «Asociación de la Caridad de Cádiz.»

Pero hicieron más: animados por el santo espíritu de caridad, supieron ahogar sus particulares sentimientos y opiniones para realizar una obra ecléctica en la que se sintetiza la humanidad presente, representada por instituciones y personas de opuestos y enemistados bandos, á todos los cuales se ha hecho coincidir en un único sublime sentimiento: la caridad.

Y en verdad ¿no es hermoso ver los autógrafos de algunos monarcas de Europa, de príncipes reinantes y de representantes de las primeras potencias al lado de los presidentes de las repúblicas europeas y americanas? ¿No forman singular contraste las firmas de buen número de prelados con las de los más furibundos anticlericales? ¿No causa verdadero asombro el hallar reunidas la más alta representación de las ciencias, con las más conocidas estrellas teatrales de nuestro tiempo; las celebridades de la política, con las celebridades del toreo?

Este es, en nuestro sentir, el mérito más conspicuo de esta colección, para reunir la cual se ha necesitado el concurso de infinidad de personas de buena voluntad y una constancia y abnegación dignas del objeto á que se destinaba.

Justo es consignar, que la suerte ha favorecido el plan de los iniciadores, pues han logrado autógrafos, no sólo de personajes cuya elevada posición les exentaba de figurar en ese abigarrado conjunto de ideas, sino también de otros absolutamente refractarios por sistema á conceder su firma para ningún género de especulación, aún cuando fuese para fines benéficos. Por otra parte, no es fácil en ninguna circunstancia hacer descender de sus abstracciones, estudios ó especulaciones á tantos filósofos, políticos, poetas, artistas, hombres de ciencia, etc., para dedicar un espacio de tiempo, siempre perentorio, á llenar con una idea los modestos cartoncillos que la ajena insistencia pone bajo sus ojos. No ha mucho, el escritor italiano D'Amicis clamaba contra la invasión de los *números únicos*, los albums, las postales y otras impertinencias con que se ve perseguido todo hombre que se eleve un palmo del común de las gentes. Pues bien, en esta colección de tarjetas postales figura un buen autógrafo de ese eximio escritor, al que sin duda ha rendido la bondad de la causa y la universalidad de la colección.

Hablar del valor intrínseco de ésta, es problema tan arduo que creemos difícil resolverlo.

La colección, en su totalidad, es un agregado de colecciones, cada una de las cuales es por sí completo trasunto de una clase, de un género, de un medio. La sección de Bellas Artes, de cuya bondad material es pálido reflejo las tarjetas que al azar publicamos en este número, es un resumen en pequeño del movimiento y tendencias del arte universal moderno. Ni siquiera un editor, aún pagándolo á peso de oro, podría coleccionar determinadas firmas, inconmovibles ante un interés venal ó secundario. Lo mismo puede decirse de los músicos, verdadera legión de celebridades.

Hay un cuadro, que contiene ocho ó diez firmas, al que no podemos acercarnos sin honda emoción. Es el de los beneméritos hombres de ciencia que han hecho dar pasos de gigante al siglo en que viven. Edisson, Ramón y Cajal, Marconi, Lombroso, Nansen, Schiaparelli, Flammarion, Berthelot, Newcomb, permitidme que en vuestro honor rompa mi propósito de no citar nombres, para no caer en injustas pretericiones. La altura en que os cernéis, tan lejana de las bajas pasiones de la vida, os hace acreedores á la gratitud de la humanidad.

Al nutrido elenco de los literatos españoles, hace *pendant* el de los extranjeros, franceses, belgas, alemanes, ingleses, portugueses, italianos y americanos de ambos hemisferios. La lectura de los hermosos pensamientos en prosa ó en verso con que dan pretexto para poner su firma, produce embeleso y sensación á un tiempo, pues al par que la distinción de la forma, campea en las ideas un fondo de simpatía hacia España que suena á nuestros oídos como un consuelo y como una esperanza.

Los artistas de teatro, las estrellas meteóricas de un arte fugaz y ligero, los matadores de toros de más renombre, forman nuevas agrupaciones, que son parte de este pequeño *cosmos*, en el que, para que nada falte, tienen amplia representación los reyes de la banca, que con la palanca de sus millones dan impulso también á la humanidad.

No hemos exagerado, pues, al decir al principio que la colección es única en el mundo, y podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que nadie absolutamente, por su propio esfuerzo, logrará reunir otra.

Y así como el célebre número único del *París-Murcia* fué el primero y ha resultado el más importante, á pesar de la invasión de números únicos que le subsiguieron, la colección de postales de la «Asociación gaditana de la Caridad» no tendrá ni émula ni sucesora, porque en la vida no suelen repetirse dos hechos exactamente iguales, aunque sean de la misma naturaleza.

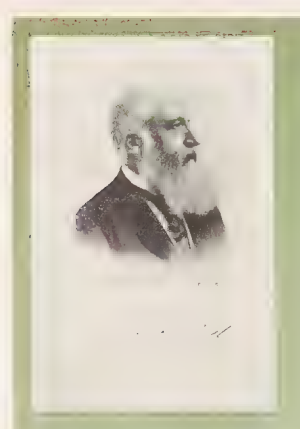
Por esto, nosotros, consideramos que la colección no tiene precio; vale todo cuanto quiera dársele y siempre se pagará poco.

Realizada en todas sus partes la idea que se propusieron los señores que componen la Comisión, decidieron poner á la venta la colección, «como medio más práctico de obtener los mejores resultados; recibieron ventajosísimas proposiciones, no aceptadas, por parecer insuficientes, hasta que un hombre activo, muy popular, muy conocedor del corazón humano, el señor Hugens, propuso exhibir las tarjetas por las principales capitales, sufragando él los gastos, y asociando á los productos que seguramente se obtendrán, á la «Asociación de la Caridad», entregando importante cantidad al contado, y otra igual dentro del año (ambas garantidas), ofrecimiento el más importante de los recibidos hasta la fecha. En estas condiciones no era dudosa la elección, y la mencionada Comisión aceptó gustosa, con algunas modificaciones, el proyecto.»

Así decía el *Diario de Cádiz* de 31 de Julio del corriente año, y así se realizó, empezando la serie de exposiciones por la ciudad de donde había partido la idea y continuándola por Barcelona, en consideración á su intelectualidad y á que es una de las que mejor han respondido al llamamiento de la Asociación. Luego seguirán Madrid, París, Lisboa, Londres, Berlín, Nueva York y terminará en la Exposición Universal de San Luis del Missouri. Más, animada la «Asociación de Caridad de Cádiz» de un espíritu de reciprocidad que la honra, en todas esas ciudades, como ha hecho ya en Barcelona con la «Asociación de la Cruz Roja», dividirá los beneficios que obtenga con alguna de las entidades benéficas de más reconocida utilidad.

El Album Salón no debía dejar pasar desapercibido este acontecimiento artístico-social, sin que contribuyera, en la medida de sus fuerzas, á enaltecerlo como es debido. A la cortesía y caballerosidad de los señores García de Arboleya y Hugens debe la reproducción de algunas de las notables tarjetas postales de la colección, de la que hemos procurado dar somera idea con ejemplares de todos los géneros que la componen. Con ello creemos prestar un servicio á nuestros suscriptores y tributar un homenaje de admiración á los beneméritos iniciadores del concurso de postales.

Francisco CASANOVAS



FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

La caridad asegura la verdadera fraternidad entre los hombres, en tanto que la fé y la esperanza, si bien muy consoladoras, por desgracia suelen dividirlos.

Porfirio Díaz





FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

UNION POSTAL UNIVERSAL

UNION POSTALE UNIVERSELLE

(ESPAÑA)

No hay virtud sin caridad —

Montevideo Oct 2 /902

J. L. Cuestas

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Habana Enero 06 de 1903—

La Caridad es la mas hermosa de las virtudes cristianas. Amar al prójimo, de obras, no bajo una forma platónica, es dar prueba de que tenemos clara conciencia de nuestros deberes, como miembros de la colectividad humana, i de que correspondemos al movimiento civilizador del Cristianismo

T. Estrada Palma

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

El hombre más grande es el que sabe sacrificarse por sus semejantes, apezar del mal concepto en que se tiene á la humanidad en general! Por ello, el que derrocha y gasta vida en su servicio, ejerce la mayor caridad! Desde mi campamento de La Victoria, donde lucho por mi Patria y por mi Pueblo, hago votos por la prosperidad y dicha de España. Cipriano Castro

Oct. 31/902

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

La pérdida de sus colonias no significa para España la puesta del sol en sus dominios. Ella impera, hoy más que nunca, en el corazón de los millones de americanos que se enorgullecen de profesar la misma fé, de tener la misma sangre y de hablar la misma lengua de la madre patria. Lima, 21 de Nov.e de 1.902.

Ed. L. de Romaña

Presidente del Perú.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

La caridad es el sentimiento que mas embellece al hombre y que mas lo acerca a su Creador.

Julio A. Roca

Buenos Aires Obre. 24 9/902

JEFES DE ESTADO Y PRÍNCIPES DE CASAS REINANTES: 1. Leopoldo II, Rey de Bélgica. — 2. Porfirio Díaz, Pte. de la Rep. de Méjico — 3. Ernesto Luis, Gran Duque de Hesse. — 4. Enrique de Prusia, Almirante de la Escuadra alemana. — 5. Juan L. Cuestas, Pte. de la Rep. O. del Uruguay. — 6. Tomás Estrada Palma, Pte. de la Rep. Cubana. — 7. Cipriano Castro, Pte. de la Rep. de Venezuela. — 8. Eduardo L. de Romaña, Pte. de la República del Perú. — 9. Julio A. Roca, Pte. de la Rep. Argentina.



Carlos de Braganza (Rey de Portugal).



José Giménez Aranda.



Joaquín Sorolla.



Agustín Querol.



N. Lytrás (Aippa).



S. Martínez Cubells.



F. Ramos.

PINTORES Y ESCULTORES

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

UNION POSTAL UNIVERSAL
UNION POSTALE UNIVERSELLE
(ESPAÑA)

Thomas A. Edison

THOMAS A. EDISON.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

El hombre trabaja primero para vivir, despues para vivir bien y luego para sobrevivir en el recuerdo de los demas. Santiago Ramon Cajal

Madrid 1 de Julio de 1903

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

Philosophus ad Astronomum.

Mysteria immensi didicisti maxima cœli?
Nil reputa: est majus mens tua mysterium.

J. Schiaparelli.

Kal. Julii 1903.

J. SCHIAPARELLI.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

C. Lombroso

C. LOMBROSO.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Guglielmo Marconi
Cadice
1 Sett 1902

GUGLIELMO MARCONI.

UNION POSTAL UNIVERSAL
UNION POSTALE UNIVERSELLE
(ESPAÑA)

N'est-il pas étrange que les habitants de notre planète aient presque tous vécu jusqu'ici sans savoir où ils sont et sans se douter des merveilles de l'univers ?
Camille Flammarion

CAMILLE FLAMMARION.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

La Chimie possède la puissance créatrice parce qu'elle pénètre jusqu'aux éléments naturels des êtres. Non seulement elle crée des phénomènes, mais elle a la puissance de reproduire les êtres naturels et de former une multitude d'êtres artificiels semblables aux êtres naturels, et participant de toutes leurs propriétés. Ces êtres artificiels sont les images réalisées des lois abstraites, dont elle poursuit la connaissance.
M Berthelot

DR. BERTHELOT.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

"If your heart is awake, do not waste this little hour of life, for there is no knowing how long it shall be with you." O. K.

24/10-1902 Fridtjof Nansen

TRILHJOL NAUSEN.

EMINENCIAS CIENTÍFICAS

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

J'exprime le regret que la presse espagnole soit si prompte à accueillir les rumeurs défavorables à la France, qui sont mises en circulation par des gens intéressés à brouiller nos deux pays. La France ne nourrit pour l'Espagne que des sentiments d'amitié, et elle se réjouit des évènements qui les avivent et les fortifient 13 juillet 1903 Emile Combes

EMILE COMBES.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Pour donner à l'homme un caractère, cette sûreté de jugement et de décision qui sont tout dans la vie, quel est le meilleur des maîtres? Le livre? — Non. La vie.

G. Hanotaux

GABRIEL HANOTAUX.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

On n'a rien donné aux malheureux si l'on ne s'est pas donné soi même

Anatole France

Capian (Gironde) 26 octobre 1902

ANATOLE FRANCE.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Quel bonheur d'avoir refusé tant d'autographes aux jeunes américaines, allemandes, anglaises ou russes! Au moins, celui-ci, par sa rareté, aura-t-il un semblant de valeur. Et ce seront les pauvres qui en profiteront!

27 novembre 1902 Georges Ohnet

GEORGES OHNET.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Roxane

. Si quelque hidalgo montrait sa mine altière,
Je mettais mon plus beau sourire à la portière,
Et ces messieurs étant, n'en déplaise aux français,
Des plus galantes gens du monde, — je passais!

(Cyrano, acte IV)

Edmond Rostand

EDMOND ROSTAND.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

— Marcher, toujours marcher vers un but qui recule,
Le poursuivre, en sachant qu'on n'y doit pas toucher,
Quel supplice, à la fois atroce & ridicule!

— Mais songe aux pieds des morts, las de ne plus marcher.

—

Amorjeanrichepin

(Mes Paradis)

JEAN RICHEPIN.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

We grant God the possession of all the qualities of mind except the one that keeps the others healthy; that watches over their dignity; that focusses their vision true — Humor.

Truly yours
Mark Twain

New York, Nov. 22, 1902.

MARK TWAIN.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Apsley House. London
13 Nov 1902

I hope your charitable efforts will meet with success

Wellington y Ciudad Rodrigo

DUQUE DE WELLINGTON Y CIUDAD RODRIGO.

LITERATOS Y POLÍTICOS



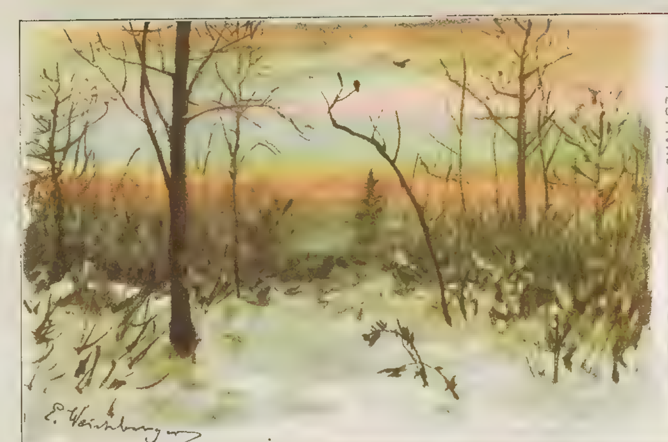
JORGE BUSSATO.



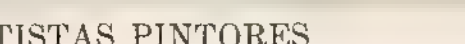
ALFRED PARIS.

FRANCISCO P. PARISI.



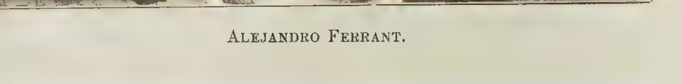


E. WEICHBERGER.



ARTISTAS PINTORES



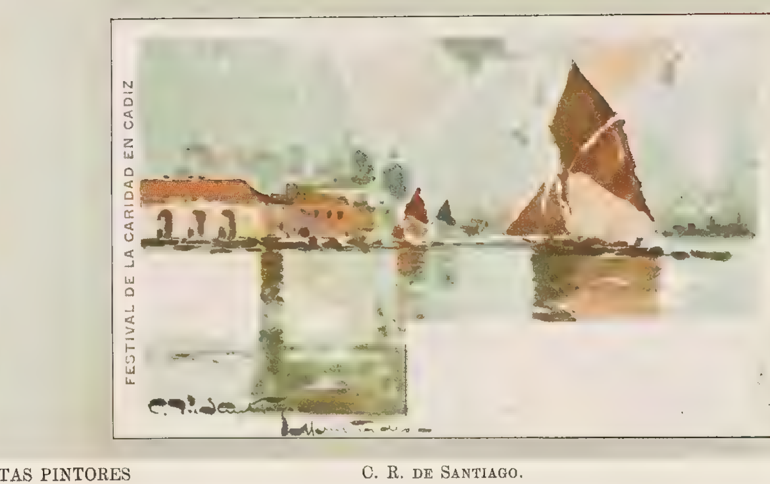


Alejandro Ferrant.



Plácido Francés.

José Bouchet.



C. R. de Santiago.

ARTISTAS PINTORES

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

La clase media es en la sociedad como el jamon en los emparedados. Arriba y abajo está la masa: en medio la sustancia.

Eugenio Sellés

Madrid - 6 - II - 1902

EUGENIO SELLÉS

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Las censuras, las injurias y aun las calumnias de la prensa contra los hombres publicos, son como el veneno de las ortigas que lastima y molesta por extremo al que es castigado por él, pero no se sabe que haya muerto ni herido á nadie.

25-7-2

Fr. Silvela

FRANCISCO SILVELA.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Rien ne nous fait autant de bien que de faire du bien.

E. Legouvé

ERNEST LEGOUVÉ.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Amiens. 1 X 1902

Monsieur,

Heureux de pouvoir contribuer, si peu que ce soit, à votre oeuvre de charité, je vous envoie ces quelques lignes avec l'assurance de mes meilleurs sentiments.

Jules Verne

JULES VERNE.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Nunca es más honrosa la ocupación de la pluma que cuando intenta convertir las palabras que traza y las ideas que dibuja en un papel, en pan y abrigo para los hambrientos y desamparados.

J. M. de Pereda

Santander Dic./902

JOSÉ MARÍA PEREDA.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Caridad es amor acrisolado, sin escoria de egoísmo.

A. Maura

Ontaneda 25 Jul 902

ANTONIO MAURA.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

UNION POSTAL UNIVERSAL

UNION POSTALE UNIVERSELLE

(ESPAÑA)

El espíritu humano nada pierde ni olvida en su largo y obscuro viaje á través de los tiempos, y por eso no hay en la ciencia trabajo baldío ni esfuerzo estéril.

M. Menéndez y Pelayo

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

Heureux de contribuer à votre bonne oeuvre.

Paul Deschanel

PAUL DESCHANEL

LITERATOS Y POLÍTICOS

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

La Asociación Gaditana de Caridad, honrándome con su recuerdo, me ejercita conmigo esta hermosa virtud. Pobre es el don que puedo ofrecer para su nobilísimo propósito. Allá va, como me lo piden, unido á mi aplauso y á mi saludo al poseedor que le llegue á ser, de mi modesta firma. F. Romero Robledo

San Sebastián 5 de Agosto de 1902

F. ROMERO Y ROBLEDO.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CÁDIZ

¡Salud hermosa ciudad de Cádiz! Un hijo tuyo te saluda desde lejos acariciando la esperanza de volver un día a estrechar las buenas todas manos

Julio 1902 S. Moret

SEGISMUNDO MORET.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

Un nom cher fut gravé sur un arbuste frêle. L'arbre, aujourd'hui géant, a cent fois reverdi. Vois. Sur le tronc rugueux les lettres ont grandi. Tel, dans un cœur aimant, un souvenir fidèle.

François Coppée

FRANÇOIS COPPÉE.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

C'est avec le plus grand plaisir, que j'écris ces mots à l'Association de Charité de Cadix, afin de participer de la sorte, à l'Exposition des Cartes postales du 1er Janvier prochain, et aux bonnes œuvres de Charité qui en découleront.

Lisbonne 3 Décembre 1902

Marquis de Pombal

Pair du Royaume, Chambellan de S.M. Très Fidèle, Bailli Grand Croix de l'Ordre de Malte, Président de l'Assemblée des Chevaliers Portugais, etc. etc.

MARQUÉS DE POMBAL.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

5 novembre 1902

Le génie bienfaisant Ferdinand de Lesseps, dont j'ai l'honneur de porter le nom, appartenait par sa mère à l'Espagne. Il aimait sa patrie maternelle profondément, l'avait servie longtemps avec fidélité et dévouement. Nous sommes heureux de revendiquer sa part de nationalité, car nous avons gardé, mes enfants et moi, une profonde reconnaissance à la nation chevaleresque et juste, qui n'a jamais cessé de vénérer et d'admirer celui qui avait ouvert la terre aux nations.

Ctesse de Lesseps

grand croix des Dames nobles de Marie Louise

CONDESA DE LESSEPS.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

Primavera! Primavera!

O sol em numeros de circulo [illegible]
[illegible]

Lisboa 31 de Outubro de 1902

João da Camara

JOAO DA CAMARA.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

Una tale espressione più commovente dell'infelicità umana, che io abbia mai intesa, è questa: — non ho più un viso da baciare!

Edmondo De Amicis

Torino. 8 Novembre 1902

EDMUND D'AMICIS.

FESTIVAL DE LA CARIDAD EN CADIZ

Voici longtemps que l'Espagne et la France vivent unies et amies. Mais, c'est surtout en matière de charité qu'on peut dire qu'entre elles, il n'y a plus de Pyrénées.

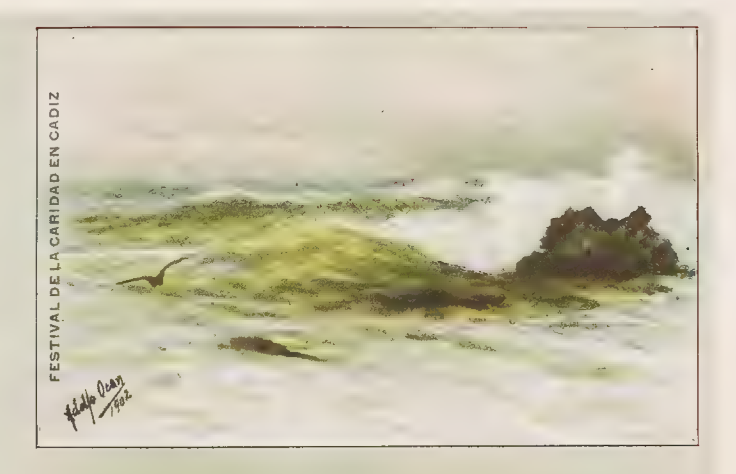
Ernest Daudet.

Paris 27 9bre 1902

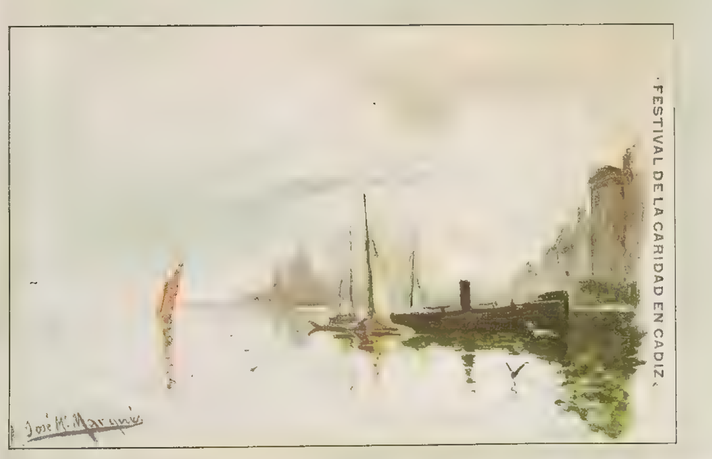
ERNEST DAUDET.

LITERATOS Y POLÍTICOS

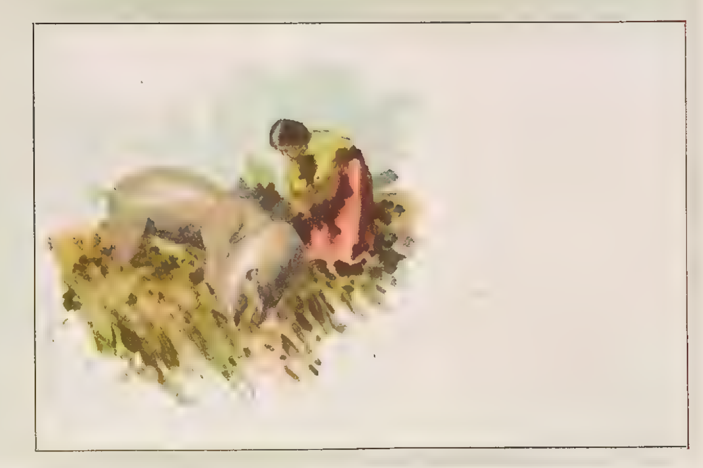
José Masriera



Adolfo Ocon.



José María Marqués.



Justo Ruíz Luna.



ARTISTAS PINTORES



MIGUEL JADRAQUE.



SALVADOR VINIEGRA.



GONZALO BILBAO.



JUAN MARTÍNEZ ABADES.

ARTISTAS PINTORES







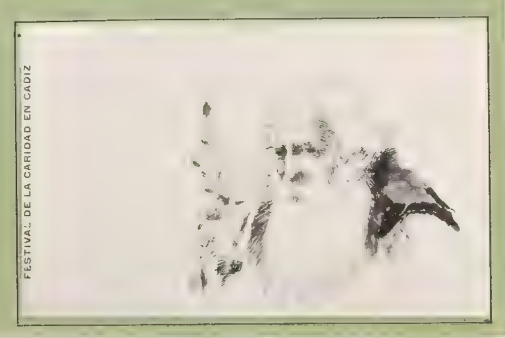












PINTORES Y ESCULTORES: 1. Mariano Benlliure. — 2. Hans Thoma. — 3. L. Verger. — 4. J. Moreno Carbonero. — 5. L. Bonnat. — 6. N. Gérome.— 7. J. García Ramos. — 8. F. Domingo. — 9. José Garnelo



ARTISTAS TEATRALES: 1. María Guerrero. — 2. Fernando Díaz de Mendoza. — 3. Rosario Pino. — 4. Sarah Bernhardt. — 5. Lilli Birrekoven-Halisch. — 6. Adelaida Ristori. — 7. Ernesto van Dick. — 8. Leopoldo Frégoli. — 9. Adelina Patti.



MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO.



PABLO SARASATE.



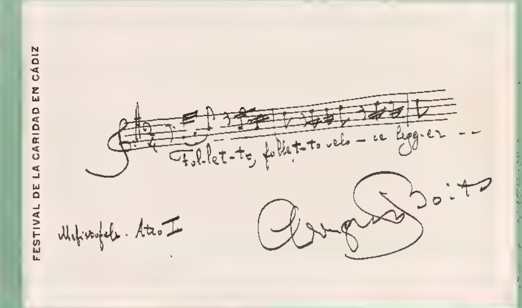
JERÓNIMO GIMÉNEZ.



FELIPE PEDRELL.



EDVARD GRIEG.



ARRIGO BOITO.



C. SAINT-SAENS.



GIACCOMO PUCCINI.

MÚSICOS Y COMPOSITORES



NÚMERO EXTRAORDINARIO Á LA MEMORIA DEL MALOGRADO ARTISTA

BALDOMERO GALOFRE

BALDOMERO GALOFRE

Necrología del ilustre pintor catalán, leída el 15 de Noviembre, en la solemne apertura de la exposición de sus obras en el Palacio de Bellas Artes, por D. Francisco Casanovas, individuo de la Comisión promotora.

Señores:

Honrado por demás me siento al cumplir el encargo que mis compañeros me confirieron de escribir la necrología de Baldomero Galofre. Impulsóles á ello, seguramente, la persuasión de que la acendrada amistad que me unía al artista sería razón poderosa para que emplease todo mi cariño, todo mi afecto en dar á su personalidad el debido relieve.

No creo que esa misma amistad de que hago alarde sea inconveniente para retratar con justos toques la figura del artista; antes bien, ha de contribuir á iluminarla con luces de verdad, porque ¿quién mejor puede conocer los más recónditos repliegues de un alma que el que la ha seguido y estudiado á través de las varias fases de la vida? Y, aunque es cierto que tal pueda ser la fuerza de amistad, que tienda á encubrir ó amortiguar algunos de sus defectos (pecado venial que procuraré evitar) no por ello dejará de aparecer con menos integridad aquella parte del hombre que más relación directa tiene con la generalidad.

Por esto, al paso que agradezco la distinción que me han hecho mis compañeros, cumplo gustoso el deber de pagar este tributo de admiración á uno de nuestros artistas más originales y fecundos. Perdonadme vosotros si mi voluntad no alcanza á satisfacer vuestras esperanzas.

Nació Baldomero Galofre en Reus, el 24 de Octubre de 1845, y murió el 26 de Julio de 1902. Entre estas dos fechas se desenvuelve la luminosa trayectoria de su paso por el mundo.

Como la de la mayor parte de los artistas modernos, no es su vida uno de esos tejidos novelescos tan propios de los artistas del Renacimiento, cuyos episodios contribuían á exaltar nuestras juveniles imaginaciones, creyéndolas inherentes á la vida artística. Pero, á pesar de que transcurrió la existencia de Galofre en ese ambiente *bourgeois* é incoloro que rodea al artista moderno, no está exenta de ciertos episodios que demuestran, por una parte, su incontestable predestinación, y, por otra,



Galofre en su casa.



La yunta.



Pescadora de Pontevedra.

que á haber vivido en época anterior, hubiera llevado en sí los gérmenes de una vida de aventuras.

Su infancia fué un preludio. Poco aficionado á los estudios propios de su tierna edad, prefería ya entonces el lápiz á la pluma, con el que emborronaba los márgenes de los libros y cuantos papeles caían bajo sus manos, sin que bastaran á distraerle de su instintiva vocación reprensiones de padres ni maestros. Quedábase infantilmente absorto ante los espectáculos de la naturaleza, cuyas sensaciones no se explicaba todavía, pero le causaban placer y nostalgia á un tiempo, y esas demostraciones fueron los preliminares de un culto que no debía abandonarle cuando, frente á frente del gran libro, supo ya traducir magistralmente todas sus páginas.

Una circunstancia puramente eventual decidió del porvenir del futuro artista. Tendría unos siete años cuando sus padres se trasladaron al pintoresco pueblo de Torredembarra, en donde la casualidad puso en manos del niño unos grabados hechos en Italia por su tío don José, excelente pintor de su época, con reproducciones del el *Pasmo de Sicilia*, de Rafael; los cuatro *Evangelistas* de Owerbeck; una composición de Laurentio, la *Venus* del Ticiano, algunas obras de Giotto y la *Rendición de Breda* de Velázquez. Gran día fué para él aquel en que pudo abandonar la copia de malas litografías y con grande amor y empeño se dedicó á copiar tan preciadas obras.

Cuál sería su labor, cuando su padre, don Carlos, sorprendido por la nueva faz que ofrecía el talento de su hijo, reveladora de un verdadero temperamento artístico, se decidió á llevarse al niño y sus dibujos á Reus para presentarlos á su excelente amigo don Domingo Soberano, aficionado inteligente, requiriéndole su opinión y consejo. Decidióse en la entrevista que el niño fuera llevado á Barcelona para que estudiara bajo la dirección de algún profesor de pintura ó en la Academia de Bellas Artes.

La situación de la familia Galofre, en la época á que me refiero, era bastante precaria. Reveses de fortuna, malas tutorías, persecuciones políticas dieron al traste con la anterior opulencia de la casa, que radicaba en Barcelona; de modo que, para que Baldomero pudiera seguir los estudios en la capital del Principado, fuéle forzoso al padre procurarse un destino en la fábrica de don Juan Güell.

El maestro de Galofre fué don Ramón Martí y Alsina, encarnación entonces del modernismo en arte y cuyas revolucionarias enseñanzas, basadas en el estudio de la naturaleza, tantos eximios artistas catalanes han producido. El maestro halló en el discípulo terreno abonado para sembrar sus fructuosas semillas y Galofre correspondió á aquellas enseñanzas con una veneración y agradecimiento que no lograron amortiguar sus propios triunfos ni el descubrimiento de nuevos horizontes artísticos. Y no fué pequeño el dolor del alumno, cuando, á los tres años de recibir sus lecciones, decidió Martí despedir á todos sus discípulos para consagrarse por completo á sus tareas artísticas.

Rudo fué el golpe para el principiante, demasiado joven para prescindir de consejo y mal dispuesto á solicitarlo de otros maestros. Quiso trabajar solo, y sus primeros ensayos le dejaron en la perplejidad y la duda. Lentamente, fué infiltrándose la desconfianza en su corazón hasta hacerle temer por su carrera, y apoderóse de él el más profundo desaliento.

Pocos serán los artistas que no hayan atravesado un período de perturbación semejante. A decir verdad, más que cansancio y abatimiento del espíritu, es una parada de orientación para lanzarse á la lucha con nuevos bríos. Así le ocurrió á Galofre, quien, reaccionando por virtud de su exaltado temperamento, sintiendo el acicate del amor propio, desechó dudas y temores y emprendió tenaz y vigorosamente sus estu-



Segador del Bajo Aragón.

dios en el seno de la gran naturaleza. Unos ocho años duró aquel período de fiebre, en el que empezó ya á producir algo para el público, y oyó los primeros aplausos. De esa época data también la primera recompensa oficial que obtuvo, pues en el único curso que frecuentó la Academia de Bellas Artes (nombre que sonó siempre mal á sus oídos), obtuvo por oposición la medalla de paisaje.

Suelto, sin traba alguna y lleno de ardor y entusiasmo, fué este período de juveniles ilusiones y de ansiedades el más poético de su vida. Gozábase en el solemne quietismo de las soledades, en las que su arrebatada imaginación se llenaba de fantasmas, aventuras, deseos é imágenes que fatigaban su espíritu y quebrantaban su delicado organismo, por lo que tuvo que abstenerse, por paternal prescripción, de sus solitarias excursiones.

Una sola idea le preocupaba en medio de sus trabajos: sentíase animoso y capaz de volar solo, y quería aliviar á los suyos de los sacrificios que por él se imponían. Anhelaba respirar otra atmósfera y contemplar otros horizontes, y no sin dolor de su buena madre, que preveía iba á separarse para siempre de su hijo, decidióse á abandonar la casa paterna y en los primeros días del año 1870 se dirigió á la Corte.

Llegó á Madrid con veinte duros (última cantidad que recibió de su padre) y sus carteras que contenían algunos centenares de dibujos. Con medios tan exiguos, no hay que decir que, después de pagado un mes de pupilaje, se halló á los dos días frente á frente con la necesidad. Situación tan nueva y extraordinaria para él, más que hacerle mella, aguzó su ingenio. Sin más recomendación que una cartera de dibujos, presentóse á don Abelardo de Carlos, propietario de la *Ilustración Española y Americana,* pidiéndole trabajo. Don Martín Rico, director artístico de dicha Ilustración, comprendió desde luego las notables dotes del solicitante y, después de un dibujo de prueba sobre madera, aceptó gustoso su colaboración, lo que permitió á nuestro artista vivir decorosamente y proseguir sus estudios formales. Cuando se lo permitían sus ahorrillos, hacía excursiones por Castilla, frecuentando especialmente Toledo, en donde pasó largas temporadas, en una de las cuales conoció personalmente al inmortal Fortuny. Visitó también las provincias de Avila, Salamanca, León y Asturias, en las que cosechó muchos estudios y acuarelas que se disputaban luego los buenos aficionados de la capital.

La creación de la Academia de Roma por don Emilio Castelar y el primer concurso abierto para las plazas de pensionado sorprendieron á Galofre en León donde se hallaba realizando uno de sus viajes de estudio. Como un relámpago cruzó por su mente la idea de tomar parte en el concurso, que le abría la posibilidad de contemplar aquella hermosa Italia que soñara desde niño y á la que debía más tarde querer como su segunda patria.

Las peripecias de aquel concurso son muy interesantes. Sin dinero para regresar de León, pudo hacerlo merced á 800 reales que le prestó el conocido sastre de Madrid señor Mexía, á quien entregó en prenda su cartera llena de acuarelas. Se inscribió y al término de los ejercicios preliminares quedáronse por únicos contrincantes don Jaime Morera, el candidato oficial de la Academia, y nuestro Galofre. Ambos, jóvenes de valer, aguijoneados por la ambición y el amor propio, pusieron con sus obras en grave aprieto al jurado, que, perplejo, no halló mejor expediente que echar suertes entre ambos contrincantes, siendo la fortuna favorable á Morera. Sino que condolido tal vez por la mala ventura de Galofre, ó animado por la misma opinión pública que señalaba á nuestro artista como á una legítima esperanza del arte, el mismo jurado solicitó y obtuvo del Gobierno de la República la creación de otra plaza que le fué conferida por unanimidad, á cuyo resultado contribuyó muy eficazmente don Víctor Balaguer, entonces ministro de Ultramar. El día 2 de Mayo de 1874 llegó el novel pensionado á la Ciudad Eterna. Su dicha no tuvo límites.

Apunte del natural.

Era Roma entonces, más que ahora, el centro internacional del arte. A ella acudían los pensionados de todos los países y en ella residían las mayores celebridades. La comunidad de ideas, la vida tranquila y exenta de distracciones de la capital italiana, la abundancia de obras maestras que atesora, la noble emulación que despierta el mérito ajeno y el reconocimiento del propio, eran todos motivos poderosos para que Galofre hallárase allí como en su natural elemento.

Los dos primeros años consagrólos al estudio, á perfeccionar su ya sólida educación artística y á cumplir los compromisos á que le obligaba su pensión. Las exposiciones anuales de sus obras, junto con las de sus compañeros de Academia, fueron sus primeros éxitos, hasta tal punto, que el príncipe ruso Botkine quiso comprar sus envíos de segundo año.



En el puerto de Barcelona.

Por ese tiempo, su fama quedaba cimentada de hecho. Goupil, Reutlinger, Baron y otros disputáronse las obras del nuevo astro. Los méritos atesorados empezaban á dar positivos frutos y, libre ya de las pequeñas preocupaciones de la vida material, extendió la esfera de sus conocimientos á todos los géneros del arte, cultivando la figura humana con más fervor que hasta entonces. El paisajista se convirtió en pintor universal, aprovechando los elementos de la naturaleza según se presentan en su conjunto.

Ese estado de prosperidad y de progreso fué causa de un incidente que le produjo la amargura más grande de su vida y contribuyó eficazmente á su glorificación. Corría el tercer año de pensionado y estaba trabajando en el cuadro *El Ave María* que destinaba al Gobierno, cuando, no sabemos si por exceso de celo ó por recónditas causas, el director de la Academia en Roma, don José Casado del Alisal, tuvo á bien amonestarle primero y denunciarlo después al ministro de Estado, acusándole de dedicarse á obras *de utilidad personal*.

A la denuncia siguió la destitución. El disgusto de Galofre fué tan intenso, como rudo é inmerecido el golpe. La noticia del incidente corrió con vertiginosa rapidez por los centros artísticos de Roma, despertando en todas partes justa indignación. El Círculo Internacional se hizo promotor de una protesta que firmaron ochenta artistas de todas las nacionalidades, y lo que debió ser castigo se convirtió en grave escándalo contra el autor del desaguisado y en acto de desagravio hacia el que aparecía como víctima. Por tratarse de un hecho tan culminante de la vida de nuestro artista, pláceme reproducir aquí el texto de aquel documento, que no ha vuelto á hacerse público desde entonces. Dice así:



UNA CALLE DE LEÓN.

SR. D. BALDOMERO GALOFRE.

Los que suscriben, artistas residentes en esta capital, deplorando el injusto é inmerecido proveimiento que le ha sido infligido retirándole su plaza de pensionado español, declaran para satisfacción de usted, que á todos consta, juzgando por sus obras, que, además de su idoneidad y dotes artísticas, usted con su constante laboriosidad, aplicación é intachable conducta no ha dejado de cumplir en nada los compromisos que le imponía el reglamento de pensionado.

Al dar á usted la presente muestra de justo aprecio, los que suscriben hacen votos para que semejante incidente no sea causa de desaliento y que, por el contrario, sirva á usted de incentivo para continuar progresando en su carrera artística tan ventajosamente inaugurada.

Roma, 27 de Octubre de 1876.

Francisco Peralta, José Ruíz, Gianti Xateutti, Enrico Siemiradzki, Casimiro Szolg, Juan Samartín, Lorenzo Vallcs, Alessandro Rizzoni, Rómolo Stampanoni, García y Ramos, Francesco Bottini, B. Olleros, Lorenzo Casanova, Antonio Fabrés, Juan Ferrer, F. Jacovacci, Achille Grassi, Arístide Vanica, P. Jori, N. Cipriani, E. Simonetti, Giuseppe Sciuti, Giuseppe Gallori, Giuseppe Signorini, Antonio Gargiullo, Césare Pascarella, Adelchi Degrossi, Luigi Properzi, Casimiro Tomba, Herman Mayer, P. Carlandi, Ettore Ferrari, C. Biseo, Enrico Coleman, Augusto Corelli, Luigi Giorgi, Luciano Bizzarri, Pedro B. Jáuregui, Pietro Aldi, Antonio La Barbera, Achille Buzzi, Vincenzo Dattoli, Mariano De Franceschi, Giovanni Carnevali, Francesco Terni, Daniel Hernández, Ettore Travasari, Osvaldo Bigi, Ernesto Cola, Pietro Assalon, Rómolo Maghelli, Achille De Dominicis, P. De Tommasi, P. Gavez, F. Villetti, Arthur Laurens, Pietro Gabrini, Pietro Vanni, Adolphe Lejenne, Antonio Piccinni, Rasinedi, E. Landucci, Giovanni Ximenes, Salvatore De Rossi, A. Cefi, Pietro Poggi, Edoardo Fornari, Francesco di Bartoli, Filippo Ferrari, D. Marchetti, Etiénne, Guerrino Guardabassi, Luigi Belinzoni, Filiberto Petiti, P. J. Antoine, M. Jacobini, Luigi Gagliardi, Césare Caroselli, Filippo Indoni, Luigi Francesconi, Darío Queri, R. Tusquets, Luis Oriola Cortada.


EN EL TEATRO.

Tan enorme fué el escándalo, que las autoridades españolas trataron de echar tierra al asunto, prometiendo devolver la pensión al desposeído, á cambio de la entrega del documento y del cuadro de envío. Todo fué en vano; ni súplicas, ni amenazas, ni la intervención personal del ministro español en Roma, señor Conde de Coello, pudieron reducir el ánimo indignado de Galofre, quien, fuerte en su razón, quería dictar, nó que admitir, condiciones.

De poco ó ningún perjuicio material fué para él, cuando veíase asediado por los encargos de negociantes y aficionados. Su producción adquirió, desde entonces, aquel carácter vertiginoso que tanto le ha caracterizado. Dueño absoluto de una mecánica elegante y fascinadora, prodigó su actividad en todo género de asuntos. De aquella época datan

ULTIMO CUADRO (SIN CONCLUI



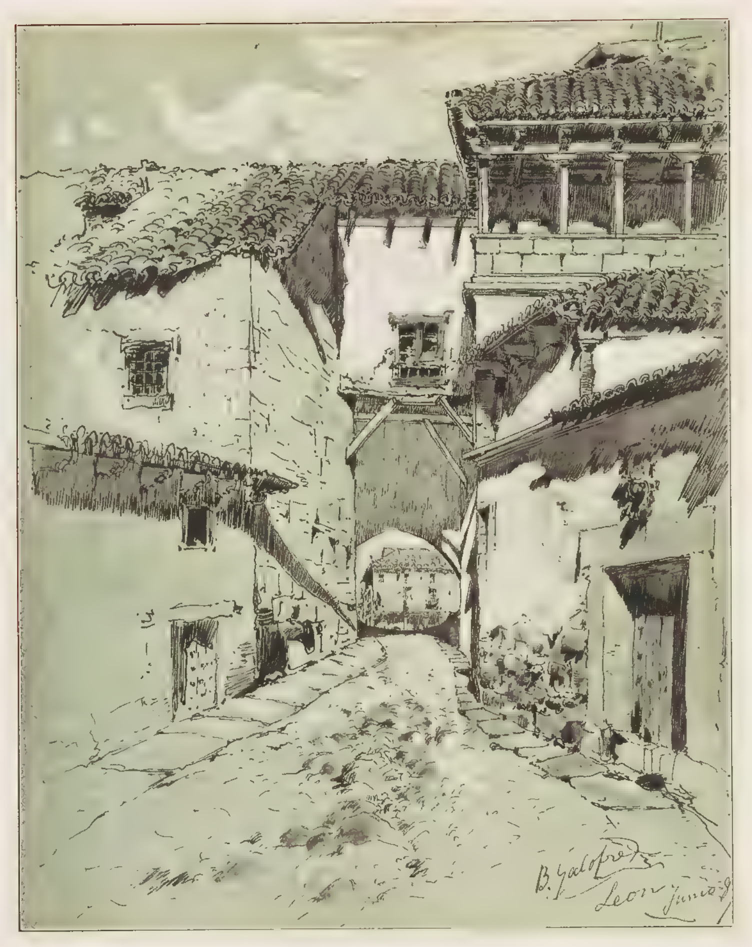
EL CABALLO

R) DE BALDOMERO GALOFRE



MÁS VALIENTE

Adquirido por D. Juan Coma.



Una calle de León.

más típicas regiones de nuestra Península, convirtieron la interinidad de su propósito en definitivo asiento.

Su laboriosidad, desde 1884 hasta la luctuosa fecha de su muerte, fué no menos asombrosa de lo que había sido por el pasado. Viajó por España y fué recogiendo gran cantidad de materiales de los que dan idea los trabajos expuestos en estos salones del Palacio de Bellas Artes. A los asuntos de gusto y carácter italiano, sucedió un verdadero desbordamiento de escenas andaluzas, vistas, es cierto, en la naturaleza, pero tamizadas, idealizadas por una fantasía tan selecta como original. Desde nuestra ciudad irradiaban sus obras por todos los mercados de Europa y América, y no se pasó un año sin que sonara su nombre en uno ú otro idioma.

Otras dos veces volvió á visitar la Italia de sus amores: una en 1890, recorriendo triunfalmente las principales ciudades con su colección de escenas españolas, y otra en 1900, después de la muerte de su padre, probablemente con la remota esperanza de reinstalarse en Roma. Pero ya llevaba entonces el germen de la enfermedad que debía acabar con su vida, y su viaje fué triste; más triste porque con la larga ausencia, su Roma, la Roma de su entusiasta juventud era otra, más moderna, demasiado mercantil, poco artística. Todavía trajo de Nápoles y sus alrededores preciosos cuadritos y acuarelas, en las que se descubría la garra del león. Pudo saludar por última vez á su viejo amigo Morelli, ya decrépito é inútil para el trabajo, y despedirse de sus compañeros de arte, de los que admiraron sus primeros destellos geniales.

Y llegaron los momentos dolorosos. Todavía durante la primera mitad del año 1901 desplegó una actividad superior á lo que le permitía su minada existencia, y firmó el cuadro más acabado que haya salido de sus pinceles, y que figura en esta exposición como resumen glorioso de su vida artística. Vino el verano y se trasladó á su quinta de Castillo de Aro por si lograba vencer al implacable enemigo que le acechaba. ¡Vana esperanza! Ni las salobres brisas marinas, ni el esplendoroso sol que caldea aquella montuosa tierra, tuvieron virtud bastante para sostener aquella fortaleza que se derrumbaba, y tuvo que regresar á fines de año para caer en el lecho del dolor.

los cuadros *Regatas en Sorrento*, *El rapto*, *Bufones del siglo* XV, *Pasatiempos de un príncipe*, *El juramento* y muchos otros de costumbres españolas ó paisajes de la campiña romana.

De sus excursiones veraniegas á Nápoles traía carteras repletas de enormes acuarelas, — marinas casi siempre — que producían asombro por la cantidad y la incomparable belleza del mecanismo. Y toda esa fecunda producción iba á parar inmediatamente á manos de los compradores y se esparcía en breve tiempo á todos los ámbitos del mundo.

Su popularidad en Roma y Nápoles equivalía á la de los más renombrados artistas del país, los cuales cultivaban su amistad y le atestiguaban de continuo su alta estima.

Así transcurrieron los años desde 1874, al 1884, en el cual vino á turbar su existencia la mayor de las desgracias, el repentino fallecimiento de su idolatrada madre. La impresión dolorosa de este hecho, la soledad en que había quedado su padre, el deseo de volver á ver su patria y tal vez un secreto anhelo de descansar por algún tiempo de aquella vida de febril actividad, decidiéronle á separarse de aquel centro de sus glorias y se vino á Barcelona.

Su llegada á la Ciudad Condal se señaló por un acontecimiento que no tenía precedentes y que ha sido imitado luego por gran número de artistas. Hablo de la exposición que celebró en el «Salón Parés», cuyas paredes ocupó por entero con sus obras. Pueden variar los tiempos, los gustos, las tendencias, pero históricamente no podrá destruirse la inmensa impresión que produjo en nuestra ciudad aquella valiosa muestra, nunca vista, de la potencialidad artística de un hombre. La prensa de entonces guarda en sus páginas los magníficos ditirambos que la crítica en masa prodigó al talento de Galofre.

Y ya no debía moverse de su patria. Por una parte el amor filial haciéndole acompañar la solitaria ancianidad de su padre, y por otra la germinación de una idea que adquirió caracteres de obsesión en su exaltado cerebro, la *España*, recopilación de los usos y costumbres de las

Entre las varias alternativas de su penosa y larga enfermedad, y cuando por prescripción facultativa permaneció cosa de un mes en la inmediata villa de Badalona, aún tuvo alientos para pintar dos preciosas tablitas, verdadero canto del cisne de aquel delicado poeta del color.

Y no hubo remedio para él. El 26 de Julio de aquel mismo año, apagábase apaciblemente aquella llama cuya fúlgida estela trasciende hasta nosotros.

Esta es la historia de la vida de Galofre. Y con ella podría dar por terminada mi misión, si sobre el relato material de la trayectoria de una existencia no hubiese aquella parte inmaterial que es la que contribuye precisamente al progreso de la humanidad.

No fué una estrella de primera magnitud, capaz de irradiar luz y calor para dar vida á otros astros, pero en su esfera fulgura como una de esas estrellas con luz propia y que en las noches serenas tachonan la bóveda celeste extasiando al hombre.

Por eso su acción se ha limitado á sí propio. Su arte no ha hecho escuela; demasiado poco trascendental para ser imitado, era demasiado selecto para que la imitación dejara de ser burda.

En Galofre existen dos caracteres perfectamente definidos: cuando copia la naturaleza y cuando se entrega libremente á la fantasía. En el primer caso, la naturaleza, al pasar por su hábil mano, tan hábil que no recordamos quien le haya igualado, se transforma, se ennoblece, se aristocratiza — si me permitís la palabra — y, como Gustavo Adolfo Becker, hace de un muladar una joya de vistosa pedrería. Mas cuando se entrega al vuelo de su fantasía, y en sus visiones de sonámbulo clarividente, cruzan por su imaginación, más que por su retina, tropeles de gentes, fantásticas carreras de caballos, caravanas de gitanos, festivales inverosímiles de pueblos en que se confunden todas las razas de la península hispánica, revuelos de nubes, quiméricos mares, entonces su personalidad

se destaca por su sublime desprecio de la realidad y sus creaciones alcanzan la originalidad del genio.

Por fortuna, hemos llegado á un tiempo en que los criterios cerrados, en materia de artes, han perdido su fuerza; en que el dogmatismo artístico se extiende y se dilata hasta admitir las mayores verdades y las más insignes aberraciones. De otro modo, reñirían de verse juntos Bizet y Wagner, Chopin y Beethoven, Zorrilla y Goethe, Alejandro Dumas y Manzoni, Goya y Leonardo de Vinci, Donatello y Fidias, y se destruirían mutuamente según el punto de vista desde donde se les contemplara. Hoy admitimos que se puede pintar bien y dibujar mal y viceversa, si una de las cualidades es tan preeminente que constituya tipo en su género. Mejor dicho, en punto ó perfección sólo toleramos la perfección griega, nacida espontáneamente del fondo de su politeismo y de su adoración á la forma, pero detestamos la fría y calculada perfección de los neoclásicos del siglo XVIII, que señala una laguna, una interrupción en el buen gusto universal.

Por eso admito como verdadera manifestación artística de Galofre esa fantasía despreciativa de la realidad de que os hablaba antes. Doré, Goya en sus *Caprichos* y en algunos de sus cuadros, Tiépolo, se entregaron á esa libertad que en nada menoscaba su propio valer. Y yo afirmo que nuestro compatricio no les va en zaga, y en elegancia fascinadora les supera.

Su natural disposición le inclinó al paisaje, en el que fué maestro. Lo mismo con el lápiz que con el pincel, supo penetrar la *anatomía* de la naturaleza, sometiéndola á su antojo. Montes, mares, árboles, praderas, todo para él era igualmente fácil. Pero hubo una parte que comprendió y tradujo como nadie: los cielos nubosos.

Allí desbordábase su fantasía, realizando prodigios de composición que le valieron justa fama en todas partes. Yo le llamaba el poeta de los cielos.

Pintó figura cuando quiso, limitándose á sorprender lo pintoresco del exterior humano y la vida del conjunto.

No le arredraba la vastidad de la composición y sabía disponer grandes masas de figuras con la misma soltura y pomposidad que los pintores venecianos.

El abolengo artístico de Galofre es principalmente español. Creemos indudable que, aparte las primeras lecciones que recibiera de don Ramón Martí y Alsina, ejercieron gran influencia sobre su estilo, Goya, Fortuny y Zamacois. Pero Italia le dió la luz y enriqueció su paleta.

Es probable que, á haber nacido en otra época menos romántica y menos positivista, hubiera puesto más ingenuidad en su producción. Pero se halló en plena época fortuniana, y ésta, ya es sabido, era poco propicia á la moderación y á la sencillez. No por ello será menos digno de admiración, si bien su prematura muerte, que le ha arrebatado diez años de vida útil, nos deje en la duda acerca posibles y radicales evoluciones en su estilo. Tal era, al menos, su propósito.

Su actividad reviste los caracteres de prodigio, y podría clasificarse en primera línea en la historia del arte. Galofre no llevó nunca cuenta de las obras que iba produciendo; pero por lo que yo mismo he podido ver en sus talleres de Roma y Barcelona, deben de ascender á algunos miles.



Apunte del natural.

Ya sólo me queda que examinar al hombre bajo su aspecto moral y social.



El contrato.



PLAYA DE CASTELL D'ARO



MURCIANO.

Muchos le han juzgado injustamente. Su lenguaje con frecuencia enfático y el amor de sí mismo, que tenía la candidez de exteriorizar, cuando tantos otros mucho más endiosados que él lo ocultan cuidadosamente, le crearon una falsa reputación de pretensioso. De mí puedo decir, que no he conocido á nadie que fuera más imparcial en sus juicios de obras ajenas. Jamás le oí hablar mal de ningún artista.

Su voluminosa correspondencia con altas personalidades en todos los ramos del saber humano, dan fe de la estima en que era tenido. Los extranjeros, especialmente, le hacen justicia y le tratan con singular cariño. Entre las muchas cartas que así lo atestiguan, dejadme que lea una del célebre acuarelista napolitano Dalbono, cuya significación no puede ser más honrosa para nuestro compatriota. Dice así:

19 Gennajo 1900.
Napoli Strada Monte Oliveto, 70.

«CARISSIMO!

Aspettavo il vostro biglietto con la direzione per scrivervi.

—Saluto, saluto!

Penso a voi e pensiamo a voi sempre che si parla di arte ed ogni volta che mi trovo un foglio de Watman steso sulla tavoletta dico: — Ora quel demonio angelico di Galofre in pochi minuti chi sa che capo d'opera farebbe venir fuori da questo pezzo di carta!!!

Non abbiamo vostre notizie artistiche da molto tempo. So che facevate una opera da molti anni. — Diteci qualche cosa in proposito. Interesserà non solo me ma tanti vostri amici che si ricordano di voi con grande ammirazione ed affetto. — Di Giacomo *Letterato* e poi Vetri, Migliaro, Capparelli, etc., etc., — e poi il Morelli in prima linea, che tanto vi ammira.

Quando non avete che fare di meglio scrivetemi un rigo e comandatemi se son buono a cosa qualunque da Napoli.

Vogliatemi bene e credetemi sempre tutto vostro vecchio amico ed ammiratore.»

E. DALBONO

Dentro de esta carta iba incluída una tarjeta del anciano Morelli con pocas palabras de fraternal afecto.

Pero, ¿á que prolongar este juicio mío sobre las cualidades morales de Galofre, si él mismo me da el trabajo hecho en unos apuntes que tengo á mano? Son como un examen de conciencia, y responden á un cuestionario ideal en el que se retrata á sí mismo de cuerpo entero. Permitidme que cierre con ellos este pesado trabajo y así lograré que me perdonéis el cansancio que os he infligido oyéndome.

Se expresa así:

« Durante mi vida he amado siempre la soledad cuyo ambiente es el que más se adapta á mis sentimientos, y en mis excursiones artísticas, nunca ó casi nunca he llevado compañía.

Delante de la Naturaleza quiero estar solo.

Quiero mucho á los amigos, y si he recibido alguna ofensa, la he perdonado.

Adoro con preferencia la mujer, los niños, las flores y los animales.

Entusiasta por las ciencias, pruebo grandes sensaciones á todo descubrimiento útil para la humanidad.

Soy perezoso para leer, prefiriendo siempre la lectura de Revistas científicas y biografías de hombres ilustres.

La música me conmueve y arrebata y en ciertos períodos de nostalgia acudo á ella, como remedio eficacísimo.

Idolatro la familia y sacrificaría mi vida por ella.

En arte, no he tenido preferencia por determinada escuela.

No he hecho jamás una copia porque la considero inútil, así como tampoco he consultado un libro para hallar un asunto.

Para mí la Naturaleza habla y lo dice todo.

No admito jerarquías ni géneros en la pintura, puesto que lo que diga *algo* al corazón, es obra de arte.

No me gusta la pintura histórica por ser en muchos casos, mentirosa, y un medio muy eficaz de que se valen los artistas de mediano ingenio que están *enfermos de celebridad* acudiendo á ella por ser la que generalmente impresiona más al vulgo, y á las muchedumbres de platea. Al primero, porque no entiende nada de lo que *se le dice*, y á las segundas, por querer entender más de lo que *se le dice*.

Cuando he dado un consejo ú opinión, he dicho sinceramente la verdad. Amo el arte como á mí mismo, y temo la muerte, por el egoísmo de no poder consagrarme á él eternamente.»

Y aquí pondría punto final, si no deseara asociar á este recuerdo el de la infortunada esposa del noble artista, que con piadoso celo y con exquisita delicadeza, promueve en Barcelona y nó en el extranjero esta póstuma exposición de las obras de su esposo, despreciando ventajosísimas ofertas.

Italiana de nacimiento, demuestra con este rasgo su amor á España y á la obra de Galofre, que desea no se disperse lejos de sus cenizas.

HE DICHO



GANADEROS.



MARINA Á LA ACUARELA



MARINA AL ÓLEO

FERNANDO XUMETRA

Cuando, en nuestras artísticas mocedades, frecuentábamos la Escuela de Bellas Artes, hubimos de conocer á un muchacho, de pelo rubio, de tez blanca, de modales sumisos, afectuoso con sus compañeros (casi todos mayores que él), tomando tácita parte en sus alegrías y diabluras sin perder jamás del todo cierto tinte de melancolía que parecía le era natural.

Aquel muchacho era Xumetra.

Dotado de felices disposiciones para la pintura, seguía los primeros cursos con aprovechamiento, mientras nosotros, ya más machuchos, nos disponíamos á abandonar para siempre aquellas aulas, que tan felices recuerdos nos guardan, para lanzarnos en el torbellino del mundo en busca de posición.

Largos años estuvimos ausentes de nuestra patria, y á nuestro regreso, casi forasteros en ella, hubimos de toparnos con nuestro amigo, convertido, por obra del tiempo, en un hombre de aspecto hercúleo, de facciones pronunciadas, de poblada barba, rubia, y de modales tan sumisos y modestos como en su primera juventud.

Con su cuerpo, había evolucionado también su espíritu: el muchacho principiante que habíamos dejado, atento á estudiar la estatuaria antigua y el natural, la composición y la anatomía, la estética y la perspectiva, era un artista en la plenitud de su talento, solicitado por muchos y viviendo independientemente del producto de su arte.

No vimos, pues, su paulatino desenvolvimiento, pero nos fué dado medir de una ojeada la distancia recorrida desde su nacimiento á su apogeo y en tales condiciones pudimos analizar, mejor que otro alguno, el progreso realizado.



PROYECTO DE BALCÓN-JARDINERA PARA UN VANO DE FACHADA

Después de recibir las lecciones de aquel malogrado talento que era Simón Gómez y las no menos valiosas de Antonio Caba, su segundo maestro, al que sirvió de ayudante por algún tiempo; obligado por irreparables pérdidas de su familia á hacerse cargo en edad demasiado prematura del gobierno y sostenimiento de su casa, tuvo que poner á contribución inmediata su talento, su voluntad y los estudios hechos hasta entonces, para emanciparse de la tutela escolástica y pelear denodadamente por la vida.

Con prodigiosa fecundidad y facilidad se asimilaba todos los géneros del arte para responder decorosamente á las más opuestas demandas. Pintor de retratos, dibujante, ilustrador, adornista, pintor religioso, decorador... jamás ha tenido una negativa en cosa que dependiese de su esfuerzo mental, y siempre ha cumplido victoriosamente sus encargos.

Esto, no obstante, no le hubiera conferido significada personalidad. En arte, como en todo, no es posible abarcar con igual conciencia cuantas ramificaciones se derivan de aquél. La naturaleza humana tiene sus inequívocas preferencias en las que se hace fuerte, y los conocimientos secundarios no son más que accidentes del conocimiento principal.



FERNANDO XUMETRA

Y Xumetra ha sido principalmente fuerte en dos cosas: como pintor de alegorías y como pintor decorador.

En el primer caso ha sabido condensar en grandiosas composiciones los más abstrusos conceptos, presentándolos con una claridad de exposición que las hace asequibles á la limitada comprensión de las multitudes. Tiene entonación brillante y aérea, emplea con buen gusto los más atrevidos contrastes de color, posee la ciencia de los escorzos, cualidades todas de inestimable importancia en la pintura de techos y cúpulas que ha sido y es su especialidad pictórica más relevante.

En el segundo caso, esto es, como á decorador, es inventor y propagandista de acción de todo un sistema que, predicado desde la cátedra del profesor ó extendido por el libro, le hubiera conquistado justo renombre en toda España y le ha procurado merecidas recompensas por sus trabajos personales en cuantos certámenes ha tomado parte.

El sueño de Xumetra sería redimir á su patria del tributo pagado á ornamentaciones exóticas que nada tienen de común con nuestras costumbres, ni con la naturaleza que nos rodea. Él desearía una ornamentación regional, la de la fauna y flora de cada provincia de España para aplicarla á los monumentos de cada región.

Imitando á Verdi en lo de *torniamo all'antico*, recuerda que los artífices que esculpieron y adornaron nuestras espléndidas catedrales góticas inspirábanse en aquellos objetos que más directamente herían su imaginación, y estos eran, naturalmente, los que estaban al alcance de su vista. Por esto, el cardo, la alcachofa, la col, tuvieron tanta parte en la escultura de nuestros edificios religiosos y profusos de aquel estilo, mientras que en los capiteles se reproducían con toda ingenuidad personajes, animales, caricaturas y hasta escenas completas de acontecimientos contemporáneos.

Pero esto solo no tendría más valor que el de restaurar un procedimiento en mal hora olvidado. Xumetra quiere, y en esto estriba su originalidad, que la ornamentación floreal abarque el proceso completo, desde la simiente á la germinación, al desarrollo, al florecimiento, al fruto, porque en todos estos elementos, lo mismo en conjunto que en detalle, existe latente el tipo ornamental. Además, desea que este estudio no se concrete solamente al exterior, sino que, penetrando en la vida interna de la planta, se convierta la forma científica en nuevo elemento de arte.

Así cada país tendría su propia ornamentación en los productos naturales de su suelo, y el espíritu no se vería sorprendido por ridículos simulacros de una vegetación extraña á sus ojos.

El modernismo, en su inquieto afán de novedad, ha acertado á hallar en parte esta lógica y sencilla fórmula, enunciada bastantes años atrás por Xumetra, quien, no contento con enunciarla, quiso predicarla con el ejemplo. El balcón-jardinera de hierro forjado y repujado que figura en la primera plana de este número, es un feliz ensayo de su sistema, premiado en la primera Exposición de Artes Industriales de esta ciudad. Al propio tiempo que ese trabajo se funda en un incontrastable racionalismo, tiene la seductora gracia del *plateresco*, cuyas líneas simula. Con el modesto título de «Estudios de la flora regional española», envía á la Exposición de Bellas Artes de Madrid (1893), una colección de láminas en las que estudia algunas plantas, desde su germinación hasta la producción de la simiente nueva, y obtiene una medalla. Idéntica recompensa merece en las Exposiciones de Bellas Artes y de Plantas y Flores de Barcelona (1894); prueba indudable de que ambos jurados han comprendido el alcance y valor de la innovación, expuesta, á decir verdad, de una manera tan práctica como magistral.

Podrá ser que alguien, con mejor fortuna, coincida ó se aproveche, sino aquí, en el extranjero, de esa invención de Xumetra; nadie, sin embargo, tendrá el derecho de arrebatarle la prioridad, puesta de manifiesto desde mucho antes que el arte se encaminara por nuevos derroteros que realizan, en cierto modo, el sueño de nuestro amigo.

Hoy Xumetra cuenta 43 años (nació en Octubre de 1860), y hace más de veinte que su mano no descansa, cosechando honra y provecho por los linderos del arte. Replegado en sí mismo, laborioso, solitario aunque buen amigo y siempre excesivamente modesto y afable, sigue siendo, por el corazón, aquel muchacho que conocimos en la Escuela de Bellas Artes. Al cariño de su madre, á quien acompañó hasta cerrarle piadosamente los ojos, sacrificó sus más íntimos afectos, y no fué el menor el del arte por el arte.

FRANCISCO CASANOVAS

FARSA HUMANA

INDUDABLEMENTE parecía el sér más feliz de la creación. Su popularidad era tanta, que más de cuatro ministros hubieran ambicionado para su gloria, tener igual número de admiradores que aquel mímico extraordinario. Cuando contemplábamos su desquiciada cara, embadurnada por gruesa capa de albayalde que encubría completamente la expresión de sus sentimientos; aquella cara que á fuerza de repetidas contorsiones era á cada momento una máscara diferente, pensábamos que *Pierrot* era el más dichoso de los mortales, que su espíritu nunca se hallaba perturbado por la violencia de las pasiones que á todos nos subyugan, y que su sola misión en el mundo era reir, reir eternamente y producir la risa general.

Pero ¡cuán equivocados estábamos!

¡Cuántas veces aquellas muecas grotescas, que hacían desternillar de risa á muchos, no eran más que las encubridoras del pesar que experimentaba el mísero histrión.



SILUETAS EN NEGRO PARA UN FRISO.


·PRUDENCIA·

Porque *Pierrot* sufría mucho, y por una de esas aberraciones de la vida, su dolor, en vez de inspirar lástima, producía la mayor hilaridad y era objeto de chacota en cuantos le conocían...

¡Su misión era hacer reir, y lo conseguía hasta con su desgracia!

Pierrot amó una vez en su vida; amó con una de esas pasiones que todo lo atropellan, que todo lo avasallan; por las que se vive y se llega al martirio ó al crimen.

Encontró una mujer de rostro angelical, de formas esculturales, poseedora de todos los secretos de la más refinada seducción, y, sin tratar de defenderse de sus arteras asechanzas, se esforzó en demostrarle que, aunque pobre payaso, guardaba un corazón virgen de cariño y rico en ternura. Lavóse la cara detenidamente, y la mostró sin la blanca mascarilla que de continuo la desfiguraba, impregnada de esa misteriosa expresión que sólo sienten los seres enamorados, y entonces suplicó humildemente un poco de afecto á cambio de su vida entera.

Un día sospechó que su amor era traicionado villanamente por la mujer á quien había consagrado todas las delicadezas de su alma.

Indagó; acechó astutamente; representó una farsa más, para no infundir sospecha, y, mordiéndose las lágrimas y abofeteando con su constante risa, llegó á tener el convencimiento de su desventura, la cual ya era conocida de mucha gente. ¡Ah! ¡Cuánto odio sintió germinar en su corazón! Comprendió el asesinato; se explicó la existencia de un sér malvado, y paladeó con fruición embriagadora las misteriosas dulzuras de la venganza.

Una noche, anuncióse por medio de grandes cartelones fijados á la puerta del teatro, el estreno de una pantomima en la que el popular *Pierrot* haría, como siempre, las delicias del público.

Se trataba de un episodio de la guerra franco-prusiana, desarrollado en varias de esas burdas escenas que componen el mencionado espectáculo.



EL TRIUNFO DE LA VIRGEN — Boceto para cúpula de templo.



LAS ARTES, DIRIGIDAS POR LA ARMONÍA, RINDIENDO TRIBUTO Á LA INMORTALIDAD (Boceto).

Un grupo de soldados franceses, prisioneros de un destacamento alemán, consiguen evadirse, merced á la astucia de *Pierrot* que, disfrazado de mujer, se aproxima al jefe de la fuerza y lo mata de un pistoletazo, después de haber matado sus compañeros á los centinelas.

La espectación era grande.

Después de un sinnúmero de bufonadas que hicieron prorrumpir en calurosos aplausos á la regocijada concurrencia, llegó el momento crítico del desenlace.

El mímico que representaba ser el jefe de los alemanes, era Wiliams, el director de la *troupe;* un hombre de fuerzas hercúleas y formas atléticas.

Todos lo respetaban; pero pocos le querían.


JUSTICIA


FORTALEZA
F. Xumetra 95



De la colección «Estudios de la flora regional española».

Pierrot, vestido grotescamente de campesina alemana, se dirigió á él, haciendo un sin fin de contorsiones.

Comenzó la escena final.

El *alemán* trataba de acercarse á la *muchacha*, y ésta, *coqueteando*, dejaba que se acercara.

Llegó un momento en que se hallaron el uno próximo al otro, y entonces *Pierrot*, con voz queda, tan queda que sólo pudiera oirle su compañero, le dijo:

—¡Viliams!... ¿Conque te gusta mi mujer?... ¡Conque al fin la lograste!...

—¿Qué quieres decir?

—¡Que lo sé todo!...

—¿Y qué pretendes?

—Cumplir con mi obligación: terminar el espectáculo.

—¿Cómo?

—¡Así!...

Y apuntando con un revólver al corazón de su rival, hizo un certero disparo.

Wiliams cayó sin pronunciar una frase, y el público, entusiasmado, concedió una de las mayores ovaciones á su artista predilecto.

Los aplausos no cesaban, y entonces *Pierrot* adelantóse hacia las candilejas é imponiendo silencio á sus admiradores, exclamó con voz ahogada:

—¡Gracias, señores! ¡Muchas gracias! Agradezco esos aplausos, más que ninguno. Los agradezco, sí; porque he hecho justicia matando á un enemigo...

Ante estas palabras el público prorrumpió en grandes risotadas y nuevos aplausos, en tanto que, al caer el telón, era recogido el cadáver de Wiliams, con el pecho atravesado por una bala...

C. COSTI Y LASSO DE LA VEGA

UN PALETO DE PARLA

Hay paletos y paletos.

Quiero decir que no todos los que vinieron á la Corte con motivo de la Coronación trajeron en sus bolsillos la candidez que irreflexivamente se les supone innata.

Con uno de ellos me tocó viajar en un tranvía que vulgarmente llamamos de Pozas.

Partió el eléctrico de la Puerta del Sol, y apenas llegamos al arco monumental con que los vecinos de las Platerías hicieron gala de su monarquismo, cuando se acercó el cobrador, dándonos el saludo de rúbrica, con el fajo de billetes en la mano.

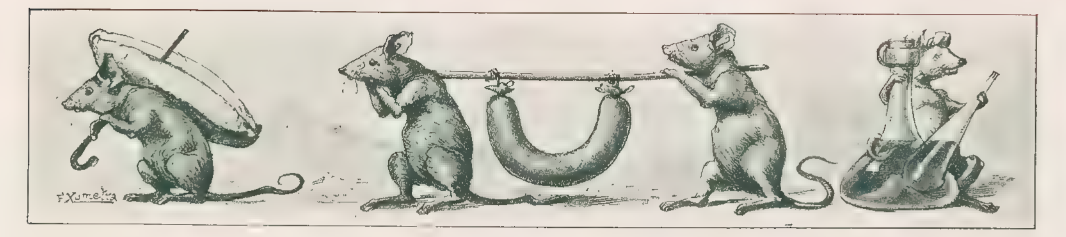
—¿A dónde? — preguntó el cobrador á mi vecino, el de Parla.

—A donde usted quiera. Como en Parla no hay tranvías eléctricos, aprovecho estas fiestas para disfrutarlos.

—Está bien; pero necesito saber á dónde va usted.



Friso de fauna.



Friso de fauna.

—¡Esto sí que es bueno! Aquí todo se lo preguntan á uno. Se parecen á mi mujer, que todas las noches me aburre á preguntas hasta que me duermo. Pues, sí señor, quiero ir *alante*.

—Pero es menester que me diga usted á qué parte se dirige para darle el billete que le corresponda.

—Puede darme usted el que quiera, que somos atentos y bien criados los hijos de Parla, y no rehusamos nada de lo que nos dan.

—Es el caso que si pretende usted ir á la Cárcel Modelo, le costará quince céntimos, y diez á la Plaza de Oriente.

—¡Conforme!

Ya iba amostazándose nuestro paciente y sufrido cobrador, viendo la calma y la sorna del paleto, el cual no dejaba de advertir que charlando y haciendo el tonto se iba acercando al sitio que pretendía.

—¿Qué quiere usted pagar, quince ó diez céntimos?

—Yo, si tengo que decir la verdad, no querría pagar nada. Pero si es preciso, del mal el menos.

—Sí, es preciso pagar ó bajarse inmediatamente.

—Tenga usted calma, señor, que yo traigo dinero para pagar lo que sea menester.

—Tome usted el billete de diez céntimos.

Y acomodando entre sus piernas un bastón, á modo de porra, de esas que manejadas por una mano callosa y rústica siempre hacen inútiles los segundos golpes, comenzó á sacar de la faja con que iba ceñido, una bolsa, en la que por su magnitud debían de caber holgadamente un buen puñado de billetes de banco y una regular cantidad de monedas, así de plata como de cobre.

Pero nada de esto sacó, sino un envoltorio de papeles que no eran otra cosa que prospectos de diferentes tamaños y colores, los cuales iba desenvolviendo con el mayor cuidado y parsimonia, haciendo sonreir á todos los viajeros, y elevando por lo menos á doscientas atmósferas la sangre del ya requemado cobrador.

—¡Aprisa!—decía éste con mal reconcentrada furia,—que ya estamos en los Consejos.

—Tenga usted paciencia,—contestaba el paleto,—que todas las precauciones son pocas. No se enfade porque yo lleve tan envueltas mis monedas. Hay que salvarlas á todo trance de las uñas de los timadores, que, según dicen los papeles públicos, hacen su agosto en las fiestas de la Coronación.

Y después de haber desliado infinitos prospectos, al cabo sacó un duro en pieza y lo dió al cobrador con muestras de verdadera satisfacción y de altiva arrogancia.

—¡Ea! cóbrese usted, que al buen pagador no le duelen prendas.

Recibió la moneda el cobrador, y después de mirarla, se la devolvió, diciendo:

—No pasa. Es sevillano.

—¡Cómo sevillano! Es de Parla y muy de Parla. Allí lo gané jugando al mús. ¡Me hace gracia que es sevillano! Como si diera usted en decir que es de Miguel-turra. Y además no soy monedero yo, ni sacristán para saber en qué parroquia es bautizado cada duro.

Ya todo mohino el cobrador y hecho un venablo:

—Bájese usted,—le dijo,—antes que llame á un guardia y le lleven al Abanico.



De la colección «Estudios de la flora regional española».

FERNANDO XUMETRA



Con mucho gusto. Me importa lo mismo antes que después.

Y empuñando su cachiporra, se bajó del tranvía con la mayor frescura y serenidad del mundo.

Yo, llevado de la curiosidad, bajé tras el paleto, y observando como envolvía cuidadosamente su moneda en los consabidos prospectos, le dije:

—Mucho aprecia usted su moneda, buen amigo.

—Muchísimo,—contestó.—¿No la he de apreciar, si con ella subo de balde á los tranvías, me dan gratis las copas en las tabernas, y hasta como y me divierto de balde?

—Es un verdadero talismán.

—Con este duro sevillano, con mi lengua de Parla y con la vergüenza propia de un paleto, voy disfrutando, como el que más, de las fiestas de la Coronación.

—Son tres minas que explota usted admirablemente.

—¿Verdad usted, que no todos los paletos somos paletos?

—Que lo diga el cobrador de marras. Al fin, no hace usted más que imitar á los gobiernos, los cuales, con sus monedas averiadas, con su charla en los parlamentos y con la vergüenza propia de los políticos, van sacando la tripa de mal año y se meriendan bonitamente la Nación.

—¡Ajajá! Y sería yo el mayor porro de mi tierra, sino imitara, durante las fiestas de la Coronación, lo que hacen las gentes de gobierno en Madrid durante las fiestas y días no festivos de todo el año.

Y despidiéndome del paleto de Parla, iba diciendo yo para mi capote: hay paletos y paletos.

J. MARBÉS

AGUA ESTANCADA

(FACETA)

¡Cuán diferente de la que brota del claro manantial! Esta apaga la sed del caminante, alegra su mirada, salta contenta y rumorosa sobre las blancas guijas de su cauce, espumarea rabiosa cuando las rocas le cierran el paso, y trepa y asciende y sumerge el obstáculo y triunfadora y bulliciosa vuelve á emprender su caminata en demanda del torrente, del río, esparciendo por donde quiera frescura y vida. Las plantas se adornan de flores, gracias á ella; los campos le deben su fecundidad, los árboles la vida, su lozanía los prados y su imponente majestad el caudaloso río que corre hacia el mar, eternamente inquieto.

El agua de la charca ha caído en un terreno ingrato que no quiere sorberla, se evapora, pero de un modo lento; el calor la corrompe y en lugar de esparcir la vida engendra miasmas mortales. Pierde poco á poco su transparencia y su frescura. El barro asqueroso se mezcla á sus claras gotas y aparece turbia y repugnante. Vuelos de mosquitos se levantan de su superficie verdosa, y aquel que por azar bebe en su empañado cristal siente, al cabo de poco rato, que mortal ponzoña corre por sus venas.

La fuente murmuradora es manantial perenne de vida; el movimiento que la anima produce fuerza y alegría. El agua de la charca engendra la muerte, y aquel que contempla su inmóvil superficie siente opresión y tristeza. Acercáos al agua que bulle y salta; huid de la estancada y muerta.

* * *

PENSAMIENTOS

La hipocresía es la fuerza de los débiles.

—

La verdad debería ser el blasón de los fuertes.

—

Para algunos, la honradez no es más que una solemne majadería.

—

La actividad y el tacto son el atajo del éxito.

—

El que tiene talento, puede adquirir una fortuna, pero el que no tiene otra condición que la de ser rico, no podrá nunca entrar en posesión del talento.

—

Los ignorantes toman la prudencia por cobardía y la buena educación por timidez.

—

El Arte es el champagne del espíritu.

—

Obrar sin fe, es obrar por fuerza.

—

Mucho gastar, es gastarse.

—

Cuando el hombre domina completamente sus pasiones, empieza á saber vivir.

—

Es el guante peligroso para el hombre laborioso.

—

Obremos de día, en forma que no tengamos que arrepentirnos de noche.

—

Cuando la Naturaleza se desnuda, el hombre se viste más.

—

Las ilusiones mundanas son como los prismas de cristal, que relucen engañosos para emponzoñar con el deleite nuestra impresionable materia.

El pensamiento es el relámpago que se abre paso entre la atmósfera de las tinieblas.

—

El verdadero amor á nuestros semejantes ha sido el caudillo que ha alcanzado más victorias.

—

La caridad es el acto sensacional más grande y puro

—

Las tribulaciones, ó fortifican ó matan.

—

El amor material es, para el joven estudioso, espinas en el corazón y obstáculo á su porvenir.

—

Artista soltero va más ligero, y artista casado va más pesado.

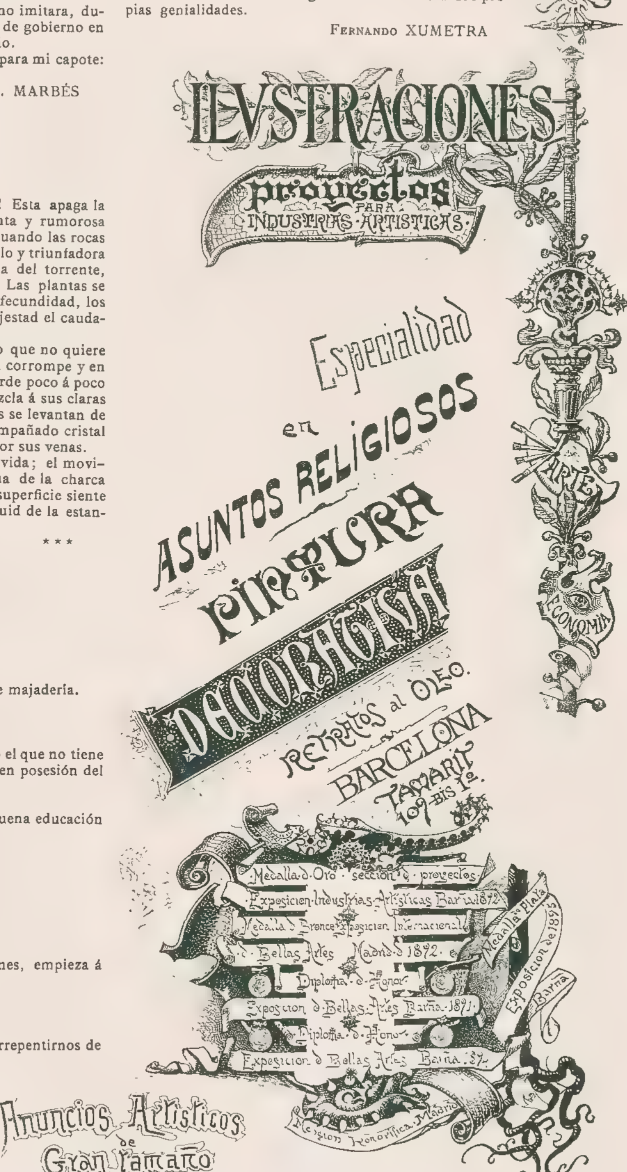
—

Los más, dicen lo que saben; y los menos, saben lo que dicen.

—

Muchos confunden el genio luminoso con sus propias genialidades.

FERNANDO XUMETRA



FERNANDO XUMETRA



LA MÚSICA



LA POESÍA

LOS NEGROS DE BLANCAVILLA

(CUENTO)

Asaltó cierto día Blancavilla,
(pueblo de mi cosecha), una pandilla
de sucios carboneros: muy rumbante
por las calles más limpias adelante,
como sobre terreno conquistado,
marchaba el escuadrón con desenfado,
y alardeando de genio bullanguero,
en su cara de sátiro, angulosa,
trazaba el asqueroso carbonero
en paredes, en puertas y en esquinas,
con sus manos cochinas,
alguna narración escandalosa
que á las honras ajenas atacase
y en la más indefensa se cebase.
No quedó en el lugar perro ni gato
á quien no sombrease la negrura
del afán malicioso é insensato
de aquella raza impura.
Y en tan pringoso estado su osadía
redujo á la virtud acrisolada,
que aún metiendo á ésta un mes en la colada
de sosa ó de legía,
quizá no volvería
á cobrar su blancura inmaculada;
pues no quedó doncella que lo fuera,
ni casada sin tacha ó devaneos,
ni viudita que al menos no tuviera
un par de galanteos,
ni honradez sin su cálculo cobarde,
ni alma pura sin conchas, ni hombre bueno
que de falsa piedad no hiciera alarde
revolcando su espíritu en el cieno.
Todo, todo cayó al golpe certero
del sucio carbonero,
cual cae en haz informe, á la cuchilla
del diestro segador, la miés sencilla;
y aquel pueblo quedó tan desolado
bajo el ludibrio de su propia afrenta,
cual campo abandonado
al bárbaro furor de una tormenta.
Y ¿qué hacía entretanto aquella gente
que con sangre de horchata así aguantaba
(acaso preguntéis) los desafueros
de aquellos desalmados carboneros?
¿por qué dura y valiente
su osado proceder no castigaba?
Os diré: en un principio
del caso fué á quejarse al municipio,



NUESTRA COLABORADORA, LA SRTA. JOSEFA CODINA UMBERT — *Fotografía de Napoleón.*

y en éste decretóse poner coto,
por unánime voto,
á aquella plaga inmunda y sediciosa.
Mas como la maldad es una cosa
que no se para en barras cuando empieza,
y el bien es una fuerza candorosa
que pierde su virtud cuando tropieza,
al primer tropezón, claro, en las redes
de la argucia amaestrada
cayó el pobre, cual entre las paredes
de una tumba profunda y enlosada.
Y ¿quién le iba á valer en tal apuro,
ni en un trance tan duro
osaría cargar con el mochuelo
de responsable ser de su valía?
Hízose la razón toda *canguelo*
y la propia justicia un caramelo,
dando por insensata gollería
lo que el pueblo pedía.
Mas éste que era terco y decidido,
llevó á punta de lanza
el ultraje inferido,
tomando por su cuenta la venganza;
y acosando á la negra gentezuela
de frente y sin cautela,
á pedradas, á golpes y á empujones...
¿qué diréis que pasó? pues que acabaron
los del pueblo más llenos de tiznones
y más maltrechos de lo que empezaron.
Reían á cual más los carboneros
de sus tiros certeros
y, agitando sus lenguas viperinas,
dejando iban con mano licenciosa
en paredes, en puertas y en esquinas,
alguna narración escandalosa
que á las honras ajenas atacase
y en la más indefensa se cebase.
Todo tiene su fin en este mundo,
dijo un sabio profundo,
y he aquí que por error ó por descuido
el fúnebre escuadrón fué sorprendido,
como en trampa segura y escondida,
en una callejuela sin salida.
¿Qué más quiso saber el pueblo todo?
Cayó sobre la turba de igual modo
que langosta voraz sobre un sembrado,
y con el bravo esfuerzo arrebatado
de aquel que de salvarse halló el remedio,
ejemplo de exterminio fué su asedio
para el negro gentío acorralado.
Y á fin de castigar á la pandilla
con un hecho ejemplar que duramente
de escarmiento y de espanto le sirviera,
determinaron los de Blancavilla
arrebatar sus lenguas de serpiente
y hacer con todas ellas una hoguera.
Y el autor de este cuento aquí asegura
que desde este momento afortunado,
sin recelos, sin pena ni cuidado
recobró Blancavilla su blancura.

. . . .

¡Guárdese la persona que atrevida
infiere á la virtud desprecio ó mengua
de entrar en una *calle sin salida*,...
ó tema por su vida,
y, sobre todo, tiemble por su lengua!

JOSEFA CODINA UMBERT

SILUETAS MUSICALES

Grata satisfacción experimentamos, como siempre que podemos rendir tributo al verdadero mérito, consagrando esta página á los jóvenes artistas cuyos retratos la engalanan y que están llamados, indudablemente, á figurar, con el nombre de notabilidades, entre los más afortunados cultivadores del arte lírico. Pocas líneas bastarán para justificar nuestra apreciación; y vamos á dedicárselas, con sincero entusiasmo y por el orden á que obliga la diferencia de sexo.

A pocas hermosas sonríe el porvenir de modo tan halagüeño como á Julia Sicard y Segú. Niña casi, acaba de salir del Conservatorio del Liceo de nuestra ciudad, luego de haber adquirido en él los más altos títulos á que pueden aspirar los discípulos de tan benemérita institución.

Tras unos brillantísimos ejercicios, tan notables, que su recuerdo formará época en la historia de aquella Academia musical, llega al mundo artístico, dispuesta á lograr en él la confirmación de las esperanzas que en ella cifran cuantos han tenido la fortuna de oirla.

Artista por temperamento, la interpretación que da á las obras que ejecuta en el piano, no es la fría y correctísima de los discípulos meramente estudiosos y aprovechados; Julia, siente por cuenta propia y ejecuta como oyente, dando á los pasajes ese colorido personal, ese *divinum quid*, alma suprema de los artistas verdaderos.

Discípula del celebrado maestro y compositor don Vicente Costa y Nogueras, viene á continuar la larga lista de meritísimas concertistas de piano enseñadas por tan notable profesor y como todas sus gloriosas compañeras lleva en la escuela de ejecución ese sello característico, ó mejor dicho, personalísimo, propio del insigne autor de la ópera *Doña Inés de Castro*.

No satisfecha con ser buena concertista de piano, quiere Julia Sicard profundizar y conocer los más íntimos secretos de la música, y por ello, bajo la dirección del ilustre maestro Sánchez Gavagnac está, en la actualidad, estudiando las ciencias de armonización y composición musical.



MARIO MATEO *Fot. de J. Martí.*



JULIA SICARD Y SEGÚ *Fot. de Napoleón.*

Cuando llegue al pleno conocimiento de estas dos principalísimas ramas del Arte Músico, entonces, Julia, esa mujer-niña tan hermosa, que hoy nos encanta interpretando las más difíciles obras de Bethoven, Chopin, Listz, Saint-Saens, Brahms, y demás genios del piano, fácil es que nos fascine por la inspiración que en sus propias obras revele; y cuando esto llegue, que así lo esperamos, podrá la ciudad de Valls, su tierra natal, enorgullecerse de tener por hija á una de las más completas artistas musicales que haya producido España.

En condiciones está Julia Sicard y Segú de ser ambas cosas. Y afirmar que lo será, casi es profetizar... ¡un axioma!

A Mario Mateo le oímos hace pocos días y nos encantó su ejecución prodigiosa, su sensibilidad exquisita, su alma de artista grande, encerrada en un cuerpo de niño.

Le oímos interpretar con gusto delicado, con sentimiento indecible melodías de Bethoven, de Mozart, de Sarasate.

El arco, manejado con una seguridad asombrosa, con una elegancia irreprochable, arrancaba quejidos dulcísimos al violín, vibraciones de una armonía arrobadora.

Hemos de confesar que nos sentimos subyugados por el pequeño artista, émulo del coloso pamplonés, y aplaudimos entusiasmados su maestría, su inspiración, su delicadeza.

Mario Mateo es un muchacho de catorce años, hijo de un pianista discretísimo que ha hecho sus estudios en la Escuela Municipal de música, bajo la dirección de un profesor notable, el maestro Ibarguren.

Mario solfeaba á los ocho años admirablemente, y durante sus estudios demostró siempre una maravillosa facilidad para el manejo del difícil instrumento á que con entusiasmo se dedica.

Sus profesores vieron en él una esperanza para el arte, y no se equivocaron. Mario es de los que llegan.

En los distintos conciertos en que ha tomado parte ha llamado la atención de los inteligentes y de los críticos, quienes, al felicitarle, auguráronle un brillante porvenir.

Mario Mateo marchará á Italia este invierno, verificando después una *tourné* por Europa.

Le auguramos, desde ahora, triunfos consecutivos, tan merecidos como el aplauso entusiasta y sincero que nos complacemos en tributarle.

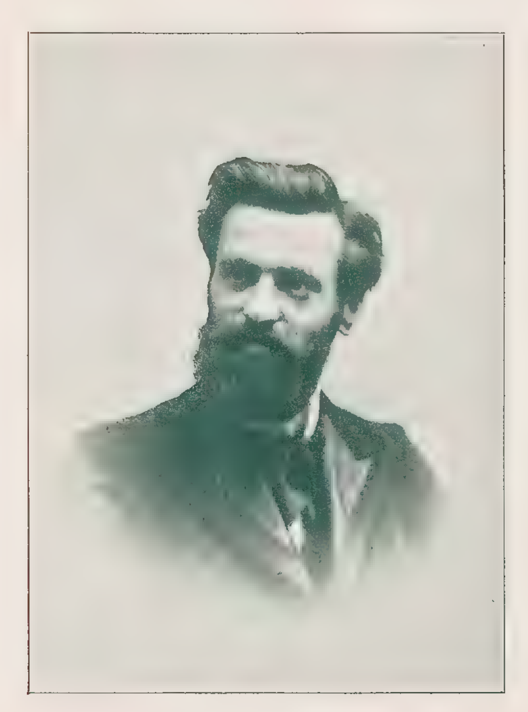
* * *



Cuadro de Román Ribera.

BELLAS ARTES

Hablar de Román Ribera en estas páginas, tantas veces ilustradas por su talento, sería lo mismo que llevar vasos á Samos y buhos á Atenas. Toda obra del ilustre pintor catalán tiene el sello peculiar de las personalidades que han logrado caracterizarse por alguna cualidad



Antonio Ros y Güell. *Fot. de Audouard.*

preeminente, y nada puede substraerse á ese sello, que en Ribera quiere decir distinción, corrección, maestría.

Por eso no insistiremos aquí, repitiéndonos, en enumerar las bellezas artísticas del elegante cuadrito que figura en la portada de este número; alguna vez hay que dejar al discernimiento del lector el deleite de descubrir por sí mismo lo que tiene de estimable una obra de arte sometida á su juicio. Y tratándose de la firma de Ribera, suele haber aquella rara unanimidad de apreciación que hace universal el renombre de un autor.

Dejémosle, pues, ya que no hemos de *descubrirlo*, para fijarnos en la producción de un joven que ya otra vez nos dió ocasión de ensalzar sus primeros revuelos artísticos.

Hace poco menos de un año, Antonio Ros y Güell expuso en el Salón Parés sus primeros ensayos pictóricos, algunos de los cuales fueron reproducidos en el Album Salón y comentados muy favorablemente por la crítica barcelonesa.

Recientemente, y después de una larga temporada de incesantes estudios, ha vuelto á exponer en el propio Salón una serie de treinta y cuatro obras que, en conjunto, confirman y acrecentan el buen concepto que mereció el autor en su primera tentativa.

En las últimas subsisten las cualidades de colorista y observador sincero que señalamos en las primeras; pero el mecanismo es más rico y fluído, menos sintético, y el artista se deleita en apurar más los términos, fusionándolos de un modo más lógico y gradual, sin por ello perder su ingénita sinceridad.

Gracias á ésta, el campo de su visión es tan variado como la misma naturaleza, cuyos aspectos produce á medida que le impresionan; y, luchador infatigable, no se da por satisfecho con aproximaciones de una verdad que se presenta esplendorosa á sus ojos: quiere obtenerla toda, y por virtud de su esfuerzo logra someterla á su voluntad.

Con gusto, pues, publicamos algunos de sus cuadros, en dos de los cuales, *Orillas del Ter* y *Camino de Besalú*, resúmese cuanto llevamos expuesto. Y lo hacemos con tanto mayor gusto, cuanto Ros y Güell ha hecho bueno, con su constancia y laboriosidad, lo que dijimos al presentarle por primera vez á nuestros lectores.

Y como el joven artista tiene alientos y es modesto, condición necesaria para progresar, estamos persuadidos que tendremos nuevas ocasiones de hablar de sus obras, siempre con creciente elogio.

Francisco CASANOVAS



COSECHA DE MI TIERRA

¡VENGA ESA COPLA!

Salvaor, Pérez por su padre, Martínez por su madre y *Levaura* para todo el barrio de San Rafael, era un buen hombre que vivía del producto de un puesto de hortalizas, instalado desde remota fecha en un portal de la calle del Cobertizo del Conde. Era honrado, era trabajador y estaba casado con una hermosísima victoriana, tan buena de facciones como de hechos, que tenía fama de arisca, por su propósito de no dar palique á los hombres y no tener otro culto que su marido.



Cadaqués.



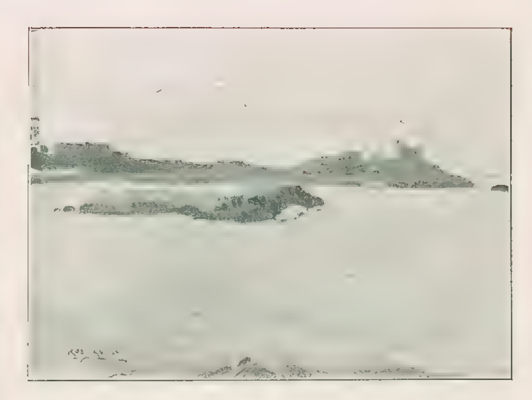
Camino de Breda.



Cuadros de A. Ros y Güell.



Emporium (La Escala).



Vista de Ampurias.

Este tenía un defecto que no era pequeño. Se volvía loco por tomarse una copita de aguardiente, y tras la primera otra y otra, hasta quedar borracho completo, siendo la irrisión de los chicos y el hazme reir del barrio. Ni los consejos de su media naranja, ni las reprensiones del padre cura de la parroquia, ni los accidentes que con frecuencia le ocurrían, disminuían aquella afición á la *bebía blanca*.

Una vez despertó de la borrachera en el patio de la cárcel, otras tres en la grillera, en una ocasión se rompió la cabeza contra un farol de la calle de Larios y no pocas escapó con el cuerpo lleno de cardenales y rasguños.

Hacía muy buenos propósitos, que no cumplía, teniendo por compañero á un señorito achavacanado y vicioso que, según noticias de buena procedencia, se había tirado alegremente un caudal considerable, no quedándole ya dinero ni para mandar cantar á un ciego, ni cama donde dormir, ni cuarto donde recogerse.

Salvaor Levaura y el *Señorito* se juntaron una noche del mes de Enero, y se fueron á copear á la taberna de Miguel. De allí pasaron al Hondilón, y á la una de la madrugada iban midiendo calles, en amor y buena compañía, hechos un par de cubas. *Levaura,* que era aficionado al cante flamenco, llevaba una guitarra que había recogido á un vecino de su casa, y de cuando en cuando tocaba un fandango ó rasgueaba una petenera.

Como la hora no era la más á propósito para fiestas, ni para cantar por esas calles, llegó el caso de tener que acercarse un sereno. Con mejores formas que las acostumbradas por muchos de los agentes de la autoridad en esta muy noble ciudad de Málaga, les indicó la conveniencia de que dejasen dormir al vecindario y se fueran al campo á cantar y tocar la guitarra.

Levaura le oyó como quien oye llover y siguió tocando.

El sereno le dió un empujón más suave de lo que aquella desobediencia merecía.

Levaura se encaró y le dijo:

—Oiga osté, que nosotros semos dos ciudadanos pacíficos y no nos metemos con naide...

—He dicho que á callar y á casita á dormir,—replicó el sereno.

—No pué ser... no pué ser, — agregó el borracho.

Enfurecido el agente, viendo que no servían razones, exclamó:

—¿Con que no pué ser? Pues, entonces acompáñeme usted.

Y se dispuso á llevarlo detenido.

El borracho cogió en forma la guitarra, y con cara bonachona dijo:

—¿Que le acompañe á osté? ¡Güeno! ¡Eche osté esa copla...! y ¡viva la Pepa!

Narciso DIAZ DE ESCOVAR



Al anochecer (Breda).

Cuadros de A. Ros y Güell.

A. ROS Y GÜELL

ORILLAS DEL TER (GERONA).

A. ROS Y GÜELL

CAMINO DE BESALÚ (Bañolas).



LA VENGANZA DE LOS DOCE HIJOS DE KRONOS

(ANTIGUO CUENTO ATENIENSE)

Voy á contaros una historia fabulosa que en Atenas se refería, para demostrar lo que de sí puede dar de bienes ó de males todo lo que en el mundo existe, según se tome, y según se trate de conformidad con la naturaleza.

***

Dícese que por allá en los tiempos homéricos, en los alrededores de una población cercana á la Tesalia, vivía una pobre vieja muy buena y muy piadosa, compasiva hasta para con los animales, la cual sin medios para no sufrir los rigores del frío, y no pudiendo comprar ni resinas, ni leña, para alumbrar su hogar miserable, cada otoño, cuando la caída de las hojas, salía durante unos días á cortarse, ella misma, unas cuantas ramas de los árboles, para poder así tener un depósito de astillas que le permitiera calentarse en invierno y guisar su pobre comida durante todo el año.

Un día, que había salido con el mismo propósito, divagando por los campos, al caer la tarde, penetró en un terreno casi virgen, tan lleno de árboles, que entre éstos y los zarzales que obstruían el paso, casi era imposible el avanzar por aquel sitio hasta un monte que se divisaba allá á lo lejos. La buena vieja servíase de una pequeña hacha, é iba cortando ramas á su placer, cuando, de repente nublóse el cielo y cayó un tremendo aguacero. La pobre, al ver brillar un rayo y rugir el trueno consiguiente, pensó que tal vez aquel terreno era lugar sagrado y que, involuntariamente, habría cometido un sacrilegio. Con el corazón contrito elevó sus preces á Zeus, padre de los dioses inmortales, para que no la castigara, ya que ella desconocía el terreno que pisaba.

Apenas había invocado al Dios olímpico, que divisó, no lejos, un edificio análogo á un templo. Presurosa, la buena mujer, se dirigió á él, subió las gradas y se guareció en el pórtico, formado por columnas dóricas y un techo recubierto de tejas de bronce. En dicho pórtico y delante de la puerta principal, que conducía al interior del edificio, se levantaba, sobre un pedestal de Jaspe, la imponente estatua de Zeus. La vieja, quedóse extática ante la hermosura de la estatua, y le dirigió otra plegaria para que la tempestad cesara en breve. En esto vió abrirse, solas, las puertas de bronce que conducían al interior del edificio. No cabía duda. El Dios la había oído y le ofrecía asilo.

La buena mujer entró, no sin un cierto temor, y al pasar el portal vió una gran sala decorada con figuras para ella incomprensibles, en la cual estaban sentadas en sillas de oro rodeando un pedestal con la estatua de Kronos, doce personajes, aunque de edades diferentes, bellos como dioses, y ataviados espléndidamente. El uno estaba embozado en grueso manto, todo cubierto de copos de nieve; otro estaba cubierto de frutos, otro coronado de flores, llevaba una túnica, en la que había bordados pájaros, mariposas y mil otros hermosos animales, otro iba casi todo desnudo, con una hoz de oro, y una corona de mieses, en fin, cada cual llevaba su traje distinto con diversos atributos de la Naturaleza.

La buena vieja, al verse en presencia de tan sorprendente asamblea, quedóse parada como fija en el suelo y como presa de un estupor sagrado. Por fin, observó que la miraban y sonreían; entonces creyó que tal vez serían una alegre compañía de viandantes que se habían reunido allí para celebrar los misterios de algún Dios.

—¡Buenas tardes! — díjoles ella, saludándoles afectuosamente.

—¡Buenas, comadre! — respondiéronle ellos. — ¿Cómo os habéis atrevido á venir aquí con tan mal tiempo?

—Qué queréis, hijos míos, soy una pobre mujer que no tiene con qué encender fuego, y había salido de mi albergue para ver si encontraba cuatro astillas para el invierno, que ya se nos viene encima; pues mi pobre casa está tan desvencijada que en ella penetra el viento, la lluvia y el frío, sin pedir permiso.

Entonces uno de los más jóvenes, el más joven de todos, el que llevaba el manto cubierto de nieve, preguntóle:

—Decidnos, buena mujer, — ¿cuál es para vos, el peor de todos los meses?

—¡Ay, hijos míos! todos son buenos, para el que sabe aprovecharlos; y todos son malos para el que no sabe ó no quiere entenderlos. Cada uno tiene muy buenas cosas, y también muchos inconvenientes. Pero para mí, que vivo desde mi niñez trabajando en plena Naturaleza, y que los dioses me han permitido alcanzar los ochenta años, todos los meses son buenos, á todos los bendigo.

—Pero esto no es posible. ¿Os atreveríais á sostener que Enero vale, lo que vale Mayo? — repúsole el personaje coronado de flores.

—Hijo mío, si Enero no tuviese sus fríos y sus nieves, Mayo no tendría sus hojas y sus flores. ¿Qué queréis? para mí todos los meses son buenos; ¡á todos los bendigo!

Entonces díjole el joven:

—¿No lleváis un saco?

—Sí, respondió ella entregándole el suyo, — aquí traigo éste, en el cual meto las ramas que voy cortando y de las cuales hago leña.

Tomóselo el personaje que iba coronado de frutas y marchóse á otra estancia donde lo llenó completamente; luego se lo dió á la buena vieja con orden de no mirar lo que había dentro, hasta que llegara á su casa.

El saco pesaba, pero como la lluvia había ya pasado, pronto llegó la buena mujer á su albergue. Inmediatamente que hubo descargado el saco en el suelo de la cocina, cerró la puerta, lo desató, no sin cierto temor, y... ¡oh, sorpresa! ¡estaba lleno de monedas de oro y de plata! La buena mujer, para ver si eran buenas ó falsas cogió unas cuantas, se fué al pueblo inmediatamente é hizo provisión de lo más indispensable. En ninguna tienda hallaron reparo alguno en la moneda. Todas eran de ley.

Al siguiente día, una hermana suya, muy avara, que la tenía abandonada, llegóse á su casa. Había corrido la voz por el pueblo, que la buena vieja había comprado muchas cosas, pagándolas en buena moneda. Todos creyeron que le habría tocado algún legado ó herencia.

Al entrar en la casa, observó, ya, su hermana, que estaba llena de provisiones y que en el asador había una gallina.

—Mi querida hermana,— le dijo la recién llegada después de saludarla, — ¿quieres explicarme de dónde proviene todo este dinero que tú gastas? ¿Cómo lo has podido ganar á la edad que tienes?

La buena mujer la hizo sentar á la mesa con ella, y mientras comían confortablemente, le contó lo que le había pasado.

Por la tarde, su hermana se despidió de ella, fuese á su casa, cogió el saco mayor que encontró, y al siguiente día levantóse al amanecer y dirigió sus pasos al bosque virgen, haciendo ver que iba á coger yerbas, y una vez en él, dirigióse al edificio misterioso que también se presentó á su vista, y entró, hallando allí, asimismo, congregados, á los doce personajes, como halló su hermana la antevigilia.

Después del saludo de entrada, preguntóle uno de ellos:

—¿A qué se debe vuestra venida á nuestra mansión tan retirada, en horas tan tempranas?

—He venido á descansar un poco, pues estaba en el bosque ya fatigada de andar en pos de leña, y que hay que recogerla, y mucha, pues va á llegar el mes de Enero, ese mes tan cruel y tan malo. ¡Ay, si á Kronos pluguiera que jamás llegara! En cuanto llega él, ya se acabó el salir de casa, y la alegría. ¡Maldito sea!

—Pues entonces, decid: ¿Qué mes os gusta?

—¡Ay! ninguno,—respondió ella. — Yo los encuentro á todos malos é incompletos. ¿A cuál queréis que prefiera? Febrero, es corto y frío; Marzo, es caprichoso y lleno de borrascas; Septiembre y Octubre, son lluviosos y malsanos, y los demás... los demás son, ó fuego del cielo que cae y nos abrasa ó nieve que nos hiela. Ni uno solo hay, que valga nada.

—¿Tenéis un saco?—le dijo uno que iba todo cubierto de hojas.

—Aquí va el mío,—respondió ella, presentándoselo al personaje, que lo tomó y se fué en seguida.

Ella esperaba llena de gozo. — Es cuatro veces mayor que el de mi hermana,—se decía, — y como yo soy menos vieja que ella lo llevaré á cuestas hasta mi casa, y voy á llenarla de dinero.

Volvió el joven con el saco lleno y lo cargó sobre las espaldas de aquella mujer, encargándole en gran manera que no lo desatara hasta estar sola en su casa.

Con tanto afán se marchó, que tan enorme saco le pareció ligero como una pluma.

Llegada que fué á su habitación, encerróse sola dentro de ella y, presurosa, abrió el saco. ¡Nunca lo hubiera hecho! En tropel salieron una infinidad de culebras, víboras, escorpiones, y toda clase de insectos venenosos y reptiles que se la comieron viva y devastaron su casa y su huerto.

Horrorizadas las buenas gentes del pueblo, fuéronse en procesión, á consultar el oráculo de Delfos, y éste respondió que aquéllo era la venganza de los doce Meses del año que Kronos permite contra aquellos que no saben ver sus cualidades necesarias, como lo acaecido á su buena hermana había sido el premio de los que saben tratarlos tal cual se merecen, y comprender sus divinas utilidades...

***

Así se contaba en los pórticos de Atenas en los tiempos en que Eskilo ponía sus dramas en escena.

Pompeyo GENER

Ilustraciones de Nicanor Vázquez.



Cuadro de Alejandro Ferrant.



MODERNISTA

Busto en selenita engebada, procedente de los tallepes artísticos de Antonio Pocorull.

ESTRENO DE LA ÓPERA "ACTÉ" EN BARCELONA

Con el estreno de la ópera *Acté* se ha calmado la ansiedad del público, nó del público musical barcelonés, que por tradición es considerado como juez supremo; el público que ha aplaudido al joven maestro Manén ha sido todo, sin excepción, todo el que rinde culto al arte verdadero y que sabe los titánicos esfuerzos que precisan para realizarlo.

El maestro Manén, ya conocido de los públicos como concertista y compositor á los 20 años, á la edad en que otros maduran todavía sus estudios, ha hecho una obra de empeño verdadero, con la dificultad para su fantasía de tenerla que sujetar al pie forzado de las decoraciones y *attrezo* que sirvieron para poner el *Nerón* de Rubinstein. A pesar de todo, Manén ha triunfado. Así lo atestigua la prensa toda, tributándole unánime elogio. No ha sido un éxito definitivo, ha sido un triunfo que hace esperanzar legítimamente en la poderosa imaginación y talento musical del joven compositor. Los críticos señalan en la labor de Manén en *Acté* el defecto de la singularización y de buscar efectos por medio de disonancias para lograr la completa originalidad con inesperadas audacias. Indican también que al arrancar de la musa popular los motivos para los espartitos desvirtúa la acción dramática de su obra. Ambos defectos, si lo son, no indican más que una cosa: que Manén es de la madera de los músicos; que es un revolucionario, y en arte siempre han logrado la palma del triunfo, y han escalado la gloria los audaces, jamás los encogidos, y valga la palabra. No quiere decir esto que no reconozcamos inexperiencia en Manén. La tiene, en efecto, pero simpática, podríamos decir candorosa y que no dudamos cederá plaza al sólido talento musical.

Réstanos hablar de los que con su talento coadyuvaron á la labor de Manén. María Giudice ha puesto una vez más de relieve sus no comunes facultades, aprendiendo en catalán su *particella* y cantándola como ella sola sabe hacerlo, con intensidad dramática, encarnando magistralmente á *Acté* y llevando al público la emoción grandiosa que sin su privilegiada voz y excepcional talento no hubiera ésta alcanzado.

La mezzo-soprano Concha Dahlander en su parte de «Agripina» contribuyó al éxito de la ópera, poniendo á contribución sus dotes de artista y de cantante.

El tenor Angioletti venció en tóda la línea, como se había propuesto; venció por él y por el maestro, que vió encarnada, como no imaginara, seguramente, la parte de «Nerón».

De Ramón Blanchart es ocioso decir que estuvo magistral, interpretando el personaje «Tiguelino».

El aplaudido bajo Torres de Luna, que, por ser andaluz, más que ninguno de sus compañeros ha tenido que vencer las dificultades del catalán, desempeñó la parte de Marcos con unánime elogio.

El señor Maini, tenor comprimario, que cantó la parte de «Sarthos», no desmereció de sus compañeros, esforzándose con éxito para dar realce á la ópera.

La orquesta, hizo sentir las bellezas que encierra *Acté*, realizando, bajo la batuta del maestro, trabajo meritísimo y para que todo el conjunto resultara soberbio, los coros cantaron de modo admirable, mereciendo sincero aplauso, lo propio que el cuerpo de baile. Del decorado, con decirse que es obra del maestro Soler y Rovirosa, está hecho su mayor elogio.

Para terminar, réstanos dedicar el más entusiasta aplauso á la empresa, que no ha regateado gasto alguno y ha hecho cuantos esfuerzos han sido precisos para contribuir al éxito de la nueva producción.

SIMÓ









Mtro. JUAN MANÉN, autor de la ópera.

Conchita Dahlander. Torres de Luna. María Giudice.

Angelo Angioletti. Ramón Blanchart.

LUIS IRIBARNE O'CONNOR

ESTE notabilísimo tenor español que actualmente hace las delicias del público de Barcelona en el «Liceo», vió la primera luz en la tierra cantada por los poetas, en Andalucía, el país de los lánguidos cantos que hieren en lo más hondo la fibra del sentimiento.

Iribarne nació en Almería el año 1870. En las venas del tenor hierve sangre de artista. Su madre, la que le inició en los deliciosos misterios del arte, brilló en el cielo de éste como estrella de primera magnitud. Su prodigiosa maestría como pianista y compositora y su incomparable voz están en la memoria de las que con fervor rinden culto al arte y pudieron extasiarse con las maravillosas dotes de Alicia O'Connor que ésta lució únicamente en conciertos particulares. Luis Iribarne, viendo los horizontes que ofrecía el arte musical, se dedicó con fe á éste con más preferencia que á los estudios de bachillerato.

La excelente posición social de su familia, lejos de hacerle desistir de su empeño de dedicarse en cuerpo y alma al estudio del piano y del canto, fueron para Iribarne grandes alicientes. El célebre barítono Napoleón Verger fué quien dirigió los estudios formales de Iribarne, prendado de su voz y de las condiciones que tenía como artista. Al igual que todos los cantantes, vió Iribarne en Italia campo á propósito para sus legítimas aspiraciones. A los 23 años de edad, seguro por completo de sus facultades, hizo su debut formal, después de varias felices tentativas, en el teatro «Paganini», de Génova, cantando en la noche del 7 de Octubre de 1893 la ópera de Bizet *Carmen* en la que alcanzó un éxito. Cantó después, siempre con aplauso, la citada ópera y *Marta*.

LUIS IRIBARNE O'CONNOR

Fot. de Borke (Madrid).

Una de las características de Iribarne, es la asombrosa ductilidad de sus facultades que, desde los comienzos de su carrera, le han permitido interpretar óperas de género diametralmente opuesto. Prueba de ello es el haber cantado en el teatro «Argentina», de Roma, las óperas *La Sonámbula, Carmen*, y *Caballeria Rusticana*, siendo en todas ellas objeto de unánime elogio, y en el coliseo «Dalverme», de Milán, *Aida* y *Rigoletto*. Otra de las cualidades verdaderamente envidiables de Iribarne, y que le hacen un artista completo, es la resolución y firmeza, proponiéndose y realizando con éxito empresas en que otros alcanzarían seguramente un completo fracaso. Nos referimos á su admirable facilidad en representar obras sin previo ensayo. En Roma cantó la *Cavalleria Rusticana*, substituyendo al célebre Stagno, sin un solo ensayo de la ópera. Lo mismo hizo en Milán, cantando admirablemente *L'Africana*. El mérito de Iribarne ha sido reconocido por el público y por las empresas, y lo prueba el haber trabajado durante temporadas seguidas en el teatro «Dalverme», de Milán, donde tantos fracasan. En una de las temporadas del «Dalverme» le acompañó el maestro Mascheroni, bajo cuya batuta cantó con éxito ruidoso la ópera *Aida*.

Iribarne ha lucido sus no comunes dotes de cantante y de artista en los coliseos de primer orden de Europa, como son: «Reggio», de Torino; «Argentina», de Roma; «Imperial», de Varsovia; «Real», de Madrid; «Liceo», de Barcelona; «Gran Casino», de Montecarlo; «San Fernando», de Sevilla; «Principal», de Valencia; «Principal», de Palma de Mallorca; «Campos Elíseos», de Bilbao; y otros coliseos, entre ellos, los de Trieste, Venecia, Verona, Nápoles, Florencia, Parma, Viena, Bergamo, etc., etc., en todos con gran éxito siempre, y alcanzando el honor de ser escriturado repetidas veces. Como es de suponer, ha compartido los aplausos de los públicos con los artistas que actualmente por sus indiscutibles méritos se los disputan.

Ha cantado con las célebres Darclée, Barrientos, De Lerma, Arkel, Bellincioni y Bonaplata y con los cantantes Menotti, Blanchart, Sanmarco, Perelló, De Grazia, Rosato y otros que sería largo enumerar.

Iribarne, en los diez años de carrera artística, ha interpretado la extraordinaria cantidad de 36 óperas distintas, número á que han alcanzado pocos tenores. Las preferencias artísticas del tenor que nos ocupa son múltiples, demostrando con ello que no en vano nació en la meridional España.

Es profundamente apasionado por la música de Massanet, Wagner y Bizet, pero no quiere decir esto que desdeñe, antes al contrario, las producciones de Berlioz, Verdi, Puccini y demás compositores.

Ha compartido la labor y el esfuerzo artístico con distinguidos maestros directores de orquesta, entre otros Goula, Goula Fité, Ferrari, Mascheroni, Pomé (Alessandro), Mancinelli (Luis) y otros.

Hasta ahora se ha resistido heroicamente á firmar numerosos contratos que en excelentes condiciones se le ofrecían para Ultramar, pues, no puede disipar un cierto *respeto* que el mar le inspira.

Si Iribarne fuera soberbio, defecto que está bien lejos de tener, habría quedado satisfecho, pues son en gran número los reyes y príncipes que le han escuchado y distinguido, hasta el extremo de que el príncipe Pignatelli le acompañó cantando con él en un concierto.

El extenso repertorio del célebre tenor es el siguiente: *Africana, Aida, Tosca, Manon* (de Puccini), *Bohême, Carmen, Pescatori di Perle, Mignon, Lohengrin, Pagliacci, Favorita, Elixir d'Amore, Iris, Luccia, Mefistófeles, Traviata, Cavalleria rusticana, Rigoletto, Faust, Barbieri di Siviglia, Sonámbula, Romeo y Julieta, Marta, Amico Fritz, Promesi Sposi, Carmela, Mala-vita, Falstoff, Valli, Forturella, Milena, María Sanz, Pirinei, Milo Standis* y actualmente la *Dannazione di Faust*.

Un dato que corrobora lo anteriormente dicho, es el de haberse encargado de la parte de tenor en la última de las citadas óperas, estudiando seis horas antes de la función la romanza del quinto acto, *Invocación á la Naturaleza*.

Como título de gloria en la representación de las óperas mencionadas, cuenta Iribarne con el de haber estrenado *Iris*, en Mantua; *Tosca*, en Valencia, Bilbao y Sevilla; *La Bohême*, en Palma de Mallorca; *Falstaff*, en el «Real» de Madrid y en el «Reggio de Turín»; *Valli*, también en este último coliseo; *Milena*, en Nápoles; *María Sanz*, en Bergamo; *Milo Standi*, en Verona; y *Pirinei*, en Barcelona. Respecto á la interpretación, con decir que en cada ópera ha obtenido Iribarne un triunfo, está hecho de sobra su elogio.

Por lo expuesto, demostrado queda, aunque débilmente, cuanto vale como cantante y como artista, Luis Iribarne. Sus dotes como artista que al público se debe y al público da todo cuanto le permiten sus grandes facultades, corren parejas con las que le adornan como particular. Su modestia, su afable y animado trato y refinada cortesía y distinción hacen de él una figura atrayente y simpática. Son sus aficiones predilectas el piano y el billar. En este juego hace realmente prodigios y no vacilamos en afirmar que muchos ostentan el título de profesores sin poseer, de mucho, su *taco*.

No hay que decir que es la música su delirio, en todos sus aspectos, incluso el flamenco, género que no deja de tener bellezas incomparables para quien sabe ver en ellas.

Como resultado de su esmerada educación, es Iribarne un buen jinete y un *amateur* temible en esgrima.

La nota de su carácter es la nobleza de corazón, el altruísmo, la filantropía, en ocasión alguna desmentida, por el contrario, probada en cuantas su alma generosa ha podido servir de alivio á los desheredados de la fortuna, muchos de los cuales han bendecido más de una vez su nombre y su talento que, desinteresada y gozosamente, ha puesto el tenor á beneficio de los pobres. En Almería, su ciudad natal, tomó parte en un concierto organizado por sus paisanos á favor de la «Cruz Roja». Iribarne cantó, sin admitir cantidad alguna. El ayuntamiento, agradeciendo la generosidad, nombró á Iribarne hijo predilecto de Almería, dando á una calle principal el nombre del tenor. La sociedad la «Cruz Roja» le concedió, además, la gran medalla de oro.

Esta es á grandes rasgos la personalidad de Luis Iribarne como artista cantante y particular. Su edad y carrera brillantísima hacen esperanzar que se añadirán todavía nuevos lauros á los que lleva conquistados y que para el artista verdadero son el premio más preciado.

D. S.

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

Artículos literarios, científicos, bibliográficos y festivos; Poesías, Cuentos, Novelas, etc., etc.

Reproducciones, en color ó en negro, de Cuadros al Oleo, Acuarelas, Esculturas, Objetos artísticos, Dibujos al pincel, al carbón y á la pluma, Caricaturas, etc., etc.

Retratos

Vistas

Música



